

TEO PALACIOS

MUERTE CENIZAS



NARRATIVAS HISTÓRICAS



edhasa

MUERTE Y CENIZAS

TEO PALACIOS

Acerca del Autor



Teo Palacios nació en la ciudad de Dos Hermanas, Sevilla, en 1970.

Con estudios de Marketing y diseño, ha desarrollado su labor profesional en diversos puestos directivos. Como autor cultiva varios géneros, principalmente la novela histórica.

Forma parte del comité organizador de las Jornadas de Literatura Fantástica de Dos Hermanas, evento que, año tras año, está alcanzando un amplio reconocimiento literario, y que reúne a grandes autores del panorama nacional.

Colabora como entrevistador y articulista con varias revistas: Cambio 16, La aventura de la historia. También colabora en programas de radio como entrevistador y tertuliano. Además, imparte cursos y talleres de creación literaria.

Forma parte del equipo de Biblioforum, una asociación cultural en Sevilla que organiza mensualmente charlas en torno al mundo de la literatura y la edición.

[Sitio web oficial](#)

*Para la roedora.
Por tanto como hubo...
Por lo mucho que aún nos queda.*

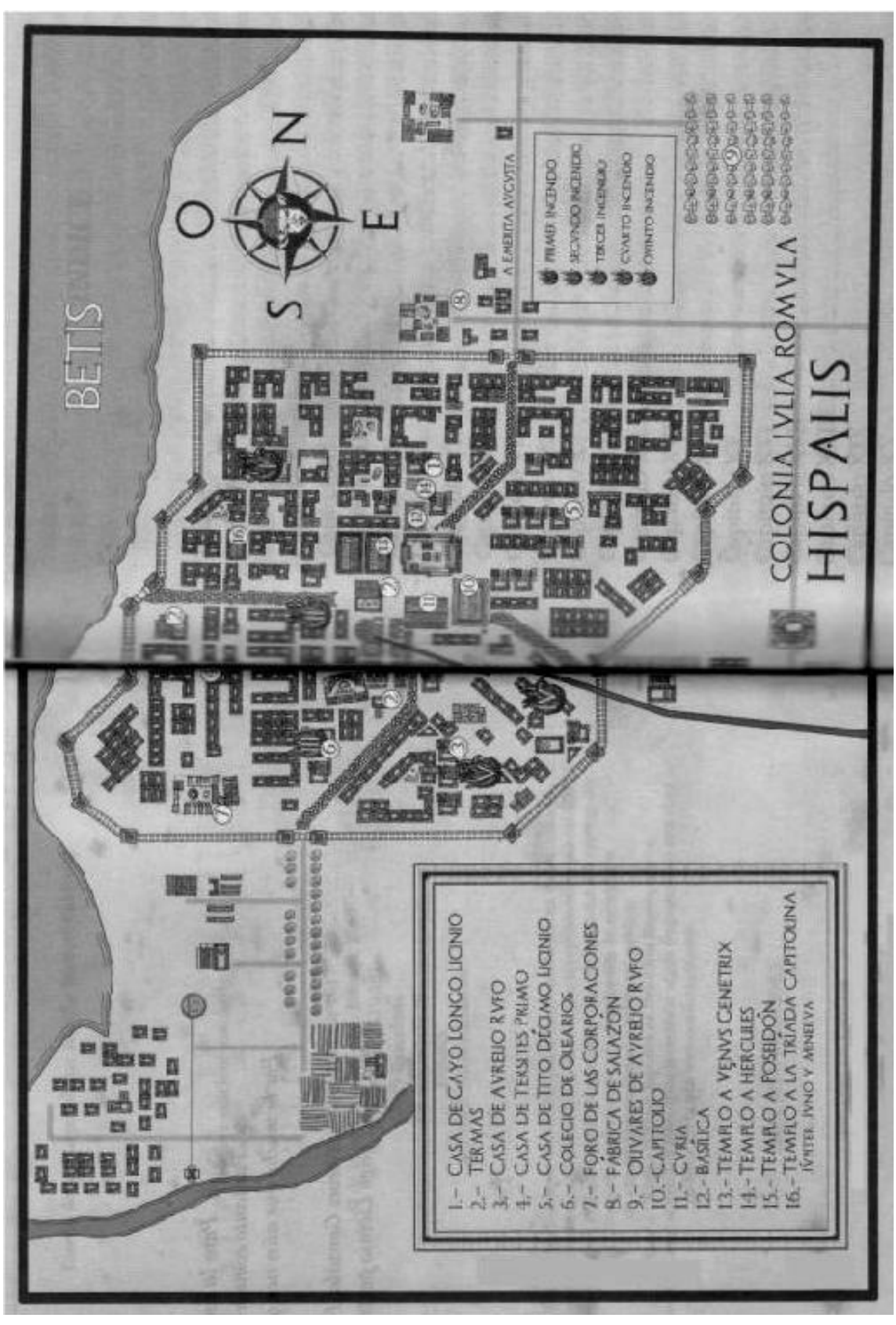
*Y para Nieves González Rodas,
mi Gayo Longo Licinio particular.*

Resumen

Una oleada de incendios asolan la ciudad de Hispalis en la Hispania del Imperio romano, sin causa aparente. Las prostitutas son perseguidas y asesinadas en las calles. Y, cuando el cadáver del joven Fabio Justo, hijo de uno de los grandes patricios de la ciudad, aparece de forma inexplicable entre los escombros de una de las *insulae* quemadas, la clase noble pedirá justicia e intentará detener el desastre.

El joven abogado Gayo Longo Licinio se verá obligado, para su sorpresa, a resolver el misterio bajo la presión de los nobles patricios, hostigados por las revueltas de la plebe. Los problemas se le acumulan, mientras lidia con los problemas que le causan tanto su bella esposa como su exigente padre, Gayo se irá adentrando rápidamente en un asunto que cada vez resulta más oscuro y peligroso. Por ello comprará un nuevo esclavo: el famoso Léntulo, un gladiador picto, cuya misión será la de proteger a su amo.

Pero las fuertes manos de Léntulo tal vez no sean suficientes para mantener a salvo a Gayo de una conjura que no sólo parece amenaza su vida, sino también la estabilidad de todo el Imperio romano.



BETIS



- PRIMER INCENDIO
- SEGUNDO INCENDIO
- TERCER INCENDIO
- CUARTO INCENDIO
- QUINTO INCENDIO

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16

COLONIA IULIA ROMVLA
HISPALIS

- 1.- CASA DE GAYO LONGO LICINIO
- 2.- TERMIAS
- 3.- CASA DE AVREJO RVFO
- 4.- CASA DE TESIATES PRIMO
- 5.- CASA DE TITO DECIMO LICINIO
- 6.- COLEGIO DE OLEARIOS
- 7.- FORO DE LAS CORPORACIONES
- 8.- FABRICA DE SALAZON
- 9.- OLIVARES DE AVREJO RVFO
- 10.- CAPITOLIO
- 11.- CVRIA
- 12.- BASILICA
- 13.- TEMPLO A VENVS GENETRIX
- 14.- TEMPLO A HERCVLES
- 15.- TEMPLO A POSEIDON
- 16.- TEMPLO A LA TRIADA CAPTOLINA
IVNER. IVNO Y MNERVA

PREFACIO

Corría para salvar la vida. Las sandalias golpeaban el suelo con fuerza mientras intentaba escapar de sus perseguidores, a los que podía oír cada vez más cerca. Resoplaba por el esfuerzo cuando hizo un giro cerrado a la derecha, agarrándose a la esquina de la *insula* para encontrar apoyo y no caer. Por fortuna, hacía tiempo que no llovía y el empedrado de las calles no estaba resbaladizo, sino seco y polvoriento.

Era noche cerrada y las calles estaban oscuras y vacías. Tal vez, si hubiera permanecido en las vías principales de la ciudad, podría haber encontrado algún carretero que llevara mercancías a los almacenes o a las *tabernae*. Aun así, aunque ese encuentro se hubiera producido, era más que probable que no obtuviera ayuda, así que había preferido probar suerte e intentar despistar a sus seguidores por el laberinto de callejas que se alzaba al este de Hispalis, cerca de la muralla.

Una piedra lanzada desde atrás le golpeó en el hombro izquierdo y le hizo caer justo cuando volvía a girar a la derecha. Cayó cuan largo era con un golpe sordo, dejándose la piel de la rodilla pegada al suelo. Se incorporó deprisa, dolorido, y reanudó la carrera; casi podía oír la respiración de los que iban a por él.

Un poco más adelante, bajo un pórtico, vislumbró una

figura.

—¡Ayúdame! —gritó casi sin resuello. Las palabras apenas salieron de su boca mientras él adelantaba los brazos suplicando—. ¡Ayúdame, por Júpiter!

Había ralentizado la marcha, pero cuando se acercó a la sombra pudo ver que se trataba de una puta. Una *quadrantaria* que apenas habría movido un dedo para algo que no fuera arremangarse la túnica y ofrecer su género. La mujer se apartó, pegándose contra la pared cuando olió el peligro.

El hombre pareció perder toda esperanza y posó la mano izquierda sobre el costado, intentando coger aire. Justo en ese instante, el inquilino de una de las *cenacula* superiores decidió que era el momento de arrojar los orines nocturnos por la ventana. Fueron a caerle en plena cara. Quizás otro día habría puesto el grito en el cielo, o al menos habría dedicado unos minutos a maldecir y pedir la ira de las furias. De ser otro hombre, podría incluso haber pensado en poner una denuncia ante los magistrados. En cambio, a él le sirvió para reaccionar, para volver a ser consciente de que aún tenía una oportunidad.

Retomó la carrera y dejó atrás a la mujer, que seguía apretada contra el muro como un ratoncillo asustado, adentrándose por callejas cada vez más estrechas. Puso todo su empeño en escapar; y todo su empeño no fue suficiente.

En uno de los giros acabó frente a una fosa, el maldito lugar donde los más pobres de la zona, los inquilinos de las *cenacula* más altas, que ni siquiera podían pagar por arrojar el contenido de sus intestinos en la tina situada bajo la escalera del edificio, o los de aquellas que no tenían evacuación a las cloacas, que eran casi todas, iban a arrojar sus inmundicias. Debería haberlo oído, debería haberlo imaginado cuando las calles dejaron de estar empedradas y pasó a correr sobre tierra batida, pero todo su cuerpo se

había concentrado en dos cosas: dar las zancadas más largas y rápidas de su vida y llevar aire a sus pulmones.

Tan pronto como se encontró con aquel montón de mierda supo que estaba acabado.

Miró hacia un lado y hacia otro. A la derecha se alzaba la muralla. Imposible escapar por ahí. A su izquierda, el edificio era tan pobre que ni siquiera tenía balcones, ya no digamos logias. Todas las ventanas a la vista estaban cerradas a pesar del calor, lo que hablaba bien del sentido común de sus inquilinos. Lo único que le quedaba era intentar escalar aquel muladar para continuar la huida.

No es que no lo intentara, pero cuando había empezado a subir hundiendo las manos y los pies en la mugre, unos dedos como tenazas se cerraron en torno a su tobillo. Cayó entonces de nuevo, y la cara le quedó de repente pegajosa y húmeda. Escupió y forcejeó, pero no consiguió zafarse. La garra tiró de él dejando un surco en la inmundicia, incapaz de oponer más resistencia. Sólo pudo gimotear:

—No... No, por favor. No me matéis. Volv...

No acabó la frase. Una patada brutal le rompió la nariz y le arrancó un par de dientes. La sangre empezó a correr mientras gemía, medio inconsciente, incapaz siquiera de llevarse la mano al rostro. No hubiera podido aunque lo hubiera intentado, porque ya se las sujetaban, atándoselas por encima de la cabeza.

Nunca supo que estuvo a punto de salvarse. Si en lugar de girar a la izquierda en su último cambio de dirección hubiera tomado el callejón de la derecha, se hubiera topado con uno de los vigilantes nocturnos. Aquella noche los dioses no estaban con él.

—¡Levantadlo! Y ahora, en silencio. Ya sabéis lo que hay que hacer.

* * *

Palmira regresaba con pasos rápidos. No le había quedado más remedio que alejarse de sus compañeras, cosa que no le gustaba nada, y ahora se apresuraba a volver. Atravesó el Cardo Máximo por el lado sur del templo de Poseidón, pasó junto al teatro y embocó la calle que llevaba hasta la casa de Tersites Primo, su dómine. Pasado el pozo situado frente a las puertas del pequeño *domus*, a la derecha, se abría la callejuela en la que había quedado con sus dos amigas.

—¡Al fin! Te ha entretenido mucho esta vez... ¿Tanto le ha costado hoy?

—Calpurnio es un pichafloja, ya lo sabes... Pero no. Hoy estaba especialmente fogoso, el muy guarro, y ha terminado casi antes de que pudiera metérmela. —Las tres soltaron una carcajada—. Pero me ha hecho ir hasta la otra punta de la ciudad... ¡Y ni siquiera ha querido pagarme! —concluyó indignada.

—¿Otra vez? —preguntó la tercera abriendo mucho los ojos.

—¡Esto no puede seguir así! Tenemos que decírselo a Tersites. Este mes ya van tres veces que nos folla sin pagar, y siempre nos avisa de que, si decimos algo, será peor para nosotras. ¡Malditos sean los vigilantes de esta ciudad!

—Anda, dejémoslo estar... Sea Calpurnio, o sea cualquier otro, en Hispalis, en Itálica o en la misma Roma, todos los vigilantes son iguales: aparecen rápido si ven posibilidad de echar un polvo, pero cuando ocurre algo serio nunca están cerca... Vámonos. Es pronto, debe haber más de un hombre con ganas de catar unas buenas tetas.

Tomó a sus compañeras por los brazos y tiró de ellas en

dirección a los baños situados cerca de la puerta que se abría al oeste, hacia el río. Los dejaron a su izquierda y los bordearon callejeando. Estaban a punto de llegar al Decumano Mayor cuando una voz ronca que pretendía ser amable sonó tras ellas.

—¡Qué veo! Tres mujeres, y de buenos traseros...

Se volvieron espoleadas por aquella voz, que olía a vino barato y salía a trompicones de la boca del hombre. Lo miraron con aprensión. Palmira incluso llegó a susurrar: «Qué feo. ¡Y es calvo!», pero él pareció no escucharlo, o al menos no le dio importancia, y una de sus compañeras la pellizcó en la oscuridad, haciéndole dar un pequeño respingo.

Con eso, las tres se acercaron, a cada cual más meliflua, echándole los brazos encima al desconocido.

—¡Hola! Mirad qué hombre, qué pecho... ¿Quieres pasar un buen rato?

El tipo apenas podía mantenerse en pie. Palmira tanteó rápido para ver si localizaba la bolsa de las monedas que el borrachín debía de llevar pegada a su cuerpo, pero el calvo no estaba tan ebrio como aparentaba, de modo que, con un gesto rápido, le tomó la mano a la muchacha y se la llevó a la entrepierna.

—¡Debes de ser descendiente de Príapo! —exclamó cuando palpó el espléndido falo del hombre, que se echó a reír estúpidamente.

—¿Con cuál de nosotras te gustaría pasar un rato, querido? —le preguntaron.

El hombre las miró con calma, como si estuviera evaluando a unas mulas viejas; les palpó los pechos y les pellizcó los traseros sin que ellas pusieran mucha resistencia.

—¿Por qué elegir a una cuando puedo disfrutar de las tres?

Ante aquella insinuación, Palmira volvió a poner mala cara.

—Si quieres montar una orgía, hay mujeres que se dedican a eso. Yo nunca...

—¡Oh, vamos! Eres la más joven, así que también la más tierna y apetecible —insistió él. Enseguida señaló a una de sus compañeras—. Pero ésa que está a tu izquierda tiene mejores tetas que tú. Y la de la derecha es más vieja, así que será la más experta. No tengáis tantos remilgos. Os pagaré un denario a cada una. Hoy me apetece divertirme de verdad...

Con las últimas palabras hizo sonar la bolsa, demostrando que no iba corto de monedas. Aquello fue suficiente para convencerlas. Se acercaron y empezaron a frotarse contra él allí mismo.

—¡No, queridas mías! No. Antes vamos a beber un poco más... Estoy seguro de que mujeres tan nobles como vosotras conoceréis algún lugar en el que poder encontrar una buena jarra de vino, ¿no es verdad?

Ellas rieron por lo bajo. Por supuesto que sí, aunque tendrían que salir del recinto amurallado y llegar hasta el puerto. Con un poco de suerte, terminarían de emborrachar a aquel pobre bobo y se llevarían todo su dinero sin tener que aguantar que las manoseara demasiado...

Justo cuando se escabullían hacia los muelles, comenzó a alzarse un resplandor rojizo a sus espaldas, al otro lado de la ciudad.

Un nuevo incendio se alzaba entre las murallas de Hispalis. El cuarto en nueve días.

Capítulo I

En Roma estaban de celebración. Aquel día, un magistrado había realizado la ceremonia del clavo, aquella por la cual en la antigüedad se introducía un clavo de bronce en el muro derecho de la *cella* que separaba a Júpiter de Minerva. Desde hacía sesenta y cuatro años, en cambio, el ritual se celebraba en el templo de Marte Vengador. De este modo, los habitantes de Roma esperaban aplacar la ira de los dioses para que se mostraran benévolos y permitieran que el clavo aprisionara las enfermedades para que no asolaran la ciudad. La ceremonia se realizaba desde hacía más de quinientos años: eran los Idus de Septiembre.

Ajeno a lo que estuviera aconteciendo en la capital del imperio, Gayo Longo Licinio concluía su exposición en la basílica hispalense. Si se la comparaba con la de Roma, o incluso con la de Córdoba, era un edificio pequeño. Para Hispalis, en cambio, era uno de los más impresionantes de la colonia. La nave central abovedada se alzaba muy por encima de sus cabezas, y las columnas que la separaban de las naves laterales se levantaban gráciles, haciéndoles sentir muy pequeños. El simple objeto de la basílica amedrentaba a la mayoría, pues allí se encontraba a los magistrados, allí se celebraban los juicios y allí se impartía justicia. Allí, más de un hombre había perdido su libertad en tiempos pasados y se había convertido en esclavo de otro o había sido condenado a muerte, aunque, la verdad, los casos en los que eso había

ocurrido en la ciudad portuaria del Betis eran más bien escasos.

La basílica estaba repleta de gente, algo habitual los días en que se celebraban juicios. Los ánimos de muchos estaban caldeados. Algunos se quejaban a los magistrados, ante los que pedían a voz en grito que había que hacer algo para evitar los incendios que se estaban sucediendo en la ciudad. Habían ardido cuatro *insulae* en los últimos días provocando la muerte de seis niños y cinco adultos. Pero aunque los vigilantes nocturnos estaban advertidos, nada impidió el incendio de la noche anterior.

Las voces iban y venían por la nave mientras Gayo intentaba hacerse oír ante el magistrado que juzgaba su caso. No era nada fácil, porque a unos pocos pasos se estaba celebrando otro juicio, y, como no había paredes que los separaran, las palabras se mezclaban, retumbando entre los muros, las columnas y el ábside, convirtiendo el momento en un galimatías que sólo los más acostumbrados eran capaces de descifrar.

Gayo actuaba como defensor de Cato Aelio, un hombre libre que acusaba a un tal Lucio Vitelo de haberle robado una piara de cerdos. El abogado defensor ya había expuesto sus pruebas y razonamientos, y ahora era el turno de Gayo. Cuando le preguntaron cuántas clepsidras necesitaría para su discurso, sonrió y dijo que con dos bastaba. El juez lo miró, se encogió de hombros y le hizo una señal para que empezara a hablar, cosa que llevaba haciendo durante buena parte del tiempo que había solicitado.

—... De modo que Lucio Vitelo intentó comprarle a Cato Aelio los cerdos y, ya que éste se negó a venderlos, decidió que se haría con ellos de otro modo, aunque para eso tuviera que infringir la ley.

»No hay mejor modo de cometer un crimen que convencer a todos de que dicho crimen no ha ocurrido. Y eso

es lo que intentó hacer Lucio Vitelo. Para ello se sirvió de perros; una manada de perros que para muchos son salvajes, pero que, no hay duda, conocen muy bien a Lucio. Quiso que todo el mundo creyera que los perros se habían comido a los cerdos. Pero, ¡ay!, no contó con el celo de Crotilo, el esclavo. Había estado guardando la piara y siguió a los cerdos de su amo, que iban siendo azuzados por los supuestos perros salvajes. Así fue cómo Crotilo los encontró en un claro. Sólo que Crotilo asegura que, cuando los vio, los perros no se comportaban como si fueran salvajes. Al contrario, mientras los cerdos temblaban arrinconados contra una roca grande, los perros se limitaban a mirar al hombre que se acercaba al claro: Lucio Vitelo.

«Lucio es un hombre que presume abiertamente de ser el mejor adiestrador de perros de toda la Bética. En más de una ocasión ha demostrado que es capaz de ordenar que sus animales den un solo paso en la dirección que les indica con el fin de agrupar a sus rebaños; incluso pueden traerle, sin dañarlo con sus poderosos colmillos, un pollo, una gallina o cualquier otro animal.

»Si los perros hubieran sido salvajes, sin duda habrían atacado a Lucio en el mismo instante en que lo vieron. Pero aquí lo tenemos, sin un solo rasguño en su cuerpo. —Voces airadas se alzaron para abuchear esas palabras—. Según cuenta Crotilo —continuó cuando las reprobaciones se apagaron—, los perros que se habían llevado a los cerdos se alegraron de verlo y lo recibieron con saltos y ladridos de alegría, moviendo sus rabos como el cachorro que ve a su dueño arrojarle un hueso recubierto de grasa. ¿Cómo podrían hacer algo así unos animales salvajes? Pues sencillamente porque no eran salvajes, sino perros adiestrados que conocían a Lucio a la perfección. Lucio se había dedicado durante varios meses a adiestrarlos, del mismo modo que hace con sus perros. Y con el mismo objetivo: que le llevaran lo que quisiera.

»De este modo, acostumbró a la jauría a su presencia, a que les diera de comer en el claro al que luego, muy oportunamente, llevaron a los cerdos. —Más abucheos. Alguien gritó: «¡A los cerdos habría que echarte a ti!», y muchos rieron la gracia. Gayo ni siquiera se inmutó—. Es más: se ha visto desde hacía tiempo a una manada de perros por esa zona, y desde que eso ocurre no se han producido ataques a rebaños, ni a piaras, ni a personas, ni a otros animales. De nuevo os pregunto por qué, y de nuevo os doy la respuesta: porque Lucio Vitelo alimentaba allí a esos perros, y como estaban bien alimentados no necesitaban atacar a nada ni a nadie.

»Lo que prueba definitivamente que esos perros conocían bien a Lucio es que ya no sólo él no tenga ni un rasguño, sino que tampoco lo tenga ninguno de sus otros perros. Su abogado ha defendido que Lucio liberó a los cerdos cuando sus perros lucharon contra los perros salvajes. Entonces, ¿cómo es posible que ni uno solo de los perros de Lucio resultara herido, ni siquiera una dentellada en una oreja o un rasguño en el lomo? ¿Y cómo es posible, si la lucha por liberar a los cerdos fue tan cruenta, que no se haya encontrado más sangre en el claro que la que pertenecía al único cerdo despanzurrado que se halló? Pues muy sencillo: porque no se produjo tal pelea. De lo contrario, ni siquiera Diana hubiera sido capaz de evitar que tanto perro junto saliera ileso de una batalla mayor que la que se produjo en las Galias, si tenemos que hacer caso de lo que dice Lucio.

«Todo esto prueba una intención, sobre la que luego volveré. Si Lucio, a pesar de todo, no hubiera tocado los cerdos de Cato, no hubiera pasado nada. Pero no; Lucio se los llevó. Y no sólo eso: se ha negado a devolverlos al que es su auténtico dueño. ¿Acaso la justicia de Roma puede perdonar una afrenta como ésta?

Gayo abrió sus largos brazos en un gesto expresivo. Sentía que alguien lo observaba; una mirada distinta a la de

los habituales espectadores de los juicios: inquisitiva y dura. Alejó la idea de su mente y volvió a concentrarse. Había llegado al punto clave de la cuestión, y ahora nadie se atrevía a llevarle la contraria ni a cuestionar sus palabras, porque todos sabían que el caso estaba a punto de desmoronarse para Lucio Vitelo. Ese hombre era claramente culpable, y así lo expuso Gayo.

—El abogado de Lucio alega que los cerdos dejaron de ser posesión de Cato. Asegura que fueron capturados por animales salvajes; sólo que ahora ya sabemos que no son salvajes, ¿verdad? —afirmó con media sonrisa sin que nadie le llevara la contraria—, Y asegura también que, al haber librado él a los cerdos de esos animales salvajes, le corresponden por derecho de caza. ¡Derecho de caza, nada menos! ¿Desde cuándo los cerdos son cazados, y no criados en piaras en nuestras granjas?

»Pero su abogado ha defendido aquí, y ha sido aplaudido por todos vosotros —dijo endureciendo la voz y señalando al grupo que antes lo había abucheado—, los palmeros a los que suele traer a sus juicios para que alboroten cuando habla su contrario, al tiempo que os paga para que vitoreéis sus alegatos a fin de influenciar a los magistrados... Vosotros, que sois capaces de aplaudir cualquier injusticia por unas monedas. Vosotros, que sois conocidos por todos los jueces de la ciudad a fuerza de ver vuestras caras en los juicios... Ha defendido, decía, que dejan de ser nuestras aquellas cosas que el mar o la tierra nos arrebatan. Asegura que no podemos reclamar como nuestro lo que una gaviota tome con su pico de nuestra mesa, o lo que el halcón lleve entre sus garras cuando pasa sobre nuestras cabezas. O lo que cualquier otra fiera nos arrebatase, sea la fiera un ave, un jabalí, un león... o perros salvajes.

»Y así mi colega quiere hacernos ver que Lucio Vitelo no es culpable de hurto, ya que no atacó a ningún cerdo ajeno, puesto que los cerdos ya no pertenecían a Cato, sino a los

perros salvajes...

Gayo hizo una pausa para coger aire, volviendo a sentir sobre él aquella mirada inquisitiva. Cuando retomó su discurso lo hizo con una voz algo más apagada, obligando a que los murmullos que volvían a levantarse se silenciaran si querían escucharlo.

—Tal vez podría tener razón mi colega abogado. Sí. Tal vez... —Parecía a punto de darse por vencido. Hablaba con la cabeza gacha, los brazos en jarras. El propio Cato contuvo la respiración. De pronto, alzó la cabeza y miró al juez con intensidad—. Tendría razón siempre y cuando el propietario inicial no pudiera recuperar lo que es suyo. Y, en este caso, Cato sí podía. Siempre que podamos recuperar lo que es nuestro, el objeto sigue siendo nuestro. Si podemos lanzar una piedra a la gaviota para que devuelva el trozo de pan, ¿acaso no lo hacemos? Y cuando eso ocurre, ¿quién de vosotros piensa que el pan ya no es vuestro, sino de la gaviota? —Algunas risitas se dejaron escuchar por lo bajo—. No. Siempre que podemos recuperar lo que es nuestro, sigue siendo nuestro, del mismo modo que cuando se produce un naufragio los productos del barco hundido nos siguen perteneciendo. Hay que recordar —aseveró elevando la voz, señalando al juez y más tarde al abogado contrario, que iba perdiendo color a medida que Gayo hablaba— que quien se lleva los restos de un naufragio arrojados a la costa debe restituir al propietario el cuádruplo de su precio. Y eso es lo que se debe hacer en este caso, pues no se trata de un simple rescate de cerdos sin dueño de las fauces hambrientas de unos perros salvajes, como quiere hacernos creer Lucio Vitelo.

Las voces se alzaron ahora con todas sus fuerzas. El círculo que formaban los que presenciaban el juicio se cerró. Muchas manos se alzaron con los puños cerrados. Gayo miró al magistrado, que tuvo que ponerse en pie y pedir silencio varias veces; aun así, los ánimos tardaron en calmarse. Gayo

observó el tiempo que le quedaba en las clepsidras y pudo ver que debía concluir sin demora. En cuanto el juez le dio la palabra, se apresuró a continuar.

—De este modo, queda demostrado que:

»Primero —comenzó a enumerar con los dedos—: Lucio Vitelo había intentado sin éxito comprar los cerdos de Cato Aelio.

«Segundo: Los cerdos, por más que quiera mi colega, no son cerdos salvajes y, por tanto, no pueden cazarse.»

«Tercero: Los cerdos fueron encontrados en un claro que Lucio solía frecuentar.

«Cuarto: No hay sangre en dicho claro; ni suya, ni de sus perros. Ni se ha encontrado perro salvaje alguno que esté herido o muerto como resultado de una supuesta pelea.

«Quinto: Se le ha visto en actitud amistosa con los perros salvajes.

«Sexto: Ha demostrado en diversas ocasiones que puede adiestrar perros para que lleven a cabo sus órdenes.

«Y séptimo: Se ha ejercido la acción exhibitoria sin resultados, ya que se niega a devolver los cerdos que continúan perteneciendo a Cato...

«Por todos estos puntos —dijo girando en torno a sí mostrando los dedos alzados—, es evidente que Lucio Vitelo es culpable de hurto flagrante, pues se ha demostrado que los cerdos los tiene él. Y que dicho hurto fue preparado durante mucho tiempo a fin de sustraerlos a su legítimo dueño, Cato Aelio. Todo esto lo llevó a cabo el acusado —aseguró señalándolo mientras miraba al juez— a fin de obtener beneficio y enriquecerse a costa de las propiedades de un hombre libre.

»Es culpable, además, de infamia. —Aquí las gentes ya no fueron capaces de gritar. Sólo de algunas gargantas salió

un quedo suspiro—. Lo es, ya que ha provocado un grave daño a Cato Aelio al arrebatarle a sus cerdos y negarse a devolverlos, motivo por el cual debe ver limitados sus derechos como hombre libre.

»Como consecuencia, solicito para Lucio Vitelo una *poena* del doble del valor de los cerdos, y una indemnización del doble del valor de dichos animales, así como la devolución de lo que quede de la piara, ganándose la infamia merecida por este delito de acuerdo con nuestras leyes.

»Y mucha suerte tiene de que no estén en vigor nuestras leyes más antiguas, pues de lo contrario habría solicitado que Lucio Vitelo perdiera su libertad y fuera entregado como propiedad a Cato Aelio.

De nada sirvieron los gritos, las voces ni los ruegos de Lucio Vitelo. Gayo había destrozado los argumentos del abogado defensor en la mitad del tiempo que aquél necesitó para exponerlos. Lucio no sólo perdía una buena cantidad de dinero: lo peor de todo era ser declarado culpable de infamia por haber cometido un acto indebido. A partir de ese momento, vería limitados sus derechos como hombre libre. Si en algún momento había soñado con obtener algún cargo público, sus esperanzas se habían esfumado de golpe.

Gayo se alejó del ábside atravesando la muchedumbre con cierta dificultad, buscando entre la gente los ojos que lo habían observado de forma tan detenida, aunque no volvió a sentir aquella sensación. Los que esperaban su propio juicio se apresuraban por acercarse a los jueces, los abogados iban y venían y el público se apelotonaba, de modo que necesitó su tiempo para acercarse a las puertas.

Una vez fuera, comenzó a bajar las escaleras, dejándose llevar por el gentío que abarrotaba el foro mientras se dirigía al pórtico sur, en el que multitud de puestos ofrecían sus productos. Pasó junto a la estatua en honor de Julio César, que concedió a la ciudad estatus de colonia y al que rendían

honores como fundador. Mientras caminaba, un vocero anunciaba unos juegos que se habían organizado para aquel mismo día: «Ciudadanos, daos prisa por llegar al anfiteatro. Hoy hay juegos, ya han luchado los *noxii*. A partir de la hora octava, diez parejas de gladiadores proporcionadas por Ulpio Trajano, y varios suplentes por si alguno resultara muerto, combatirán sin tregua. El famoso Léntulo el Bello luchará entre ellos. ¡Viva Léntulo! ¡Viva Ulpio Trajano!». Pudo comprobar que algunas mujeres se apresuraban con las compras para poder asistir a las luchas. El, en cambio, se detuvo en uno de los puestos de comida y compró una empanada rellena de cordero condimentado con miel y menta que despachó allí mismo mientras recibía los elogios de Lucrecio, el esclavo que solía acompañarlo. Acto seguido, giró a su derecha y se encaminó hacia las termas.

Estaba a medio camino cuando, un poco más adelante, se armó un revuelo. Primero se oyeron unos gritos y unas maldiciones seguidas de algunos ladridos. De inmediato, las risas de los que estaban cerca se elevaron por encima de los ruidos habituales del foro.

—¡Eso te pasa por usar carne estropeada, Crespo! — vociferó alguien, y las risotadas arreciaron.

Cuando Gayo se acercó, pudo comprobar que Crespo, el propietario del puesto, peleaba con un perro de tamaño más que respetable en un inútil intento por evitar que el animal se llevara una ristra de salchichas. Como no podía ser de otro modo, el can salió vencedor, se revolvió ante la tarima de madera en la que se exponía el género, ahora más vacía que momentos antes, y salió corriendo.

—¡Sé quién es tu dueño, maldito chucho! ¡He visto tu collar!

Crespo rugía, más que pronunciaba, aquellas palabras, salpicando de saliva a los presentes como si el perro rabioso fuera él. Gayo se acercó por detrás.

—¿Sabes de quién es el perro? —preguntó.

—¡Claro que sí! Pertenece a Plauto, el capataz de Villa Oleum. Se escapa de vez en cuando, cruza los campos, media ciudad, iy viene hasta mi puesto a robarme las salchichas!

—Bueno, en ese caso siempre puedes plantearte interponer una denuncia. Si te lo piensas, busca a un jurisconsulto. Cualquiera de ellos podrá ayudarte... No, cualquiera no... No visites a Lucio Balbo; es un buen jurisconsulto, aunque demasiado conservador. Lo conozco bien; al fin y al cabo, fue él quien me enseñó a ejercer como abogado —concluyó con una sonrisa en la mirada—. Si te animas a denunciar, búscame; te representaré en el juicio. — Se giró hacia Lucrecio—. Págale el precio de las salchichas robadas. Y procura atrapar a ese perro y devolvérselo a su dueño.

—¡Pero, dómine!

—Hazlo, Lucrecio. Yo tardaré en salir de las termas.

Crespo se inclinó ante él, deshaciéndose en agradecimientos y bendiciones tras aquello. El abogado se despidió con un asentimiento de cabeza y entró en las termas pensando que, si cobrara por cada caso que se presentaba ante él, sería uno de los hombres más ricos de Roma.

Capítulo II

El edificio de las termas tenía dos entradas. Una de ellas se encontraba en el lado sur, resguardada de miradas curiosas al abrirse justo frente a la cisterna principal de la ciudad. Ese acceso llevaba directamente a las estancias en las que los visitantes podían encontrar a las prostitutas. Gayo opinaba que acceder a las termas por esa puerta si lo que buscabas era una mujer resultaba mucho más llamativo que hacerlo por la entrada principal. Para empezar, el tránsito por aquella parte del edificio era tan escaso que cualquiera que caminara por allí llamaba de inmediato la atención. En segundo lugar, dado que quienes pretendían que no se les viera procuraban taparse la cabeza, terminaban por convertirse en auténticos faros en los que fijarse. No habían sido pocas las veces que, durante su juventud, había jugado a adivinar quién era aquel hombre oculto bajo una capucha que llamaba a la puerta. Uno de los pocos juegos en los que Gayo vencía a su mejor amigo, pues una cojera, por pequeña que fuese, una prenda de vestir o un nudo característico en los zapatos le valían para reconocer de inmediato al que procuraba pasar desapercibido.

Cuando entró en las termas, el vocerío se recrudeció. Si en el foro era un parloteo continuo, allí dentro era un auténtico griterío: los esclavos vociferaban ofreciéndose para ayudar en el aseo o brindando pasteles a los visitantes, y sus berridos rebotaban en las paredes, causando un eco

atronador al que se unía el chapoteo del agua y el ruido de los que se ejercitaban en la palestra. Por debajo de todo eso se oía el murmullo constante de las conversaciones.

Gayo se dirigió a los vestuarios, situados a la derecha. La estancia tenía forma semicircular y unos bancos de piedra recubiertos de mármol negro recorrían todo el perímetro. Sobre ellos, una serie de vanos permitían a los visitantes dejar sus ropas. Gayo se despojó con alivio de la toga, luego de la túnica y se desató las largas tiras de color marrón oscuro que le ataban los *calcei* a la pierna. Por último, se quitó la ropa interior y colocó todas sus prendas sobre los *calcei*, y todo ello fue a parar a uno de los huecos de la pared. Estiró los dedos de los pies con placer, tomó una toalla de la más suave lana y, sin mirar siquiera el mosaico que adornaba el suelo y representaba a Poseidón rodeado de pulpos, delfines y peces, salió del vestuario.

A pesar de que prefería bañarse en su propia casa, aquel día necesitaba refrescarse. El mes de septiembre estaba siendo más caluroso de lo normal, y aunque siempre disfrutaba de un buen juicio, lo cierto es que, sin que supiera el motivo, exponer ante los magistrados solía hacerle sudar. Había esperado que, debido a lo temprano de la hora y a las sesiones que seguían realizándose en la basílica, las termas estuvieran más tranquilas, pero al parecer muchos habían tenido la misma idea que él.

Cualquier otro día se hubiera dirigido en primer lugar a la palestra. No es que fuera un buen gimnasta, pero disfrutaba dedicándole algún tiempo a ejercitar los músculos con las pesadas pesas de plomo. Aquel día, sin embargo, estaba tan agobiado como para salir directamente a la sala central, así que cogió unas sandalias de madera para no quemarse los pies debido al calor del suelo y se adentró en el barullo.

Comenzó a ver caras conocidas de inmediato y, comprendiendo que era imposible quedarse en un rincón,

optó por acercarse al grupo más pequeño. Lo formaban Vero Arminio, un sacerdote de Hércules ya mayor, vivaracho y bonachón, tan delgado como el propio Gayo, aunque mucho más bajo, y al que conocía bien, pues la casa de Gayo estaba casi muro con muro con el templo de Hércules. El otro era Aulo Longino, un comerciante de vinos al que hacía tiempo había representado en uno de sus primeros casos. En aquella ocasión, Aulo había logrado una buena recompensa y eso había forjado cierta amistad entre ellos. Además, ambos tenían un carácter similar y disfrutaban jugando al *latrunculi* de vez en cuando. Había también un tercer hombre, un desconocido que dejó de serlo tan pronto como llegó hasta ellos.

—¡Longo! —lo llamó Aulo cuando vio que se les acercaba. El comerciante estaba ahora mucho más grueso que cuando Gayo lo conoció—. Ven aquí, buen amigo.

Un esclavo se acercó al abogado; Gayo dejó la toalla junto a los bancos, abrió los brazos y dejó que lo embadurnara en aceite para pasarle a continuación el *estrigilo*. En el poco tiempo que duró el proceso, Aulo le presentó al desconocido.

—Este es Antonino Pontio, un lanista llegado de Córdoba.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó Gayo, interesado. Tras la reforma de Augusto había pocos lanistas con los que poder mantener una conversación.

—He oído que tenéis en Hispalis un auténtico picto. Dicen que ha ganado varias peleas, que es un verdadero salvaje que maneja la espada como el mismísimo Marte. He venido para intentar comprarlo, aunque no será fácil; cada vez es más complejo mantener un *ludus* —concluyó con una voz abatida que no parecía propia de un hombretón como aquél.

El esclavo había terminado sus labores de aseo, así que Gayo se introdujo en el agua caliente dejando atrás las sandalias de madera. Tuvo que aguantar la respiración por

un momento debido al calor. El esclavo cogió una escoba y barrió los restos acuosos de su tarea, introduciéndolos en la piscina antes de alejarse. Antes de que diera un par de pasos, a Gayo ya le caían gruesas gotas de sudor por la frente.

—He visto a ese picto —decía el sacerdote—. Sin duda es un buen gladiador, fiero y salvaje, letal con sus dos espadas.

—¡Dirás con sus tres espadas! Por lo que se puede leer en las pintadas que dejan las mujeres por las calles, debe de ser una fiera en la cama...

—Espera, Aulo... ¿Habláis de Léntulo, ése al que llaman el Bello? —le interrumpió Gayo.

—Justamente —asintió el comerciante.

—Pues, como dice Vero, es sin duda un buen gladiador. No creo que te resulte fácil comprarlo.

El lanista se encogió de hombros sin abandonar la sonrisa, antes de responder.

—Tal vez. Haré mi oferta y veremos qué saco. Puedo llegar a ser muy persuasivo. —Y al pronunciar aquellas palabras le brilló una mirada fiera.

—Antes de que llegaras, Antonino nos hablaba de las últimas noticias de Roma. Las cosas no parecen estar muy bien por allí —afirmó Aulo. En ese momento, un esclavo pasaba junto a ellos ofreciendo unos panecillos rellenos de carne y cebolla. Sus gritos eran tan fuertes, que a Gayo le costó entender lo que había dicho su amigo.

—¿Ha ocurrido algo? —quiso saber, un tanto preocupado. No es que hiciera mucho caso de las habladurías cotidianas, pero Aulo solía estar bien informado.

—Más noticias sobre los incendios... —intervino Vero.

—Así es. —Antonino pareció feliz de poder recuperar el protagonismo que había perdido con la llegada del abogado y

volvía a hablar con aquella voz tan nasal—. Hay miles de ciudadanos que han perdido sus casas. El propio Nerón es uno de ellos —anunció, despertando muecas de desagrado en el comerciante y el sacerdote.

Gayo, en cambio, sonrió para sus adentros: nunca dejaba de sorprenderle lo mucho que disfrutaban las gentes, incluso las más respetables, con un buen chismorreó. Aunque fuera uno ya conocido como aquél.

—Una pena que ardiera el viejo palacio de Augusto...

—Cierto. Tuve ocasión de verlo una vez —explicó Vero ante la mirada de sus acompañantes—. Desde lejos, por supuesto; Nerón nunca me ha invitado a visitarlo, algo que prefiero tomar como un gesto de cariño. Con nuestro emperador nunca se sabe lo que puede pasar...

Unas risitas por lo bajo de los hispalenses acompañaron al comentario. El lanista, en cambio, respondió en tono serio.

—Pues lo cierto es que ha demostrado ser el más bondadoso de los gobernantes. Ha abierto el Campo de Marte, y también los jardines imperiales, para alojar allí a todos los que han perdido sus hogares.

—No nos malinterpretes, Antonino —terció Vero con voz amable—; no encontrarás en nuestra ciudad un solo hombre que no ame y respete a Nerón como se merece. Hispalis es una colonia que aprecia a nuestro emperador.

Aquello pareció calmar al lanista, que retomó la palabra junto con la sonrisa de dientes picados.

—¿Recordáis que se dijo que el incendio había durado nueve días? —Tras el asentimiento de sus oyentes, continuó—: Pues no fue así. Hubo dos incendios —aseguró, acercándose más a sus acompañantes y levantando otros tantos dedos—. El primero duró cinco días. Cinco días en los que los encargados de combatirlo hicieron el esfuerzo de los titanes. Y cuando ya estaba controlado, estallaron nuevos

incendios. Se dice que fue Tigelino —concluyó bajando mucho la voz.

—¿El prefecto de los pretores? —inquirió Gayo, que era el menos interesado en todo aquello—. Eso no tiene sentido. ¿No dicen que su casa fue una de las que ardió?

—Querido Gayo —rio el sacerdote—, no debes ser tan ingenuo siendo abogado. ¿Cuántas veces se ha demostrado que un hombre borra sus huellas mostrándose como el primer perjudicado?

—Sea como sea —siguió el lanista—, la ciudad fue devorada por el fuego durante cuatro días más. En total, tres de los catorce distritos romanos han sido destruidos. Y otros siete han sufrido gravísimos daños; de los edificios que albergaban apenas la mitad están todavía en pie.

—Al menos hubo pocos muertos...

—Así es, Vero. Los dioses fueron benévolos. —El lanista le dio la razón y, acto seguido, mordió uno de los pastelillos que tenía a mano, sobre una bandeja de plata.

—No ocurre lo mismo aquí —comentó Aulo con voz apesadumbrada—. Nuestros incendios están siendo desastrosos. Ayer murieron otras dos personas en la *insula* que ardió durante la noche.

—La gente está preocupada. —Gayo suspiró al darle la razón—. Los ánimos en la basílica estaban alterados.

—Siempre ha habido incendios y siempre los habrá —espetó Aulo mientras se rascaba una oreja.

—Sin duda: pero la gente está inquieta después de lo ocurrido en Roma; temerosa, más bien —explicó Gayo con una negación triste de cabeza—. Cuentan que, tras lo ocurrido anoche, los vigilantes fueron abordados por una turba y escaparon por muy poco de ser linchados allí mismo.

—Tú estás cerca de los magistrados, Gayo. ¿Acaso no

hacen nada?

—Claro que sí, Vero —dijo con voz cansada. Era habitual que se culpara de todo a los magistrados y a los vigilantes—. Según he podido oír, la actuación de ayer de los vigilantes nocturnos fue la más rápida que se conoce. Por eso no se quemó todo el edificio, y probablemente gracias a ellos el incendio no afectó a los edificios circundantes. Podía haber sido mucho más grave.

—Eso no contentará a la plebe —terció el sacerdote—. Están asustados.

—Es comprensible. Pero no se les pueden pedir responsabilidades a los magistrados, ni a los vigilantes — insistió el abogado—. Al fin y al cabo, los incendios son habituales —Aulo le señaló con el dedo, dándole la razón—, más aún en un septiembre tan caluroso y seco como el que estamos teniendo este año. ¿Cuánto hace que no llueve?

—No es ése el único problema que estamos teniendo con el agua últimamente... —La voz del sacerdote bajó un par de tonos para evitar que lo escucharan los que estaban cerca, y ese cambio llamó la atención de sus acompañantes, que lo miraron con ojos interrogadores al tiempo que estrechaban el círculo—. Se rumorea que los funcionarios encargados de cobrar los impuestos sobre las nuevas canalizaciones de agua que se instalaron tras la construcción del acueducto no son todo lo intachables que deberían y aceptan sobornos: por el precio adecuado, puedes conseguir que el caudal de agua que llega hasta tu casa sea mayor que el concedido por las autoridades, o incluso disponer de una canalización sin haber pagado el impuesto debido.

Callaron unos instantes: no era nada nuevo que los funcionarios aceptaran sobornos, y aquel asunto se prestaba a la perfección a la picaresca, pues el acueducto apenas se había inaugurado un año atrás y todo el mundo quería llevar agua hasta sus casas al menor precio posible.

—Dicen que el incendio en Roma comenzó en las *tabernae* del pórtico del Circo... —Antonino quería volver a formar parte de la conversación, pues nada sabía de las habladurías locales, y sólo se le ocurrió decir eso.

—Aquí también han ardido algunas tiendas. La gente es descuidada —aseguró el sacerdote—, se acuesta con las velas encendidas, o no apaga bien los hornillos en los que han preparado la cena.

—Poco importa cómo se estén produciendo los incendios. Lo que importa es que, si no terminan, tendremos un problema. La gente está asustada, y no hay nada peor que el miedo para inflamar los ánimos de la plebe.

Aulo calló y se acercó a la fuente situada junto a ellos para refrescarse. Bebió con cierta ansia, se frotó la boca con el dorso de la mano y regresó con sus compañeros, que permanecían en silencio. Entonces miró a Gayo y, señalándolo con el dedo, le habló con voz dura:

—Tienes tratos con los magistrados, Gayo. Habla con ellos y adviérteles. Puedes creer lo que te digo: si las cosas no cambian, tendremos serios problemas.

Las últimas palabras cayeron como una losa entre ellos, y todos quedaron callados. Vero se rascó el escaso pelo de la coronilla, retirando la mano con disimulo cuando se dio cuenta de que estaba dejando entrever una calva incipiente; Aulo cerró los ojos y hundió la cabeza en el agua, emergiendo poco después con el rostro enrojecido por el calor. Antonino, a quien no le preocupaba todo aquello de los incendios hispalenses, apretó el estómago para lanzar una ventosidad bajo el agua.

Ése fue el momento que eligió Gayo para despedirse y abandonar el *caldarium*. De repente sentía demasiado calor allí.

Capítulo III

Gayo cogió la toalla y se alejó en dirección al *ninfeo*. En cuanto se cruzó con otro esclavo, le pidió que volviera a aplicarle aceites y le pasara el *estrigilo*; necesitaba desembarazarse de la sensación de agobio y calor. Echó de menos a Lucrecio, el esclavo al que había enviado a las afueras de la ciudad con el perro, y pensó que tendría que pagar dos veces las labores de los esclavos. Sintiéndose más limpio, fue al *frigidarium*, se dio una zambullida rápida y salió poco después, tomando el camino hacia el peristilo que enmarcaba el jardín situado en el lado opuesto a la palestra. Una vez en él, pasó bajo los arcos situados a su derecha, recorriendo todo el perímetro hasta llegar al extremo opuesto, lugar en el que se abría una puerta de madera tallada. Junto a ella se situaba un esclavo negro, alto y fornido, que vigilaba el acceso. A su lado, en una pequeña mesa, había varias piezas colocadas. Parecían monedas, sólo que no lo eran. En cada una de ellas se representaba a varias figuras manteniendo relaciones sexuales en diferentes posturas: él situado detrás de ella; ella encima; otra practicando una felación; en grupo... El visitante sólo tenía que elegir la pieza que deseara, pagar su valor al esclavo y entregársela a la prostituta correspondiente una vez cruzada la puerta. De este modo, los proxenetas evitaban que las mujeres les entregaran menos dinero del recaudado.

Gayo no estaba allí para buscar ese tipo de placer.

—Vengo a ver a Libia.

El esclavo asintió y le permitió entrar.

Se introdujo en un pequeño pasillo, fresco y en penumbras, que daba acceso casi de inmediato a una escalera. Tras dejar a su derecha la puerta que llevaba a las habitaciones en las que se oían los gemidos de las prostitutas y sus clientes, subió varios escalones. Una vez en la planta de arriba, se encontró en un largo pasillo. A la izquierda, en la parte superior de la pared, varias ventanas iluminaban la zona. A la derecha se abrían diversas estancias. Se detuvo ante la primera, llamó a la puerta y entró.

—Hola, Libia.

No fue consciente, pero su voz era, de pronto, más cálida, y la sonrisa que había perdido en el *caldarium* volvía a curvar sus labios.

—Me alegro de verte de nuevo —respondió ella, inclinando la cabeza.

Libia era, sin duda, una mujer hermosa. No de ésas que hacen que un hombre se gire para mirarla con deseo, ni tampoco de las que provocan que la mente de un varón se quede en blanco, atento sólo al cuerpo o al rostro que contemplan. Era una belleza serena y silenciosa.

Su piel estaba muy tostada y mostraba el tono de las almendras maduras. El rostro quedaba a la altura del pecho de Gayo, pues no era una mujer de baja estatura. El cuello era firme, el mentón ligeramente prominente. Los labios, gruesos, estaban maquillados de rojo tras pintarlos con el poso del vino, y sus pómulos altos enmarcaban unos ojos pequeños, del color del ébano, brillantes y vivos, con una luz calmada en su interior y resaltados por finas líneas pintadas con antimonio. Una trenza de oscuro pelo adornaba su cabeza como si fuera una diadema, mientras que el resto del cabello caía en bucles a su espalda. Vestía una túnica fresca,

de lino color marfil con ribete azul, cuyo escote le bajaba casi hasta el estómago, perfilando unos pechos pequeños y enhiestos. La pieza subía por los hombros, y un pasador ancho de cuero la unía bajo el cuello para evitar que cayera. No lucía joyas; ni collares ni brazaletes, ni pendientes, pulseras o anillos. Tampoco le hacían falta.

Se inclinó ante Gayo, que entró en la estancia y se acercó a una litera de madera situada en mitad de la sala de masaje.

No era una habitación demasiado grande. Frente a la puerta, una ventana abierta en el techo inclinado aportaba luz, aunque ésta quedaba tamizada por la celosía y una pequeña cortina, de modo que la sala quedaba en penumbra. Bajo la ventana, Libia disponía de un pequeño altar. En él solía rezar antes de empezar su tarea como masajista, de modo que acostumbraba a colocar allí algunas velas y un par de frascos votivos. La pared estaba pintada hasta media altura de un rojo oscuro, rematado por una cenefa de motivos geométricos. El resto de la estancia era blanca, excepto el techo de madera, que dejaba las vigas a la vista.

—Hacía días que no venías... —No fue un reproche. Más bien una muestra de interés por lo que había estado haciendo.

Gayo suspiró antes de contestar mientras dejaba la toalla en una repisa destinada para ello y subía a la litera.

—Y no creas que no lo he echado en falta. He estado muy ocupado, preparando el juicio.

—Malas son aquellas cosas que alejan al hombre de sus placeres —respondió ella casi en un susurro, al tiempo que lo ayudaba a tumbarse boca abajo.

La madera apenas se quejó bajo el peso del hombre. Libia se dirigió al altar, profirió unos rezos rápidos, encendió una de las velas y tomó de un cofrecillo que había en el suelo

un pequeño frasco. Vertió en su mano aceite perfumado y regresó junto a él.

Comenzó a frotarle levemente la espalda. Gayo tenía un físico peculiar: era alto y muy desgarrado, de extremidades largas y bastante delgado; pero sus músculos estaban bien tonificados, no como los de muchos otros hombres que pasaban demasiado tiempo tomando baños o apoltronados en sus camas. La mujer se permitió el lujo de dejarlo ronronear un poco, y cuando notó que soltaba el primer suspiro profundo, pasó a las piernas.

Estuvieron un tiempo en silencio, oyendo sólo el suave golpeteo de las manos firmes de Libia presionando sobre el cuerpo que tenía frente a ella. No hacía falta que le dijera lo que quería; Gayo visitaba varias veces por semana a la masajista, llevaba varios meses haciéndolo. Con el tiempo, habían ido adquiriendo esa confianza que permite a dos personas estar cómodos aunque no se diga una sola palabra durante largo rato.

A Gayo le había costado reconocerlo, incluso para sí mismo, pero las visitas a Libia se habían convertido en uno de los momentos más esperados de la semana. Hacía mucho que había tomado la costumbre de recibir un masaje de vez en cuando en un gimnasio. Luego, probó en las termas, aunque las primeras veces no lo disfrutó mucho. Le costaba relajarse, pues las salas de masajes estaban situadas sobre las habitaciones de las prostitutas de la planta baja, con lo que los ruidos lo ponían nervioso y tardaba más en sosegar. Un día decidió entrar en la primera de las salas, la que quedaba justo sobre la escalera. Descubrió que, aunque de vez en cuando alguien cruzara la puerta principal, lo normal es que lo hiciera con cierto reparo, de modo que procuraba pasar desapercibido. Para cuando salía, estaba lo suficientemente relajado como para no hacer demasiado ruido, y puesto que las habitaciones inferiores se situaban más al fondo del pasillo, el cambio fue para mejor.

Por aquel entonces la masajista era Úrsula, una mujer mal encarada que hacía magia con las manos. Una mañana se enteró de que la pobre había muerto durante la noche sin que se supiera el motivo. Y entonces llegó Libia.

Cuando la vio no le llamó demasiado la atención, excepto por sus ademanes tranquilos; era una mujer más de las muchas que había en las termas. Cuando un hombre sale de una piscina en la que está desnudo con varias mujeres, también desnudas —muchas de ellas de las mejores familias de la ciudad—, contemplar a una esclava vestida no supone ninguna novedad. Sin embargo, momentos más tarde descubrió que recuperaba una sensación que hacía tiempo que no vivía. Se recordó a sí mismo caminando por un bosquecillo cercano al que solía cabalgar cuando era joven. Le gustaba ir allí en otoño, después de un día lluvioso, cuando el sol aparece con timidez para volver a calentar a los hombres y la tierra huele a madera húmeda, a vida y a quietud. Y supo que aquella sensación estaba provocada por la mujer que frotaba su espalda con dedos de seda y acero. Ese mismo día, cuando salió de las termas, tomó su caballo y fue al bosquecillo. Desde entonces, sus visitas a Libia habían sido cada vez más frecuentes.

—Me gustaría estar en Roma. ¿A ti no? —dijo de repente, sin moverse y con los ojos cerrados.

Libia supo que había llegado el momento en el que Gayo tenía ganas de hablar. Lo normal era que los que la visitaban no quisieran escuchar, sólo sacar lo que guardaban dentro: los problemas en su casa, el mal negocio que habían hecho..., o el bueno. Lo orgullosos que estaban de sus hijos... La habían entrenado bien y sabía hacer las preguntas adecuadas para permitir que el cliente se desahogara: «¿Tu esposa no se da cuenta de lo mucho que te esfuerzas por tu casa?», «¡Enhorabuena! Te lo mereces. ¿Cómo te beneficiará el trato?», «¿Y no hay nada que podáis hacer para remediarlo?», «Sin duda habéis sabido hacer de él un buen

hombre», o cualquier otra cosa parecida. Pero eso no funcionaba con el abogado. Durante un tiempo se resistió, no era buena idea congeniar con un decurión cuando se es una esclava, pero no había podido hacer nada por evitarlo. Aquel abogado era amable, cariñoso y atento. Por supuesto, no pretendía nada más que un rato de conversación amena. Pero sus charlas eran cada vez más íntimas. Aquella pregunta la contestó tras un breve suspiro:

—Debe de ser una ciudad en la que podría perderme con facilidad. —Bajo sus dedos, sintió los pequeños temblores de la risita de Gayo y se le contagió una sonrisa—. ¿Por qué te ríes?

—Cualquiera que no conozca Roma se perdería sin duda en ella, Libia, no sólo tú. Pero no me refería a callejear por entre sus *insulae*, sino a su grandeza, a sus fiestas... Me gustaría ver al magistrado introduciendo el clavo en el templo de Marte, los juegos romanos, los capitolinos! ¿No te gustaría?

—El mundo es demasiado grande para una mujer como yo. —Retiró las manos para aplicarse más aceite y evitar que Gayo notara su temblor. Por supuesto que le gustaría visitar Roma; y Córdoba, Gades, ¡Alejandría!—. Los muros de Hispalis son suficientes para mí, no anhelo más.

—Tonterías. —Gayo giró el cuello para mirarla a los ojos, pues en ese momento le masajeaba los brazos—. Disfrutarías viajando, estoy seguro. Eres una mujer inquieta a la que le gusta aprender. Me haces tantas preguntas sobre leyes que a veces me dan ganas de tomarte como discípula.

Ahora fue ella la que no pudo evitar la risa.

—Me aburriría demasiado si sólo fueran mis manos las que hablaran... —contestó con alegría.

—¿Así que sólo hablas conmigo por trabajo?

El abogado no pensó sus palabras, aunque al

pronunciarlas tuvieran un regusto amargo, así que la pregunta los sorprendió a los dos y ella no supo qué contestar. El frasco de aceite se le escapó de las manos y estuvo a punto de hacerse añicos. Se salvó en el último momento gracias a que Gayo lo cazó justo antes de que se estrellara contra el suelo.

Libia consiguió reponerse y contestar.

—Reconozco que es interesante. Además, se nota que disfrutas de tu trabajo.

—Créeme, disfrutaría mucho más de ese viaje a Roma... Un día iré. Y te llevaré conmigo —sentenció, antes de dejar que su cabeza reposara de nuevo sobre la litera.

—En ese caso, asegúrate de que hacemos el viaje por tierra. Sólo de ver los esquifes en el puerto me mareo —logró decir con un tono ligero.

El momento pasó con la broma, pero Libia se imaginó caminando por la gran urbe, viendo los inmensos edificios, contemplando a las grandes damas del imperio.

En ese instante, se abrió la puerta.

Tersites era griego; un hombre mayor, de cabello blanco y larga perilla. Robusto pese a su edad, de frente y rostro surcado por arrugas ya profundas, semblante serio y dueño de los ojos más azules que se pudieran encontrar en Hispalis. También era propietario de Libia, y de otras mujeres, entre ellas la que servía de *ornatrix* para Marcela, la esposa de Gayo.

—¡Oh! Discúlpame, Longo. Me dijeron que Libia estaba ocupada, pero de saber que estaba contigo hubiera esperado a que acabaras tu masaje.

Gayo se fijó en que el griego mostraba un rostro más grave de lo habitual, tenía las mejillas encendidas, las aletas de la nariz dilatadas y respiraba agitado.

—¿Ocurre algo?

Gayo realizó la pregunta mirando a Libia, que permanecía con la cabeza agachada después de haber saludado con tibieza a su amo.

—No quisiera molestarte...

—No lo haces. Dime, ¿qué ha ocurrido? —preguntó intrigado.

—Tal vez nada, Longo. Pero quisiera hablar un momento con Libia, si no te importa.

Ante el asentimiento del abogado, hizo una señal a la mujer para que lo acompañara al pasillo. Caminaron hasta el extremo contrario a fin de que nadie los oyera, pero Gayo era curioso por naturaleza y tenía buen oído.

—¿Qué sabes de Porcia? —le preguntó Tersites con voz urgente.

—Nada, domine. —Ella lo miraba fijamente, con los ojos cada vez más abiertos—. Sólo que salió ayer por la noche con Palmira y Glauca para trabajar en las calles. ¿Le ha pasado algo?

—Le ha pasado que no ha vuelto.

Lejos de parecer enfadado, Tersites estaba preocupado. Era un buen hombre, hacía negocios con las mujeres, pero no todos infames. Cuidaba de sus esclavas con mimo, les procuraba cuanto necesitaban y a cambio recibía buenos beneficios. Que una de ellas no hubiera vuelto después de una noche de trabajo no era normal.

—¿Qué vas a hacer, domine? —se atrevió a preguntarle.

La tez de Libia había perdido color. Se llevaba bien con casi todas las mujeres de Tersites.

—De momento, poner patas arriba la ciudad. Si no la encuentro, acudiré a la guardia. —Vio que Libia se mordía el labio y que un ligero temblor le sacudía los hombros, así que

procuró dulcificar la voz y hablar en un tono más despreocupado. Al hacerlo, posó una mano ya arrugada sobre el hombro de la masajista—. Tranquila, la encontraré. Lo más probable es que topara con algún marinero que la subiera en su barca, se emborracharan y ahora estén esperando a que se les pase la resaca para volver. —Le dio unas palmaditas en el dorso de la mano para tranquilizarla—. Vuelve con Longo. ¡Y haz bien tu trabajo! Es un buen cliente y tal vez compre a Acacia para su mujer. —Cuando Libia lo miró, los ojos del griego sonreían y la miraba como un padre mira a su hija. Todos sabían en la casa de Tersites que Libia era su favorita, por encima incluso de Acacia, la *ornatrix*.

Tersites se marchó despidiéndose con rapidez y Libia volvió a entrar en la sala de masaje. Gayo intentó retomar la conversación hablando de cosas triviales: contó un par de chistes, cómo había acabado el juicio, del que ya habían hablado días atrás con Libia y por el que ella se había interesado. Incluso sacó el tema que estaba en boca de todos: los incendios.

De nada sirvió. Libia apenas volvió a decir dos palabras seguidas. Tras pagarle, cuando ya se marchaba, vio que ella corría hacia el altar y elevaba sus plegarias. Al bajar las escaleras, le llegó la tersa voz de su oración.

—... íala pronto hasta nosotros, Venus Genetrix. Ruego que cuides de ella para que no le haya ocurrido nada en las aguas que dominas, Poseidón, y que vuelva rauda. Haz que regrese veloz como el viento y protégela con tu fuerte brazo, Hércules. A cambio, yo os honraré y os daré mi sangre.

Gayo supo que, en ese momento, ella se hacía un corte en la mano. Y se sorprendió al darse cuenta de que hubiera dado cualquier cosa por evitarle el dolor.

Capítulo IV

éntulo! iLéntulo! iLéntulo! iLéntulo!
-¡L Cerca de cuatro mil voces coreaban el nombre del gladiador, casi todas ellas femeninas, por lo que la mayoría provenían de las gradas más altas.

El anfiteatro se encontraba al otro lado de las murallas, en la zona este, más allá de las fábricas de los vidrieros y junto a la Vía Hercúlea, la más larga de toda Hispania, que transitaba desde Gades a Narbonem. El recinto dedicado a los juegos tenía cabida para más de diez mil personas, y estaba lleno a rebosar.

El programa estaba a punto de concluir. Habían luchado ya ocho parejas y quedaba el plato fuerte, pero las mujeres llevaban coreando el nombre de su favorito desde que llenaron las gradas. Ahora, sabiendo que el momento se acercaba, el estruendo era aún mayor. Tuvieron que esperar un poco a que algunos recogieran la sangre que se había derramado en el último combate: todos sabían que era un poderoso ingrediente para determinados filtros, muy apreciados en especial por aquellos hombres que no tenían descendencia. .. De modo que ahora recogían la de un gladiador que acababa de morir. No había sido ejecutado, ya que las luchas no solían ser a muerte, pero no había sido capaz de detener una estocada de su contrincante que le abrió un tajo en el estómago. Cayó al suelo al instante,

viendo cómo la vida se le iba por la herida. Lo retiraron con rapidez, pero no se pudo hacer nada por él y ahora cosechaban su sangre en copas para hacer con ella filtros que venderían a precio de oro.

Apareció Lupo, y la gente, o mejor dicho, las mujeres, lo abuchearon. Portaba las armas del murmillo: un casco adornado representando la cabeza de un lobo, con visera y amplios bordes, y rematado en una alta cresta de plumas de color rojo; el gran escudo rectangular; la *ocrea* protegiendo la pierna izquierda; el brazal de cuero que resguardaba el hombro y el brazo derecho y, por supuesto, su *gladius*. Lupo era un gladiador prometedor; había luchado cuatro veces, ganando tres combates y perdiendo otro. Su dueño tenía grandes esperanzas depositadas en él.

Por el modo en que lo recibieron aquel día, tanto daba que hubiera ganado quince combates; en Hispalis, el favorito era otro.

Lupo llegó al centro de la arena y esperó. Un instante después, la masa que aguardaba en las gradas se volvió loca.

Léntulo era un hombre alto, de hombros anchos y fuertes brazos. Sus piernas se podían asemejar a las columnas del templo de Júpiter Capitolino, tan largas y fuertes eran. Su pecho, poderoso, subía y bajaba con cada inspiración. El rostro era de facciones duras, como cortado a cincel por un escultor, con las orejas pequeñas y pegadas al cráneo. Los labios eran gruesos, la nariz recta y los ojos de un tono entre verde y gris. Las mujeres le habían puesto el sobrenombre de El Bello sin importarles que el gladiador se afeitara la cabeza; todas suspiraban por él.

Aquel día, como de costumbre, llevaba el cuerpo pintado con extrañas figuras azules, tanto en la cara como en el pecho. Se había hecho famoso por un estilo de lucha que pocos habían visto antes, pues peleaba portando una espada en cada mano, sin escudo ni casco; tan sólo vestía el *baltius*,

un cinturón que le protegería la parte baja del vientre, un par de botas altas y el brazal de cuero que le cubría el brazo derecho y del que partía una tira del mismo material que se cruzaba con otra que venía del hombro izquierdo, a la altura del corazón.

Esa aparente falta de aprecio por su vida no hacía otra cosa que enaltecer aún más a las mujeres, que se habían puesto en pie y aplaudían dejándose las manos.

No eran pocos los hombres que disfrutaban con su modo de pelear, pero saber que probablemente incluso su propia esposa también se sentía atraída por aquel inmenso picto impedía que Léntulo se hubiera convertido en el gladiador favorito para la mayoría de ellos.

Ambos luchadores saludaron al palco, y el *summa rudis* que arbitraría la contienda alzó su bastón para que comenzara la pelea. Al instante, Léntulo se lanzó contra Lupo, alzando sus espadas por encima del hombro derecho y descargándolas contra el escudo con tanta fuerza que el sonido metálico reverberó por encima de los gritos de la multitud.

—¿De veras crees que la situación es tan delicada, Ulpio?

Ulpio Trajano, el patrocinador de aquella jornada de juegos, se sentaba en el palco acompañado por Lucio Balbo, el jurisconsulto; Hilario Grato, uno de los *duoviros*; Aurelio Rufo, el *curator* del colegio de olearios, y algunos de los ediles de la ciudad.

—Me sorprende que preguntes eso —contestó mirando fijamente al *duoviro*—, Hispalis está a punto de estallar. ¿Por qué crees que yo, que ni siquiera tengo aquí mi residencia, he decidido pagar estos combates? —preguntó señalando con la mano a los dos gladiadores. En ese momento, Lupo empujaba con el escudo a Léntulo, pero éste, mucho más ágil y sin tanto peso que lastrara sus movimientos, se zafó de él con rapidez girando hacia su derecha. Gran parte de

mis negocios dependen de que vuestros puertos, vuestros barcos y vuestros depósitos funcionen sin problemas. Y ya ha ardido un almacén. Y ayer se quemó la *insula* de un primo mío.

—No me recuerdes lo del almacén. —Aurelio Rufo terció con un gesto cargado de rencor tras escupir las pepitas de la uva que comía—, Gran parte de la producción de aceite ardió esa *noche*. Las pérdidas son enormes. No sé qué dirá el prefecto de la Annona...

La voz apenas le salía y prefería clavar sus ojos en la lucha antes que mirar a sus acompañantes. El problema al que se enfrentaba era grave.

—Ahí lo tienes, Hilario. ¿Qué hará la gente cuando empiece a subir el precio del aceite? ¿Qué crees que hará si sus casas siguen ardiendo?

—Ya los has oído antes —intervino Lucio dándole la razón—, cuando gritaban contra los vigilantes *nocturnos*. Estoy con Ulpio: la situación puede estallar en cualquier momento.

Un grito de la multitud atrajo las miradas de todos ellos. Lupo había cargado contra Léntulo, pero, en lugar de dejarse avasallar, el celta había realizado un movimiento sorprendente para alguien de su tamaño: agachándose, había conseguido penetrar en la guardia del murmillero, echándose contra sus piernas y volteándolo en el aire. Lupo cayó de espaldas con gran ruido; sin embargo, cuando Léntulo se volvió para atacarlo, ya se revolvía poniéndose en pie.

—¡Vence, Léntulo!

La voz provino de una mujer situada un poco más arriba. Ulpio la observó un momento antes de retomar la conversación.

—Como bien dices, la gente ya nos ha hablado —comentó con un gesto de agradecimiento hacia el

jurisconsulto—. ¿Cuánto tenéis que esperar vosotros, los prohombres de Hispalis, para actuar? —preguntó irritado al *duoviro*.

—Sigo pensando que exageráis. Todos los años se producen incendios, no es nada nuevo —insistió Hilario con un gesto displicente y fijando la mirada en el combate.

—Es cierto, los incendios ocurren a menudo, y más aún en esta época del año. Sin embargo, se han producido demasiados en muy poco tiempo.

—Perdonadme, pero estoy con Hilario. —Aurelio habló agitando una mano para quitarle importancia a todo aquello —, Hasta ahora, quienes más hemos perdido hemos sido nosotros, los que nos dedicamos al negocio del aceite...

—Ten cuidado con lo que dices; cualquiera pensaría que afirmas que vale más una vasija de aceite que la vida de un hombre libre.

Aurelio entrecerró los ojos cuando miró a Lucio para reprocharle aquellas palabras. Se inclinó en el asiento y lo señaló con el índice.

—Eso díselo a los miles de personas que necesitan de nuestro aceite para vivir. No lo digo yo; lo dice la Annona. — Tras decir aquello, tomó su copa de un manotazo tan violento que se salpicó la toga de vino.

Ante la reprimenda, el jurisconsulto clavó la mirada en la arena.

Léntulo lanzaba en ese instante una estocada con la mano derecha que Lupo detuvo con su espada, propinando de inmediato un revés que hizo que el picto perdiera el equilibrio, aunque consiguió parar el golpe interponiendo las dos hojas. Pero ahora estaba de rodillas, y con la guardia abierta, de manera que el murmillo pudo coger impulso con el brazo del escudo y golpearlo en la cara con todas sus fuerzas, usando la enorme plancha de metal. Un chorro de

sangre manó del guerrero, y medio anfiteatro se puso de pie, ahogando un gemido. Muchas mujeres adelantaron sus brazos, como si con ese gesto pudieran proteger a su favorito.

Léntulo cayó de espaldas, pero cuando su contrincante le fue a clavar el escudo con un movimiento descendente, rodó hacia un lado, logrando que sólo encontrara arena. Se incorporó mientras escupía sangre, miró a Lupo y sonrió. Las mujeres volvieron a sus asientos al darse cuenta de que no debían temer por él. Al menos por el momento.

—Ya hay vigilantes y esclavos encargados de apagar un incendio si llega a producirse. —Hilario retomó el asunto sin dar su brazo a torcer. Al contrario, usaba un tono de voz cada vez más terco. Al fin y al cabo, Ulpio Trajano vivía en Itálica, y no en Hispalis, y por más poder y dinero que tuviera, no era quien para dictar las políticas que debían seguirse en su ciudad.

—Pues bien, os equivocáis. —Fue uno de los ediles sentados en la fila superior el que tomó parte de la conversación—. Si pensáis que nuestras villas, nuestras *domus* y nuestras vidas están a salvo, cometéis un error. ¿Acaso no os habéis enterado de lo ocurrido con Fabio Justo?

—¿Fabio Justo? ¿El hijo de Gneo?

Ulpio había agarrado con tanta fuerza el brazo del edil que éste se vio obligado a cogerle la mano para que aflojara su presa antes de seguir hablando.

—El mismo —respondió con tristeza.

—¿Qué ha pasado? —Hilario se había inclinado para escucharlo mejor. Aurelio, en la otra punta, prestaba atención, aún con semblante hosco.

—Encontraron su cuerpo esta mañana, entre los escombros de la *insula* que se quemó anoche —dijo el edil con voz apagada.

—Pero ¿cómo es posible?

—Nadie lo sabe bien, Ulpio —replicó Lucio con tristeza. El sí había oído algo sobre lo ocurrido—. Quizás el muchacho estuviera con alguna prostituta, ya sabes que a los jóvenes les gusta correr ese tipo de juergas a veces; por la emoción... —Ante la mirada reprobatoria del *duoviro*, cambió de tercio—. Quizás intentara sacar a alguien del edificio. Nadie lo sabe. Lo cierto es que una viga le destrozó la cabeza.

—Y si le destrozó la cabeza, ¿cómo se sabe que era él? —preguntó Aurelio con un evidente tono despectivo.

—Por uno de sus *calceus*. Por extraño que parezca, dado el estado en el que quedó el cuerpo, convendrías conmigo en que es difícil encontrar *calcei* en un lugar donde sólo se deberían hallar el tosco calzado de la plebe. Además —se apresuró a decir antes de que alguien lo interrumpiera alegando que un zapato como ése podría haber pertenecido a cualquiera—, llevaba un anillo de oro con una rara piedra engastada: el anillo que Gneo le regaló al cortarse la barba por primera vez. —Lucio observaba con creciente desagrado a Aurelio, que ni siquiera miraba en su dirección—. Esta mañana, los esclavos de su casa acudieron a la basílica. Fabio no había aparecido después de salir por la noche, y no lo habían hallado tras buscarlo por toda la ciudad. Cuando los llevaron al lugar del incendio, reconocieron al joven de inmediato.

—Esto lo cambia todo... No podemos seguir así. Tenemos que hacer algo. —Hilario se mordía el puño ahora, nervioso. Si el hijo de un decurión moría en extrañas circunstancias, era necesario buscar al culpable de lo ocurrido—. Cierto es que los incendios son habituales, pero no lo es que en uno de ellos muera el hijo de alguien importante. Hablaré con los vigilantes.

—Estoy de acuerdo en que debéis tomar cartas en el

asunto —aseguró Ulpio con un suspiro. Al fin lograba lo que llevaba toda la tarde persiguiendo. Pero aún quería algo más—. Y me parece bien que presiones a los encargados de vigilar las calles, pero creo que hay que actuar de otro modo.

—¿Qué propones? —preguntó el magistrado.

—Esta mañana estuve en la basílica y pude asistir a un juicio. Un joven abogado, Longo Licinio, hizo una magistral exposición y mostró grandes dotes deductivas. Creo que haríamos bien en pedirle que investigara la muerte de Fabio Justo. Su padre no se contentará con menos; y, a decir verdad, yo tampoco —concluyó tajante. Y a ninguno de ellos le pasó inadvertida la nota de amenaza de su voz.

—Conozco a Gayo —soltó Lucio con un bufido—. Un hombre de gran talento, aunque me temo que algo impulsivo...

—Talento es justo lo que necesitamos para este asunto —zanjó Ulpio con un gesto malhumorado. No era habitual que le costara tanto conseguir lo que se proponía—. Si lo que se esconde tras la muerte del joven Fabio es algo más que un desgraciado accidente, no será fácil descubrir lo ocurrido. Mañana mismo iré a verlo para pedirle que se encargue de investigar lo que está pasando, si cuento con vuestra aprobación, claro está.

—Me parece bien —afirmó Hilario—, Longo es un buen muchacho, de mente ágil. Cuentas con mi bendición. De hecho —añadió en un arranque—, yo mismo te acompañaré a verlo.

Aurelio se limitó a encogerse de hombros y meterse otra uva en la boca, mientras que Lucio asintió sin mucho más que objetar.

Solucionado el asunto, volvieron a prestar atención a la arena.

Léntulo y Lupo intercambiaban golpes; cuando el primero

asestaba un espadazo, el segundo lo detenía con el escudo para, a su vez, contraatacar y encontrar uno de los *gladius* del picto interponiéndose en su objetivo. En uno de aquellos intercambios, Lupo golpeó con el escudo y consiguió que Léntulo perdiera el arma que blandía en la mano derecha. El murmillo aprovechó la situación para dar una nueva cuchillada que a punto estuvo de hacer que Léntulo dejara de ser El Bello. Pero el picto fintó a un lado, se dejó caer, rodó por el suelo y propinó un tajo que cortó carne y músculo.

La pierna herida de Lupo no pudo aguantar tanto peso y el murmillo dobló la rodilla, apoyándose en el escudo. Desde atrás, Léntulo se volvió hacia su rival, le arrancó el casco y, levantándole la cabeza, le colocó la espada en el cuello. De inmediato, Lupo alzó dos dedos en señal de rendición.

El *summa rudis* interpuso su bastón entre el torso del picto y la cabeza del murmillo, que esperaba jadean te. A continuación, el árbitro del combate tomó el brazo de Léntulo y lo alzó en el aire, haciendo que la gente enloqueciera. Léntulo había vencido. Devolvió los *gladius* a las fundas colocadas a su espalda y dio un salto en el aire acompañado de un grito, un «¡Uuuuhhhh!» que fue coreado por la multitud, al tiempo que con los pulgares señalaba su espalda llamando la atención sobre sus armas. Las mujeres enloquecieron.

Como estaba previsto, se mantuvo con vida al murmillo, y de inmediato unos esclavos corrieron hacia él para sacarlo de la arena. Léntulo los siguió.

—¡Léntulo! ¡Léntulo! ¡Léntulo!

Las voces hacían temblar todo el anfiteatro.

Cuando el picto ya estaba a punto de abandonar la arena, una mujer se asomó por las gradas y logró que su voz llegara hasta el gladiador.

—¡Léntulo! ¡Esta noche serás mío! —afirmó mostrándole

una bolsa llena de monedas.

El gladiador se detuvo llevándose la diestra a la entrepierna.

—¡Mi falo y yo te estaremos esperando! —le respondió.

Y la mujer se puso a dar pequeños saltos de alegría.

Capítulo V

El sol quería ponerse tras las lomas que se elevaban más allá del Betis cuando Gayo regresó a su casa.

Su *domus*, situada al norte del foro, justo por encima del templo de Hércules, no era la más grande ni tampoco la más lujosa de la ciudad, pero él no la hubiera cambiado por nada del mundo. Se sentía cómodo en ella, y la única molestia que podía alegar alguna vez era el ruido de los adoradores del semidiós que diera origen a la ciudad. Por desgracia, no podía decir que su esposa estuviera tan a gusto como él.

Cuando llegó, la panadería situada junto a la puerta de entrada ya estaba cerrada; era un negocio que le rentaba una buena cantidad de dinero, con una familia trabajadora, responsable y que siempre cumplía a tiempo con los pagos por el arrendamiento del local, lo que no era tan habitual. Además, como había tenido la precaución de crear una cámara de aislamiento entre la *taberna* y la casa, el ruido que provenía de la tienda quedaba convertido en un simple murmullo apagado que apenas se percibía una vez pasabas al peristilo. Aun así, las habitaciones más cercanas a la panadería eran las de los esclavos.

Abrió la puerta, saludó a Casto, el esclavo que guardaba la entrada, y apenas había pisado el peristilo cuando un rumor de pasos envueltos en seda le anunció la llegada de Marcela. Como cada vez *que la veía*, se le detuvo el corazón

cuando toda su sangre decidió concentrarse en otra parte de su cuerpo.

Su mujer llegó con el caminar sinuoso y felino al que él no terminaba de acostumbrarse: meciendo las caderas en un movimiento que los ojos del abogado seguían como si tuvieran vida propia. Vestía una túnica ligera, de color verde mar con bordados en oro, cuyos estrechos tirantes escalaban por los hombros dejando los brazos al descubierto. El escote en pico era amplio, y la tela apenas se atrevía a cubrir la redondez de unos pechos generosos, altos y firmes; menos aún si, como era el caso, uno de los tirantes se declaraba en rebeldía y decidía resbalar por el hombro que debía cubrir. El rostro era gentil, suave, sin que nada en él destacara con respecto al conjunto: no tenía pómulos pronunciados, su perfil seguía una curva tan suave como la de Selene: una nariz poco llamativa, más bien al contrario, era menuda y recta; tampoco sus labios eran gruesos; las orejas, pequeñas, quedaban casi ocultas por el alto peinado, que presentaba el cabello en cuidados rulos en la parte superior y unos tirabuzones anudados en la nuca, de donde partían dos de ellos para rodear el cuello de nácar. La frente quedaba despejada, y las cejas arqueadas enmarcaban unos ojos luminosos y fieros.

Marcela era, sin duda, una de las mujeres más hermosas de toda la provincia, y si algún loco hubiera tenido la rocambolesca idea de colocar a las más destacadas de entre todas ellas en fila para llevar a cabo un concurso de belleza, Gayo estaba seguro de que su esposa se hubiera llevado el premio sin necesidad de pedirle a su *omatrix* que se esmerara.

Si por él fuera, en ese mismo momento la hubiera cogido de la mano, la hubiera conducido a la habitación y la habría hecho gemir hasta el alba. Lamentablemente, las cosas no eran tan sencillas, y para llevar a cabo un plan tan simple tenía que alcanzarla antes de que abriera la boca; y su mujer

tenía una lengua demasiado rápida.

—¡Rápido, querido! Tienes que venir a ver esto. —Habló excitada, alargando el brazo para cogerlo de la mano en una mueca de alegría e impaciencia.

Aquella simple frase despejó la cabeza del abogado.

—¿Ver qué?

Ella se le acercó un poco más y lo tomó por el brazo. Gayo notó la suavidad del pecho de su esposa presionando contra su codo y se dejó llevar como el cordero al que van a abrir en canal.

—¡Ya lo verás! Te va a entusiasmar —añadió con rapidez, empezando a caminar. Las palabras parecían florecer a toda velocidad en su boca, tan rápido que Gayo apenas podía seguirle el ritmo—. La encargué hace mucho, pero quería que fuera una sorpresa. ¡Todos nos envidiarán!

Por más que le insistió, Marcela no dijo ni una palabra, como si el torrente de palabras se hubiera secado de repente. Cruzaron el frescor del jardín del peristilo bordeando el pozo por la izquierda —aunque tenían su propia conducción de agua llegada desde las tuberías de plomo de la cisterna del acueducto, seguían manteniéndolo—, y lo condujo directamente al triclinio. Si se exceptuaba el patio porticado, el triclinio era la estancia más amplia de la casa, destinada a agasajar a los invitados en fiestas y banquetes. Marcela lo llevó hasta el final de la sala, a pesar de que, nada más entrar, Gayo hizo ademán de pararse al oír un sonido peculiar. Ella impidió que girara la cabeza con una de sus manos, lo sentó en uno de los triclinios, y regresó dando pequeños saltitos hasta la puerta. Entonces señaló un objeto que no estaba allí cuando Gayo se había marchado aquella mañana.

—¿Una clepsidra?

—¿No es magnífica? Fíjate en Cassotis —le pidió,

acariciando la figura de la ninfa.

La voz de Marcela era sensual, dulce y espesa como la miel. Hablaba entusiasmada, con un fulgor en los ojos. Gayo se fijó en la imagen de plata que adornaba el recipiente superior del artilugio; de su boca manaba un chorrillo de agua que repiqueteaba en el vaso inferior e iba marcando la hora.

—Pero... ¿para qué queremos aquí una clepsidra?

Gayo se arrepintió de la pregunta cuando aún estaba diciendo la última palabra. El rostro de Marcela cambió de pronto; de mostrar su lado más sugerente y encantador pasó a adelantar el mentón y apretar la mandíbula. En el momento en el que puso los brazos en jarras, supo que había cometido un error.

—¿Así me recompensas que dedique mi tiempo a mejorar esta casa? He estado varios meses esperando a que llegara, organizando la sorpresa. ¿Y todo para qué? Para que tú me digas que no lo necesitamos; ¡Ese es el galardón que recibo por mis esfuerzos! —Si antes había hablado como un torrente, ahora era un mar agitado. Subía y bajaba los brazos, gesticulando con fuerza mientras lo miraba con ojos severos—. ¿Qué importa que hayamos gastado una fortuna encargándosela a un buen artista? Aquí, en esta sala, es donde recibimos a las visitas, donde deberían quedar impresionadas por nuestra posición. Pero, claro, como a ti no se te ocurre invitar nunca a nadie, ¿qué te importa que yo me preocupe por esas cosas?

Era de esas personas que no necesitan gritar; el tono de su voz lo decía todo, y en ese momento era agrio y venenoso. Gayo intentó detenerla, decir que le gustaba y que era una gran compra, que sólo se había sorprendido porque para él las clepsidras estaban relacionadas con los juicios; y todas esas cosas que quería decir eran ciertas. Pero, aunque abrió la boca varias veces para explicarse, Marcela no le dio

la menor oportunidad.

—Si no estuvieras todo el día fuera, quizá te darías cuenta de todo lo que me esfuerzo por llevar esta casa adelante; por conseguir para nosotros el lugar que merecemos —concluyó dolida, llevándose la mano al pecho. Al instante, volvió a cambiar la voz y dijo en tono duro—: Deberías ir al *Tablinum*, te están esperando.

No dio más explicaciones ni esperó a las palabras de su marido. Se dio la vuelta en un revuelo de seda y se marchó, dejando que Gayo viera el esplendoroso espectáculo de su trasero alejándose.

El pobre abogado se quedó allí, mirando el reloj de agua, incapaz de decir nada.

Aunque en un principio no había estado muy interesado en el matrimonio, lo cierto es que cuando le propusieron contraer nupcias con Marcela la idea le pareció fantástica. No sólo se trataba de una bella mujer, sino que, además, pertenecía a una familia importante de Córdoba. Los preparativos se realizaron con rapidez, y ya hacía más de un año que estaban casados. Se encargó de que el mejor constructor de Córdoba viniera en persona a levantar su *domus*, e insistió en una frivolidad: en contra de lo habitual, él y su esposa no dormirían en habitaciones separadas, sino que compartirían lecho. A ella le costó aceptar esa decisión, pues pensaba que tener mía habitación menos rebajaba el estatus de la familia, pero él insistió tanto que finalmente claudicó. Ésa fue la primera vez que dio su brazo a torcer; y también la última.

Todo pareció ir bien al principio. Marcela se mostró más que complaciente en la cama; en verdad, parecía que siempre' estuviera dispuesta y que un fuego ardiera en sus entrañas con sólo mirar a los ojos a su esposo. Pero las cosas habían ido cambiando poco a poco, con un Gayo que era incapaz de entender qué le podía estar ocurriendo a su mujer

para que, con el paso del tiempo, dejara de ser una esposa sumisa y complaciente para convertirse en una ácida criatura con un permanente rictus de desesperación en el rostro.

Con un suspiro, apoyó las manos en los muslos y se levantó, regresando al peristilo mientras resistía la tentación de taponar la boca de Cassotis. Giró a la derecha y entró en la primera sala del ala oeste de la casa.

Se encontró así con un hombre ya mayor, pues debía de tener al menos cuarenta y cinco años. Tenía la cabeza afeitada por completo y surcos de arrugas atravesaban su frente de un lado a otro. Obviando la calva, el rasgo más característico de aquel hombre era la nariz, gruesa y grande como una berenjena. Dos arrugas profundas partían de ella y enmarcaban la boca.

—¿Gayo Longo Licinio? —preguntó levantándose.

Gayo asintió mientras avanzaba, rezando a los dioses para que no hubiera escuchado la estampida de su mujer. Rodeó la mesa en la que solía trabajar, lo invitó a sentarse, y tomó asiento también él. Los pebeteros ardían iluminando la estancia. No era habitual recibir visitas a esa hora y, además, no conocía a aquel hombre. Tampoco estaba de humor para tratar con él.

—¿Y quién eres? —preguntó el abogado sin mucho interés.

—Me llamo Milico Escevino —respondió el visitante volviendo a tomar asiento—; soy liberto del senador Flavio Escevino.

Las últimas palabras despertaron el interés de Gayo, al tiempo que explicaban el hecho de que el tal Milico no pareciera impresionado en una estancia decorada con lujo.

—¿Te han ofrecido algo de comer o beber? —preguntó con cierta desgana, a lo que el visitante respondió agitando las palmas de las manos.

—No te preocupes, nada me falta —le contestó con un gesto de la mano.

—¿En qué puedo ayudarte, entonces? —quiso saber el abogado, aliviado. Lo que menos le apetecía era tener que cenar con aquel desconocido.

—Soy el prefecto de la flota de Miseno, y estoy interesado en comprar cobre a buen precio, pero debe ser de calidad. —El hombre se sentaba en el filo de la silla, sin moverse apenas. Causaba un efecto extraño: parecía tener el cuerpo cargado de cadenas—. Por lo que me han dicho, dispones de un par de buenas minas en Córdoba.

—Así es —confirmó el abogado.

—Me gustaría visitarlas —continuó el liberto tras un asentimiento. Pareció relajarse, se sentó más cómodamente y expuso con claridad el motivo de su visita mostrando las manos abiertamente—, conocer su capacidad de extracción y comprobar la calidad del cobre que le arrancáis a la tierra; una vez hechas las comprobaciones, podríamos hablar de precio.

—Dices que quieres comprarlo a buen precio... —El abogado miraba a su visitante con curiosidad mientras le hablaba con los brazos cruzados—. Sin embargo, el cobre no es barato, Milico.

—Soy un hombre razonable, igual que tú, estoy seguro —aseguró cada vez más relajado. Sacudió una inexistente pelusa de su túnica antes de volver a hablar: era evidente que estaba acostumbrado a negociar—. Si me ofreces calidad, llegaremos a un acuerdo. Por desgracia, tengo prisa. El próximo martes he de embarcar de nuevo rumbo a Miseno.

—¿El martes? —El abogado negó con la cabeza y la mano derecha—. Es imposible ir a Córdoba y regresar en tan poco tiempo.

—Puedo hacer el viaje mediante postas —repuso Milico encogiéndose de hombros, como si fuera lo más fácil del mundo.

Gayo lo miró un instante, se reclinó en el asiento y comenzó a pellizcarse la mejilla, gesto que solía hacer cuando meditaba. Instantes después accedió.

—Sea. Pero entenderás que no te acompañe. —Milico asintió comprensivo, mostrando una sonrisa por primera vez desde que comenzaran a hablar y prestando atención a lo que le decían—. Enviaré a Severo contigo, él podrá explicarte cuanto necesites. Es uno de los encargados de las minas que, por casualidad, está en la ciudad. Te espero el lunes; hablaremos de negocios.

Se despidieron con amabilidad y Gayo volvió a quedar solo. Cenó en silencio, casi sin apetito, rodeado de los esclavos que iban y venían concluyendo los quehaceres diarios.

—¿Dónde está Marcela? —le preguntó a Hipatia, una esclava que su mujer se había empeñado en traer de casa de su padre, dada la intimidad que compartían.

—Me pidió que le llevara unas uvas a la cama, dómine — fue su lacónica respuesta.

Tras la apática cena, se quedó leyendo a Cicerón hasta tarde. Desde hacía un tiempo sentía cierta pesadez en el pecho cuando respiraba que le impedía conciliar el sueño si no estaba muy cansado.

La cuarta hora de la noche estaba avanzada cuando al fin se acostó. Al llegar a la habitación, vio la profunda sombra que formaba el apetecible cuerpo de Marcela. Despidió a los esclavos que se aprestaban a ayudarlo a desvestirse, y sólo cuando se quitó los *calcei* se dio cuenta de que había estado tan disgustado desde su llegada a la casa que ni siquiera se había puesto las *soleae* para estar más cómodo. Se

desprendió del manto, que dejó sobre un arcón, y se tumbó en el colchón de lana sin quitarse la *subucula*.

Tras comprobar que su mujer respiraba profundamente, se giró hacia ella y le pasó el brazo por la cintura. Pudo notar así que se había acostado no sólo con el *licium*, sino también con un manto. Por si aquello no era suficiente para que le quedara claro que aquella noche tampoco disfrutaría de los encantos de Marcela, su esposa le cogió el brazo que le había apoyado en el talle y se lo quitó de encima sin decir una palabra.

Gayo soltó un bufido, dio un salto en la cama y se dio la vuelta, quedando espalda con espalda. Recordó las palabras que el augur le dijo cuando le consultó sobre aquel matrimonio: «Tendrás una mujer que te volverá loco». Al escucharlas sonrió, pues creyó entender que disfrutaría de una vida de placeres.

«Está claro —pensó— que a los dioses les gusta jugar con los hombres.»

Capítulo VI

La casa de Tersites estaba inquieta. Durante todo el día, el griego había estado haciendo gestiones para localizar a Porcia, pero no habían fructificado. En realidad no estaba sorprendido; era lo habitual. Una ciudad como aquélla, con tanto trasiego de mercancías y naves, tenía cosas mucho más importantes que atender que la desaparición de una simple puta. Más aun teniendo en cuenta que lo único que parecía importar en esos momentos era la muerte del joven Fabio Justo. Así que sólo obtuvo palabras, y ni siquiera amables: «Los vigilantes estarán atentos y las patrullas preguntarán». Esas fueron las promesas de Calpurnio; y era lo único que obtendría.

Cuando llegó a su casa, se despachó a gusto despotricando contra los malnacidos que regían la ciudad y se aprovechaban de cada teta que encontraban: ya fuera la de una ramera o la de la mismísima Roma. De modo que pasó el resto del día de un humor sombrío, tumbado en la cama mientras revisaba números y valoraba la posibilidad de comprar nuevas mujeres. No iba a permitirse el lujo de perder los más de setenta denarios que Porcia obtenía cada mes.

En ésas estaba, decidiendo qué hacer, cuando llegó Libia.

—¡Al fin has llegado! —exclamó el griego soltando los documentos sobre la cama—. Empezaba a temer también por

ti, estaba a punto de enviar a alguien a buscarte.

—Lo lamento, dómine. —Se disculpó con la cabeza inclinada, los hombros hundidos y las manos enlazadas a la altura del vientre—. Al salir de las termas fui al templo de Venus Genetrix. Quería orar por Porcia... Disculpa que te haya preocupado.

Tersites dulcificó su mirada y le hizo un gesto para que se acercara. Cuando estuvo junto a él, la tomó por los brazos.

—No es nada. Estoy inquieto y lo pago con vosotras, que siempre me tratáis como a un padre y no como a vuestro dueño: con honor y cariño. Has hecho bien en ir a rezar por ella. La ayuda de los dioses nos vendrá bien, ya que no tendremos la de los hombres.

»Dime, ¿ha ido bien el día? —preguntó tras una pausa en la que dejó entrever toda su tristeza.

—Menos de lo habitual, dómine. Esta tarde vinieron pocos hombres a las termas.

—¡Claro! Los malditos gladiadores se llevan toda la atención; en cuanto se anuncia que habrá lucha, todo lo demás parece no importar... En fin, no te preocupes. Dame lo que tengas y ve a comer algo.

De camino a la cocina, Libia se cruzó con Palmira y Glauca. Se acercó a la primera, a la que quería como si fuera su hermana menor, la abrazó y le pidió que tuviera cuidado aquella noche. Glauca le pasó el brazo por encima a la muchacha y, soltando una risotada, anunció que iban a pasar una noche de lo más entretenida; aun así, cuando cruzó los ojos con Libia, la masajista pudo ver en ella toda la preocupación que pesaba sobre su pecho.

La despensa de Tersites solía estar bien atendida, aunque Libia nunca había sido amante de comer demasiado. Aquella noche, en cambio, tenía hambre. Los nervios, la tensión y el

aburrimiento al haber tenido poco que hacer durante la jornada le habían abierto el apetito. Tomó un par de rebanadas de pan y las remojó en leche; mientras se empapaban, comprobó que el horno estaba caliente, tomó la miel y buscó la pimienta. Sacó el pan y lo metió en el horno, un momento solo, lo justo para calentarlo y que su interior se mantuviera esponjoso. Una vez lo sacó, untó la miel y espolvoreó una pizca de pimienta.

Apenas había dado el primer bocado, cuando sonó una voz a su espalda.

—Tu amiga hará que nos azoten a todas.

No le hizo falta girarse para saber quién era; el tono dañino de aquella voz le resultaba inconfundible.

—Sería mejor que nos preocupáramos de lo que le haya podido pasar —respondió mordisqueando el pan crujiente.

—Si sabes dónde está, harías bien en decirlo —continuó la voz a su espalda con un tono aún más agresivo.

A Libia se le atragantó el bocado y a punto estuvo de tener que escupirlo. Se puso en pie y enfrentó a Acacia con el plato en la mano.

—Si supiera dónde está ya lo habría dicho —replicó con un temblor.

—Tal vez es la primera en poner en práctica ese loco plan tuyo para liberarlas a todas.

Libia soltó el plato sobre la mesa con tanta fuerza que a punto estuvo de hacerlo añicos.

—¡Calla! —le pidió, llevándose un dedo a los labios y bajando la voz en una exclamación ahogada—. ¿Quieres meternos en problemas antes de tiempo?

—¡Así que estoy en lo cierto! ¡Se ha marchado! —Acacia había enrojecido al pronunciar aquellas palabras, y se acertó un par de pasos con las manos crispadas—. ¡Haréis que nos

maten!

Libia miró hacia la puerta para asegurarse de que estaban solas.

—No, Acacia —murmuró, moviendo las manos con gesto pausado en un intento de calmarla—. Porcia no se ha ido; al menos no contando conmigo ni con nada de lo que yo haya podido organizar.

—¡Se lo diré a Tersites! ¡No me castigarán por algo en lo que no participo!

Acacia se dispuso a salir de la cocina, pero Libia se le acercó con unos pasos rápidos y la tomó por la mano.

—¡Calla, insensata! Si le cuentas lo que sabes nos condenarás a muerte a todas por nada —siseó con furia apretando aún con más fuerza—. ¡Te digo que no tiene nada que ver con lo que estamos haciendo! Porcia ha desaparecido. Lo que debemos hacer es buscarla, y no difundir medias verdades que en nada te beneficiarían. ¿O acaso crees que saldrías sin más de algo así, que Tersites te recompensaría?

—Al menos no podrá decir que no le advertí —replicó dando un tirón del brazo sin conseguir desprenderse de los fuertes dedos de Libia.

—Y serás la primera en ser castigada, Acacia. Mírame —le pidió dulcificando un poco el tono y relajando su presa—; nos conocemos desde que éramos niñas. Ambas servimos en esta casa desde hace muchos años, así que sabes cuándo miento y cuándo no. Tiempo atrás éramos amigas, y por esa amistad te juro ante mis antepasados que no tengo nada que ver con lo que pueda haberle ocurrido a Porcia.

Acacia la miró con desagrado antes de responder.

—Ya lo veremos. Callaré por ahora. —Libia soltó un suspiro de alivio al escucharla, aunque Acacia se apresuró a añadir, alzando un dedo en señal de advertencia—: Pero si

veo o escucho algo que me haga sospechar, ni aunque Medusa me mirara dejaría de contar al oído de Tersites lo que está ocurriendo bajo su techo.

Libia la retuvo aún unos momentos.

—Gracias. Estás haciendo lo correcto —concluyó con un gesto amable.

Cuando los pasos de Acacia se perdieron, Libia regresó a la mesa. Se sentó y, tras respirar hondo un par de veces a fin de eliminar la tensión, tomó de nuevo el plato entre sus manos. Sin embargo, cuando dio el siguiente bocado se dio cuenta de que el pan se había enfriado tanto como su apetito. Se lo comió desganada, despreciando los filos más duros y picoteando sobre todo del centro.

Recogió luego el plato y abandonó la cocina, pero si creía que ya había tenido suficientes disgustos por ese día, estaba más que equivocada.

La casa de Tersites era amplia, con muchas habitaciones en las que dormían sus mujeres. Hacia una de ellas se dirigía cuando, al tomar uno de los pasillos, se encontró de frente con Petronio.

Aquel jorobado llevaba varios años al servicio de Tersites, quien lo había comprado por una buena cantidad de dinero; no en vano lo tenía por una persona capaz de atraer la buena fortuna. Su amo era el único que lo valoraba en algo, el resto de la casa procuraba mantenerse tan alejado de él como fuera posible. Y no era sólo por su físico. En ese sentido, el enorme bulto de la espalda, que lo obligaba a caminar encorvado, era lo de menos. Resultaba mucho más inquietante ver los pocos dientes que aparecían en su boca al masticar, o los ojos, el izquierdo muy por encima del derecho, o incluso la nariz, que parecía haberle robado a un cerdo.

No, el físico poco importaba en ese caso: en la casa de

Tersites se procuraba evitar a Petronio porque todos sabían que no se podía confiar en él. Cada palabra que escuchaba era vertida en los oídos de Tersites. Cada situación, cada murmullo, eran amplificadas por la lengua del jorobado. Quizás era su modo de cargar contra el mundo por una apariencia que a todo el que lo veía le obligaba a tomar partido: o sentía repulsión, o sentía pena. No había término medio. Los primeros se alejaban de él sin más; a los segundos procuraba mantenerlos a distancia él mismo.

Con las mujeres era aún peor, pues por más solo que se sintiera no dejaba de tener apetitos y deseos, más aún en una casa como aquélla, en la que el sexo era moneda cotidiana. A pesar de ello, ninguna había estado dispuesta a dejarle sentir la calidez de su cuerpo, y él se lo reprochaba día y noche, pues estaba seguro de que en la calle debían lidiar con hombres mucho peores que él.

Y así, a fuerza de soportar el rechazo y el desprecio, había terminado por forjar un carácter despreciable que goteaba sobre todos ellos del mismo modo que lo hacían las babas de su boca torcida, a las que no podía poner freno por más que quisiera.

De modo que cuando Libia se topó con él no pudo evitar un escalofrío de disgusto. Intentó escabullirse con una ligera inclinación de cabeza, pero Petronio no estaba dispuesto a dejarla ir sin más.

—¿No saludas, Libia?

Lo dijo con su tono habitual de desprecio y aquella voz rota que lo distinguía.

—Disculpa, Petronio. Es que estoy preocupada —dijo sin mirarlo más que de soslayo—. Por la desaparición de Porcia, ya sabes.

—Sí, sí. Una pena. Pido a los dioses que vuelva pronto. — Sus palabras eran tan falsas que ni siquiera se molestó en

disimular su indiferencia ante lo ocurrido.

Libia volvió a asentir, y dio un par de pasos para alejarse.

—Te escuché discutir hace un momento con Acacia...

Ella cerró los ojos por un momento y tomó aire. Luego se volvió, intentando poner su segunda mejor sonrisa.

—¿Discutir? Has debido oír mal. Hablábamos sobre lo ocurrido. Las dos estamos nerviosas, y puede que eso te confundiera.

Si hubiera podido, Petronio se hubiera encogido de hombros al hablar.

—Sí, puede ser...

Libia se alejó al fin, pegándose contra la pared para evitarlo. Pero el jorobado no había terminado, de modo que adelantó su mano callosa y la aferró del brazo.

—Pero tengo buen oído. Habéis discutido... ¿Por qué? —Habló con voz dura y exigente, como si tuviera autoridad sobre ella.

—Ya te he dicho que estás equivocado —respondió sin volverse tras el sobresalto que le provocó su tacto.

La voz de Libia se mostró más firme de lo que Petronio había esperado.

—Eres la mujer que más me gusta de las que viven en esta casa —contestó en un mar de saliva—. Tienes carácter. Y belleza.

—Sigue soñando, Petronio —contestó asqueada.

—No por mucho tiempo. Sé que tramás algo. Sé que ocultas algo. Pero puedo olvidarme de lo que sé... —acercó la cara a la de ella y sacó la lengua cubierta de la espuma de su saliva—: ... O puedo escarbar hasta ver con qué me encuentro. De ti depende lo que haga.

Libia se apartó dando un paso hacia atrás.

—Tú ya no sueñas, Petronio. Tú has perdido la razón. — La réplica le salió airada y tensa—. No vuelvas a echarme tu apestoso aliento a la cara. Tersites tal vez te aprecie y crea que esta casa ha tenido fortuna hasta ahora gracias a ti, pero por más que nuestro dueño te muestre estima, óyeme bien —aseguró señalándolo con un dedo—, antes llamaría a Caronte y pagaría gustosa su pasaje que yacer contigo.

Dio un tirón del brazo que le permitió zafarse de la zarpa del jorobado, pero el impulso fue excesivo, perdió pie y cayó de espaldas. Cuando golpeó el suelo, del borde del vestido salieron despedidas unas monedas que rodaron por el piso.

—¿Qué es eso? —Petronio miró los círculos de metal entrecerrando apenas los ojos—, ¿Son denarios?

—Eso, Petronio, son las monedas con las que pagaré mi viaje al Hades —repuso ella con fuego en la mirada—. Y el tuyo también si no me dejas en paz.

Capítulo VII

La noche se le hizo eterna. Cada movimiento de Marcela en el colchón era un sufrimiento, pues, fuera ella consciente o no, lo cierto es que no dejaba de apretar el sinuoso cuerpo con el que Venus había querido dotarla contra él. Aun así, estaba convencido de que si empezaba a acariciarla se despertaría con una ira aún mayor que la que albergaba antes de acostarse, de manera que fue arrinconándose cada vez más en el filo de la cama. Por fin, contra su costumbre, se levantó antes de que saliera el sol. Incluso los esclavos dormían aún. Cualquiera otro hubiera despertado a media casa, pero quería un poco de tranquilidad, así que encendió él mismo pebeteros y velas para iluminar el *tablinum*. Al menos tuvo algo de paz y silencio durante un tiempo que dedicó a leer.

Algo más tarde, la casa empezó a desperezarse con el sonido de la campana que indicaba el nuevo día, momento que aprovechó para lavarse la cara y colocarse una segunda *subucula*. Hasta él llegaba un rumor apagado que provenía de la calle, donde el estruendo de caldereros, vendedores, *tonsores* y charlatanes varios daba vida a la nueva jornada.

Dos fuertes palmadas en el peristilo anunciaron que Marcela ya estaba en pie y dispuesta. Oyó el rumor de pasos de los esclavos acercándose hacia el larario. Cuando llegó, todos sus esclavos estaban ya reunidos frente al altar, como cada día. Había tenido especial cuidado al levantarlo cuando

edificó su casa. Se encontraba a la izquierda del triclinio, y se asemejaba a un pequeño templo apoyado en dos altas columnas. En su interior habitaban dos lares: dos figuras de bronce, una portando una cornucopia y la otra con una cesta llena de uvas. Junto a ellos, una serpiente de bronce encarnaba al genio protector de Gayo, que había nacido y moriría el mismo día que él. Al fondo, en un pequeño cofre de plata, se guardaban los recortes de su primera barba. El fuego sagrado danzaba día y noche bajo el techo del larario.

Gayo se colocó frente al altar, alzó las palmas de las manos e inclinó la cabeza. Acto seguido pronunció las palabras que se repetían en su familia desde tiempos inmemoriales y que habían ido pasando de un Licinio a otro:

—Nos acercamos a vosotros con alma pura para pedir vuestra protección; rogamus que el día de hoy transcurra sin perturbaciones ni conflictos, que mi familia prospere y crezca fuerte y sana, honrando así a nuestros antepasados. Os agradecemos vuestros cuidados y vuestros desvelos y pedimos que nos toméis de la mano para guiarnos en esta nueva jornada. Y a vosotros, manes de mis padres, os pedimos que salgáis de esta casa.

Acto seguido, tomó un poco de sal y la arrojó al fuego sagrado. Esto produjo un fuerte crepitar que fue muy bien recibido por todos los miembros de la familia, pues era una muestra de lo satisfechos que estaban sus protectores aquel día. No se habían apagado aún los murmullos de alegría cuando dos nuevas palmadas de Marcela los pusieron a todos sobre aviso.

—Casto, ve rápido a custodiar la puerta, no tardarán en llegar los clientes de tu señor. Circe, Mitila: tomad las esponjas y limpiad pilastras y cornisas. Hipatia, encárgate de que alguien espolvoree serrín en el suelo, y asegúrate de que se frote bien esta vez, de lo contrario alguien recibirá su castigo. Luego ven a buscarme, quiero que empecemos a

preparar la cena de pasado mañana...

Gayo se alejó dejándola con los preparativos para que la casa se pusiera en marcha. Marcela podría ser una mujer caprichosa y enervante, pero era muy capaz de poner en cintura a un centenar de esclavos si hiciera falta. Apenas había llegado al *tablinum* cuando comenzó el lento goteo de las visitas de sus clientes.

Muchos otros tomaban esa obligación como un incordio necesario al que debían enfrentarse cada día. No era el caso de Gayo, que solía atender con cariño a casi todos ellos, dedicando tiempo a saber qué tal les iban las cosas; una nueva muestra de su carácter poco común. Sólo había un hombre al que no tenía en estima entre sus clientes: Kritón.

Kritón había estado sirviendo en la familia de Gayo desde antes de que éste naciera, convirtiéndose con el paso del tiempo en uno de los favoritos de su padre. Cuando se celebró el matrimonio con Marcela, Tito Sexto Licinio se lo regaló a su hijo. Pero Gayo no tardó en descubrir que todo lo que ocurría en su casa se sabía de inmediato en el hogar de su padre, y no le hizo falta pensar demasiado para conocer la razón por la que eso sucedía. A los seis meses de su boda, manumitió a Kritón, le compró un par de esquifes, lo puso en contacto con varios mercaderes y lo alejó de su casa. Kritón era feliz con su nueva vida, y hasta empezaba a prosperar en su pequeño negocio. Tito, en cambio, se enfureció, pues perdía un modo de continuar controlando la vida de su hijo. Pero Gayo había respirado tranquilo y se había ganado el agradecimiento eterno de un hombre que hasta entonces había sido fiel a su padre. A pesar de ello, seguía sin liarse demasiado del griego, y por ese motivo lo despachaba a él antes que a ningún otro. El pobre Kritón pensaba que era una nueva muestra de deferencia hacia él, cuando en realidad se trataba de una engañifa para evitar que salieran a la luz detalles que pudieran llegar a oídos de Tito.

Una vez se marchó el liberto, se dedicó a atender a los demás. Sasobek y Aristeo se acercaron de inmediato con una sonrisa en los labios. Fueron los primeros clientes a los que Gayo había patrocinado por sí mismo, y su relación se había ido afianzando con el paso de los meses.

—¡Sasobek! —saludó al primero fijándose en las buenas ropas que vestía—. Acércate, tienes que contarme cuál es tu secreto. ¿Cómo es posible que un médico egipcio como tú se vea más radiante cada día? La rueda de la fortuna te sonríe.

—Ah... Te contaría mi secreto si lo tuviera —confesó el médico, halagado y haciendo las mayores muestras de respeto—, aunque me temo que todo se debe al buen señor que me protege, tú, y a mis duros esfuerzos por sacar adelante a mi casa.

—¿Y tú, Aristeo? —preguntó Gayo cuando se aplacaron las risas de los tres hombres—. ¿No crees que Sasobek debería compartir con nosotros su buena fortuna?

—Cada cual tiene la suya —contestó dichoso—. Yo soy feliz y sólo una tristeza me aflige en los últimos tiempos.

El ambiente relajado que reinaba en el patio se evaporó con ese comentario.

—¿Qué te ocurre? ¿Acaso tienes problemas? —Gayo frunció el ceño con preocupación mientras preguntaba—: ¿No va bien tu gimnasio?

—Al contrario. El negocio prospera. Mi única pena reside en que un hombre como tú, alto como el mismo Urano y que podría asemejarse en fuerza al propio Atlas, olvide visitarnos. ¡Ya ni siquiera vienes a disfrutar de tus masajes!

El abogado esbozó una sonrisa mientras tomaba nota de lo que le decían. Era cierto que en los últimos tiempos había descuidado su estado físico, algo que debía cambiar. Eso le llevó a recordar otro asunto.

—Llevas razón, Aristeo, y es algo a lo que tendré que

poner remedio. Te prometo que mejoraré mis hábitos. Buen Sasobek —comentó dirigiéndose al médico—, llevo días queriendo consultarte, pero mi pensamiento suele detenerse en otros asuntos.

—¿Te ocurre algo? ¿Estás enfermo?

—No, no diría enfermo, pero desde hace un tiempo siento como si me costara respirar en algunos momentos.

—¿Es como si no pudieras llenar los pulmones de aire? —Gayo asintió, y Sasobek comenzó a realizar preguntas una tras otra—. ¿Te ocurre sobre todo por la noche? ¿Al respirar escuchas como un silbido? ¿Tienes tos? ¿Sudores? ¿Respiración entrecortada? ¿Necesitas incorporarte y no puedes permanecer tumbado? —Gayo fue contestando a todas ellas, y el egipcio llegó a una rápida conclusión—: Hipócrates diría que tienes un desequilibrio en tus humores. Por lo que me cuentas, no es nada grave. Te enviaré una mezcla de hierbas: alholva, manzano silvestre, papaver, sésamo y algunas otras; deberás colocarlas en un ladrillo que se haya calentado previamente y aspirar su vapor. También te prepararé un jarabe a base de sangre de búho y vino que deberás tomar a diario.

»Y harías bien en seguir el consejo de Aristarco: haz ejercicio moderado y toma masajes. Además, te daré una última recomendación sabiendo que la pasarás por alto: evita mantener relaciones con tu esposa durante unos días. Perdonaré que no respetes esta sugerencia: puedo comprender que te será imposible permanecer alejado de una mujer tan hermosa como la tuya.

Gayo miró en la dirección que señalaba Sasobek y vio que Marcela se dirigía a la parte privada de la casa, hacia el estanque del jardín interior, donde le gustaba que su *ornatrix* la atendiera. Reprimió un suspiro y contestó al médico:

—Sí... No sabes lo difícil que me resultaría. Bien, envíame esas hierbas en cuanto puedas.

Se despidió de ambos entregándoles los dos sestercios habituales y siguió atendiendo a sus clientes. Así llegó el turno de Justino.

Era un hombre por el que Gayo sentía cierta debilidad. Ya entrado en años, había servido en las legiones. En ellas se dedicó a cuidar de los animales y desarrolló una capacidad única para tratar con ellos. Con el tiempo, leyó a Cornelio Celso, a Varro y, de haber vivido en Roma, sin duda habría frecuentado a Plinio Segundo. Su pasión por los animales, su peculiar modo de atenderlos, le había valido para que el abogado se fijara en él y le confiara el cuidado de sus caballos.

—Hoy iré a ver a nuestros campeones, Justino —le anunció entusiasmado cuando lo tuvo frente a él. Habló durante un rato, pero el anciano parecía más nervioso y menos conversador que de costumbre. Cuando al fin percibió la preocupación que lo embargaba, se interesó por lo que le ocurría.

—Estoy preocupado por mi Sabina... —contestó cabizbajo—. Soy mayor, su hermano está lejos, en la IX Legión, y tendrá suerte si regresa algún día de las batallas contra los salvajes del norte. Ella es viuda, y si le pasara algo no tendría quien la protegiera.

—Ya veo. ¿Y crees que podría ayudarte en algo? —preguntó inclinándose hacia adelante, acortando la distancia que los separaba, mostrando así su interés en ayudarlo.

—Quisiera tu bendición para buscarle marido —respondió el anciano, alzando los ojos y mostrando la palma de la mano.

Gayo se levantó con ímpetu y palmeó el hombro del anciano.

—Haré algo mejor que eso. ¿Me darías tu permiso para buscarle un marido adecuado? —Los ojos de Justino se

ahogaron en lágrimas. El labio le tembló, incapaz de decir una palabra, y, prefiriendo hablar con gestos, se arrodilló frente a su patrón. Gayo sonrió emocionado ante aquello, posó la mano en la cabeza del viejo y habló con voz tomada —. Pues no se hable más. Déjalo en mis manos y yo sabré buscarle un buen partido. Y ahora, buen Justino, hazme un favor.

—¡Lo que pidas!

—Ve a casa de Marco Lépido Calpurnio y dile que lo espero y no debe retrasarse...

Ambos rieron, pues conocían la fama de Marco, y Justino se apresuró a obedecer. Apenas había salido por la puerta cuando la atmósfera de la casa cambió de pronto: de repente, los esclavos estaban nerviosos y miraban a la puerta con curiosidad para divisar las figuras que se recortaban en el umbral. Casto fue corriendo a avisar a su señor. Cuando le habló al oído, el abogado alzó la cabeza y caminó con más curiosidad que interés hacia la entrada.

—Ulpio Trajano, honras a mi casa con tu visita —saludó, aún sorprendido—. Bienvenido, Hilario; siempre es un placer saludarte.

Hilario Grato asintió e hinchó el pecho con orgullo. Se aprestaba a contestar, cuando Ulpio tomó la palabra.

—Saludos, Longo.

No pudo continuar, pues Marcela llegó con pasos apresurados y prácticamente se echó sobre sus brazos. Se conocían de mucho atrás, pues Ulpio mantenía buenas relaciones con su padre y habían hecho negocios más de una vez.

—¡Ulpio! Qué alegría volver a verte —saludó colgándose de su brazo.

—Querida Marcela, estás más hermosa que nunca. ¿Acaso le robaste la belleza a la propia Venus?

—¡Oh! Siempre tan adulator... —reprochó bajando los ojos con falsa humildad—. Pero no mientas; mi *ornatrix* se reunió con los dioses hace algunas semanas y ahora estoy probando con una nueva. La pobre no tiene mucha experiencia, pero me da pena, ¿sabes? ¿Qué sería de los pobres esclavos si no disfrutaran de la seguridad de una casa como las nuestras? —Ulpio iba a contestar, pero no le fue posible—. ¿A qué has venido? ¿Te quedarás a comer? ¡Di que sí, por favor!

—Nada me gustaría más, pero lamentablemente no me será posible —respondió palmeándole el dorso de la mano. Acto seguido, alzó la cabeza y se dirigió a Gayo—, Tengo algunas preocupaciones que necesito hablar con una persona inteligente, y, tras lo visto ayer en la basílica, estoy convencido de que tu esposo es el indicado.

—Si buscas a alguien inteligente desde luego no te equivocas —repuso ella de inmediato. Dio una palmada y una orden—. Casto, acompaña a nuestros invitados al *tablinum*, sírveles nuestro mejor vino y vuelve de inmediato a tu puesto en la puerta. Acompañadlo, por favor —les pidió a los visitantes—. He de consultar algo urgente con mi esposo, pero en seguida estará con vosotros.

No permitió que Gayo repusiera; lo tomó del brazo y tiró de él para alejarlo de los dos hombres, que ya seguían al esclavo. Cuando estuvo segura de que no podían oírlos, habló con rapidez.

—Gayo, querido mío —comenzó acariciándole el pecho con uno de sus dedos—, Ulpio Trajano es uno de los hombres más importantes de toda Hispania. Mi padre ha realizado muchos negocios con él. No sólo es inmensamente rico, también tiene influencias, tiene poder... Es el tipo de persona que puede ayudar a otros a tener una vida de honores o hundirlo en el lodazal más oscuro y espeso que podamos imaginar.

—Sé quién es, Marcela. Precisamente por eso no entiendo que me entretengas aquí mientras nuestros visitantes esperan.

—Lo que quiero decir, querido —continuó acercándose aún más y echándole los brazos al cuello mientras lo miraba muy fijamente—, es que, si Ulpio Trajano necesita tu ayuda y logras que quede satisfecho, estará en deuda contigo. Puede ser una gran oportunidad para nosotros. Puede abrirnos puertas a lugares, a banquetes, a reuniones y honores... A lugares que jamás hubiéramos podido imaginar. —Los ojos se le agrandaron mientras pronunciaba cada palabra, y un brillo que hacía tiempo que Gayo no le veía volvió a relucir en su mirada—. No desperdicies esta ocasión, querido mío... El puede encumbrarte al puesto que mereces, y yo te haré el hombre más feliz de toda Hispania —concluyó con la voz más suave y ronroneante que nunca. Le dio un rápido y feroz beso, lo hizo girar y, con un pequeño empujón, lo envió hacia el *tablinum*.

Gayo quedó un poco aturdido. No había esperado que su mujer fuera tan ambiciosa... Pero ahora tenía cuestiones más urgentes que atender, de modo que, desechando la idea con una sacudida de cabeza, se dirigió a la estancia en la que sus visitantes lo esperaban. Una vez dentro, cerró la puerta y se dirigió a Ulpio, que sorbía lentamente de su copa.

—¿Estás de visita en la ciudad?

—Llegué ayer para los juegos. Aproveché para visitar el foro y la basílica, y te observé con atención en pleno juicio. Fue toda una lección, enhorabuena. No tenemos abogados como tú en Itálica.

Gayo inclinó la cabeza, agradeciendo el halago. Llamaron a la puerta en ese instante y entraron una bandeja de uvas y otra de higos. Ulpio volvió a beber y alabó el buen gusto de su anfitrión, mientras Hilario se limitaba a tomar unas uvas. Gayo ni siquiera se llevó su copa a los labios: sabía que

Marcela había ordenado servir un vino muy poco aguado, todo lo contrario de lo que él prefería. En cuanto se quedaron solos de nuevo y la puerta volvió a estar cerrada, Hilario tomó la palabra.

Le explicó la conversación de la noche anterior en el anfiteatro, la preocupación creciente por lo ocurrido con Fabio, los ánimos cada vez más alterados de los habitantes de la ciudad y el acuerdo al que habían llegado para encargarle que investigara lo ocurrido.

Gayo había ido inclinando la cabeza a medida que escuchaba. Cuando habló, arqueó las cejas en un gesto de incredulidad.

—¿Creéis que Fabio pudo ser asesinado?

La pregunta pareció incomodar a los dos hombres, que al principio no contestaron. Hilario se dedicó a pelar un higo. Ulpio miró hacia abajo y se colocó bien la toga. Luego observó largo tiempo a Gayo, antes de responder:

—Escúchame, Gayo —dijo echando el cuerpo hacia adelante y mostrándole las palmas de las manos. Miró a Hilario, que mordía el fruto sin muchas ganas, y pareció pensar mejor lo que iba a decir—. Lo cierto es que no sabemos qué pudo ocurrir. Sin embargo, Fabio Justo murió de una forma extraña porque se encontraba en un lugar insólito para alguien como él. ¿Qué hacía en una pobre *insula* en la que su familia no tiene negocios de ningún tipo a altas horas de la noche? Eso es lo que debemos averiguar: por qué estaba allí, y a partir de ahí decidiremos si fue un desafortunado accidente o si debemos preocuparnos por algo más.

—Podría ser algo tan simple como que estuviera visitando a alguna mujer...

Ulpio estaba a punto de protestar, pero Hilario se adelantó, alzó una mano y lo detuvo antes de que pudiera

continuar por ese camino.

—Pudiera ser, en efecto. Y si así fuera, contamos con tu discreción —señaló con un gesto de la cabeza, que tanto podía ser una advertencia como un agradecimiento.

—Pero si no fuera así y algo más turbio le hubiera ocurrido... —intervino Ulpio inclinando la cabeza.

Gayo se pellizcó la mejilla unos instantes mientras paseaba la mirada de uno de sus visitantes al otro. No le gustaba aquello. Tenía mucho que ganar si las cosas salían bien, pero si se torcían, si encontraba algo que fuera contra los intereses de la familia Trajana... Bueno, no quería ni pensar en las consecuencias. Decidido a rechazar la oferta, *cerró* los ojos un momento para coger fuerzas y negarse a hacer el trabajo, pero en ese instante sintió de nuevo el suave roce del dedo de Marcela sobre su pecho, y el olor de su perfume, dulce y especiado, invadió sus sentidos. Ni siquiera abrió los ojos al contestar.

—Tal vez encuentre algo; tal vez no. Pero te prometo que haré cuanto esté en mi mano para resolver este asunto.

Capítulo VIII

Tras unos instantes dedicados a la charla intrascendente, Ulpio decidió que era el momento de marcharse. Salieron al peristilo, donde Marcela los abordó casi de inmediato, tomándolo del brazo y tirando de él de forma imperceptible hacia el triclinio.

—¿Ya te marchas, Ulpio? ¡No puede ser!

—Lo siento, querida Marcela —respondió, dándole unos golpecitos en la mano. Gayo e Hilario caminaban tras ellos, apartados de los pensamientos de Ulpio por la belleza de la dueña de la casa—. Tengo asuntos urgentes que tratar, de lo contrario, ni el mismo Hércules me privaría de tu compañía.

—¡Oh! No sabes cuánto lo lamento. —Estaban ya en la puerta que daba acceso al triclinio y Marcela lo introdujo en él casi sin que el hombre se diera cuenta—. Pero, al menos, tienes que venir a la cena que hemos preparado para dentro de dos días. ¡El propio Hilario y su esposa acudirán! —señaló.

Hilario asintió.

—Nos honrarías con tu presencia —sentenció.

—Y a mí me encantaría asistir. A pesar de to...

—¡Entonces os esperaremos a ti y a Marcia! —cortó Marcela entusiasmada—. Dispondréis del lugar de honor, por supuesto. Y yo personalmente me preocuparé de que no te falte nada.

Los ojos del hombre refulgieron un brevísimo instante.

—Haré lo que pueda, querida, pero no te prometo nada.
—Se dio la vuelta para salir cuando reparó en un detalle—.
Hermosa clepsidra. Mi esposa desea adquirir una. ¿Puedo preguntarte a quién se la compraste?

Marcela lanzó dardos envenenados desde sus ojos a su marido, que a esas alturas estaba ya derrotado.

—También a Gayo le encantó —comenzó a explicar acelerando el paso hacia la salida—. No sabía que estuvierais interesados en estas cosas. Pronto todas las casas decentes tendrán una, ¿no lo crees? Desde luego, puedo daros los datos que necesitáis, pero ahora sería demasiado precipitado, y mi memoria es mala. Pero, como vendréis a cenar, te prometo que os proporcionaré todos los detalles...

Así los fue acompañando hasta la salida, con Gayo cabizbajo detrás de ellos. Su esposa tenía una rara capacidad para manipular a todos los que había a su alrededor para salirse con la suya.

Los dos visitantes apenas habían tenido tiempo de perderse por la calle en dirección al foro cuando Gayo se preparaba ya para salir. Marcela aprovechó esos momentos para insistir en que Ulpio Trajano era sin duda un hombre con buen gusto, y le reprochaba que a él jamás se le hubiera ocurrido invitarlo a la cena. Era necesario que lo dejara contento con su actuación en lo que fuera que le hubiese pedido, y estaba a punto de preguntarle cuál era el encargo que le había hecho cuando el padre de Gayo se presentó en la casa para darle más dolores de cabeza de los que ya tenía en ese momento.

—¡Tito! —Marcela casi se le echó al cuello. Tenían buena relación: Tito Sexto Licinio pensaba que su nuera era el mejor partido posible, y Marcela sabía que podía hacer con su suegro casi todo lo que se propusiera—. ¡Qué inesperada sorpresa! ¿Qué te trae por aquí?

—He de hablar con mi hijo, querida. Hay problemas en Baelo Claudia y es necesario atenderlos. ¿Me oyes, Gayo? — Endureció la voz para dirigirse a su hijo—. Tendrás que ir. De inmediato.

—¿Por qué yo? Para eso tienes a Demetrio —comentó refiriéndose al gestor de los negocios de su padre.

El rostro de Tito se congestionó; empezó a tomar un tono encarnado, los labios se apretaron y ambos pudieron oír el rechinar de sus dientes. Sus siguientes palabras salieron como el resoplido de un toro.

—¿Así honras a tu padre? ¿Te niegas a obedecerme? Mi padre me enseñó a llevar mis asuntos importantes yo mismo, y eso es lo que he intentado inculcarte a ti: a cuidar de los negocios de la familia.

Gayo ni siquiera alzó la cabeza. Estaba tan acostumbrado a que las conversaciones entre ellos terminaran en una discusión que ya no le causaba más que un ligero malestar.

—Padre, sabes bien que hace mucho que me desligué de tus negocios, y si aún te presto ayuda en algunos es más por hacerte un favor que por ninguna otra cosa. Te explicaré por qué no lo haré en esta ocasión: un instante antes de que llegaras se ha marchado Ulpio Trajano. Me ha pedido que me encargue de investigar... Bueno, un posible asesinato —concluyó después de pensar cuánto debía revelar.

—Tu lugar debe estar junto a tu familia, protegiendo el legado que tus antepasados empezaron a construir y que te ha permitido tener la posición que ahora disfrutas.

—Tú no siempre cuidaste de tu familia, padre...

La voz de Gayo fue apenas un susurro, poco más que el leve murmullo de una oración dicha en voz baja, pero tuvo un efecto inmediato en Tito. Su tez adquirió un tono rojizo, algunas manchas carmesíes aparecieron en su frente, apretó los labios y agachó un poco la cabeza. Mirándolo con

severidad, contestó rotundo:

—Aquello pasó hace muchos años. —Pareció tomar aire para añadir algo más y su pecho se hinchó como si fuera a estallar. De pronto, bajó los ojos y hundió la cabeza un poco más; sus brazos colgaron a los lados de su cuerpo como dos ramas rotas, y el tono en el que volvió a hablar había perdido toda su agresividad: ahora parecía compungido—: ¿Acaso nunca perdonarás un error?

Gayo lo miró apenado y cedió ante la pregunta.

—Aquí está muriendo gente, padre. ¿Qué es tan grave como para que tenga que abandonarlo todo para hacer ese viaje? —preguntó con un suspiro.

—Las fábricas de Baelo Claudia están bajando su rendimiento; en los últimos tiempos apenas ofrecen beneficios. Los precios no han bajado, más bien al contrario; la fábrica de salazón que tenemos al norte de la ciudad rinde mejor que nunca: algo está pasando allí, y hay que ir a ver qué está ocurriendo.

—Pues no veo más solución, padre: o haces que Demetrio se ocupe de esto o realizas tú ese viaje. Si quieres que lo haga yo, habrá que esperar a que cumpla con la palabra dada —continuó inflexible, y atacó por el que sabía que era un punto débil de su padre—. ¿O preferirías que perdiera nuestro honor nada menos que con los Ulpios?

Por una vez, Marcela se puso de parte de su esposo.

—Gayo lleva razón, querido suegro —expuso con su voz más amable. No sabía a qué se debía la discusión entre ellos, y tiempo tendría de averiguarlo. Por el momento, tenía que despejarle el *camino* a su marido—. Los Ulpios son la familia más influyente de toda la provincia. Fue un acierto que Gayo aceptara el encargo, y yo misma le he aconsejado que así lo hiciera. Si logra adivinar qué ha pasado, puede ganarse su amistad, y no hace falta que te diga lo que podría significar

algo así para la casa de tu hijo.

—Si quieres adivinanzas será mejor que llames a un augur, Marcela —replicó Gayo algo molesto—. Mi deber es buscar certezas, pistas que pueden llevarme a resolver un crimen.

—¡Oh! Claro que sí, querido...

—Lo que haces es pasarte el día en el foro hablando de leyes y defendiendo las causas perdidas de los pobres, ¡o pasarte el día entre caballos! —estalló Tito.

—Padre, no voy a volver a pasar por esto. —No era la primera vez que le decía eso a su padre, ni sería la última—. Sabes que estoy siguiendo mi propio camino, y no me va tan mal como a ti te parece: mis caballos empiezan a ganar fama, las minas de Córdoba van mejor que nunca y hasta los Trajanos recurren a mí para contratarme como abogado. Ése es el camino que escogí, y no pienso apartarme de él.

Gayo habló con tono frío, casi sin emoción. Ni siquiera gesticuló con fuerza; más bien se dedicó a colocarse bien la toga mientras dejaba que las palabras fluyeran.

A esas alturas, la discusión había despertado el interés de toda la casa. Los criados que realizaban tareas cerca de ellos ralentizaban sus movimientos para no perderse detalle, y los que estaban en las habitaciones contiguas ponían el oído para intentar escuchar lo que ocurría.

En ese momento, Casto anunció la llegada de Marco.

Decir Gayo Longo Licinio era casi lo mismo que decir Marco Lépido Calpurnio.

Se conocían desde que eran pequeños y sus padres hacían negocios juntos. La familia Calpurnia tenía varias naves y se dedicaba al comercio, mientras que los Licinios tenían fábricas de salazón en las que producían *garum*. Aunque la mayoría de sus factorías se encontraban en Gades, desde hacía veinte años disponían de una al norte de la

ciudad, justo al otro lado de las murallas. Gayo se había criado entre pescados fermentados y odiaba su olor, hasta el punto de ser uno de los pocos hombres del imperio romano que no probaba el *garum* y se negaba a utilizarlo en sus comidas.

La amistad de Gayo y Marco se había ido forjando entre velas, remos, agua y espinas de pescado, una amalgama lo suficientemente poderosa como para convertirlos en inseparables, por más que el abogado estuviera ya casado y su amigo en cambio continuara haciendo gala de una escandalosa vida de soltero.

Marco, como era habitual en él, entró derrochando energía.

—¡Saludos, Marcela! Estás más hermosa cada día que pasa. ¿Cuál es tu secreto? ¿Acaso pretendes eclipsar a Venus? —Ella puso los ojos en blanco, pero Marco ni siquiera reparó en ello—. No esperaba verte aquí, Sexto —comentó dirigiéndose con más respeto al padre de su amigo—. Precisamente mi padre decía ayer que quería verte; algo relativo a un envío, no llegó a explicármelo, así que no puedo darte más detalles. Si tuvieras tiempo y pudieras ir a verlo, estoy seguro de que te lo agradecería.

»Y bien, Gayo. ¿Listo? —preguntó a su amigo—. Estoy deseando ver ese magnífico semental del que tanto me has hablado.

Marco había soltado toda esa diatriba en apenas un instante, casi sin respirar, hablando a toda velocidad, sin perder la sonrisa y gesticulando a diestro y siniestro. Las reacciones no se hicieron esperar. La primera en hablar fue Marcela:

—¡No puedes ir a perder el tiempo con los caballos! —se quejó—. Tienes que centrarte en el encargo de Ulpio, de lo contrario, para cuando vengan a cenar no habrás resuelto el misterio y quedará decepcionado!

—De modo que es más importante un caballo que los negocios de tu padre —acusó Tito al mismo tiempo y mezclando sus palabras con las de su nuera—. ¿Ese era tu plan para hoy?

—... Y estás ante una oportunidad única que no podemos dejar pasar si queremos ganar relevancia. ¡Recuerda que los Ulpios son influyentes! —añadió Marcela cerrando su discurso.

Gayo miró desolado a su amigo mientras a su alrededor volaban los reproches desde una y otra dirección. Marco se encogió de hombros, incapaz de entender qué estaba pasando y a qué se debía la expresión del abogado.

—Basta. —No alzó la voz; se limitó a levantar las manos por encima de su cabeza y bajar la mirada hasta el suelo. Para su sorpresa, las palabras de su padre y su mujer murieron de repente. Cuando alzó la vista, lo miraban expectantes—. Mi intención de visitar a la yeguada con Marco era anterior a la llegada de Ulpio y su encargo. Me temo que tendrá que esperar a un momento más apropiado —dijo haciendo una clara señal a su amigo para que no abriera la boca por una vez en su vida—. Padre —comentó tomándole por la nuca con suavidad con una mano y provocando que Tito se apartara—: sabes que, pese a todo, te respeto, y que siempre te he obedecido... Está bien, tal vez no siempre —se defendió ante la protesta que se adivinaba en la mirada de su padre antes de que pudiera interrumpirlo—, pero sí en todo lo importante; o en casi todo. Pero debes entender que este asunto es capital, urgente. Incluso tu querida nuera está de acuerdo conmigo en que no puedo rechazar el encargo de Ulpio. ¿No es cierto, Marcela? —le dijo tomándola por el talle y haciéndole una señal con la mano para que lo apoyara.

Ella pareció tardar en captar la indirecta, pero al fin reaccionó y tomó la palabra clavando la vista en su suegro.

—Así es, Tito. Ulpio y su mujer, Marcia, vendrán pasado

mañana a cenar. ¿Te imaginas? Una descendiente de Anco Marcio, nada menos... ¡En nuestra casa! —Se había ido entusiasmado a medida que hablaba, pero de repente pareció reaccionar—. Pero si vas con Marco...

Gayo unió los dedos de la mano y los colocó sobre los labios de su mujer para que callara.

—Necesito ir con Marco; he de hablar con él, sabes que me ayuda a poner en orden mis ideas. Tengo mucho en lo que pensar, y éste es un asunto complejo que no sé cómo abordar. Marco me ayudará, conoce bien la ciudad y sus gentes. Pero no te preocupes, querida mía —concluyó esbozando una sonrisa—; a cambio te haré un regalo que hará que la cena que estás preparando quede en la memoria de todos para siempre.

Marcela abrió mucho los ojos, se abrazó a su marido con fuerza, lo besó fugazmente en la cara y dio palmas de alegría, todo con una velocidad tal que el mismo Mercurio hubiera envidiado.

Tito, en cambio, permanecía serio, con los puños apretados y sin decir una palabra. Ése fue el momento que aprovechó Gayo para tomar a su amigo del brazo y tirar de él hacia la puerta.

—No digas nada y apresúrate.

Las palabras salieron de su boca en un tono tan bajo que Marco apenas fue consciente de haberlas oído. Salieron de la casa y marcharon hacia el sur, en dirección al foro.

Apenas habían dado unos pasos fuera de la casa cuando Marco recuperó el habla.

—Pero, ¿entonces no vamos a ir a ver a tu nuevo semental?

Como se había detenido, Gayo volvió sobre sus pasos, lo cogió del codo y tiró de él.

—No podemos, me ha surgido algo importante. Te lo contaré, pero ahora tenemos que alejarnos. Mi padre no tardará en darse cuenta.

Gayo llevaba razón. Unos momentos más tarde, cuando Marcela intentaba tranquilizar a su suegro ofreciéndole una copa de vino, Tito puso los brazos enjarras y sacudió la cabeza al tiempo que gritaba:

—¡Ahora tendré que ser yo el que viaje hasta Baelo Claudia!

Capítulo IX

A penas se detuvieron en el foro más de lo imprescindible, a pesar de que algunos quisieron acercarse para felicitar a Gayo por su buen trabajo en el juicio celebrado el día anterior.

Por aquí y por allá, los hombres reunidos en la plaza comentaban el grandioso espectáculo de los juegos y se rendían a Léntulo y a su fortaleza, aunque lo hacían a regañadientes; bastantes seguidoras tenía ya el picto. En un extremo de la plaza, el templo a Venus Genetrix rebosaba de visitantes. Los puestos que se exhibían en el foro estaban abarrotados, como era habitual. Los pórticos concurridos, porque a pesar de que aún era pronto se adivinaba que volvería a ser un día caluroso y las gentes se retirarían en cuanto el sol apretara de verdad. El olor del mar llegaba hasta ellos desde el oeste. Podría parecer un día cualquiera, excepto por un detalle: a pesar de que el foro estaba tan concurrido como cualquier otro día, apenas se escuchaban las voces de los allí presentes. No había ruido alguno, más allá de los gritos de los comerciantes, y por todos lados se formaban corros, hombres que conversaban. Por lo general, el alboroto en aquella zona solía ser ensordecedor. Aquella mañana, en cambio, parecía que tuvieran miedo de llamar la atención de los dioses: la gente estaba preocupada. Se escuchaban murmullos que hablaban de los incendios de los últimos días y de vez en cuando alguien alzaba la voz para

culpar a los vigilantes de no estar haciendo su labor de forma efectiva, pero lo hacía sin dar la cara, amparándose en la multitud para mantener el anonimato.

Mientras caminaban, Marco le pidió a su amigo que le contara cómo había ido el juicio por el que algunos lo estaban felicitando, a lo que el abogado accedió de buena gana. Cuando concluyó un resumen rápido, Marco le preguntó:

—¿Cuánto tiempo necesitaste esta vez?

—No mucho. Ni siquiera una hora —contestó sonriendo.

—¿Cómo es posible que todos los abogados que conozco amplíen el tiempo para exponer sus alegatos tanto como pueden y que tú, en cambio, hagas todo lo contrario? —preguntó cabeceando con incredulidad.

—Ah, Marco... Los abogados están todos enamorados de sí mismos. Les gusta oír sus voces y ver cómo sus palabras convencen a los demás; y podría decir lo mismo de todos los que se dedican a la política. En cambio, yo soy un hombre demasiado desgarrado para gustarme, así que prefiero que mis palabras sean certeras como el picotazo de una avispa, que sólo tarda un instante en clavarte su aguijón. Créeme, amigo: todo abogado que necesite más de tres clepsidras para exponer un caso, es un mal abogado.

Se alejaron en dirección sur por el Cardo Máximo. Gayo no quería abordar el caso de Fabio Justo en mitad de la calle, así que se dedicó a hablar de otro tema que le preocupaba.

—Algo tengo que hacer con Marcela —dijo sin mirar a su amigo, como si le diera vergüenza tratar el tema—. Vamos cada vez peor. Me enciende sólo con verla, y luego he de pasar día y noche sufriendo por no poder tocarla. ¡Y hace poco era tan distinta... !

—Es una de esas mujeres difíciles y exigentes; no te va a resultar fácil contentarla —concedió Marco palmeándole la

espalda.

—Lo sé, lo sé. Pero he pensado en algo que podría mejorar las cosas: pasado mañana ha organizado una cena a la que ha invitado a varios de los principales hombres de la ciudad. Se ha atrevido a invitar incluso a Ulpio Trajano y a su esposa, que vendría desde Itálica —explicó bufando. Nunca le habían interesado demasiado ese tipo de fiestas—. Por una vez, estoy de acuerdo con ella en que es una buena oportunidad para mejorar nuestra posición y estrechar lazos con algunas de las familias más importantes de la provincia —accedió con cierta desgana—. La cuestión es que se ha propuesto que la cena sea un éxito, y he pensado en algo que puede ayudar a que así sea.

—¿Y de qué se trata?

—Quisiera tomar bajo mi protección a un poeta. —Tuvieron que ponerse uno detrás de otro durante algunos pasos para continuar avanzando y el abogado continuó hablando mientras miraba hacia atrás, de tal modo que a punto estuvo de tirar unas cestas de gallinas que esquivó en el último momento—. No a uno cualquiera, sino a uno que sea bueno de verdad, que deje a su público con la boca abierta por el asombro y las manos enrojecidas de tanto aplaudir. Será un detalle de refinamiento que agradará a los invitados y con el que sin duda me ganaré el cariño de mi esposa.

—Es una buena idea, sí —asintió Marco volviendo a colocarse a su lado—. Y estás de suerte: precisamente conozco a un joven poeta que llegó no hace mucho a Hispalis. Tuve ocasión de escucharlo recitar hace poco; su voz podría rivalizar con la de Júpiter, su lira suena *como* si el mismo Orfeo acariciara sus cuerdas. Créeme, es el hombre que necesitas.

—¿Estás seguro? —La experiencia le había enseñado que, en algunas ocasiones, el criterio de Marco no era

exactamente algo por lo que debiera dejarse guiar.

—¿Acaso dudas de mí? Déjalo en mis manos, buen amigo. Te aseguro que tus invitados no olvidarán con facilidad los poemas de Anaxándridas —concluyó con una sonrisa franca mientras le palmeaba el hombro.

* * *

Así llegaron hasta los jardines de Cloris, en la entrada situada frente al templo de Poseidón, que se situaba a su izquierda. En ese punto, el abogado giró a la derecha, adentrándose en los jardines. Parecía estar buscando un lugar solitario en el que poder hablar. Marco lo siguió algo extrañado. Aquella actitud no era habitual en su amigo, que solía tratar cualquier tema con mucha naturalidad. Caminaban por una avenida secundaria bordeada de setos bajos. No se veía a nadie, excepto a una mujer que parecía llevar prisa y se alejó en dirección contraria a la que ellos seguían. Aun así, Gayo se mantuvo en silencio hasta estar seguro de que nadie podía oírlos. Allí, de pie y mirando a su alrededor constantemente, fue donde le explicó a su amigo el encargo que acababa de recibir esa misma mañana.

Marco escuchó con atención lo que le decía, manteniéndose en silencio y abriendo los ojos cada vez más. Cuando el abogado terminó de narrar la visita de Ulpio Trajano, se quedó mirando a su amigo.

—¡Es perfecto!

—¿Perfecto? —Gayo lo miró con asombro—, ¿No tienes nada más que decir? ¡Esto sí que es inaudito! —exclamó alzando los brazos.

—¿Qué quieres que diga? Lamento la muerte de Fabio. Lo conocía, hemos disfrutado de algunas... digamos... buenas

noches juntos —concluyó con una sonrisa al recordar lo que sin duda eran momentos intensos—. Pero era un muchacho alocado que podía acabar mal tarde o temprano; no me sorprende lo que me estás contando. Además, me alegro mucho por ti. —Tomó a Gayo por los antebrazos y le sonrió abiertamente—: Estás ante una oportunidad única de hacer importantes amistades. Por último, yo estoy entusiasmado: ¡puede que vivamos una gran aventura!

Y soltó una carcajada que terminó por contagiar al abogado.

—Estás loco, amigo mío —dijo intentando ahogar la risa—. Y llevas razón: es una gran oportunidad, pero, si te digo la verdad, no sé por dónde empezar. Nunca me he enfrentado a algo parecido.

—¿Por qué no le preguntas a ese maestro tuyo...?

—¿Lucio Balbo? —preguntó a su vez el abogado, tomando asiento en un banco situado bajo unos árboles en un intento de buscar algo de sombra que los protegiera del intenso calor e invitando a Marco a acompañarlo—. No, no... Lucio es jurisconsulto, no abogado. Además, es demasiado conservador. ¡Ojalá fuera Labeón! —soltó con un triste suspiro.

—¿Labeón? —dijo Marco arrugando el ceño en un gesto de extrañeza.

—Marco Antistio Labeón —confirmó el abogado con un movimiento enérgico de cabeza—. En mi opinión, el mejor jurisconsulto de toda la historia de Roma. Era famoso por su ingenio, por su forma de abordar los asuntos usando métodos poco habituales. Labeón no se basaba en la tradición; la transgredió y se dejó guiar por su instinto, por su sabiduría. Por desgracia, murió antes de que tú y yo hubiéramos nacido... Lucio es todo lo contrario; un hombre de gran experiencia, aunque tan encorsetado por ella que es incapaz de hacer algo de forma distinta a como se ha venido

practicando durante los últimos cincuenta años. —Gayo guardó silencio y se dedicó a jugar con unas piedrecillas que movía con el pie derecho mientras meditaba un breve instante—. Hace un momento has comentado que Fabio acabaría mal. ¿Por qué?

Marcó se inclinó hacia adelante, tomó una piedrecilla y la lanzó al estanque situado a su espalda antes de contestar con un encogimiento de hombros.

—Era algo que muchos comentaban. Ya sabes, era el típico muchacho que sólo piensa en obtener dinero para gastarlo. A veces entraba en lugares que podían llegar a ser peligrosos.

—¿Sabes si frecuentaba malas compañías? —El abogado no había esperado tener tan pronto un hilo del que tirar, y no quería desperdiciar la oportunidad. Sin embargo, Marco negó con un gesto de la cabeza.

—No, no... Es sólo que a veces se colaba en algún lugar de mala reputación. Bebía y hablaba demasiado. A veces se jactaba de tener una bolsa llena, pero nada más.

—¿Crees que alguien podría haberle atacado para robarle? —probó Gayo sin querer soltar la presa.

—¡No veo cómo! —Marco volvió a sentarse tras haber estado tirando piedrecillas al estanque, y entonces un par de patos se acercaron a la orilla para refrescarse—. Solía ir acompañado de un par de esclavos fornidos. Dudo mucho que alguien se atreviera a una cosa así... No, a menos que fueran varios, y por muy repleta que esté una bolsa, quitar una vida por unas pocas monedas no suele ser buen negocio.

—Entonces estoy como al principio: no sé por dónde empezar a investigar este asunto.

—¿No deberías visitar a los padres? Tal vez así puedas enterarte de algo.

El abogado asintió en silencio y luego se puso en pie.

—Sí, pero antes iremos a otro lugar.

Capítulo X

A bandonaron los jardines y cruzaron el Cardo Máximo en dirección al templo de Júpiter, que bordearon por su cara más septentrional, alejándose de los que visitaban el lugar para ofrecer libaciones y pedir la ayuda de los dioses. A continuación giraron a la derecha, siguieron el trazado del acueducto que corría a su izquierda, y se internaron en las callejuelas que se dirigían hacia las murallas que protegían la ciudad por el este. A medida que avanzaban, los edificios se alzaban más apretados y tenían un aspecto más destartalado: sólo los pobres vivían cerca de las murallas.

Así llegaron, atravesando uno de los callejones más estrechos, pestilentes y abarrotados de toda la ciudad, hasta el lugar en el que había ardido la *insula* en la que perdió la vida Fabio Justo.

—¡Aquí no hay más que escombros!

Era cierto. Marco y Gayo se hallaban fuera del rectángulo calcinado de lo que antes fuera una *insula*. Todavía permanecían en pie buena parte de las paredes, alguna que otra columna y un par de vigas, carbonizadas y dejando escapar aún nubecillas de ceniza al menor roce de viento. Curiosamente, toda la planta baja seguía erguida, como un legionario que se mantuviera en pie tras la batalla, agotado y maltrecho. Todo alrededor de la calle se podían observar las huellas oscuras de los caminantes que se acercaban al lugar,

surcos dejados por pies apresurados que se alejaban en todas direcciones.

Entre los restos no se veían más despojos que los habituales en aquellos casos: trozos de una mesa, los remaches metálicos de un arcón, algún pedazo de hierro que hubiera escapado, ennegrecido y arruinado, del calor de las llamas.

Tuvieron que esforzarse para encontrar alguien que pudiera contarles algo de lo que había ocurrido allí. Preguntaron a varios de los que pasaban por la calle antes de encontrar a una mujer que tiraba de una cabra atada a una cuerda corta. Vivía en la *insula* de al lado, y les explicó que la noche del incendio no podía dormir y daba vueltas sobre la cama, agobiada por el calor. Había oído primero un traqueteo suave, que ganó intensidad a medida que pasaba el tiempo, y, antes de que se diera cuenta, su habitación estaba iluminada por un resplandor anaranjado. Fue ése el momento en que se levantó y miró por la ventana. No fue la única, otros vecinos se apresuraban ya a bajar las escaleras a toda prisa. No sabía nada de la muerte de Fabio; no se enteró hasta el día siguiente, y con todo el jaleo que se vivió, ni siquiera oyó los gritos que el pobre muchacho sin duda debió proferir. «El fuego comenzó en una de las *cenacula* de la primera planta», fue lo único que les aclaró. Eso explicaba por qué la parte baja había resistido, le dijo el abogado a su amigo cuando la mujer se marchó sin poder aportar nada más.

El abogado apoyó la mano izquierda en la cintura y comenzó a pellizcarse la mejilla con la derecha. Se mantuvieron en silencio mientras observaban los despojos consumidos por las llamas, en un vano intento de desentrañar qué podía haber llevado a Fabio Justo a morir de una forma tan horrible.

—Quizás el hecho de que estuviera aquí no fuera más

que una casualidad —aventuró Marco poco después.

Gayo pareció regresar de algún lugar muy lejano, y al cabo asintió con un suspiro pesado.

—Vámonos, aquí no hay mucho que ver —dijo un tanto decepcionado.

Ya estaban a punto de volver por donde habían venido, cuando dos figuras se acercaron a las ruinas de la *insula*, hablando muy animadas.

—Saludos, Gayo Longo. No esperaba verte por aquí.

Se trataba de Tácito Vivido, que torció el gesto al ver al abogado, Tiempo atrás tuvo problemas con el padre de Gayo y desde entonces mantenía una fría distancia con su familia. Era un feroz comerciante, famoso por no ceder ni un palmo en sus negocios y hacer una fortuna en poco tiempo. Gayo lo conocía bien, pues tiempo atrás lo habían acusado en un par de ocasiones por diferentes motivos, aunque siempre había ganado sus juicios. Desde entonces, acumulaba demasiado dinero y demasiados contactos poderosos como para que alguien se lo pensara dos veces antes de iniciar una *actio* contra él. Sus palabras fueron correctas, aunque al borde de la insolencia, en especial por el tono de superioridad con el que las había pronunciado.

—No estoy aquí por placer, Tácito. Quería ver en persona el lugar en el que murió Fabio Justo. ¿Qué te trae a ti por aquí?

—Voy a comprar esta *insula* —declaró, pomposo, alzando los brazos como si se dispusiera a adquirir el Circo de Roma y no los despojos quemados de una vivienda para gentes modestas—. Así es —continuó sin prestar atención a la ceja arqueada de Gayo—, acabo de cerrar el negocio con su anterior dueño. —Y diciendo aquellas palabras posó la mano sobre el hombre que lo acompañaba, que sonreía de oreja a oreja. Sin duda, debía de pensar que había hecho un buen

trato.

—Nunca creí que dejarías los olivos para pasarte al alquiler de viviendas —comentó Marco.

—Eso es porque te falta visión comercial. Como tu padre debe haberte enseñado, un hombre hace bien en tener diversos negocios. De ese modo, si uno falla puede sustentarse en otro —repuso el recién llegado sin abandonar aquel aire despectivo.

—Espero que el incendio del almacén de olearios no te haya costado una fortuna —intercedió Gayo en un intento de apaciguar los ánimos.

Tácito apretó la mandíbula. El incendio del que hablaba Gayo se produjo unos días atrás. Había sido devastador, y si no se propagó fue porque el edificio se situaba en mitad de una amplia plaza.

—Fue una desgracia que sentirá todo el imperio —contestó Tácito mal encarado—. Éste era uno de mis puntos de venta: puedes ver por el suelo un buen montón de restos de la cerámica de mis vasijas... Yo espero recuperarme cuanto antes, ya estoy haciendo planes para ello, y la compra de este edificio —dijo señalando con ambas manos a la *insula* quemada— forma parte de esos planes. Me convenció de hacerlo mi buen amigo Virginio Arrio. Él ya ha adquirido alguna de las que han ardido en los últimos tiempos, así que me he apresurado a hacer una oferta por esta ruina antes de que me la quitara de las manos.

—Deberías tener cuidado, Tácito: podrías estar incurriendo en un delito —advirtió Gayo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Tácito aparentando cierta indiferencia.

—Eres un hombre de negocios, así que no tienes por qué saber sobre estas cosas —explicó el abogado—, pero has de saber que hay leyes que indican que no se pueden vender

edificios así como así. Según la ley del año cuarenta y cuatro, sin ir más lejos, se pueden imponer multas a quienes realicen estas prácticas; incluso se les puede llegar a acusar de infamia.

El anterior propietario miró a uno y a otro de forma sucesiva y se echó a temblar. Por nada del mundo quería verse envuelto en un asunto como ése. Tácito, en cambio, se echó a reír, espantando sus temores con un simple movimiento del brazo.

—Dices la verdad, abogado: soy un hombre de negocios, por eso no doy un paso sin antes asegurarme de que piso sobre seguro. Sí, existe esa ley. Y sí, me informaron sobre ella. ¿Y sabes qué? Esa ley del año cuarenta y cuatro se creó para evitar el saqueo, para impedir que las ciudades vieran cómo sus edificios más emblemáticos se derruían para negociar con sus materiales de construcción. ¿Crees tú que yo podría lucrarme con algo de lo que queda aquí? —preguntó, usando un tono mucho más agresivo, al tiempo que volvía a señalar las ruinas del edificio—. Lo que la ley dice, y tú debes saberlo si la has estudiado, «abogado», es que quien compre un edificio debe ser para asegurar que se reedificará. Y eso es lo que yo me propongo aquí, «abogado» —repitió en el mismo tono despectivo usado un momento antes—: levantar un edificio aún más alto y mejor.

Gayo asintió, sin mucho más que decir.

—Llevas razón: te han asesorado bien. Disculpadme.

Y haciéndole una señal a Marco, se alejaron de allí.

—¿Por qué no le has contestado?

—Porque no había nada que contestar —respondió Gayo con voz ardiente—. Llevaba razón en lo que dijo. Hace unos años se revisó la ley de la que hablábamos.

—¿Esa del cuarenta y cuatro?

—Esa misma —asintió al tiempo que se introducían en el

bullicio de la calle—. Dicta que no es lícito comprar un inmueble sólo con el fin de negociar con sus materiales. La ley se revisó hace ocho años, en el cincuenta y seis, cuando fueron cónsules Volusio y Cornelio, y se estableció que se mantuviera la *poena* que se aplicaba en la ley original, por la que el transgresor debía pagar al erario público el doble de lo que le había costado el edificio. La revisión se realizó por las presiones de la familia de Alliatoria Celsilla, viuda de Afilio Lupercio. Alliatoria había heredado grandes tierras e inmuebles en los campos Macri,^{Nota 1)} una región que lleva siglos dedicándose a labores agrarias y ganaderas, que en otros tiempos había sido rica, pero que, para entonces, igual que en todas partes, estaba sufriendo los graves problemas que afectan a estas actividades y que aún nos preocupan hoy.

»El caso es que aquellas tierras y sus magníficos palacios ya no le resultaban útiles a Alliatoria. Quería venderlos, supongo que en parte porque no le rentaban nada y en parte porque a una mujer como ella sólo le traerían recuerdos amargos. Pero, claro, puesto que quedaban en mitad de un campo del que no se podía sacar beneficio alguno, nadie deseaba adquirirlos, a no ser que fuera para demoler las viviendas y sacar provecho de los mármoles y el resto de materiales con los que se habían edificado.

»En definitiva —resumió tras esquivar a un nutrido grupo de haraganes—: la viuda y su familia se encontraban en una situación difícil, de manera que lograron llevar el caso al senado. Y éste falló a su favor. Hizo una interpretación de la ley que indicaba que, al igual que Alliatoria hubiera podido dismantelar el edificio y vender sus materiales, podría hacerlo el que lo comprara.

—Entonces, ¿es posible comprar un edificio para negociar con él, o no? —preguntó Marco, que no entendía nada de todo aquello.

—Depende de la interpretación que se haga de la ley, mi querido Marco —aleccionó el abogado—. Nunca lo olvides: las leyes están hechas para contentar al humilde y proteger al poderoso.

Nota 1

Zona de la actual Módena. (N. del A.)

[Volver](#)

Capítulo XI

En aquella zona, las *insulae* se apiñaban unas sobre otras. Aquí y allá se veían chiquillos corriendo, gente portando cestas, hombres apoyados en las paredes lanzando piropos a las mujeres, ociosos charlatanes, tonsos afeitando al primer incauto que se dejaba rasurar por una deficiente cuchilla de bronce; todo ello apretado de tal modo que tenían que ir dando empujones para abrirse paso, pues con las prisas por salir de su casa Gayo no se había llevado consigo a Lucrecio, el esclavo que siempre lo acompañaba.

Caminaron casi hasta llegar a la espalda del templo de Poseidón. En la parte trasera había una pequeña zona ajardinada en la que podía verse una estatua dedicada a Escipión. Era un lugar pequeño, muy tranquilo, en el que la figura del general destacaba con fuerza. Unos pasos más allá, se alzaba la enorme *domus* del padre del malogrado Fabio Justo, con la puerta adornada por la rama de ciprés.

Los hicieron pasar al peristilo, muy amplio, con ocho columnas a cada lado y multitud de plantas. Unas esclavas vestidas de luto les trajeron unas sillas plegables y les ofrecieron una copa de vino, demasiado fuerte para Gayo y muy del gusto de Marco, junto a unas uvas grandes y dulces recién cosechadas. Sin embargo, aunque el luto en la casa era evidente, el cuerpo no se encontraba en el atrio, colocado en el lecho mortuario para ser velado durante los ocho días de rigor, y ambos visitantes repararon en ello, como no podía

ser de otro modo. Apenas habían dado un sorbo a sus copas cuando apareció un hombrecillo de baja estatura y amplia barriga que subía y bajaba delante de él, anunciando su llegada, vestido con ropas tan oscuras como el resto de los servidores de la casa. Al hablar, su tono fue cordial.

—Bienvenidos a la casa de mi dómine. Soy Demetrio, secretario de Gneo. ¿En qué puedo ayudaros?

—Me gustaría hablar con Gneo, si es posible —explicó Gayo.

—Quisiera poder ayudarte —indicó el gordo secretario—, pero lamentablemente no se encuentra en Hispalis: Se halla en Baelo Claudia.

—Suponía que habría venido para el entierro del joven Fabio... Por cierto, ¿dónde está su cuerpo? —preguntó Marco, mirando por el atrio en busca del féretro.

—Tu suposición tiene sentido —contestó el esclavo sin perder su tono amable, aunque mostrando cierto hastío, como si fuera una pregunta que había tenido que responder demasiadas veces en las últimas horas. Sin duda, era el hombre de confianza de Gneo—, y la misma pregunta que haces responderá tus dudas: el cuerpo de Fabio no se encuentra en la casa porque Gneo ha hecho que lo trasladen a Baelo Claudia. Su esposa está mal de salud, y el golpe por la noticia de la muerte de Fabio ha sido tan duro que se ha visto obligada a permanecer en cama. Los médicos han dicho que no le haría ningún bien realizar el viaje, a pesar de ser tan corto si se hace por mar.

»Aun así, como comprenderéis, no podían dejar de llevar a cabo los ritos funerarios, así que mi señor decidió que, si no podían venir ellos a velar a su hijo, muerto en circunstancias tan tristes, llevarían el cadáver hasta su villa en Baelo Claudia para enterrarlo allí de la manera adecuada.

—Es un procedimiento poco habitual —terció el abogado

con un movimiento de cabeza.

—Desde luego. Esas mismas palabras fueron las que Gneo utilizó en la carta en la que me daba las instrucciones precisas para su traslado. —El secretario parecía recitar todo aquello de memoria, mientras con la mirada controlaba a las esclavas de la casa—. Junto a ellas indicaba que había consultado con los augures, y que éstos, tras estudiar las entrañas de una paloma y consultar a los dioses, aseguraron que, dadas las circunstancias, el traslado se podía llevar a cabo sin temor a que Caronte dejara de realizar su trabajo —explicó devolviendo la atención a los visitantes—. El cuerpo partió anoche.

Gayo quedó pensativo durante unos momentos y Marco se encogió de hombros, un gesto al que recurría cuando no tenía gran cosa que decir.

—¿Puedo ayudarte en alguna otra cosa, Licinio? —preguntó el secretario cuando el silencio se alargó.

—No, no... Sólo quería presentar mis respetos a tu dómine y hablar con él sobre lo ocurrido. Dime, ¿fuiste tú el que identificó a Fabio?

—Por desgracia, así fue. —Demetrio habló con voz pesarosa, pero manteniendo la cabeza alzada—. Un espectáculo terrible... Terrible. No quedaba nada del joven dómine. De no ser por el anillo, no hubiera podido reconocerlo. No quiero ni imaginarme cómo afectará la visión de su pobre cuerpo calcinado a su madre. Lo quería mucho, ¿sabes? —concluyó mirando a otro lado, como queriendo ocultar su pesar a los ojos de los visitantes.

—Desde luego. Debe de ser un golpe terrible para la familia. ¿Crees que fue un accidente? Entiéndeme... —se defendió alzando los brazos ante la mirada que lanzó el gordo—: no me mueve el morbo al preguntarte eso. Has de saber que... —Gayo se pensó cómo decir aquello y al final optó por una verdad a medias—, bueno, los magistrados me

han pedido que investigue *lo* ocurrido. Sirves a una familia importante, Demetrio; la ciudad no puede permitir que pasen cosas como ésta sin investigarlas adecuadamente.

Las palabras del abogado sirvieron para apaciguar al hombre, que cambió por completo su actitud. Los ojos le brillaron, soltó los brazos, que había mantenido cruzados sobre el pecho durante toda la conversación, y se llevó una mano al mentón.

—Yo no vi nada extraño —dijo al cabo—, más allá del cuerpo carbonizado del joven dómine. Ojalá nunca hubiera tenido que presenciar algo así...

—Sin embargo, sabes que Fabio a veces frecuentaba lugares, digamos..., poco recomendables —continuó el abogado.

—¡Eso fue hace tiempo! —lo defendió Demetrio—, No negaré que era un joven con gustos estrafalarios, pero mi señor, con buen criterio y siguiendo mi consejo, dejó de entregarle dinero para sus vicios y sus fiestas. La intención *era* alejarlo de ese camino, y es cierto que el joven dómine salía a menudo, pero ¿qué podía hacer sin dinero? —concluyó con una picara sonrisa.

Cuando le preguntó si Fabio tenía negocios propios, Demetrio negó con la cabeza. Marco y Gayo se miraron sin decir nada. El abogado se palmeó las rodillas y se puso de pie; Marco imitó a su amigo.

—Bien, asegúrate de enviarle mis más profundas condolencias a Gneo, por favor, Demetrio —rogó tras pedirle que los acompañara a la puerta—. Oraré para que el espíritu de su hijo encuentre reposo y no vuelva para atormentar vuestra casa.

Demetrio se inclinó agradecido, y Gayo se disponía a marchar cuando, ya pasado el umbral de la puerta, pareció recordar algo y se volvió de nuevo hacia su acompañante.

—Escucha, Demetrio. He de enviar un cargamento de aceite a Córdoba. ¿Sería posible negociar la compra contigo?

Antes de que el secretario contestara la pregunta, Gayo ya sabía lo que quería. El pobre hombre había compuesto una expresión extraña, una mueca de no entender lo que le pedían, que no podía ser una simulación.

—Lamento decirte que mi dómine no se dedica a la venta de aceite... No puedo ayudarte en lo que me pides.

—Oh, vaya. Me habían dicho que el joven Fabio se dedicaba al envasado de aceite, pero si estás seguro de lo que dices deben de haberme informado mal —insistió el abogado para asegurarse.

—Sin duda alguna. No sé quién te ha podido decir algo así, pero es una información errónea. Tengo el privilegio de contar con la confianza de esta casa —aseguró mostrando las palmas de las manos en un gesto de sinceridad—, me encargo de llevar personalmente todos sus negocios, y puedo asegurarte que entre ellos no se encuentra ninguno relacionado con el aceite.

Gayo asintió y le dio las gracias de nuevo, antes de alejarse de la casa, anunciando una vez más que rezaría por el joven fallecido.

—¿Que orarás por él? ¿Cuándo has sido tú de prodigarle en oraciones? —preguntó Marco al alejarse, tomando a su amigo por el codo—. ¿Y a qué ha venido eso del aceite?

Gayo posó la mano sobre el hombro de su amigo para responderle.

—Tácito ha mencionado que Virginio Arrio había comprado algunas de las ínsulas incendiadas en las últimas semanas. Y él mismo ha seguido su ejemplo. Es un acto delictivo según como se mire, y he querido descartar que la familia de Fabio pudiera estar enterada de lo que ocurría.

—¿Crees que puede ser ése el motivo de la muerte?

—No, no... —descartó Gayo un tanto frustrado por perder otra posible pista—: Demetrio ha sido sincero, al menos en ese punto: estoy convencido de que la familia no tiene tratos con los aceiteros. Pero hay que investigar todas las posibilidades. ¿Qué opinas de lo que nos ha dicho sobre la falta de dinero de Fabio? —preguntó unos pasos más allá.

Marco chasqueó la lengua antes de responder.

—Tal vez el muchacho no recibiera dinero de su padre, pero no le faltaban sestercios para gastar —respondió mirando al interior de una *taberna*. Comenzaba a tener calor, y quería beber algo.

—¿Estás seguro? —insistió el abogado.

—Desde luego. No se prodigaba tanto como antes, es cierto, pero seguía disfrutando de fiestas y correrías.

Avanzaron en silencio, esquivando el sobrante de agua de una casa, que se vertía sobre la calle.

—¿En qué piensas? —quiso saber Marco.

Gayo negó con la cabeza, al tiempo que hacía una mueca con los labios.

—En que no me gusta nada todo esto. ¿De dónde sacaba el joven Fabio esas monedas si no las obtenía de su casa? —Marco se encogió de hombros y el abogado volvió a preguntarle—. ¿Crees que acudiría a los prestamistas?

—Muy estúpido sería de haberlo hecho.

No dijeron nada más, y durante un trecho continuaron en silencio. Por fin, Marco se plantó frente a la puerta de una *taberna*, tomó a Gayo por el brazo y lo hizo entrar, a su pesar. Se instalaron en una mesa situada en una esquina oscura y fresca, algo alejados de otros parroquianos. Cuando al fin tuvieron frente a ellos el vino y se refrescaron la garganta, Marco se inclinó sobre la mesa hacia su amigo.

—Te conozco, estás rumiando algo: suéltalo. —Y tras

decir eso dio un largo trago de su copa, que rellenó de inmediato.

Gayo se tomó aún un tiempo para ordenar sus ideas. Jugueteeó con la copa de barro entre sus manos y al final se decidió:

—Están pasando cosas extrañas, Marco. —Hablaba en voz muy baja para evitar ser escuchado, lo que los obligó a tener las cabezas casi pegadas una a la otra—. De lo contrario, su cuerpo no hubiera abandonado su casa sin llevarse a cabo los ritos funerarios ni aunque el propio Plutón hubiera venido a buscarlo. ¿Por qué lo han llevado a Baelo Claudia?

»Y luego está el tema del dinero: ¿De dónde sacaba Fabio el dinero si no era de su padre? Al parecer, no tenía negocios propios... —agregó mostrando las manos e inclinándose más aún hacia Marco.

—Así que crees que pudo haber pedido dinero prestado y que no devolverlo le costara la vida. ¿Es eso?

Gayo contestó ladeando la cabeza, asintiendo y alzando una ceja.

—Bien —continuó Macro—, pues ya puedes quitártelo de la cabeza. Cualquiera prestamista preferiría cobrar las deudas de Fabio en favores de su padre en lugar de darle muerte. A veces, que alguien esté en deuda contigo es el mejor regalo para los que no tienen escrúpulos.

Bebieron en silencio. Marco le propuso jugar unas manos al *micatio*, pero Gayo rechazó la invitación poniéndose en pie.

—Te lo agradezco, amigo. Pero tengo un mal presentimiento... Me temo que hay algo oscuro en todo esto. Y te prometo que no descansaré hasta averiguar qué está pasando.

Capítulo XII

Marco conocía a su amigo lo suficientemente bien como para dejar que se marchara solo. Sabía cuándo necesitaba de sus charlas, de sus bromas, pero también de sus silencios y su ausencia, así que lo despidió con un gesto de cabeza cuando Gayo se dirigió a la puerta de la *taberna*. Un momento después, buscaba a voz en grito a quien quisiera jugar con él al *micatio*.

Gayo, por su parte, se alejó hacia el sur, sin una dirección concreta. Callejeó sin más, dejando que las voces, los niños, los comerciantes y, en definitiva, todo el escándalo de la ciudad lo envolvieran. Le daba vueltas al modo en el que Fabio obtenía su dinero, de modo que, en un momento dado, decidió seguir la posibilidad de que hubiera tenido trato con los prestamistas y giró a la derecha al llegar a la vía Capitolina. Se trataba de una de las calles más amplias y largas de Hispalis. La ciudad no fue construida por Julio César, sino que ya estaba habitada con anterioridad, por ese motivo no seguía de forma estricta el habitual orden en cuadrículas de las ciudades romanas. La vía Capitolina, con anchura suficiente para dos carros, partía del Decumano Mayor, justo frente a la entrada dedicada a la Tríada Capitolina que le prestaba su nombre, y corría rumbo sur, en línea recta, hasta llegar al mercado de las Corporaciones, en el lado meridional de la ciudad.

Gayo apretó el paso para dirigirse en dirección al foro, al

tiempo que intentaba esquivar los puestos destartalados que se abrían a ambos lados de la calle. Cuando al fin llegó, se dejó guiar por el tintineo de las monedas que los prestamistas hacían sonar en sus bolsas de cuero para llamar la atención de sus clientes.

Así llegó frente al primero de ellos, que lo miró con una sonrisa falsa.

—¡Saludos! —exclamó alzando ambos brazos—. Sin duda has venido a ver al prestamista que te ofrecerá el interés más bajo de toda Hispalis. ¿Cómo puedo ayudarte? ¿Cuánto necesitas?

—No necesito tu dinero.

—¡Ah, pero eso es imposible! —lo interrumpió el prestamista sin dejarle explicarse—. Todo el mundo necesita el dinero del viejo Elías. Te puedo ofrecer el interés más bajo de toda Hispalis —volvió a decir, sin ser consciente de que ya había ofrecido ese argumento apenas hacía un instante.

—¿Le prestaste dinero al joven Fabio Justo? —soltó sin más el abogado, temiendo que la perorata del prestamista no acabara nunca.

El judío lo miró frunciendo el ceño y echando hacia atrás la cabeza en un gesto de sorpresa.

—¿Cómo dices?

—Quiero saber si le prestaste dinero al joven Fabio Justo.

—¿Quién es ése? ¿Te refieres al hijo de Gneo?

—Exacto.

—¿Y por qué quieres saberlo? —volvió a preguntar, cruzando ahora los brazos sobre el pecho.

Gayo se quedó sin saber qué decir. Había estado tan preocupado por el asunto que no se había parado a pensar en qué iba a explicar cuando se dirigiera a los prestamistas. Improvisó algo a toda prisa y soltó lo primero que le cruzó

por la cabeza.

—Supongo que has oído que murió en el último incendio. Su padre ha sabido que había pedido prestado dinero y quiere devolverlo para que su memoria no se vea mancillada, pero no sabe quién fue el prestamista. —El abogado comprobó el brillo en los ojos del judío y supo de inmediato qué pasaba por su cabeza, de modo que detuvo el engaño antes de que se produjera, alzando ambas manos—: Por supuesto, para ello exige ver el asiento del libro de cuentas en el que se refleje la cifra prestada.

—¡Plutón bendito! —explotó Elías—. Para un hombre honrado que hay en esta ciudad, y no hizo negocios conmigo... Lo lamento. Pero a ti sí puedo prestarte dinero si lo necesitas. ¡Y al mejor interés de toda Hispalis!

Gayo se alejó de él dándole la espalda y se encaminó al siguiente prestamista, situado apenas a veinte pasos. Tan pronto como se acercó, aquel tipo, gordinflón y sudoroso, lo encaró mostrando unos hoyuelos en las mejillas.

—He visto que hablabas con Elías. Has hecho bien en no hacer negocios con él, porque yo puedo ofrecerte dinero al mejor...

—Sí, sí, al mejor interés de toda Hispalis —terminó el abogado cortando al hombretón—, Pero no he venido a pedirte dinero.

Y volvió a explicar lo que le había dicho al judío. Así lúe visitando a todos los prestamistas del foro, uno tras otro, con el mismo resultado: ninguno de ellos había prestado dinero alguno a Fabio Justo.

Las luces del día comenzaban a apagarse cuando dio por terminada su labor: definitivamente, como había dicho Marco, Fabio no había recibido dinero de ningún prestamista, de manera que ahí tenía un misterio por resolver: ¿de dónde obtenía sus monedas?

Su instinto le decía que ese flujo de dinero podría estar relacionado con su muerte. Sin embargo, cuando por fin se dirigía a su casa, el pensamiento que le rondaba era otro: ¿qué hacía Fabio en una *ínsula* como aquélla?

* * *

La hora décima estaba avanzada y el puerto había empezado a reducir su actividad cuando Glauca llegó para iniciar su jornada. Las grandes ruedas de las grúas giraban cada vez más despacio; algunas estaban ya inmóviles, sin manos que las hicieran rotar. En los barcos se iba haciendo el silencio, y la mayoría de los trabajadores se afanaban por terminar sus tareas y regresar a sus casas. Aun así, el puerto siempre era un buen lugar para cazar clientes, fuera la hora que fuera, y a ella no le daba miedo pasar la noche caminando arriba y abajo, entre los fardos y el vaivén de las naves atracadas. Además, así podría, tal vez, preguntar si alguien había visto a Porcia.

El primer hombre se le acercó nada más pisar la madera de los muelles; un sirio bajito, de pelo largo, brazos fuertes y mal aliento que se la llevó tras un montón de grandes tinajas. Ni siquiera la tumbó; le manoseó las tetas con las manos duras y ásperas del que está acostumbrado a dejarse la piel tirando de cuerdas o de remos y la penetró sin ningún reparo, colocándola contra la pared mientras le sujetaba una pierna en alto. Por suerte, el hombre estaba ansioso; debía de llevar días en el mar sin aliviarse, y se derramó con apenas cuatro embestidas.

El sirio le pagó dos ases a regañadientes y ella le cobró sin perder la sonrisa, regresando al muelle de inmediato. El tipo ni siquiera dijo adiós, y, antes de que Glauca se diera cuenta, estaba subiendo a una barcaza rebosante de ánforas.

No era de extrañar, le había robado unos momentos al trabajo y ahora volvía con rapidez antes de que sus compañeros se quejaran. Lejos de eso, lo recibieron con las sonrisas cómplices y los gestos de admiración habituales en situaciones como aquélla. Glauca se quedó por los alrededores, luciendo tipo, masticando un poco de mirto para eliminar el mal aliento que le había dejado el marinero al besarla y mostrando los pezones pintados de un rojo tan vivo que destacaba sobre las ropas, de un amarillo chillón tan transparente que se adivinaba la sombra de su sexo. De nada le sirvió; los pocos hombres que aún estaban trabajando perdieron pronto el interés y se concentraron en acabar sus tareas, de modo que ella murmuró una maldición y echó a caminar hacia la zona norte de los muelles.

El puerto era inmenso, pues bordeaba toda la ciudad por el oeste. Unas rampas de madera salvaban el fuerte desnivel hasta llegar a la orilla del río, y, a aquella hora, los pocos *lintres* que aún no habían atracado se apresuraban a encontrar un lugar donde pasar la noche, dejando para el día siguiente la descarga de los minerales que traían de Córdoba. Decían que, tiempo atrás, había atracado en aquellos mismos muelles la flota que comandara Quinto Casio Longino, pero Glauca apenas había visto alguna vez una nave mayor que una *corbita*. Esos barcos sí eran muy habituales en Hispalis, y de hecho aquella misma tarde pudo contar al menos dos docenas de ellos, con sus cuerpos panzudos, la proa y la popa curvadas y las velas descansando antes del próximo viaje.

Tuvo que esperar y pavonearse por el muelle durante un buen rato antes de que un nuevo cliente se le acercara. Éste fue más discreto y la llevó hasta un rincón apartado de uno de los almacenes. Por todas partes había sacos de grano preparados para ser vendidos en la ciudad, tinajas de vino, algunos fardos de telas...

Aquel hombre parecía amable. Tenía una hermosa

sonrisa, a pesar de que le faltaban un par de dientes, y la miraba con deseo. Una mujer sabe bien cuándo la miran con la única intención de comérsela allí mismo y cuándo en el hombre que la observa hay un destello de auténtica admiración, esa chispa que, si Cupido lo desea, puede prender algo más.

La trató con respeto. Dedicó mucha atención al cuerpo de la mujer, y ella gimió de placer como pocas veces lo hacía antes de ser invadida. Aquello la volvió loca. Empezó a empujar con fuerza al marinero, que aguantaba sus embestidas con estoicismo y sin aumentar el ritmo, lo que la excitaba aún más. Se apoyó en manos y rodillas para que la penetrara por detrás, lo que le facilitaba el movimiento y encendió al hombre; no todas las mujeres, ni siquiera las putas callejeras, estaban dispuestas a colocarse en una posición como aquélla. Aun así, el tipo logró aguantar, y Glauca, con el cabello sudoroso y la boca seca de tanto jadeo, terminó por tumbarlo y colocarse encima de él. Le agarró las manos y lo rodeó con su cuerpo mientras le mordía el labio inferior. Gimió con fuerza, echó la cabeza hacia atrás y permitió que el placer la inundara. Todavía estremecida, el hombre volvió a tomar la iniciativa, se colocó sobre ella y empezó a empujar arqueando mucho la cintura para que el contacto fuera aún mayor cada vez que se hundía en ella. Los pechos de Glauca se mecían; nave que no podían oponerse a los embates de aquel mar de deseo. Al fin, el hombre eyaculó con un gemido largo y profundo.

Un momento después, con el pecho enrojecido y el rostro encarnado por el esfuerzo, cubierto de sudor, rodó junto a ella. Allí estuvieron, con la cabeza de ella sobre el hombro de él, unos momentos en los que pensaron que eran dioses, hasta que una voz les hizo regresar al mundo de los hombres.

—¡Date prisa, Varro! Acaba de una vez con esa puta, que tenemos que zarpar ya.

Glauca no pudo evitar que un temblor le recorriera el cuerpo. Restregó la mano contra la mejilla para detener una lágrima y empezó a ponerse de pie, arreglándose el vestido. Antes de que lo hiciera, aquel hombre, Varro, le tomó la cara con ambas manos.

—Vivo en Córdoba. Vengo a menudo para desembarcar metales. Volveré. Espero encontrarte —comentó en tono ligero mientras sonreía.

Le besó la frente con rapidez, se acomodó la túnica y salió corriendo del almacén después de pagarle seis ases.

Glauca necesitó quedarse un tiempo allí, tumbada. Apenas era capaz de respirar. Por un momento, se imaginó llevando una vida diferente, cuidando de un hombre, uno para ella sola, del mismo modo que ella sería sólo para él. Tal vez cuidando de un hijo... Se aferró al amuleto que colgaba de su cuello, una bolsita en la que guardaba una alubia perforada envuelta en piel de mula y cuyo fin era protegerla de posibles embarazos. ¡Qué maravilloso debía ser poder vivir sin preocuparse de algo así! De nuevo la visitaron las lágrimas. Sorbió ruidosamente por la nariz, se pisó el dorso de la mano por la cara y se puso en pie hablando para sí misma.

—No seas tonta. Ese hombre no cumplirá su promesa. Más vale así.

Echó a andar, pero fue incapaz de salir del almacén. Las piernas le temblaban y se apoyó en unos fardos para recuperarse.

—Pero... ¿y si volviera? ¿Y si pudieras dejar esta vida y casarte con un hombre honrado...?

Una sonrisa vino a visitarla y esta vez la esperanza la acompañó. Creería. Creería en aquel hombre, Varro, de hombros anchos y mirada luminosa. Ésa sería una buena forma de afrontar los días venideros.

Ya se ponía de pie cuando arrugó la nariz. Un olor penetrante, a carne podrida, llegó hasta ella. Provenía de un rincón cercano, pero se dijo que lo mejor era marcharse sin buscarse problemas, así que echó a andar hacia el muelle. Sin embargo, apenas había avanzado unos pasos cuando cambió de opinión y volvió sobre sus pasos. Tal vez alguna de aquellas vasijas contenía carne en salazón y había quedado mal sellada. Puede que una parte de su contenido se hubiera estropeado, pero seguro que aún había mucho que aprovechar... Miró hacia la entrada del almacén para asegurarse de que no había nadie, y, lanzando miradas atrás una y otra vez, se dejó guiar por el olor.

Pero no encontró lo que esperaba, y un grito desgarrador surgió de su garganta, arrancando ecos en la oscuridad del almacén.

Capítulo XIII

Una mano se posó sobre su hombro deteniéndolo justo cuando se disponía a entrar en su casa. Al girarse se encontró con Marco, que estaba acalorado, sudoroso y sin aliento.

—¡Me alegro de haberte encontrado! Vengo llamándote desde que llegaste a la altura del templo de Poseidón. ¿Acaso te has quedado sordo de repente?

—Lo lamento, estaba sumido en mis pensamientos —respondió Gayo palmeándole el hombro—, ¿Por qué me buscabas? ¿Ha ocurrido algo?

—¡Ya lo creo! Aunque no está relacionado con lo que estás investigando... —se apresuró a aclarar.

El rostro del abogado apenas dejó entrever una mueca de fastidio, pero se rehízo de inmediato y, señalando con una mano la puerta de la casa, invitó a entrar a su amigo.

—Pasa entonces. Nos daremos un baño mientras me lo cuentas.

* * *

Marcela puso mala cara en el instante en que los vio entrar. Enviaron a Marco al baño y Gayo se quedó un

momento a solas con su mujer, junto al pozo.

—¿Tenías que traerlo en este estado? —le espetó irritada.

Hablaba con los labios apretados, casi en un siseo, los brazos en jarras y golpeando el suelo una y otra vez con el pie.

—Marcela —protestó él con voz cansada—, llevamos todo el día fuera. Hemos estado investigando sobre el pobre Fabio, hablando con unos y con otros, y no hemos obtenido ninguna información. Estamos sucios, cansados y hambrientos...

—En ese caso, debería haberse ido a su casa, a lavarse, comer y descansar —replicó, como de costumbre en voz baja. Los esclavos ni se fijaron en la escena.

—Marco es mi amigo, casi como mi hermano. Lo sabes bien desde que te casaste conmigo. Nunca te ha gustado, aunque no puedo imaginar tus razones, pues es un amigo leal, pero jamás habías hablado así en su contra. ¿A qué se debe ese cambio?

Marcela no se amilanó ante el tono de reproche que su marido no quiso ocultar. Al contrario, alzó la cabeza, adelantó el mentón y habló con voz firme y segura:

—Marco tiene mala fama: dedica sus días a visitar lupanares y burdeles, derrocha sestercios en juegos deshonorosos, pasa las noches entre fiestas y borracheras, y apenas presta atención a los negocios de su casa. Una persona así es una mala influencia. —Viendo que sus palabras sólo endurecían el semblante de Gayo, Marcela cambió de actitud. Suavizó la voz, inspiró profundamente subiéndolo los pechos, agachó la cabeza para mirarlo desde la sombra de sus largas pestañas y puso su mano en el hombro de su esposo con la dulzura con la que Helena debió de tocar a Paris por primera vez—: Ahora vas a empezar a tratar con personas importantes, Gayo —continuó con una caricia sobre

el rostro de su marido—. Marco no puede acompañarte en este viaje. Y a ti no te conviene que lo haga. Necesitas quedar bien con Ulpio Trajano, de lo contrario nuestra casa quedará en entredicho y perderemos cualquier opción de medrar en la ciudad.

Gayo la miró desde la atalaya de sus ojos. Vio su piel rosada, el pecho agitándose con cada respiración, la sinuosa cintura que daba paso a las firmes caderas... Y comprendió que aquel día tampoco disfrutaría de los encantos de su mujer cuando escuchara lo que tenía que decirle:

—Mis negocios y las personas de las que me rodeo para llevarlos a cabo son cosa mía, Marcela. Haré lo posible por resolver el encargo de Ulpio, pero no perderé por el camino a mis amigos. Ahora voy a reunirme con Marco en la sala de baños; asegúrate de que nos preparen una cena apropiada. Nada de pescado, ni de *garum*, por supuesto. Ni siquiera para Marco. Ya sabes que no soporto el olor del *garum*... — masculló mientras se alejaba del pozo y dejaba atrás a su mujer.

Atravesó la galería cubierta del peristilo, se internó en el patio situado a la derecha del triclinio y entró en la sala de baños. Allí estaba su amigo, haciendo que una esclava le frotara la espalda y emitiendo gorjeos de placer. Gayo se desnudó, aspiró el vapor y se introdujo despacio en el agua caliente.

La estancia, como el resto de las de la casa, se había cuidado con esmero. Las paredes lucían hermosos frescos en los que peces, delfines y pulpos parecían flotar y moverse a través del vaho. Un suspiro quedó surgió de la garganta del abogado cuando se sentó con el agua cubriéndole el pecho.

—¿Puedo ayudarte, dómine? —preguntó la esclava, solícita— ¿Quieres que mande llamar a Crisa para tu baño?

—No, no... Sólo quiero un momento de paz —respondió cerrando los ojos y recostándose.

La muchacha asintió sin decir nada más y siguió frotando la espalda de Marco hasta que éste alzó una mano indicándole que parara. En ese momento, recogió las esponjas y se marchó, dejando a los dos hombres sumidos en el silencio húmedo de la estancia. Marco, sin embargo, no era de los que permanecen callados demasiado tiempo.

—Mientras tú paseabas por la ciudad dándole vueltas al misterio de Fabio, yo jugaba al *micatio* en la *taberna* donde me dejaste. Por cierto, he vuelto a ganar unas buenas monedas, pero eso es otra historia. La cuestión es que presté oídos a una conversación que se producía cerca de mí. Había un corro de hombres comentando la última noticia llegada de Roma.

—Estoy cansado, Marco —suplicó—. No tengo ganas de cotilleos.

—Y, sin embargo, éste te interesa —contestó acercándose a su anfitrión y despertando ecos con el chapoteo del agua. Gayo abrió los ojos con desgana y los fijó en su amigo, que sonrió satisfecho al tener toda la atención del abogado—: Hablaban de que se ha destapado una conjura contra Nerón.

Si los vapores habían adormecido a Gayo, aquellas palabras lo sacaron de su sopor.

—¿Qué has dicho?

—Según pude oír —explicó con entusiasmo—, un tribuno ha denunciado a una liberta adinerada que le había propuesto dar muerte al emperador durante un viaje.

—¿Un tribuno, dices? —Tras el asentimiento de Marco, le hizo otra pregunta—. ¿Mencionaron su nombre?

—Volusio Próculo —le respondió con un nuevo asentimiento.

Al oír el nombre, Gayo comenzó a pellizcarse la mejilla.

—Volusio Próculo... Volusio Próculo... —Se concentró hasta recordar a quién pertenecía aquel nombre. Al hacerlo, su rostro tomó un tinte más sombrío—. Ese hombre era el que comandaba la nave en la que Agripina cayó al mar. Muchos dicen que formaba parte de la conjura de Nerón para dar muerte a su madre, y que no quedó satisfecho con la recompensa recibida.

—Sí, conozco la historia; la han recordado en la *taberna* entre jarras de vino —contestó Marco.

—¿Qué más decían?

—Contaban que Epicaris, que así se llama la liberta, había intentado implicar a varios hombres importantes de Miseno. Al parecer, Próculo fue uno de ellos; probablemente lo invitaran a participar por ese resentimiento que se dice guarda contra Nerón. Pero se negó a formar parte de todo aquello, y en lugar de eso corrió al emperador para contarle lo que estaba ocurriendo, desbaratando así todos los planes de la liberta.

—¿Se dieron los nombres de los implicados en la conjura? —Gayo estaba cada vez más interesado.

—Por desgracia no. Epicaris ha tenido buen cuidado de no abrir la boca. Enfrentaron al tribuno con la liberta ante la presencia del propio Nerón, por supuesto, pero la mujer lo negó todo, tildando a Próculo de mentiroso. —Se tomó un momento para hundirse en el agua caliente y continuó la explicación al salir de ella con volutas de vapor ascendiendo desde su cabeza—. El tribuno, en cambio, dio detalles de cómo aquella mujer había intentado ganarse su favor, e incluso le había indicado lo fácil que sería aquello si él se sumaba a la conjura, señalándole lo mucho que le gusta a Nerón navegar por las aguas entre Puzol y Miseno y mostrando que la flota de Miseno estaba por completo a su servicio debido a su puesto. Según Próculo, Epicaris no sólo le había animado a unirse a los conjuradores, sino también a

conseguir soldados para la causa. Aun así, no se pudo probar nada —señaló con gesto cansado—, porque todos esos acuerdos entre ellos habían sido pactados en el lecho y por tanto no había testigos de aquellas palabras. De cualquier modo, Nerón está convencido de que tal vez no todo fuera falso, de modo que ha ordenado que se encarcele a Epicaris.

—Pobre mujer... —comentó Gayo con voz triste después de tomarse un tiempo para pensar en todo aquello—. La van a torturar para nada...

—¿Crees que la historia es falsa?

Gayo permaneció unos instantes en silencio antes de contestar.

—No sé qué pensar —concluyó al fin—. Es cierto que muchos patricios están sufriendo lo suyo desde que Nerón es emperador, que muchos se han visto obligados a abandonar Roma y que otros tantos sufren sus sátiras y críticas poco veladas. Pero la nobleza, por sí sola, no puede acabar con el emperador.

—¿Ah, no?

—No —confirmó el abogado—. Tienen los contactos, y el dinero, suficientes, pero no tienen poder. El poder está en manos de los pretorianos. Son ellos los que hacen y deshacen, los que pueden vestir de púrpura a quien deseen. Y Tigelino jamás permitiría que le ocurriera algo a Nerón.

Marco observó a su amigo con atención antes de volver a hablar. Se fijó en su ceño fruncido, en su cabeza gacha, en los labios apretados y el pertinaz pellizcar de los dedos de Gayo sobre su pómulo.

—Entonces, ¿por qué estás preocupado?

Gayo inspiró con fuerza antes de responder a la pregunta:

—Porque siempre hay un poso de verdad en las

habladurías de la plebe.

Después de aquello, salieron del baño, se secaron y se vistieron con túnicas frescas y limpias que les habían dejado a mano. Regresaron al patio principal, donde encontraron a Marcela.

—Tenéis la cena dispuesta. Me disculparás, Marco, querido —dijo tomando al invitado por el brazo y dedicándole una sonrisa encantadora mientras se llevaba la otra mano a la sien—, pero tengo un dolor de cabeza horroroso. Estoy agotada y mañana será un día de mucho trabajo; no sé si te ha dicho Gayo que vamos a celebrar una fiesta con invitados importantes, así que me retiraré a descansar. Disfrutad de la comida.

Estaba a punto de internarse en el patio que llevaba al dormitorio cuando Gayo la detuvo.

—Gracias, Marcela. Descansa, no tardaré en acostarme.

—Oh, no tengas prisa... Para cuando llegues yo ya estaré dormida, me he tomado una infusión para que me ayude a descansar. Por cierto, Sasobek te envió unas hierbas y un frasco. Dijo que lo tomaras antes de acostarte; lo tienes todo en el *tablinum*.

Al menos cenaron tranquilos. Fue una cena sencilla, a base de gachas, verduras y un poco de queso, por completo insuficiente para dos hombres que, como ellos, habían pasado todo el día sin llevarse ni un bocado al estómago. La despacharon con rapidez, y Marco invitó a su amigo a acompañarlo a un *thermopolium* para apostar una módica cantidad de sestercios.

—No, Marco. Conozco bien tus «módicas cantidades» V no me apetece perder una fortuna esta noche —respondió con una sonrisa—. Además, mañana me queda mucho trabajo por hacer.

Se abrazaron y Gayo acompañó a su amigo hasta la

puerta, enviando a Casto para que lo acompañara con una antorcha para iluminar el camino. Cuando se cerró la puerta, Gayo dio media vuelta y se dirigió a la cama.

Allí volvía a estar Marcela, apetecible *como* siempre.

Cuando se acercó pudo escuchar unos ruiditos, como los hipidos de un niño al llorar.

—¿Marcela? —Ella se removió, pero no contestó. Gayo se acercó un poco más y resultó evidente que su mujer lloraba—. ¿Qué te ocurre? ¿Te encuentras mal? ¿Llamo a Sasobek?

—¿Y de qué serviría? ¿Acaso pueden los remedios de un médico egipcio hacer feliz a una mujer?

Gayo suspiró mirando al techo de la habitación.

—¿Y por qué la mujer más bella de toda Hispalis debería ser infeliz? —preguntó sin mucha pasión.

—Porque una mujer necesita criar hijos. Y ver cómo su casa crece hasta convertirse en un pilar de su ciudad.

Ante esas palabras, Gayo acarició el hombro de su mujer al contestarle.

—Marcela, querida mía, yo también deseo tener hijos. Pero los niños —continuó acercándose a ella y besándole el cuello con suavidad— hay que fabricarlos y...

—Pues no será esta noche, Gayo Longo Licinio —respondió ella dándose la vuelta y cambiando los sollozos por una voz dura y fría—. Como ya dije antes, estoy cansada y me duele la cabeza.

Aquello fue demasiado para Gayo. Comenzó a notar que le faltaba el aire, por más que inspirara profundamente. Recordó las hierbas de Sasobek, y comenzó a gritar para movilizar a los esclavos de la casa. Alguno de ellos tendría que calentar un ladrillo, y más le valdría que se diera prisa en hacerlo.

Capítulo XIV

Tersites daba grandes zancadas por su casa, haciendo aspavientos, con la cara encarnada por la rabia y hablando a gritos.

—¡Los magistrados me van a oír! ¡Y los vigilantes tendrán que responder por esto!

Llevaba así más de una hora.

Todo había empezado al final de la hora undécima, cuando le llegó un mensaje indicándole que debía presentarse en el puerto de inmediato. No decía nada más, pero ya se temía lo peor. Tuvo que dar varias vueltas hasta dar con el almacén que le habían señalado, pero allí se encontró con el terrible espectáculo de una Porcia degollada. Glauca se mecía, con los brazos cruzados, sobre un fardo en un rincón del muelle, con muestras de haber llorado durante mucho rato. No podía culparla: cuando vio el cuerpo de Porcia fue evidente que se habían ensañado con ella: el corte en la garganta era largo y profundo, y había sido hecho con muy poca maña; se veía claramente que, o bien el cuchillo no estaba muy afilado, o el que lo manejaba no debía ser muy fuerte, porque parecía que en lugar de cortar había aserrado la garganta. La muerte de la pobre mujer debió de ser terrible. Tersites notó que el estómago se le revolvía ante aquella visión, pero cerró los ojos, aspiró con fuerza y logró contener los vómitos. Aun así, salió de inmediato del

almacén.

Fue a buscar al edil, pese a que la hora no lo aconsejaba. Lo encontró cenando, en mitad de un banquete, y apenas le prestó atención. Le aseguró que a la mañana siguiente se encargaría de todo con un tono tan burocrático que Tersites no supo si se trataba de una promesa proveniente de un hombre que se tomaba su cargo con profesionalidad o de simples palabras para que lo dejara regresar en paz a su fiesta.

Cuando volvió a su casa, las mujeres estaban inquietas, esperando su regreso. Al explicarles lo sucedido, la tristeza embargó el lugar. Casi todas empezaron a llorar, algunas se abrazaban y, mientras, Tersites continuaba despotricando contra las autoridades de la ciudad.

—¡Qué les importa a ellos la muerte de una puta, o la de treinta! ¡No son ellos los que pierden los denarios que la pobre Porcia traía cada día a esta casa!

—Quizá podrías pagar a alguien para que investigara lo ocurrido, dómine.

La única que podía atreverse a sugerir algo así era Libia, e incluso ella habló en un tono bajo, sin atreverse apenas a mirarlo a los ojos. Jamás había visto a Tersites en una situación parecida. Solía ser un hombre tranquilo que no perdía los nervios con facilidad.

Al escuchar la sugerencia, el griego la miró, primero con dureza, luego con desesperación.

—¿Para qué? Sólo era una puta, nadie le dará importancia. No, Libia. No hay nada que hacer.

No había nada que Libia pudiera objetar a aquello, y aunque lo hubiera no habría servido de nada; su dueño había dicho que no contrataría a nadie para investigar lo ocurrido, y nada de lo que ella o cualquier otra persona de aquella casa dijera lo haría cambiar de opinión.

* * *

Léntulo empujaba con fuerza, y, con cada embestida, pequeñas gotas de sudor salían disparadas para estrellarse contra las telas de la cama. El calor con el que la jornada se despedía ayudaba a su sofoco, pero la causa principal era encontrarse entre las piernas de Atia, su dómina.

Se había prendado de Léntulo tan pronto como llegó a la casa. La altura de aquel hombre, sus anchas espaldas, sus brazos fuertes y sus piernas poderosas le habían robado la razón a pesar de estar acostumbrada a lidiar día tras día con hombres fuertes y agresivos. Precisamente ésa era una cualidad curiosa en Léntulo: cuando luchaba lo hacía como si el mismísimo Marte se hubiera presentado en la arena; nadie podía detener sus golpes, ningún rival era capaz de causarle serios daños. En la lucha, la mirada del picto refulgía como el sol sobre bronce bruñido, pero cuando soltaba las espadas, aquella luz desaparecía dando paso a una penetrante oscuridad que convertía sus ojos claros en las profundidades del Aqueronte. Fue la primera en llamarlo El Bello, aunque lo hizo en su corazón y con los labios sellados por temor a Horacio, su marido; el lanista que había comprado a aquel salvaje del norte.

Por aquel entonces, la casa de Horacio pasaba por malos momentos. Hacía tiempo que no lograba descollar con un buen luchador, y el lanista se veía forzado a conformarse con los peores combates de los juegos. Fueron meses difíciles. Pero entonces había hecho un viaje a Cástulo, a cuyas minas acudía de vez en cuando para buscar nuevos hombres a los que convertir en gladiadores. Allí se encontró con aquel gigante. Y allí lo compró a muy buen precio, pues los capataces decían que era un vago, que no había látigo que lo

hiciera entrar en las profundidades de la tierra. El pobre picto estaba medio muerto, encadenado a una roca como si fuera un nuevo Prometeo, con los labios agrietados y reseco por la sed y las costillas marcándose en la piel de tan delgado como estaba. Horacio se le acercó y comprobó que podía ser un buen luchador a poco que se le alimentara bien y recuperara los músculos que había perdido. Corría un riesgo, eso era cierto; podía ser que se negara a luchar, igual que se negaba a trabajar en las minas, pero de ser así apenas habría perdido unas pocas monedas. Lo mantuvo durante unas semanas en Cástulo, alimentándolo bien y curando las heridas y llagas de su cuerpo, y luego hicieron el viaje hasta Hispali en una barcaza. Para cuando llegaron, el picto había recuperado casi todo el peso que había perdido y era evidente a vista de todos que se trataba de un auténtico guerrero, lo que demostró en cuanto le pusieron una espada en la mano. En su primer combate en la escuela de gladiadores le rompió dos costillas y la pierna a uno de los hombres más experimentados de Horacio. Desde entonces, cuidaban de que no se excediera en los entrenamientos. Comenzó a ganar peleas en la arena, y el *ludus* de Horacio vio cómo recuperaba su buen nombre con cada golpe de espada de su campeón.

Al principio, Atia intentó mantenerse apartada de él tanto como le fue posible, pero con cada exclamación de las mujeres en el anfiteatro, con cada pintada en las calles de Hispali en las que se loaba a Léntulo El Bello, un furor visceral empezó a crecer en su interior, una necesidad de hacer suyo, y nada más que suyo, al picto más impresionante de toda Hispania, de manera que desde hacía unos meses lo llamaba a su cama cada vez que Horacio se ausentaba. Aquel hombre la hacía retorcerse de placer; su miembro hinchado la llenaba por completo, tanto que por momentos creía que iba a estallar, pero entonces un nuevo orgasmo la recorría de la cabeza a los pies y ella se

desmadejaba en los fuertes brazos del esclavo.

La fiebre por Léntulo fue creciendo cada vez más en ella, hasta el punto que apenas podía pasar sin tocarlo. Le costaba un auténtico esfuerzo mantenerse alejada de él, disimular las miradas de admiración que le dirigía. Una noche, despertó a su marido gritando en sueños el nombre del picto, y apenas pudo salir de aquella difícil situación explicando que sus jadeos y su respiración entrecortada se debían a que había soñado que perdían a su mejor gladiador y la casa de Horacio volvía a hundirse en el olvido.

Por su parte, Léntulo no hubiera podido negarse ni aunque hubiese querido. Y no quería. Atia no era una mujer de aquellas que destacan por su rostro: tenía los dientes separados, los ojos demasiado pequeños y una nariz un tanto ganchuda. Pero tenía un buen culo, y en la cama se convertía en una auténtica Venus Calipigia desatada.

De modo que allí estaba una vez más, en el dormitorio de Horacio, ensartando a su mujer con todo el placer del mundo. Atia gemía, abrazada al cuerpo de su amante, mientras él resoplaba por el esfuerzo, con los ojos entornados, los labios entreabiertos y las mejillas encendidas. Enardecida, incapaz de controlarse, comenzó a frotarse contra el cuerpo de Léntulo mientras un gemido entrecortado brotaba de su garganta; un gemido que aumentaba de intensidad por momentos, mientras el gladiador cerraba los ojos intentando aguantar un poco más.

Entonces se abrió la puerta de la habitación y la figura de Horacio se recortó en ella.

* * *

En casa de Tersites ya reinaba el silencio; avanzaba la

cuarta hora de la noche y la conmoción por la aparición del cuerpo de Porcia había dejado agotados a sus ocupantes. En una de las habitaciones estaban acostadas varias de las mujeres. Aquella noche, Tersites no había querido que salieran a la calle.

—Nadie hará nada por encontrar al asesino.

Aquella voz había resonado en la habitación como la voz de Júpiter, por más que las palabras hubieran sido dichas en voz baja.

—Hay una solución para eso —respondió Libia.

—¿Qué quieres decir? —repuso Dámaris, intrigada—. Ya has escuchado a Tersites: los magistrados no harán nada, y él no va a pagar a nadie para que investigue lo que ha ocurrido.

—Sí, lo he oído. Pero no es el único que puede pagar por un trabajo así... —insinuó la masajista.

El silencio se hizo de nuevo en la estancia. Libia no podía verla, pero Dámaris movía la cabeza negando rotundamente.

—Si estás insinuando lo que yo creo, no estoy de acuerdo. Ese dinero es para nosotras —afirmó en tono rudo.

—Sí, el dinero era para nosotras —replicó Libia contestando a las palabras de Dámaris—. Y ese nosotras incluye a Porcia. No podemos dejar que su muerte quede sin castigo.

—No. ¡Con ese dinero íbamos a comprar nuestra libertad! No he estado robando a Tersites durante todo este tiempo para malgastar ahora todos esos denarios en pagar a algún malnacido que se quedará con ellos y nos dirá, después de despilfarrarlo en vino y fiestas, que no ha dado con ninguna pista, a pesar de que ni siquiera las haya buscado.

—Si fueras tú a la que han rajado el cuello, ¿no te gustaría que tus compañeras, tus hermanas, hicieran algo

para vengar tu muerte? —preguntó Libia, cambiando de estrategia.

—¡Para ti es muy fácil! —Dámaris alzó tanto la voz que todas guardaron silencio durante unos momentos para ver si habían llamado la atención. Continuó tras un suspiro colectivo—. Tú no tienes que aguantar que tipos apestosos metan su sucia verga dentro de tu cuerpo, Libia.

—Eso es injusto, Dámaris —intervino Glauca—. Si empezamos a guardar todo ese dinero fue porque Libia lo propuso. Y como tú dices, ella no tenía motivos, podía haber seguido haciendo masajes toda su vida. Tersites siempre ha dejado muy claro que no permitiría que ella vendiera su cuerpo. A pesar de eso, se ha preocupado por todas, y es la que más dinero aporta. Yo estoy contigo, Libia —aseguró acercándose a ella y tomándola de la mano—; tenemos que hacer algo.

—¿Y tú, Palmira? —preguntó la masajista.

La muchacha se sonó la nariz en las sábanas antes de contestar.

—Yo haré lo que tú digas, Libia.

—Muy bien. Dámaris, todas estamos de acuerdo. Por favor, no te pongas...

Libia habló con voz tan dulce que su compañera dejó escapar un largo suspiro.

—No lo haría si estuviera segura de que podemos contar con alguien honrado para un trabajo así. —Continuó resistiéndose a aceptar la propuesta, aunque más calmada—. Pero, ¿a quién podríamos contratar? ¿A Calpurnio? ¿Ese malnacido que se mete bajo nuestras túnicas sin pagar por ello siempre que puede? ¿O a cualquiera de sus compañeros? Todos están cortados con la misma tela, Libia... No podemos fiarnos de ellos.

—Es cierto —le concedió—. No podemos fiarnos de ellos.

Por eso no he pensado en ninguno de los vigilantes para este trabajo. Confiad en mí, conozco a la persona perfecta para esto.

—¡Estáis locas! —La voz cenicienta y amedrentada había sonado en la otra punta de la habitación—, ¡Haréis que nos maten a todas!

—Tal vez —respondió Libia con voz glacial—. Pero tú, Acacia, mantendrás la boca cerrada; de lo contrario, yo misma te rajaré y verteré tus entrañas en el mar para que se las coman los peces.

Capítulo XV

La mañana del 15 de septiembre llegó demasiado rápido para el gusto de Gayo. Después de levantar a media casa para que le prepararan las hierbas que le había enviado Sasobek, había dedicado casi una hora a mantenerse inclinado sobre los vapores, a pesar de que los efluvios de la mezcla enviada por el médico habían desaparecido mucho antes. Aguardó allí, agradeciendo el efecto de la medicina egipcia, puesto que había empezado a respirar mejor casi desde el momento en el que se sentó para inspirar aquel vapor blancoazulado. Dejó la mente en blanco y se negó a pensar en nada. Ni en su mujer, ni en su padre, ni en la muerte de Fabio. El sonido del agua de la clepsidra llegaba hasta él como un susurro tranquilizador. Un poco más tarde, cogió una crátera de vino y empezó a beber a sorbos lentos, con la vista fija en el suelo. Estuvo bebiendo hasta notar que la cabeza se le nublaba, lo que ocurrió dos horas más tarde, ya que Gayo siempre bebía el vino muy aguado. Así fue como se acostó en el suave colchón de plumas. Y así fue como despertó con el ruido de los esclavos y un lacerante dolor de cabeza.

Marcela daba órdenes por todas partes: pedía que se limpiaran los rincones de los techos, las bases de las columnas, que se restregara el suelo a conciencia para dejarlo brillante; encargaba la confección de platos, hacía bruñir la cubertería de plata hasta que la esclava se viera

reflejada en ella, pedía que quitaran el polvo de las molduras de los triclinios, que regasen las plantas y se aseguraran de que no tuvieran hojas muertas; quería que se sacara agua del pozo, se fregara con arena la vajilla, envió un esclavo a asegurarse de que los músicos estaban dispuestos y, por supuesto, le pidió a su *ornatrix* que preparara varios de sus vestidos para ver cuál de ellos luciría la noche del banquete.

Todo aquel revuelo fue el que despertó a Gayo, que acudió al peristilo con la boca pastosa y los ojos entrecerrados a causa del sol. En el instante en que apareció en el patio, los esclavos empezaron a dejar sus obligaciones y se acercaron al altar. Marcela, que se encontraba en el patio interior situado a la derecha del triclinio, dando órdenes de que al día siguiente se limpiaran las letrinas hasta dejarlas relucientes, se dirigió al patio público hecha una furia al apreciar que los sonidos del trabajo en la casa cesaban, y se encontró a Gayo sentado frente a un esclavo que le limpiaba los dientes usando una pasta hecha de conchas quemadas y trituradas, vino, miel, la mejor orina de Hispania y diversas plantas aromáticas para evitar el mal aliento. Utilizaba para ello cerdas de puercoespín: Gayo estaba convencido de que Plinio llevaba razón al asegurar que las plumas de buitre causaban halitosis.

—Así que al fin te has levantado.

Gayo no contestó más que con un ligero movimiento de la cabeza. Esperó a que el esclavo terminara el aseo de la boca y se puso en pie.

—Perdona que haya interrumpido los trabajos al levantarme tarde. Ayer pasó un buen rato hasta que el remedio de Sasobek calmó mi respiración. —Lo dijo mientras daba un beso ligero y afectuoso a su mujer.

Quizá fuera el gesto, o quizá sus palabras. La cuestión es que la tímida sonrisa que le dedicó Marcela parecía indicar que estaba complacida.

Oraron ante el altar como cada día, presentando nuevas ofrendas de comida a los lares, y de inmediato retomaron sus quehaceres. Gayo tomó la mano de su esposa.

—Espera, Marcela. Anoche no tuve la oportunidad, pero quería decirte que, para la cena de mañana, estoy preparando una sorpresa, como te prometí. Será un gran regalo.

Los ojos de la mujer se agrandaron.

—¿Un regalo? ¿Acaso vas a comprarme alguna joya? —preguntó entusiasmada.

—No, es algo mucho más refinado. Algo que te gustará, estoy seguro, y que impresionará a nuestros invitados. ¿No es eso lo que quieres lograr?

El tono de Gayo había sido tan suave, sus ojos mostraron tanta ternura, que Marcela no pudo evitar lanzarse sobre el cuello de su marido, besarlo largamente y apretar sus cuerpos.

—Hazlo, esposo —le susurró con una voz tan lánguida que pareció lamer el cuello de Gayo—, y te prometo que ni el propio Júpiter habrá gozado de una noche de placer como la que disfrutaremos nosotros.

No pudieron continuar hablando porque les anunciaron la llegada de Ulpio Trajano. Esta vez venía solo. Gayo se adelantó a Marcela, que ya se disponía a tomar del brazo al recién llegado para darle conversación. El abogado, en cambio, condujo a Ulpio hacia el *tablinium* y pidió a su esposa que les sirvieran algo de beber. Apenas se habían separado un par de pasos cuando Ulpio se volvió hacia ella.

—Por cierto, Marcela: he de decirte que mi esposa recibió encantada tu invitación para la cena de mañana. Puedes contar con ambos.

El rostro se le iluminó al escuchar aquello y Max celsa bajó la cabeza en señal de agradecimiento.

—Será todo un honor recibiros en nuestra casa. ¡Ahora tendré que esforzarme el doble para que todo esté perfecto! —exclamó.

Los hombres continuaron su camino y ella se volvió, redoblando sus palmadas y las órdenes a los esclavos.

Aún no les había dado tiempo a sentarse cuando Ulpio le lanzó la pregunta a Gayo.

—¿Has podido averiguar algo?

El abogado hizo un gesto de negación, al tiempo que hablaba.

—Si crees que en un día puedo ser capaz de desentrañar un asesinato, he de decirte que esperas demasiado de mí.

Pasó entonces a explicarle los pasos que había seguido el día anterior: la visita a la *insula* incendiada y la conversación con la vecina, así como la sorpresa de que hubieran enviado el cuerpo de Fabio a Baelo Claudia; la sospecha de que todo el asunto pudiera estar relacionado con algún problema de deudas y el fracaso de sus visitas a los diferentes prestamistas.

—De modo que ya ves: no perdí el tiempo, pero por ahora no tengo nada. Ninguna pista —se lamentó.

Ulpio movió su copa para mecer el vino y dio un pequeño sorbo.

—No es habitual lo de enviar el cuerpo de Fabio lejos de su casa, en efecto, aunque no veo qué puede tener eso que ver con lo ocurrido; al fin y al cabo, ya estaba muerto, y lo que nos interesa es saber por qué murió. —Gayo no tuvo más remedio que estar de acuerdo con aquello, y así se lo hizo saber con un movimiento de cabeza—. En cuanto al tema del dinero de Fabio... Podría ser una pista, no lo negaré, aunque lo dudo.

—¿En qué te basas? —preguntó el abogado un tanto

irritado—. Hasta ahora es lo único que tenemos para investigar.

Ulpio le dedicó una larga mirada, como si estuviera sopesando algo. De vez en cuando daba un pequeño sorbo, pero no se decidía a responder. El abogado, sabiendo que estaba a punto de hacerle alguna revelación importante, se retrepó contra la silla, acomodándose para mostrar que no tenía ninguna prisa.

—Escúchame, Gayo —dijo Ulpio echando el cuerpo hacia adelante y mostrándole las palmas de las manos—, lo que voy a contarte no lo sabe nadie. Ni siquiera los magistrados conocen lo que voy a revelarte. —Volvió a callar y tomó de nuevo la copa entre las manos, colocándola entre ambos como si fuera el escudo de un legionario. Observó al abogado, que se había sentado muy recto en su silla, interesado por aquellas palabras—. Tengo motivos para pensar que ese muchacho no murió en el incendio —soltó de repente. Lo dijo sin mirar al dueño de la casa, enterrando la mirada en el interior de su copa, de la que volvió a beber—. Creo que le quitaron la vida, y que más tarde colocaron su cuerpo en la *insula* que acabó ardiendo.

Gayo estaba ahora realmente intrigado.

—¿Y por qué haría alguien una cosa así?

Ulpio sonrió con tristeza.

—Ésa es la gran pregunta para todo: ¿Por qué? Los motivos son siempre tan importantes... —Tras un silencio y un nuevo sorbo a la copa, contestó—. Te diré lo que sé, contando con tu absoluta discreción.

»Hace tres días llegó a mi villa, en Itálica, un mensaje de Fabio Justo. Decía que debíamos reunirnos con urgencia; tenía un asunto grave que tratar conmigo. Sólo indicaba que había sido testigo de una conspiración contra el emperador y que no se atrevía a decir nada más en un mensaje escrito.

Debo decir que Gneo, el padre de Fabio, es íntimo amigo de mi casa, y que el propio Fabio es casi como un hijo para mí. De hecho, visitaba a menudo a mi joven Marco. —No pudo dejar de sonreír al mencionar a su hijo: tenía muchas esperanzas puestas en él—. Ya que sus padres están en Baelo Claudia, no me extrañó que Fabio acudiera a mí. No obstante, no presté la suficiente atención a su aviso... Fabio tenía cierta tendencia a llamar la atención, y pensé que todo era algún tipo de fabulación. Le contesté que nos reuniríamos ayer por la noche, después de los juegos. Por desgracia —concluyó hablando cada vez en un tono más pesados—, en esta ocasión me equivoqué, y él ha muerto. Debería haber dado más importancia a sus palabras.

—¿Y crees que tal vez lo mataron por haber escuchado algo que no debía? —preguntó Gayo tras unos momentos de meditar en las palabras de Ulpio.

—Fortuna es una diosa esquiva —contestó el invitado de forma enigmática—; bien sabes que una sola sacudida de su cabeza puede dar al traste con toda una familia sin motivo alguno. Sin embargo, no creo en las casualidades. Si Fabio tuvo conocimiento de una conjura contra Nerón, pudo haber muerto por ello.

—También puede tratarse de algo tan simple como que estuviera visitando a alguna mujer... —Ulpio estaba a punto de protestar, pero Gayo alzó una mano y lo detuvo antes de que la primera palabra saliera de su boca—. Aunque tampoco suelo creer en las casualidades, o no sería abogado. Tal vez no te hayas enterado, pero ayer comenzó a correr el rumor de que en Italia se había desenmascarado una conjura contra el emperador. Y ahora me dices que aquí, en Hispalis, alguien podría estar implicado, o bien estar organizando otra... No, no creo en las casualidades. Sin embargo —continuó—, tampoco termino de ver claro lo que has dicho. ¿Por qué iban a matar al chico y luego trasladar su cuerpo e incendiar la *insula* en la que dejaron su cadáver?

Ulpio inspiró profundamente antes de responder a la pregunta.

—He pensado mucho en ello y no he encontrado respuesta razonable. Quizá sólo quisieran impedir que alguien identificara el cuerpo.

Antes de que terminara la frase, el abogado ya estaba moviendo la mano de un lado a otro para rechazar esa opción.

—Eso no tendría mucho sentido —explicó—. Para ello tendrían que haberlo desnudado, y por supuesto le habrían quitado el anillo...

Nada podía objetar Ulpio ante aquello, y durante un tiempo ambos guardaron silencio, pensativos.

—¿Y si quisieran utilizar los últimos incendios para que la muerte del joven pareciera un accidente?

—En ese caso —comenzó a decir Gayo en voz tan baja que Ulpio apenas podía entenderlo, pues además se había llevado la mano a la boca—, si descubriéramos al que dio origen al fuego tendríamos al culpable de la muerte de Fabio.

La actitud del abogado cambió. Cerró los ojos, inclinó la cabeza hasta que el mentón casi se apoyó en su pecho y comenzó a pellizcarse la mejilla cada vez más rápido. Al mismo tiempo, Ulpio lo veía mover los labios a toda velocidad, como si estuviera hablando consigo mismo. No se atrevió a interrumpir sus pensamientos y se limitó a observarlo, rellenando de nuevo su copa de vino. Acababa de soltar la cratera cuando el abogado abrió los ojos repentinamente.

—Es un juego peligroso...

Ulpio lo miró alzando las cejas.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero, mi querido Ulpio, a que el encargo que me

has hecho es un asunto muy peligroso.

—¿Quieres decir que vas a negarte a investigarlo? — preguntó un tanto airado, dejando la copa en un precario equilibrio al borde de la mesa—. Esperaba más de...

—No, no... —Lo interrumpió moviendo ambas manos—. No voy a abandonar. Y menos ahora, que creo saber qué está pasando...

Capítulo XVI

Libia apenas pudo dormir aquella noche, y cuando lo hizo estuvo sumida en sueños agitados en los que un mar de sangre se cernía sobre ella. Despertó inquieta, con la respiración entrecortada y el corazón golpeando en el interior de su pecho como un tambor enloquecido. Se vistió con lentitud, deseando no tener que salir a la calle ni aguantar las banales conversaciones de aquellos que fueran a recibir un masaje a las termas. Nada podía hacer para evitarlo, desde luego, de modo que se lavó la cara, se frotó los hinchados ojos y se preparó para una nueva jornada.

Se reunió con todos para los rezos matutinos y notó que Tersites estaba especialmente parco aquella mañana, pues se limitó a pedir la ira de las Furias para los asesinos de Porcia y protección para todos los miembros de su casa. Al concluir las oraciones, Libia se encaminó al pequeño almacén en el que se guardaban los ungüentos y los aceites. Tomó melisa y limón para los masajes en las mejillas, perfume de Egipto para las piernas de las mujeres, lavanda, lirio, aceite de oliva...

—Así que estás aquí...

La voz fría y babosa de Petronio portaba una amenaza imposible de pasar por alto.

—Buenos días. —Lo saludó sin apartar la vista de los frascos.

El jorobado se acercó más, ocupando todo el hueco de la puerta y dejando la habitación iluminada sólo por un pebetero que ardía fatigado.

—Anoche no podía dormir, así que me dediqué a caminar por la casa hasta altas horas —anunció. Libia, dándole la espalda aún, puso los ojos en blanco. Lo que menos le apetecía aquella mañana era una conversación con él después de su último encuentro. No hizo falta que dijera nada, porque Petronio continuó hablando—. Creo que no fui el único al que Morfeo se negó a visitar.

—¿Por qué lo dices?

Aquella cháchara sin sentido la estaba irritando. Quería terminar de coger sus frascos y marcharse para no tener que aguantar su compañía.

—Bueno, a pesar de que cualquier otro diría que estás tan radiante como siempre, a mí no me engañas. Llevo mucho tiempo fijándome en ti, Libia, en tu rostro, en tus ojos... —Dio otro paso hacia ella—. Casi nadie se fijaría en la hinchazón de tus párpados, pero yo los conozco muy bien. No sé cómo lo haces, pero diría que apenas has dormido, que estuvisteis hablando hasta muy tarde y que luego te has removido en sueños...

Libia alzó la cabeza, y sintió que su cuerpo se envaraba involuntariamente. Tuvo que tragar saliva antes de hablar; su garganta se le había secado de repente. Intentó que su voz sonara segura y firme. Y fracasó por completo.

—Sí... He... He tenido una mala noche. Pero... ¿cómo sabes tú eso?

—Ya te lo he dicho —repitió con voz hambrienta, dando otro paso hacia ella. Ahora su enorme joroba se recortaba contra la luz del patio mientras que su rostro quedaba sumido en sombras. Libia tuvo la sensación de estar hablando con alguno de los manes de la casa que hubiera

vuelto para atormentarla—: no podía dormir y estuve paseando.

—En ese caso, harías bien en intentar descansar. —Libia avanzó para salir de la estancia, pero Petronio balanceó su cuerpo contrahecho hasta bloquearle la salida. Las manos de Libia apretaron con fuerza la cesta cargada de frascos—. Tersites podría necesitarte y debes estar bien dispuesto, Petronio. Y yo tengo que terminar de prepararme para ir a las termas. Déjame pasar, por favor.

—¿Sabes? —continuó él sin prestar atención al ruego de la voz de la mujer—, se conocen muchos secretos cuando uno se dedica a pasear por las noches y escuchar los murmullos de las habitaciones. —Libia volvió a tragar saliva—. Uno se entera de cosas a las que debe sacarle provecho, de lo contrario sería un necio.

Adelantó una mano nudosa que posó en el brazo de Libia: era tan dura y arrugada como la corteza de un pino. La joven dio un paso atrás al sentir el contacto.

—Si vuelves a tocarme —anunció con un hilo de angustiada voz—, gritaré. Tersites no te permi...

—¡Calla! —rugió Petronio sin dejarla acabar—. No eres tú la que amenaza aquí, mi querida Libia. —Quiso endulzar la voz, pero en lugar de eso le salió agria—. Os escuché. Ahora conozco vuestro secreto. Dime, ¿cuántos denarios le habéis robado a Tersites? ¿Cincuenta? ¿Doscientos? —Libia fue a contestar, pero él alzó una mano para impedirlo—. No me importa. De verdad, no me importa. Pero si no quieres que Tersites sepa lo que está ocurriendo, a partir de ahora harás cuanto te diga... Me besarás cuando te lo diga, me follarás cuando te lo diga, me la chuparás cuando te lo diga. Y lo harás con buena predisposición.

Se le había acercado hasta tener la cara pegada a la de ella. Volvió a tomarla por el brazo con aquella mano cuyo simple tacto quemaba, y un hilo de babas goteó sobre el

pecho de la mujer.

—¡Jamás! —La voz le salió cortante como un *gladius* recién salido de la forja del armero. De un manotazo intentó apartarlo, pero apenas fue capaz de moverlo—. Escúchame bien, Petronio: eso jamás va a pasar.

—¡Oh! Ya lo creo que sí. No tengo nada que perder si le cuento lo que sé a Tersites. Seguro que incluso recompensa mi lealtad. Vosotras, en cambio... —Quiso chascar la lengua, y en lugar de eso produjo un extraño crujido con la boca.

Libia comenzaba a estar asustada.

—Tenemos mucho dinero, Petronio. Podemos compartirlo y...

—No, no... No quiero vuestro dinero. Hasta las putas me rehúyen, no ganaría nada con vuestros denarios... Lo que quiero es una mujer que me complazca. Y quiero que esa mujer seas tú.

—Antes te mataría.

Libia habló con voz firme y segura, con la cabeza alzada, los hombros tensos, los ojos entrecerrados. Petronio no tuvo duda de que decía la verdad, pero aquellas palabras le arrancaron una risita que aún confundió más a Libia.

—¿Acaso crees que me importaría? Lo que yo tengo no es vida. Si Hefesto se encerró en su fragua, ¿qué crees que tendría que hacer yo? Pero tú no me matarás, Libia... Tú serás complaciente con el bueno de Petronio.

—Preferiría estar muerta.

Terminó la frase escupiendo al suelo; aquello provocó la ira del jorobado, que la tomó con ambas manos por los hombros y la sacudió con rudeza, arrancándole un gemido de dolor.

—¡Basta! He querido hacer esto por las buenas, pero te lo advierto: harás cuanto te diga, obedecerás todos mis

deseos, serás complaciente conmigo, te abrirás de piernas a mi señal, y lo harás con una sonrisa en los labios. Si evitas hacerlo de algún modo, iré a buscar una por una a todas esas rameras amigas tuyas, me las follaré con tanta saña que me rogarán que les dé muerte, y las complaceré de un modo tan lento y horrible que todos los sufrimientos con que los dioses castigaron a los Titanes parecerán benignos.

Si hasta entonces había estado asustada, ahora Libia no pudo impedir que gruesas lágrimas se despeñaran desde sus ojos. En ese instante, una voz llegó hasta ellos.

—¡Libia! ¿Estás ahí? —Cuando la cabeza de Tersites apareció en la puerta, Petronio ya se había alejado un poco de la mujer y ella había secado sus lágrimas—. Debes apresurarte o se te hará tarde. ¿Qué haces aquí, Petronio?

—Oí llorar a Libia y vine para ver si estaba bien —respondió con descaro y rapidez.

—Eres un buen hombre, Petronio. Ven, acompáñame, quiero encargarte algunas tareas. Y tú, Libia, no te entretengas —le dijo en tono afectuoso.

Ella asintió. Cuando los dos hombres se marchaban, el jorobado se giró para mirarla una última vez, dirigiéndole una mirada ávida. Y Libia supo que tenía un grave problema por delante.

* * *

Gayo había llegado al foro de las corporaciones, situado en el sur de la ciudad.

Se disponía a salir hacia allí tras despedir a Ulpio, quien había intentado sin éxito que le explicara cuál era su idea, cuando vio que su padre aparecía de nuevo en la puerta de su casa.

Tito entró con ese aire marcial que siempre lo acompañaba, con el rostro serio, la espalda recta y la cabeza levantada; todo un Julio César. Antes de llegar donde estaba su hijo, alzó las manos como indicando que iba en son de paz.

—Me marcho a Baelo Claudia —comentó con una ligera agitación en las aletas de la nariz—. Volveré dentro de unos días.

—¿De veras es tan urgente? —preguntó Gayo, interesado en el asunto por primera vez. Hacía años que su padre no abandonaba su casa.

—No hay más remedio. Cada vez llegan menos solicitudes a nuestras fábricas. Ayer repasé los libros de cuentas y la situación es alarmante: estamos perdiendo una fortuna; los compradores parecen no fiarse de nosotros. Esperaba que fueras tú el que indagara lo que ocurre, siempre se te ha dado bien investigar y sacar secretos a la luz...

—Me gustaría, padre —lo interrumpió Gayo. Sabía que era inevitable un último intento de convencerlo, pero no estaba dispuesto a que se lo pidiera. La experiencia le decía que siempre lograba mejores resultados si impedía que su padre pusiera en palabras todos los argumentos que había preparado—. Lo habría hecho en otras circunstancias, pero el encargo de Ulpio es más importante de lo que pensaba. Te deseo buen viaje. Estoy seguro de que descubrirás que no ocurre nada grave. Al fin y al cabo, mi inteligencia tuvo que venir de algún lado; dudo mucho que sólo sea un don de los dioses.

Tito torció el gesto, pero terminó por cabecear un asentimiento, mitad de afirmación, mitad de orgullo velado por las palabras que le había dirigido su hijo.

—Está bien. Intentaré regresar lo antes posible. —Ya se dirigía a la puerta cuando dio la vuelta—. Por cierto, lo

olvidaba: tu madre me ha dicho que vendrá a pasar estos días con vosotros. Le hablé de la fiesta que estáis preparando para mañana, y ya que iba a estar sola en casa, decidió que aquí sería de mucha más utilidad.

La sonrisa con la que Tito dijo aquello distaba mucho de ser amistosa. Era más bien la mueca con la que el lobo se acerca a una oveja antes de despedazarla. Y es que sabía muy bien que la visita de Flavia a la casa de su hijo le daría más de un quebradero de cabeza: aquélla era su pequeña venganza particular.

Cuando al fin se despidió de Marcela, Gayo había tomado la decisión de olvidar la próxima llegada de su madre y centrarse en resolver el asesinato de Fabio. Para eso se centraría investigar los últimos incendios, y quería empezar por el más importante de los últimos tiempos: el que había prendido en el almacén de los olearios.

Dado que tenía que cruzar el foro, pudo constatar los rumores que el día anterior le había contado Marco. Por todas partes se cerraban negocios, y entre las transacciones siempre se encontraba hueco para tratar la conjura descubierta contra Nerón. Algunas de las versiones contenían datos adicionales: que Volusio Próculo había dado ya algunos nombres de otros conjurados, que Epicaris seguía negando todo el asunto a pesar de estar siendo torturada, que en Roma el clima de terror se había apoderado de los nobles, pues todos estaban bajo sospecha, y otras mil habladurías. Bajo la estatua de Julio César, el pregonero recordaba las recomendaciones para evitar incendios mientras un puñado de hombres alzaba la voz clamando contra ellas, pidiendo que las autoridades hicieran algo. Un orador protestaba por lo que estaba ocurriendo en la ciudad, tildando a Virginio Arrio de ser un nuevo Craso. Algunos aplaudían sus palabras, otros lo abucheaban con ahínco.

Gayo se alejó del foro con la certeza de que la ciudad

estaba al borde de un grave conflicto. Se encaminó al sur atravesando los jardines de Cloris para aprovechar el frescor de los árboles. Luego giró a su derecha y tomó la vía Capitolina, que desembocaba justo en el foro de las Corporaciones.

Allí se llevaban a cabo la mayor parte de las transacciones navales de la ciudad y muchos de los colegios tenían un espacio en el que encontrar a alguno de sus representantes a lo largo del día: marineros, mercaderes, calafates, mayoristas, pescadores, estibadores, madereros, armadores... El bullicio en aquella zona de la ciudad era aún mayor que en el foro, pues se fundía con la actividad incesante que se llevaba a cabo en el mercado adyacente, en el que se vendían y compraban todo tipo de artículos: desde esclavos recién llegados a pescado salado, corderos degollados aquella misma mañana o incluso animales vivos para sacrificios, que contribuían, con sus balidos, graznidos y aleteos, a crear aún más confusión. El abogado procuraba no visitar aquel lugar más que cuando era estrictamente necesario; no le gustaban las multitudes ruidosas y prefería trabajar en su casa siempre que le era posible. Aun así, más a menudo de lo que deseaba, como aquella mañana, se veía obligado a realizar visitas tan desagradables como aquélla.

Llegó a las dependencias del *recensendum*, identificadas por el dibujo de una gran ánfora de aceite en la parte superior de la puerta, donde tuvo que esperar más de una hora para que pudiera atenderlo. Cuando lo hizo, se le veía agotado y de mal humor.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó sin levantar siquiera la mirada de un montón de legajos dispuestos sobre una estrecha mesa.

—Soy Gayo Longo Licinio, abogado. ¿Eres Casio Fabricio?
—Ante el asentimiento apático que recibió, Gayo decidió ser lo más directo posible—. Quisiera hablar contigo sobre el

incendio del almacén del colegio de olearios.

—¿Vienes como representante del seguro? —Al escuchar que era abogado y quería hablar sobre el incendio, pareció interesarse por él.

—No, no tengo nada que ver con el seguro. Ni siquiera sabía que el colegio de olearios tuviera uno.

Casio soltó un bufido.

—Buen trabajo me costó que Aurelio Rufo se decidiera a contratarlo. Hoy en día, quien no asegura sus bienes se enfrenta a la desdicha. Por fortuna, Aurelio se decidió a hacerlo hace seis meses, aunque ha pasado todo este tiempo quejándose por el alto precio que tenía que pagar por ello. Bien que me lo agradecerá cuando cobremos por semejante desastre...

Gayo se había sentado ante una indicación de Casio, y un esclavo le sirvió una copa de vino que sólo se molestó en probar para mostrarse agradecido: le había bastado ver el tono amarillento del rostro de Casio y las venillas de sus manos para saber que era aficionado al vino, y que sin duda lo bebía casi sin aguar. Aquel hombre no llegaría a viejo.

—¿De modo que la cantidad que percibirá el colegio de Olearios por el incendio cubrirá las pérdidas?

—Por fortuna. Pese a ello, es un desastre. Se ha perdido gran parte de la cosecha de este año, y eso me pone en un grave problema. Tengo que enviar aceite a la Annona, y al descender la cantidad disponible me costará más caro comprarlo. Los productores de aceite pondrán el grito en el cielo, se quejarán de que van a obtener menos ganancias, a pesar de la subida de precios. Quién sabe, alguno incluso se plantee dejar los cultivos el año próximo. —Casio hablaba con la amargura del hombre que se sabe en un problema sin fácil solución. Tal vez incluso temiera por su puesto—. Pero dime, Longo Licinio: si no representas al seguro, ¿por qué

querías hablar conmigo?

—Me han pedido que investigue... —sopesó sus posibilidades y finalmente se decidió a explicar lo menos posible sin faltar a la verdad— los incendios que se han producido en los últimos días, para ver si son casualidad o hay algo detrás de ellos.

—¡Ya era hora de que pusieran a alguien a trabajar en esto! ¿Crees que no fueron casuales?

Gayo se encogió de hombros al contestar.

—De momento no he encontrado nada que relacione unos con otros —comentó en tono ligero, dando a entender que casi con total seguridad no lo encontraría nunca—. Aun así, me gusta mi trabajo; y, entre nosotros, quisiera asegurarme de que no hay nada fuera de lo común.

—Por supuesto. —Casio se reclinó en la silla cruzando las manos sobre el vientre—. Bien, pues tú dirás.

—Me gustaría preguntarte si habéis tenido noticias de que ocurriera algo extraño la noche del incendio. —Casio negó con la cabeza a medida que escuchaba la pregunta—. ¿Tal vez después? —De nuevo negó Casio—. Está bien. De modo que parece que el incendio fue realmente un accidente. ¿Sabes cómo ocurrió?

—Una vasija rota, una pavesa que cae de una antorcha... —Casio se encogió de hombros—. No tengo todos los datos, pero si te interesan, Aurelio Rufo puede darte toda la información que necesites.

—¿El *curator* del colegio de olearios?

—Así es.

—Hablaré con él, sí. Dime una cosa, y me gustaría que pensaras bien la respuesta. —Casio lo miró con ojos cansados—. ¿Quién crees que se ha beneficiado con el incendio del almacén de aceite?

Casio apenas se detuvo a meditar antes de dar su respuesta. Cuando la dio, iba acompañada de un suspiro.

—¡Beneficiarios! Llevo varios días pensando en ello y he llegado a una conclusión: nadie. Nadie se beneficia de algo así. La Annona perderá centenares de ánforas de aceite, o una buena cantidad de dinero si quiere tenerlas disponibles. Los más pobres apenas dispondrán ese alimento fundamental, los menos pobres tendrán que pagar más caro por él, y los productores verán que sus ingresos merman esta temporada.

—Pero ¿no decías que cobrarán el seguro?

—Sí, claro. ¡Cuando lo cobren! Estas cosas son lentas, tú como abogado lo sabes bien. —Lo señaló con el dedo mientras mostraba una mueca desagradable.

—¿Crees que Aurelio Rufo opina igual que tú?

—Desde luego que sí —asintió dando una palmada en la mesa—. Sus pérdidas han sido mayores que las de cualquier otro. Está encendido de cólera. Lo lamento por él. Y lo lamento por los que estén a su alrededor: tiene fama de ser de genio vivo y de tratar con dureza a los suyos. Si vas a verlo, cuídate de su mal humor.

Capítulo XVII

Concluida la visita al *recensendum*, Gayo se dirigió al almacén de los olearios sólo para comprobar que su curator, Aurelio Rufo, no se encontraba allí, de modo que tuvo que aparcar la conversación con él para otro momento. Lucrecio, el esclavo que solía acompañarlo en todas sus salidas, lo miraba con aire ausente. Ambos esperaban a que llegara Marco, al que habían enviado recado esa misma mañana, y hubiera deseado que su dómine se decidiera a hacer algo, aunque sólo fuera dar un paseo por la ciudad, pero pasaba el tiempo y el abogado parecía querer quedarse el resto de la mañana esperando en el pórtico del colegio de los olearios.

Al fin, una sonrisa iluminó el rostro del abogado, que bajó las escalinatas y fue a saludar a Marco, que acababa de llegar.

—Perdona el retraso, pero he tenido que acompañar a mi padre; esta noche ha habido una pelea entre algunos marineros y a punto ha estado de correr la sangre...

—¿Ha sido grave? —Gayo apoyó una mano sobre el hombro de su amigo, preocupado por aquellas noticias.

—Podría haberlo sido, pero todo ha quedado en un par de rasguños con un cuchillo —respondió con un gesto que le quitaba dramatismo a la situación—. Aun así, hemos tenido que poner orden, y mi padre quería que estuviera con él; ya

sabes que desde hace un tiempo lo ayudo cada vez más con los negocios. No podré acompañarte durante mucho tiempo; tenemos una visita importante esta tarde, ipero ya estoy aquí! Dime, ¿por qué querías verme?

—Vamos a visitar los lugares donde se han producido los incendios de los últimos días —explicó echando a andar y tomando a su amigo del codo para que lo acompañara.

No hizo falta que Marco preguntara el motivo de aquello: Gayo comenzó a contarle lo sucedido aquella mañana, en especial la visita de Ulpio.

Narró la conversación que mantuvieron, la revelación de que el joven Fabio pudiera haber tenido noticias de una conjura contra Nerón y la posibilidad de que el incendio fuera provocado para que su muerte pareciera un accidente a fin de que no se investigara lo ocurrido.

—¿Y por qué quieres ver los otros incendios? No termino de entenderlo...

Habían pasado el teatro y comenzaron a callejear, tomando dirección noroeste.

—Piensa: este verano hemos tenido varios incendios, pero desde hace un par de semanas parecen haberse multiplicado. Antes de eso hay que remontarse a casi un mes para encontrar un incidente semejante, y fue algo pequeño que sólo afectó a un par de cenáculos. Sin embargo, los últimos incendios han sido mucho más peligrosos. —Gayo gesticulaba con cada explicación, moviendo mucho las manos, convencido de lo que decía—. Dos de ellos destruyeron sendas insulae. El tercero se produjo en el almacén de los olearios, sin duda el más grave de todos los ocurridos por las consecuencias que conlleva, y el cuarto se cobró la vida de Fabio... ¿Están relacionados? ¡No lo sé! —exclamó abriendo mucho los brazos y con una media risita—, pero vale la pena investigarlo. Además, tengo una teoría sobre lo que está ocurriendo... Y si estoy en lo cierto, puede

ser algo muy grave, amigo mío.

El abogado guardó silencio y continuó caminando hasta que Marco casi se le echó encima.

—¡No pretenderás dejarme así! —espetó tirándole del brazo. Ante la mirada fastidiada de Gayo, continuó rogando —: Tienes que decirme en qué estás pensando...

Un bufido salió de la boca de Gayo antes de responder.

—Sólo te diré que la historia de la conjura que Fabio escuchó puede ser cierta, y que ayer mismo, sin saberlo, creo que estuve hablando con uno de los conspiradores — anunció bajando mucho la voz—. Sin embargo, no tengo pruebas. Y por eso quiero ver los lugares de los diferentes incendios.

Tenían ya frente a ellos el templo dedicado a Juno, Júpiter y Minerva, y Marco comprendió que, ante el gentío que se agolpaba en aquella zona, era mejor guardar silencio y esperar a un momento más adecuado para seguir buscando explicaciones.

Una vez pasado el templo, empezaron a recorrer pasajes cada vez más estrechos, repletos de puestos y de gente que trabajaba en los pórticos o directamente en mitad de la vía. Tropezaron con varias gallinas, les interrumpió el paso un cerdo y antes de que se dieran cuenta caminaban por calles cubiertas de paja moteada por los excrementos de los animales. El olor dulzón y áspero de la suciedad se mezcló con el aire salado de la brisa marina. Gayo arrugó la nariz; Marco apenas llegó a notarlo.

Al fin, tras un par de vueltas más, llegaron hasta el espacio en el que habían ardido dos *insulae* hacía apenas diez días. Ya antes de verlo empezaron a notar que se acercaban: los edificios cercanos estaban cubiertos de hollín y ceniza, sucios y ennegrecidos. En una de las paredes, alguien había dibujado a un hombre penetrando a otro. Bajo

aquellas figuras podía leerse: «Detened los incendios o probaréis los caños del pueblo». Marco se echó a reír con ganas al leerlo. Gayo chasqueó la lengua, muy serio. La tensión era cada vez mayor en la ciudad. Esas pintadas llegarían pronto a las calles principales si no se hacía nada. Y de ahí a la revuelta había sólo un paso.

El espectáculo de las parcelas quemadas era deprimente. Los edificios adyacentes estaban negros de arriba abajo, y el suelo se hallaba cubierto todavía por restos de vigas de madera, ladrillos quemados, muebles destrozados... Varios hombres trabajaban para limpiar aquel desastre, y Gayo se acercó hasta ellos.

—Disculpad, ¿sois los propietarios del terreno? — preguntó no muy convencido.

Los hombres se miraron y tuvieron que hacer un verdadero esfuerzo para no echarse a reír a carcajadas. Uno de ellos se incorporó; era grande como el Vesubio y tenía brazos tan anchos cómo los árboles que crecían en su falda.

—No, trabajamos para Virginio Arrio, que es quien ha comprado las parcelas.

Gayo asintió; así que era cierto lo que Tácito les había dicho el día anterior.

—¿Sabéis dónde empezó el incendio?

El hombretón se encogió de hombros y señaló una zona un tanto alejada de donde se encontraba.

—Dicen que allí, en una panadería.

—¿Y sabéis dónde podría encontrar al panadero?

—Claro, en la necrópolis que hay al norte de los muros — contestó señalando hacia la puerta de la que partía la vía que llevaba a Augusta Emérita. Sus compañeros no pudieron evitar que se les escapara una risita—. Murió toda la familia. Dormían en el sobradillo que tenían sobre la tienda.

Encontraron sus cuerpos quemados, apenas quedó nada que incinerar para enterrarlos.

—¿Tan terrible fue el incendio? —preguntó Marco. Gayo había perdido el habla y su rostro tenía un tono pálido que contrastaba con la negrura que lo rodeaba.

El hombre abrió los brazos cuan largos eran.

—¿Acaso no se ve? Las dos insulae se quemaron como si fueran simples astillas. Fue una verdadera suerte que las llamas no se extendieran a otros edificios; podría haber ardido media ciudad, como en Roma. Muchos estuvieron a punto de morir ahogados por el humo, que no les dejaba respirar. Pero ¿qué más os da a vosotros, los nobles? —replicó cada vez más furioso—. Al fin y al cabo, vuestras casas no han salido ardiendo; al menos, no por ahora. Pero más vale que hagáis algo para evitar que se sigan repitiendo estos desastres. Más vale que lo hagáis...

—¿Nos amenazas? —preguntó Marco, incrédulo.

El hombre no contestó, se dio la vuelta, agitó la mano evitando responder y regresó con sus compañeros.

—Déjalo —intervino Gayo—; tienen motivos para estar preocupados. Vámonos, aquí no encontraremos respuestas.

Regresaron sobre sus pasos encaminándose al Decumano Mayor. Cuando estaban cerca del templo, oyeron la voz de un pregonero desgañitándose:

—... toridades os piden que os aseguréis de tener a mano vasijas, jarrones, jarras, urnas, cráteras, tinajas, botellas, cubos, o cualquier otro recipiente, llenos de agua para poder hacer frente a los incendios. Procurad no encender en vuestras casas hornillos, fuegos ni brasa alguna para cocinar...

—Ahí lo tienes, Marco —señaló el abogado con tristeza—. Esa es la solución que se les da a los más pobres: que luchan solos contra el fuego y dejen de comer.

El segundo solar quemado estaba aún peor.

Llegaron allí al poco de dejar atrás al pregonero, caminando en dirección al foro. Ese incendio se había producido casi al lado de las termas, separadas del lugar del fuego por un único edificio. Gracias a Fortuna, la cisterna de donde las termas tomaban el agua, en la que culminaba el nuevo acueducto, estaba allí mismo, apenas a cincuenta pasos de distancia. Gracias a eso habían logrado apagarlo con mayor rapidez y evitar que otras edificaciones cayeran bajo las llamas. Sin embargo, allí los trabajos de limpieza acababan de empezar, y la zona presentaba un aspecto más deplorable que la que habían visitado poco antes.

La conversación con los trabajadores tampoco aportó nada nuevo. Virginio Arrio había adquirido también ese terreno. Aquel fuego se había iniciado seis días atrás, durante la noche, igual que el anterior. Y también en una taberna, en esta ocasión dedicada a vender empanadas. Según les contaron, su especialidad eran las de pescado. En cuanto Gayo oyó aquella palabra puso mala cara; odiaba el pescado. Los trabajadores tampoco sabían quiénes eran los dueños de la tienda, de modo que no les podían ayudar a encontrarlos para hablar con ellos.

Pese a que el incendio no se había extendido, aquella insula estaba arruinada por completo. Sólo se mantenía en pie parte de un muro, el más alejado a la tienda de empanadas, el resto se había desmoronado. Aun así, puesto que llevaban apenas dos días despejando el terreno —según les explicaron, las negociaciones para la compra de aquel solar habían sido bastante difíciles—, había muchos más restos, y Gayo quiso acercarse al lugar en el que el fuego había empezado.

Había trozos de madera y de cerámica por todas partes. Aquí y allá, las espinas del pescado lo inundaban todo.

Muchas vasijas estaban rotas y quemadas, pero en una

esquina encontraron un trozo grande en el que se podía ver parte de un sello.

—¿Qué crees que es?

Marco tomó el fragmento que le tendía Gayo y lo observó con atención. Podía ver parte de una cartela circular en la que había letras grabadas.

—¡Cualquiera sabe! Yo diría que una «F» y parte de una «I» —dijo después de fijarse un poco más.

—Sí, eso he pensado yo también. —Gayo permaneció unos momentos en silencio, con el ceño fruncido. Se llevó la pieza a la nariz y la olió con detenimiento—. Sin duda, son las iniciales del que envasara el aceite de la vasija. Tal vez podríamos hablar con él. ¿Conoces a alguien que pueda llamarse así?

—Supongo que a muchos —contestó Marco encogiéndose de hombros—, pero ahora mismo no sabría decirte el nombre de ninguno. Olvidas que tal vez no se trate de parte del nombre; también podrían ser las iniciales. Tal vez la «F» sea el nombre y la «I» indique la familia. Puede ser Fasto, Félix, Falco, Flavio, Fusco, Frontino..., y con la «I» ocurre otro tanto —continuó con un gesto de la mano—: Itálico, Iulio...

—Llevas razón —concedió el abogado—. Pero no has pronunciado la posibilidad más evidente: Fabio Justo.^{Nota 2)}

Marco se quedó clavado, preguntándose cómo había podido pasar por alto esa posibilidad: Fabio Justo. Si el nombre que indicaba la cerámica era el del joven encontrado sin vida en el incendio, tal vez hubiera sido realmente asesinado.

—¿Crees que puede referirse a él? —se atrevió a preguntar al fin. Pero, para su sorpresa, el abogado meció la cabeza de un lado a otro, negando esa posibilidad que acababa de ofrecerle.

—No. No creo que sea él. Era demasiado joven como

para que su nombre apareciera impreso en una vasija, y, además, hasta donde sabemos, ni él ni su familia tienen nada que ver con los olearios, y está claro que esto es parte de un ánfora de aceite. Pero tengámoslo presente; tal vez sea interesante investigarlo.

Marco asintió y, tras un instante de reflexión, hizo una nueva pregunta:

—¿Has descartado por completo el tema de las deudas de Fabio?

—En realidad no... —contestó Gayo no muy convencido—. Pero no he conseguido averiguar nada al respecto. Parece que llevabas razón y que nadie le prestó dinero —concedió hastiado.

Marco le hizo una seña que sólo podría significar una cosa: «Te lo dije». Pero no llegó a pronunciar las palabras. En lugar de eso, se despidió:

—Lo siento, todo esto es de lo más interesante, Gayo, incluso has conseguido que me olvide de otras tentaciones por un tiempo, pero tengo que irme ya. Como te dije, tenemos asuntos importantes que tratar en mi casa.

—Adiós, entonces. Yo creo que iré a que me den un masaje; necesito relajarme.

Se despidieron con afecto, pero cuando se quedó solo, la expresión de Gayo se volvió austera, y al empezar a caminar hacia las termas lo hizo hablando para sí mismo: «Sí, necesito relajarme... Todo lo que acabo de ver confirma mis sospechas. Y ahora mismo sólo un buen masaje puede apartar de mí el miedo que atenaza mis huesos...».

Nota 2

En latín, Justo se escribiría Iustus, con «I».

[Volver](#)

Capítulo XVIII

Encontró a Libia de rodillas, haciendo ofrendas ante el pequeño altar. La miró con expresión dulce, como si su simple visión tuviera la capacidad de borrar las preocupaciones que arrastraba. Al poco, ella pareció notar que la observaban, porque se volvió de repente, ahogando una exclamación. Al comprobar que era él, cerró los ojos y se llevó las manos al pecho.

—¡Me he asustado! —comentó poniéndose en pie, al tiempo que mostraba una sonrisa nerviosa. Acto seguido se acercó hasta él e hizo una inclinación de cabeza a modo de saludo—. ¡Bienvenido! Me alegro de verte. En realidad, estaba deseando que vinieras.

Gayo reparó en el tono con el que la masajista había pronunciado aquellas palabras y la miró un tanto preocupado.

—¿Ha ocurrido algo? —Lo dijo mientras la tomaba del mentón y la obligaba a alzar la cabeza para enfrentarse a sus ojos marrones.

Ella se frotó las manos, nerviosa, pero no dijo nada. Al fin se dio la vuelta y se encaminó hasta donde guardaba los frascos de aceite. Desde allí, con las manos aún en el regazo, se volvió de nuevo hacia Gayo y por fin se decidió a hablar:

—Hay un asunto que quisiera comentar contigo... ¿Recuerdas la última vez que estuviste aquí, cuando llegó

Tersites?

Gayo se limitó a asentir, siguiendo con la mirada a Libia, que se había puesto a caminar por la habitación, nerviosa.

—Y supongo que habrás oído algo del cadáver de una mujer encontrado en el puerto...

—Sí, esta mañana oí que hablaban de ello en el mercado —respondió, empezando a imaginar de qué estaban hablando.

—Se trataba de Porcia, una de mis compañeras... Era una buena mujer, una buena amiga... Una de las mujeres de Tersites.

—¿Qué le ocurrió?

—La... La degollaron. Encontraron su cuerpo en uno de los almacenes portuarios..., de casualidad.

—Y quieres que yo encuentre a quien lo hizo —afirmó el abogado acercándose un poco más a ella.

—¡No podemos hacer otra cosa!

La joven esclava, desesperada y con los ojos llorosos, se apoyó en la camilla, y Gayo la tomó por la cintura para intentar calmarla.

—¿No sería mejor que Tersites acudiera a los magistrados? —preguntó.

—Ya lo ha hecho, pero no le han prestado atención. —Lo miró directamente. Su voz, apenas un susurro ahora, parecía incapaz de salir de su garganta—. Dice que no harán nada por descubrir lo que ha pasado.

—No es de extrañar. Mueren muchas mujeres como ella, Libia...

Las lágrimas comenzaron a rodar por las mejillas de la joven a toda velocidad, como si manaran de un río desbordado por las lluvias de la primavera. Gayo la abrazó

con fuerza, acariciándole el pelo, y aunque ella al principio se tensó, pronto se aferró a él, absorbiendo todo el calor que le regalaba. Estuvieron así, unidos uno al otro, durante unos segundos, y cuando Libia se hubo calmado, se separó un poco y quiso devolverle el momento de afecto acariciándole la mejilla. Su mano acabó arrullando los labios del hombre.

Pareció como si el tiempo se hubiera alterado deteniéndose fugazmente, porque un instante después bebían uno de la boca del otro. Fue un beso largo y calmado, esponjoso y cálido, que arrancó un ronroneo de placer en Libia. Gayo se separó para mirarla a los ojos, pero los de ella parecían clavados en los labios del abogado. Se separó de él y fue hasta la entrada sin soltar su brazo. Con una mano, corrió la cortina que daba un poco de intimidad a la sala de masajes, dio un salto para ponerse a horcajadas sobre la cintura del abogado y atrapó de nuevo los labios del hombre con los suyos mientras era llevada hasta la camilla.

Fue un encuentro inesperado e impetuoso. Él, una roca a la que ella quería aferrarse para escapar de su vida. Ella, el remanso de paz que el abogado necesitaba. Se amaron a toda prisa, entre jadeos y caricias ansiosas, apoyados primero sobre la camilla para terminar con el cuerpo del abogado atrapado entre las piernas de la masajista, que se había tumbado.

La respiración de ambos fue calmándose poco a poco, al tiempo que sentían cómo se enfriaba el sudor sobre sus cuerpos una vez quedaron saciados. Libia seguía con las piernas enredadas en el cuerpo del abogado, al que le acariciaba el pecho. Gayo se inclinó y le besó el hombro desnudo.

—No sabía que fuera tu primera vez...

La voz le salió limpia y plena, pero con un regusto amargo de culpabilidad. Ella lo miró, plácida, sin dejar de acariciarlo.

—Tersites me reservaba. Nunca quiso prostituirme, y yo... Yo no... Nunca encontré un hombre al que... Pero entonces apareciste tú y...

Gayo le puso los dedos sobre los labios. No necesitaba explicaciones. Se hubiera acostado con ella aunque hubiera sido la ramera de peor reputación de toda Hispania, y esa idea se le clavó con fuerza en el pensamiento.

Se mantuvieron así, entrelazados, durante algún tiempo más. Sin decir nada, acompasando su respiración, tomando cada uno el aliento del otro. De pronto, Libia comenzó a notar que el vientre de él se convulsionaba.

—¿Qué te pasa? —preguntó, contagiada por la risa ahogada de Gayo.

—Se me está quedando dormida una pierna —se quejó, sin poder reprimir ya una carcajada.

Ella se echó a reír junto a él, lo sujetó un segundo más con las piernas y luego lo empujó con las manos.

—Anda, levántate y ponte en una posición más cómoda: tiéndete sobre la camilla. Pero espera, antes la limpiaré un poco.

Cogió unos paños y frotó la madera, sorprendida por sentir sólo cierta quemazón en su interior después de perder la virginidad; siempre había pensado que resultaría más doloroso.

Gayo se tumbó entonces y ella empezó a darle un ligero masaje en la espalda. Cuando comprobó que él se relajaba, tomó de nuevo la palabra.

—No quisiera incomodarte, pero... —Hizo una inspiración profunda. Entendía lo que el abogado le había dicho con respecto a la búsqueda del asesino, pero necesitaba que se encargara de hacerlo—. No critico el trabajo ni las obligaciones de los vigilantes, pero estas mujeres son *quadrantarias*... Están desamparadas, por más que sea delito

matarlas. Nadie va a buscar a los culpables. Nadie impedirá que les hagan daño, igual que nadie las protege cuando tienen que levantarse la túnica bajo las arcadas de los edificios públicos. ¿Sabes cuántas sufren violaciones? ¿A cuántas no les pagan por sus servicios? ¿Cuántas son forzadas por varios hombres a la vez?

La voz de la mujer, que había empezado firme, fue convirtiéndose poco a poco en un ruego quebrado por los sollozos. Gayo se incorporó y la abrazó de nuevo, sorprendido ante lo mucho que le importaba aquella joven.

—Tranquila, Libia... Tranquila. —Le palmeó la espalda hasta que logró calmarla—. Dime: ¿has hablado con alguien más sobre esto?

Ella negó con la cabeza, pero al instante rectificó.

—He visitado a sacerdotes y adivinos, pero ninguno ha sabido darme razón de lo que ha podido pasar. De nada han servido sacrificios ni ruegos. Lo hemos hablado entre nosotras..., dómine —susurró, sin saber muy bien cómo llamarlo ahora—. Y hemos reunido nuestros ahorros. Por supuesto, te pagaremos. Les he hablado de ti, y ellas han escuchado lo que dicen de ese abogado joven capaz de encontrar la verdad aunque se oculte en las mismísimas fraguas de Hefesto —concluyó con una sonrisa que parecía llena de orgullo.

La tomó de las manos y la miró con agradecimiento.

—No quiero vuestro dinero, Libia. —Ella intentó protestar, pero Gayo la silenció poniendo un dedo en sus labios—. No quiero ni pensar en lo que habéis tenido que hacer para reunirlo. Seguro que encontraréis otras opciones para darle mejor uso.

Guardó silencio unos instantes, con las manos cubriendo las de la mujer, y tomó una decisión:

—De acuerdo, intentaré descubrir qué ha pasado...

Aunque eso no significa que lo consiga... —se apresuró a añadir cuando Libia se le echó al cuello para abrazarlo de nuevo—. Escúchame bien, es importante que entiendas esto —le dijo separándola un poco para que pudiera mirarlo a la cara—: quizá no lo descubramos nunca, ¿entiendes? —Ella asintió ante aquellas palabras—. Sea como sea, te prometo que intentaré dar con el responsable de lo ocurrido.

Libia se recreó en aquellos ojos pardos con la sensación de que era la primera vez que los veía.

—Es todo cuanto te pido.

Aún permanecieron un rato allí, abrazados, la cabeza de la masajista apoyada en el hombro del abogado. Se separaron al fin, con esa lentitud del que vuelve de una ensoñación, cuando oyeron pasos en la escalera y la tos de alguien que subía.

—Te contaré lo que averigüe. Dame tiempo.

Y se despidió con una última caricia.

Capítulo XIX

Flavia Vero Licinia contaba cincuenta años, una frente ancha y despejada, una mirada que no había perdido el brillo y finas arrugas alrededor de los ojos y los labios. Era una mujer amable, agradable, cariñosa y con suficiente carácter como para conseguir que las cosas se hicieran a su gusto, de modo que la casa estaba patas arriba cuando Gayo llegó. El abogado dejó que Lucrecio fuera a refrescarse y se internó en la vivienda en busca de su madre.

Si durante la mañana los esclavos habían estado ocupados, ahora parecían una colonia de hormigas que hubiesen encontrado una hogaza de pan con miel. Corrían de un lado a otro llevando cubos de agua; un par de mujeres tumbadas en el suelo sacaban brillo al mármol con su propio cuerpo, un chico joven limpiaba las copas y los cubiertos de plata. En el tiempo que tardó el abogado en cruzar el peristilo, pasaron junto a él un hombre portando un cerdo, otro con una canasta de huevos tan minúsculos que no se atrevía imaginar de qué ave podrían ser, varias esclavas llevando capones, así como una cesta rebosante de tetillas de cerda y riñones, varias bandejas con salchichas y morcillas, uvas y aceitunas; una pequeña muestra de un desfile al que aún le quedaba mucho para terminar y que se perdía en dirección a la cocina. Y en medio de todo aquel caos estaba Flavia, sentada en un pequeño taburete colocado en mitad del patio y dando órdenes sin cesar; una Argos Panoptes que

se hubiera plantado con sus cien ojos entre ellos.

Cuando la mujer vio a su hijo, lo olvidó todo. Su rostro se iluminó, alzó los brazos para estrecharlo y se le acercó.

—¡Mi pequeño Gayo! —Él cerró los ojos, aún abrazado a su madre, al escuchar aquello. Nunca le había gustado que lo llamara así, pero jamás le había dicho nada—, ¡Estás más delgado! ¿Te encuentras bien? ¿Acaso estás enfermo? —preguntó una vez se hubieron separado.

—No, madre. Estoy perfecto. Debe de ser una impresión tuya.

Ella lo miró de arriba abajo sin dar crédito a sus palabras, con esa mirada escrutadora que sólo una madre es capaz de lanzar. Finalmente, se rindió con un amago de puchero. Gayo suspiró incluso antes de oírla.

—Eso me pasa porque nunca vienes a verme...

—Te visité la semana pasada, madre.

—¿Y te parece poco tiempo para ver a una madre? Con tu hermano tan lejos y tu hermana de viaje, eres el único hijo que tengo cerca. ¡Deberías dedicarme más atenciones! Cualquiera día me tendré que presentar ante Plutón, así que harías bien en aprovechar mientras puedes...

—Aún queda mucho para que nos dejes, madre. ¡Pero prometo visitarte más a menudo! —se apresuró a añadir. En el último momento, se lo pensó mejor y no se resistió a agregar—: Siempre que me lo permitan todos los asuntos que debo atender.

Caminaban cogidos de la mano hacia el interior de la casa. A su alrededor, todas las habitaciones estaban ocupadas por criados sumidos en diversas tareas, excepto el triclinio. Flavia tiró de su hijo hasta aquella habitación y cerró la puerta para quedarse a solas con él. Aquello no era propio de ella, así que Gayo la miró preocupado, ladeando la cabeza.

—¿Qué ocurre?

Ella hizo aspavientos con la mano para tranquilizarlo.

—Nada, nada... O, bueno, tal vez sí ocurra algo. La verdad es que hace tiempo que quiero hablar contigo, pero como nunca tenemos ocasión... Dime: ¿cómo te va con Marcela? ¿Nos haréis pronto abuelos? —quiso saber con ojos relucientes.

Gayo hinchó el pecho y, procurando permanecer impertérrito, contestó.

—Pues no, no que yo sepa. Hera debe de estar ocupada en algún otro lugar.

Flavia se acercó a él con los ojos entrecerrados.

—¿Van bien las cosas entre vosotros?

—¿Por qué lo dices?

Siempre se había sentido incómodo con aquellas conversaciones de su madre, como si ella fuera capaz de saber cosas que nadie más conocía.

—Porque a una madre no se la puede engañar. Veo en tus entrañas, Gayo, y sé que algo ocurre. —Se sentó en el triclinio mirándolo de frente, esperando una respuesta.

—Nada de lo que tengas que preocuparte, madre —contestó con una sonrisa para quitarle importancia—. Marcela es una mujer exigente y yo me esfuerzo por complacerla. Si los dioses quieren, pronto tendré un hijo al que puedas llamar nieto.

—¡Nada me gustaría más! Marcela es una buena mujer. Algo inexperta, tal vez. Y sin duda ambiciosa, lo que es bueno para ti. —Al comprobar que a su hijo no le gustaba lo que oía, lo tomó de las manos—. Hazle caso a tu madre, que sabe lo que es mejor para sus hijos. Marcela viene de una buena casa, está acostumbrada a las fiestas, a tener a gente importante en su hogar. Córdoba no es Hispalis, Gayo, hijo

mío... Debe de añorar muchas cosas de las que disfrutaba allí. Y una de ellas es el poderío de la casa de su padre.

—¡Pero lo que yo quiero es dedicarme a mis juicios; a mis caballos! —exclamó irritado.

—Nadie te obliga a dejarlos, pero escúchame bien: a menos que le proporciones a tu mujer la vida que quiere, y que sin duda merece, convertirás tu hogar en un desastre del que nada bueno podrá salir —advirtió Flavia con voz dura.

—Lo sé. Por eso acepté el encargo de Ulpio.

La mujer le dedicó una mirada tierna.

—Debes tener cuidado, hijo mío: ese encargo puede ser una bendición, pero sólo en caso de que Ulpio quede satisfecho con los resultados; si no le son satisfactorios podrías verte en graves problemas...

El abogado miró a su madre y le dio unas cariñosas palmaditas en el dorso de las manos.

—Tendré cuidado, no te preocupes.

Flavia se recostó con un pequeño quejido, se pasó la mano por la mejilla y parpadeó varias veces, como para sacar algo que se le hubiera metido en el ojo.

—¿Qué te ocurre, madre?

Le acercó una copa que ella rechazó con gesto cansado. Al responder la pregunta, su voz sonó cascada.

—No es nada. Algo que se me habrá metido en el ojo. — Y volvió a pasar la mano por la mejilla. Esta vez, Gayo llegó a ver una lágrima.

—A un hijo no se lo puede engañar... —Se sentó junto a ella tras parafrasearla, echándole un brazo sobre los hombros y dándole un ligero beso en la mejilla—. Cuéntame.

Ella lo miró con tristeza.

—Se trata de tu padre. De algún tiempo a esta parte lo

encuentro... Cómo decirlo... —Se mordió los labios un par de veces, buscando la expresión adecuada. O tal vez esperando que su hijo acudiera a rescatarla. Como Gayo permaneció en silencio, terminó la frase—. No sé: extraño, distante.

—¿Distante?

—Sí. Sale por la mañana y suele tardar en volver a casa.

—Eso no tiene nada de extraño. —Quiso quitarle importancia al asunto, pero su voz no adquirió el tono que pretendía.

—Ya, ya... Pero también está muy callado. —Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano—. A veces pasa horas sin decir una sola palabra. Y en ocasiones estalla por cualquier tontería. Hace unos días recibió un extraño paquete. En cuanto lo tuvo en la mano se encerró en su *tablinum*, y poco después se oyó un estruendo de copas y enseres estrellándose contra el suelo. Luego salió a la calle sin decir nada a nadie, a pesar de que era noche cerrada. No he sido capaz de saber qué le ocurre, por más que le he preguntado e interrogado a los esclavos de la casa.

—¿Crees que ha vuelto a las andadas? —Era evidente que debía preguntarlo, por más que le costara sacar el tema.

—No lo sé, pero temo que algo pasa. En los últimos tiempos... —Miró a su hijo y se echó a llorar desconsolada, tapándose la cara con la mano. Su voz apenas era audible entre los sollozos—. Pienso que puede haber encontrado a una mujer joven y que esté pensando en divorciarse de mí... ¡No soportaría una vergüenza así!

A Gayo le llevó un buen rato tranquilizar a su madre, y Flavia no se relajó hasta que le hubo asegurado que procuraría enterarse de lo que ocurría. Se quedaron un tiempo allí, en silencio; Gayo pensando en si sería posible que su padre hubiera vuelto a encontrar una amante, pero desechó la idea de inmediato: Tito Sexto Licinio tenía que

haber aprendido la lección. Aquello había estado a punto de destruir a su familia, y era el motivo principal por el que Gayo y Tito mantenían una relación tan tensa; el hijo apenas pudo perdonarle lo ocurrido. En su día habían conseguido controlar la difícil situación, y por eso estaba seguro de que su padre no se arriesgaría de nuevo a algo parecido. Pero, en ese caso, ¿qué le estaba ocurriendo? Conocía bien a su madre y sabía que no era una mujer dada a inventar ese tipo de historias. Viéndola ya recuperada, y pensando que tenía cosas más importantes que hacer que husmear en los asuntos de sus padres, la ayudó a levantarse y se dirigieron hacia la puerta del triclinio.

—Por cierto, hijo: es muy hermosa, pero... ¿Para qué quieres una clepsidra?

Gayo puso los ojos en blanco, la cogió por el brazo y susurró a su oído:

—Será mejor que no preguntes, madre...

* * *

Tomaron una comida frugal, como era costumbre, en la que Marcela se mostró nerviosa por el banquete y Flavia intentó tranquilizarla, asegurándole que todo saldría bien. Al retirarse la mesa, Gayo, que apenas había descansado durante la noche anterior, decidió echarse un rato. Pero en lugar de dormir estuvo dando vueltas sobre el colchón durante más de una hora. Los pensamientos se agolpaban. Por un lado, la preocupación por lo que iba descubriendo acerca de los incendios, y la falta de conexión, al menos por el momento, con el asesinato de Fabio. Por otro, lo que acababa de contarle su madre. No podía dejar de pensar en que se había comportado de forma extremadamente dura con su padre cuando se destapó todo aquel asunto y, sin

embargo, hacía apenas un par de horas, él se había acostado con una esclava.

Todo el peso de la culpa por lo ocurrido con Libia le había alcanzado, y como no podía ser de otro modo, su mente de abogado empezó a martirizarle. Para empezar, fue consciente de que podía ser acusado de cometer un delito. Libia no era una prostituta. Aquel pensamiento le arrancó una sonrisa, aunque era consciente de que eso era precisamente lo peligroso, porque, al no dedicarse ella a la prostitución, se le podía acusar de adulterio. Ése sin duda sería un caso con el que cualquier jurisconsulto disfrutaría: Gayo tampoco podría ser acusado de estupro, puesto que Libia no era una mujer libre, aunque sí era virgen. Y ahí radicaba la complicación, ya que podía ser acusado de cometer estupro cualquiera que sedujera a una doncella. ¿Podría considerarse doncella a una esclava? Ciertamente era que él no había seducido a la masajista, pero le había robado la virginidad, al fin y al cabo. Con toda seguridad, pensó, nadie lo declararía culpable de algo así, en especial teniendo en cuenta la diferencia de clases entre uno y otro, pero el daño al honor de su casa ya estaría hecho. Además, aún podía ser juzgado por un delito de *damnum iniuria datum*, que se regulaba en la ley Aquilia, votada casi trescientos cincuenta años antes y dividida en tres capítulos. El primero de ellos regulaba las responsabilidades del daño que se pudiera haber hecho a alguna propiedad de su legítimo dueño; el segundo las responsabilidades del *adstipulator*, y el tercero, y éste era el que repasaba Gayo de memoria en ese momento, trataba las lesiones que hubieran podido cometerse a esclavos o animales. Podría considerarse perfectamente que Libia había sufrido un deterioro en su valor, pues antes era virgen y ahora ya no lo era, y por tanto Gayo tendría que responder ante Tersites pagándole el valor que se considerara que Libia hubiera tenido hacía un mes.

El dinero no era problema, claro... El problema podría ser

el revuelo que se organizaría alrededor de todo aquello. Él lo sabía bien: su casa ya había sufrido una vez por un asunto de faldas.

Al final, se levantó frustrado y quiso dedicarse a revisar el libro primero del *De Legibus*. Sin embargo, apenas había llegado al momento en que Cicerón empieza explicar que «la ley es la suma de la razón según se extrae de la naturaleza, que dicta las cosas que deben y las que no deben hacerse», cuando desistió de la lectura. No estaba en condiciones de ponerse a pensar en el modo en que debe legislarse. Abandonó el triclinio en el que se recostaba, guardó el rollo que tenía en las manos y, asomándose al peristilo, comprobó que el sol declinaba. Anunció que salía y que quizá volvería tarde, por lo que no debían esperarlo para cenar, y cuando Lucrecio apareció junto a él para acompañarlo, no lo permitió; saldría solo, en contra de lo acostumbrado. Los tranquilizó a todos diciendo que se encontraría con Marco, lo que puso de mal humor a Marcela. Necesitaba distraerse, y su amigo era el más indicado para ello.

No podía saber lo peligrosa que iba a resultar aquella noche.

Capítulo XX

La calle bullía de actividad. Los comerciantes procuraban vender las pocas existencias que les quedaban, los aguadores se apresuraban a acarrear agua a las casas que habían sido poco previsoras, algún que otro filósofo hablaba a sus alumnos en una esquina... Gayo volvió a dirigirse al sur, tomando el camino que le había llevado el día anterior a casa de Fabio Justo. A unos cien pasos de ella, se encontraba una *taberna* que solía frecuentar Marco al caer el sol, así que esperaba encontrarlo allí. No obstante, antes de llegar se encontró con una multitud que reía y aplaudía. Se hallaba justo a la entrada del parque, entre el templo de Júpiter y la *domus* de Gneo. Intrigado, se acercó para ver qué estaba ocurriendo. Mientras caminaba hacia el gentío, un gesto de preocupación se le iba dibujando en el rostro.

Un grupo de actores había montado un amplio escenario en el que se podían ver varios edificios con la muralla de la ciudad al fondo. En escena se hallaba un actor que mostraba un descomunal pene de madera, al tiempo que retozaba con una mujer de grandes pechos; de pronto, en un extremo aparecieron unos pequeños tablones pintados de rojo y amarillo, simulando las llamas de un incendio. La pareja no se dio cuenta del peligro hasta que el fuego llegó a ellos, momento en que el hombre saltó palmeándose las posaderas y arrancando la risa del público. Un instante después, el actor orinaba en la llamas para apagarlas, mientras su amante

tiraba de él intentando sacarlo de allí. En ese momento aparecían un par de vigilantes. Portaban una escalera a la que le faltaban casi todos los peldaños y unos cubos desfondados, de modo que el agua que vertían en ellos caía tal como entraba. Estaban dirigidos por un tipo completamente borracho que les indicaba dónde debían actuar, señalando un edificio en el que no se había declarado el fuego, mientras que el otro, a sus espaldas, era pasto de las llamas. Los espectadores, que habían abucheado al vigilante, aumentaron sus protestas cuando apareció en escena un nuevo personaje, de vientre abultado y mejillas coloradas, bien vestido, que se acercaba al fornicador proponiéndole la compra del edificio quemado. Llovieron silbidos y los abucheos fueron a más, esta vez acompañados de una lluvia de legumbres podridas sobre el actor que representaba al decurión. Entonces, Gayo vio que un espectador se levantaba furioso, embistiendo como el Minotauro, para alejarse de allí. Lo reconoció de inmediato y se acercó a él con decisión.

—Saludos, Virginio.

Virginio Arrio lo miró un instante con las cejas enervadas y el rostro congestionado antes de reconocerlo.

—¡Ah! Hola, Longo. Disculpa, pero me voy de aquí ahora mismo.

Gayo echó a andar junto a él.

—Lamento que tuvieras que ver algo así.

—¡Eso es sedición, abogado! —aseguró señalando al escenario sin dejar de caminar.

—La gente está preocupada. Es su forma de protestar y llamar la atención para que se eviten nuevos incendios. Nos responsabilizan...

—Bien, pues yo no soy responsable más que de adquirir unas parcelas que han perdido buena parte de su valor.

Cuentan que el propio Nerón ha aprovechado el incendio de Roma para empezar a construir lo que llaman la Domus Aurea. Si el emperador hace negocio con la tragedia que supone un incendio, ¿por qué no deberíamos los demás hacer lo mismo? Tú eres abogado, Longo. Dime: ¿acaso incumplo alguna ley?

Todo aquello lo había vomitado Virginio en medio de grandes aspavientos. Gayo pensó en responder lo mismo que le había dicho a Marco: «Depende de como se interprete dicha ley», pero eso podía llevarlo a una discusión que no deseaba. A pesar de todo, no pudo evitar que le vinieran a la mente las palabras de Cicerón en el *De Legibus* sobre lo que la naturaleza indica que debemos o no debemos hacer, diciéndose que Virginio, y muchos otros como él, deberían leer aquella obra. Iba a contestar cuando Virginio siguió hablando: —Además, mis pérdidas por el incendio en el colegio de olearios me van a suponer una fortuna. ¿Por qué no habría de intentar recuperar parte de lo perdido?

—Desde luego, estás en tu derecho —asintió.

Gayo y Virginio se habían detenido, el abogado mirando desde lo alto la prominente barriga de su acompañante:

—¡Pues espero que se haga algo para evitar este insulto! —rugió—. Mañana mismo interpondré una denuncia. ¡Buenas noches!

Gayo estuvo tentado de contestar que una denuncia como aquélla no prosperaría, pero se limitó a despedir con la cabeza a Virginio, que ni siquiera se dio cuenta del gesto. Le hubiera gustado hablar con él; había muchas cosas que quería preguntarle..., pero entendió que no era el momento. Ya retomaba su camino hacia la *taberna* en busca de Marco cuando una ráfaga de viento llegó hasta él. Pero en lugar del habitual olor a salitre y humedad, venía cargado del inconfundible aroma de la madera quemada.

* * *

Glauca estaba con la espalda aplastada contra la pared, soportando por unas monedas las embestidas que recibía del hombre que se le había acercado. Se hallaban al norte de la ciudad, cerca de la puerta de la muralla, en una de las zonas más laberínticas de Hispalis. Desde que desapareciera Porcia, Tersites había ordenado que sus mujeres no salieran solas, sino en parejas, de modo que Palmira y Glauca siempre salían juntas, pero no podían quedarse una al lado de la otra durante toda la noche, así que permanecían a no más de dos calles de distancia, y, cada vez que una terminaba con un cliente, iba a buscar a la otra para asegurarse de que todo estaba bien.

Y allí estaba Glauca, bajo una logia, aferrada al cuello de su cliente, un tipo fuerte, de pelo largo y con una verga poderosa que la estaba haciendo sudar como hacía mucho tiempo que no sucedía.

—Uf, eres un animal...

La mujer comenzó a rebotar contra la pared para corresponder a los empujones que recibía. Lo que en un principio parecía que iba a ser un simple polvo más se estaba convirtiendo en toda una experiencia. Ahora echaba la cabeza hacia atrás, con los ojos en blanco, aferrada al pelo de su amante.

—No pares, por favor... Por favor... —gimió, imaginando que estaba con Varro.

Los jadeos se hicieron más intensos, más rápidos, más frecuentes. Se echó hacia adelante, obligando al hombre a sujetar todo su peso. Lo ayudó abrazándose con fuerza a su cuello y empezando a rebotar arriba y abajo, pero a pesar del cambio de postura él no alteró su ritmo. Incapaz de aguantar mucho en aquella posición, Glauca volvió a recostarse contra

la pared, con lo que favorecía que el hombre la ensartara con más fuerza y más adentro.

—¡Sí! ¡Oh, sí! Por favor, sigue, sigue, si...

Un tremendo pinchazo en el costado le cortó el momento del clímax. Algo se había clavado entre sus costillas, perforándole hasta el pulmón y arrancándole un gemido quedo cuando expulsó el aire.

Notó cómo la hoja metálica salía de su cuerpo para volver a entrar un instante después, con más saña aún. Miró al hombre sin saber lo que estaba ocurriendo, al tiempo que se llevaba la mano al costado. No era consciente de que él seguía empujando mientras la apuñalaba: únicamente sentía el lacerante dolor del puñal al salir y entrar una y otra vez de su cuerpo. Para cuando fue a gritar, él ya le había tapado la boca con la otra mano. Sólo entonces se acercó a su oído y comenzó a susurrarle por qué le estaba haciendo aquello. Y a Glauca la alcanzó el miedo al saber que allí terminaba su vida.

En ese instante, el hombre le apartó la mano de la boca, sabiendo que ya no tenía fuerzas para proferir más que gemidos ahogados por la sangre que acudía a sus labios.

—Lo lamento... —La posó suavemente en el suelo, encharcado ya en sangre de *quadrantaria*—. Lo siento. No serás la última...

Esperó junto a la mujer, repitiendo sus disculpas una y otra vez. Ella lo miraba como en un sueño, con las pestañas enmarañadas en las lágrimas en las que brillaban las últimas luces que vería en su vida. Cada inspiración era un quejido. Cada espiración un gorgoteo de sangre.

El hombre se levantó y limpió el cuchillo. Miró a un lado y luego al otro, y, tras un instante, comenzó a caminar.

Debía encontrar a la otra puta; la joven que acompañaba a la que acababa de dar muerte.

Palmira, sin embargo, ya estaba escondida. Había visto con horror los últimos momentos de su amiga, la que siempre la había protegido en las calles. Había oído sus quejidos de dolor, y había visto el relucir de la hoja a la luz de la luna, y se había apretado contra una columna inmersa en la oscuridad. Se tapó nariz y boca para no hacer ruido al respirar; o al llorar, porque respiraba entre sollozos. No se atrevió a asomarse de nuevo hasta que oyó cómo se alejaban los pasos del hombre que había asesinado a su amiga. La calle estaba desierta. Se quitó las sandalias para no hacer ruido y se acercó a Glauca.

—Glauca... ¡Glauca! ¿Qué puedo hacer, dioses?

Su amiga alzó débilmente una mano y le hizo señas de que se acercara. Así lo hizo, y los bucles de su cabello no tardaron en teñirse de rojo por la sangre vertida en el suelo. Pudo ver que Glauca movía los labios, pero no era capaz de entender lo que decía, de modo que se acercó un poco más.

—¿Quién te ha hecho esto, Glauca...? —Era incapaz de contenerse, y su cuerpo se estremecía por el llanto.

—Cal... Cal...

De pronto, el sibilante susurro de la respiración de Glauca se apagó tras un suave quejido.

Palmira fue incapaz de reaccionar. Se quedó allí, de rodillas, llorando, con los codos sobre el cuerpo inerte de su amiga, hasta que un sonido llegó hasta a ella. El inconfundible rumor de unos pasos.

—¿Quién está ahí?

La joven alzó los ojos y vio, a la trémula luz de una antorcha, la figura de Calpurnio, el vigilante, que la miraba desde la esquina.

Capítulo XXI

No hizo falta más de un instante para que la gente que asistía a la pantomima percibiera también el olor a quemado: un momento más tarde comenzaron los murmullos, las cabezas empezaron a alzarse en un intento de descartar lo que tanto temían. Los gritos estallaron cuando un negro surco se recortó contra el cielo oscuro del ocaso.

La multitud pareció volverse loca. Muchos salieron corriendo, avasallando, empujando a cualquiera que se pusiera en su camino. El griterío fue ensordecedor. Gayo llegó a ver a una mujer que se metía en el hueco de un portal, intentando sujetar contra ella a una chiquilla de no más de cinco años. El abogado apartó la vista sólo un instante, pero cuando volvió a mirar comprobó que la niña había desaparecido empujada por la turba, y que la mujer alzaba los brazos en la dirección en que había sido arrastrada su hija sin poder hacer nada por evitarlo. El propio Gayo estuvo a punto de encontrarse en problemas; por suerte, ya se había alejado un poco cuando se desató el tumulto. Además, había tornado una dirección opuesta a la multitud. Ahora se encaminaba hacia el fuego.

Corrió cuanto pudo, dejó atrás la *taberna* que había sido su destino cuando pensaba buscar a Marco, continuó hasta la siguiente esquina y allí giró a la izquierda. En cuanto se asomó a la calle Augustina, que recibía su nombre por los jardines desde los que desembocaba en el Cardo Máximo,

pudo comprobar que el incendio era, probablemente, el peor de los que habían asolado Hispalis hasta ese momento.

Si los espectadores de la pantomima habían huido a toda prisa, la impresión que tuvo era que allí, en aquella vía, todo se había detenido; excepto las llamas, que giraban en el aire, desafiantes. La calle estaba llena de gente que miraba el fuego como si esperara que Vulcano apareciera en cualquier momento. Algunas mujeres sujetaban a sus bebés, con las caras negras por el humo y surcadas por alguna lágrima que dejaba un poso de amargura en sus miradas. En el suelo, un hombre abrazaba a su mujer, que a su vez mecía a un bebé que no volvería respirar en este mundo mientras un perrillo gimoteaba sentado junto a sus dueños, jadeando nervioso. Por toda la calle se desperdigaban los enseres que unos y otros habían podido salvar: aquí un baúl con ropa, allí algunas canastas con fruta pasada, más allá un colchón de lana al que finalmente no habían podido salvar y que había visto cómo ardía todo un extremo antes de que los encargados de apagar el incendio le tiraran varios cubos de agua. Los voluntarios eran los únicos que parecían conservar la facultad de moverse. Una larga hilera de hombres partía de una fuente situada al otro lado del edificio, oculta a la vista de Gayo, y se pasaban pesados cubos de agua unos a otros, dando la impresión de ser un inmenso ciempiés que agitara sus apéndices sin llegar a moverse del sitio.

Un inmenso crujido y un grito de aviso hicieron que Gayo volviera a mirar hacia el edificio. La logia acababa de ceder con un quejido funesto y se inclinaba con gran peligro contra la *insula* que se encontraba a su derecha. Seis vigilantes corrieron hasta el lugar portando largas pértigas con las que intentaron sujetar el maderamen y volcarlo hacia la calle, pero entonces un travesaño se desprendió de la estructura y cayó sobre uno de los vigilantes, aplastándole el pecho y provocándole la muerte de inmediato. Un segundo vigilante vio como su pértiga se le escapaba de las manos por el

golpe, provocándole una fea quemadura en la pierna. Los otros cuatro fueron incapaces de dirigir la logia hacia la calle, y toda la estructura se inclinó sobre el edificio vecino con gran estruendo, llevando las llamas y la muerte hasta él.

Gayo se agachó, apoyándose sobre las piernas para coger aire; respiraba con dificultad. Nuevos gritos, llamadas de socorro y lamentos se elevaron por encima del fragor de las llamas, que hasta entonces lo habían silenciado todo. Cuando consiguió recuperar el aliento, el abogado se acercó al centurión que trataba de organizar a los voluntarios.

—¿Cómo ha empezado el fuego?

Sus palabras salieron entrecortadas, ya fuera por la carrera, de la que aún no se había recuperado del todo, o por el aire que inhalaba, pesado y cargado de humo... El centurión le dirigió una rápida mirada. De haber sido otro quizá no hubiera contestado, pero conocía a Gayo porque lo había visto en varias ocasiones en el foro y la basílica.

—¡Cualquiera sabe, quizás en esa *taberna* de ahí! —gritó señalando un oscuro hueco en el edificio—. Había una tienda en la que vendían comidas calientes. Algunos dicen que el fuego comenzó en ella...

Una repentina explosión apagó sus palabras. En el interior de la *insula* acababan de estallar varias vasijas que lanzaron fragmentos por todas partes. Uno fue a clavarse en el costado de un anciano que curioseaba demasiado cerca; otro golpeó con fuerza la cabeza de un voluntario, que cayó al suelo con los ojos cegados por las brasas.

—Discúlpame, pero no tengo tiempo para conversaciones —explicó el centurión— ¡Traed más agua! Hay que sofocar ese frente antes de que el humo nos ahogue a todos —gritó dando órdenes.

—¿Cómo puedo ayudarte?

El centurión estuvo tentado de *contestar* un escueto

«¡Dejándome hacer mi trabajo!», pero luego vio que Gayo era un hombre alto, fuerte, de largos brazos y consideró la posibilidad de darle una pértiga. Sin embargo, desechó la idea inmediatamente cuando se fijó en el *angustus clavus*: si le ocurriera algo a otro principal de la ciudad, y más aún en un incendio que se encontraba bajo su responsabilidad, se vería en un serio problema. Entonces pensó en otro modo de sacar provecho de su ofrecimiento.

—Estás acostumbrado a dar órdenes, la gente te obedecerá. Organiza un grupo de voluntarios. ¿Ves ese edificio? —señaló al que estaba frente al que había sido embestido por la logia—. En el otro extremo hay otra fuente. Lleva a tus hombres allí, que formen una cadena y empiecen a mojar la fachada. ¡Y que se den prisa! De lo contrario, esto se nos puede ir de las manos.

No le resultó fácil a Gayo reunir a cincuenta personas dispuestas a ayudarlo. Tuvo que recurrir para ello a mujeres, ancianos y muchachos. Aun así, para convencerlos necesitó recurrir a su mejor oratoria e infundir en ellos el temor de un incendio descontrolado que arrasaría media ciudad. La siguiente dificultad estribó en conseguir cubos suficientes. Cuando logró reunir una veintena, colocó a sus voluntarios en una fila doble y comenzó a llevar agua hasta la fachada del edificio que le habían señalado. Al principio estuvo caminando arriba y abajo, ubicando de forma adecuada a los suyos, asegurándose de que los cubos realizaran el recorrido lo más rápidamente posible desde la fuente a la *insula* amenazada por las llamas. Cuando estuvo satisfecho, se colocó él mismo al final de la hilera, lanzando con sus propias manos el agua de los cubos contra el edificio. Antes de que pasara mucho tiempo, sus blancas vestiduras estaban tan negras que pensó con una sonrisa que la esclava que se encargaba de limpiarla necesitaría la orina de toda la provincia para volver a blanquearla. Tampoco tardó demasiado en notar que su respiración era cada vez más

fatigosa. Al poco de estar allí, se llevó la mano al pecho e inspiró tan profundo como pudo, pero era como si el propio Hércules le hubiera pisado el esternón. Pugnó por respirar, y se vio obligado a hacerlo a grandes bocanadas, cada vez más cortas y rápidas. Entonces vio cómo el cubo que acababan de pasarle se escapaba de sus manos sin que pudiera hacer nada por evitarlo, y que el suelo se acercaba hacia él. Un instante después, llegó la oscuridad.

* * *

La casa de Gayo estaba silenciosa. Flavia y Marcela llevaban tiempo sentadas ante un telar, pero hacía bastante que no trabajaban con él. Marcela se había ido poniendo cada vez más nerviosa a medida que la oscuridad avanzaba y su marido no volvía. Cuando llegó la hora décima sin noticias de él, estalló. Se levantó rebotando de furia, dio varias palmadas y llamó a gritos a Hipatia, que se presentó a la carrera.

—Dispón la cena. Si tu dómine no es capaz de mostrar respeto y venir a tiempo para cenar, a pesar de que su madre esté con nosotros, al menos yo la atenderé como se merece.

La esclava se inclinó hacia su dueña y fue a hacer los preparativos. Las dos mujeres se quedaron frente al telar que, a principios de la tarde, se dispuso junto al estanque del segundo jardín privado, cuyo surtidor en forma de ánade con las alas abiertas se había encargado de poner sonidos al atardecer.

—¿Va todo bien entre vosotros?

Flavia hizo aquella pregunta mirando a su nuera con fijeza, y ésta puso cara de fastidio, como si hubiera estado esperándola y, ahora que se la hacían, descubriera que no

quería contestarla.

—¿Por qué lo preguntas? —inquirió a su vez para ganar tiempo mientras volvía a sentarse junto a su suegra.

—Os he visto algo distantes hoy. O eso me ha parecido —contestó con naturalidad tras contar uno de los hilos—. Y, sin embargo, sé que le quieres, pues te preocupas por su ausencia.

Marcela se frotó las manos, arrancando un tintineo metálico a sus pulseras.

—Si he de ser sincera... —respondió al fin, llevándose la mano derecha a la frente—, no está siendo demasiado fácil, la verdad...

—¿Y eso por qué?

—¡Está bien! —La joven dio una palmada contra sus muslos y, acto seguido, alzó las manos en un gesto desesperado—. Creo que Gayo es un hombre brillante, muy inteligente, capaz de llevar adelante cualquier empresa que se proponga. Ahí tenemos la muestra con sus estúpidos caballos, a los que dedica más tiempo que a mí misma. Podría llegar a ser un hombre importante. ¡Pero no quiere! Ya podría haber sido nombrado *questor*, pronto podría ser edil; en cambio, sólo le interesan sus juicios, sus lecturas y sus juergas con Marco Lépido. Es más: me arriesgaría a sufrir la ira de las Furias si el motivo de su ausencia a esta hora no es precisamente que se encuentre con Marco bebiendo en alguna *taberna*.

—¿Acaso suele ausentarse a la hora de la cena? —preguntó Flavia, preocupada. Era una mujer muy tradicional; se había preocupado por dar a sus hijos una buena educación, y sabía que, si el mayor de ellos se ganaba una mala reputación, sería una lacra que no podría limpiar jamás. Además, el fantasma de lo sucedido con su esposo siempre planeaba sobre su cabeza.

—No... —Marcela pareció dudar—. Bueno, al menos no de forma habitual. Alguna vez ha sido invitado a casa de Marco, aunque suele tener el buen tino de no volver demasiado tarde. Pero estoy segura de que allí no se hace nada bueno.

—¿Es que acaso no lo acompañas?

—¡Por supuesto que no! —exclamó escandalizada—. Sin duda habrás oído hablar de la mala reputación de Marco...

—¡Tonterías! —cortó Flavia con un gesto de la mano—. La gente habla de todo y de todos. Si has de prestar atención a cuanto se dice, estarás obligada a permanecer sola y encerrada en una habitación a oscuras, pues ni del esclavo más fiel podrás fiarte. Además, no olvides que conozco a Marco desde que era un niño. Tal vez sea un joven algo atolondrado, amante de la alegría, desprendido en exceso y algo exagerado en sus celebraciones, pero sé que es un buen hijo, preocupado por los negocios de su padre, un buen amigo y un hombre decente que recibe bien los buenos consejos.

—Escuchándote, diría que es un dechado de virtudes...

Flavia soltó una carcajada que acentuó las arrugas de su rostro.

—Querida mía, ningún hombre es un dechado de virtudes. El propio Júpiter se metió en más líos de los que hubiera debido permitirse. Pero, escúchame bien —ordenó alzando el índice de la mano derecha y señalando con él a Marcela—: no encontrarás hombre más noble que mi Gayo. Lo que ocurre es que tú aún no has dado con la clave para llegar hasta él. Pero para eso estoy yo aquí, para darte una pista. —Flavia se acercó un poco más a su nuera y le colocó ambas manos sobre los hombros—. Gayo se rinde ante el cariño, querida mía, no puede resistirse al afecto de los que aprecia. Tú eres una mujer de genio vivo, como debe ser, pero, hija mía, si quieres que tu marido preste atención a tus

palabras, pronúncialas con amor. Deja que de tus labios gotee miel, en lugar de permitir que broten artemisas.

Marcela apreció el consejo y, un tanto emocionada, abrazó a su suegra. Justo en ese momento, apareció Hipada. Llegó con el rostro blanco como la leche, las manos temblando y la mirada desencajada. Cuando habló, la voz le salió tan débil que tuvieron que hacer un esfuerzo para entenderla.

—Dómina, un mensajero acaba de llegar a la casa. Ha traído... Ha traído la noticia de que se ha producido un nuevo incendio. —Se detuvo a tomar aire y se retorció las manos, angustiada—. Ha dicho... Ha dicho que mi señor... se prestó a apagar el fuego, y... —La mujer no pudo permanecer de pie y cayó de rodillas—. ¡Oh, dómina! ¡Ha pasado algo terrible!

Capítulo XXII

Libia lloraba. Allí, arrodillada delante de Petronio, era incapaz de sofocar el llanto.

Su día había sido difícil. Tras la visita de Gayo, todo había ido mal. El primer hombre que quiso un masaje, un tipo seco y delgado como el sarmiento, se quejó de que tenía las manos demasiado frías. Luego gruñó cuando aseguró que le estaba pellizcando demasiado fuerte, y al fin se fue pagándole de mala gana y poniendo el grito en el cielo cuando unas gotas de aceite le mancharon la túnica. A partir de ahí, todo fue a peor. Fue incapaz de mantener calmados a los que la visitaban con su conversación; aquel día parecía que todo eran monosílabos, malas contestaciones y desaires. Uno de los frascos de aceite se le escurrió de entre los dedos de forma incomprensible, destrozándose contra el suelo y desparramando su contenido por el mosaico. Libia se quedó pálida sólo de pensar en lo que le iba a costar a Tersites reponer el aceite de lirio que acababa de perder, y justo entonces entró un cliente gordo y de carnes flácidas. Sus enormes tetas le caían hasta el esternón, su barriga llegaba a los sitios un *cubitus* antes que su propietario, y mucho antes de que llegara aquella panza bamboleante le había llegado el mal olor de aquel hombre que, era evidente, no había pasado por las salas de baño antes de subir a recibir el masaje, cosa muy poco común. Llegó con la cara cubierta de un sudor que, al mezclarse con el polvo que arrastraba, dejaba grandes

surcos anaranjados en sus mejillas, gruesas como pelotas. Libia intentó componer la mejor cara que pudo y esbozar una sonrisa cuando le sugirió que tal vez un baño le ayudaría a refrescarse, pero él la miró como si no estuviera allí, se tumbó en la camilla, que crujió tanto bajo su peso que Libia temió que pudiera romperse, y contestó que lo de bañarse era cosa suya, que el día era tan caluroso que de nada le serviría, pues estaría sudando de nuevo en cuanto saliera del agua, y que ella estaba allí para masajearlo, y no para decirle lo que tenía que hacer. Así que, respirando por la boca y reteniendo el aire tanto como podía, la joven esclava se dejó las manos en aquella piel grasienta, sucia e inabarcable.

Mucho antes de la hora sexta ya estaba agotada, para cuando llegó la séptima se sentía exhausta, y aún le quedaban casi tres horas por delante. Cuando acabó su jornada, tenía los brazos abotargados, y tan pesados que parecían las nuevas tuberías de plomo que corrían bajo la ciudad. Tersites tuvo un arretrato de cólera cuando le contó el accidente con el frasco de aceite y la abofeteó con fuerza, cosa que rara vez había ocurrido. De hecho, Libia no era capaz de recordar cuándo había sido la última vez que Tersites le había pegado. Sin embargo, contuvo las lágrimas. Y también soportó con estoicismo los gritos y los insultos. Luego, cuando le dieron la orden de retirarse, fue directa a su cuarto, sin pasar si quiera por la cocina a comer algo, aunque no se llevaba nada al estómago desde la mañana. El día había sido tan terrible que ni hambre tenía, así que se tumbó sobre el rudo jergón lleno de bultos y se quedó dormida tras dar varias vueltas sin encontrar una postura cómoda. Despertó poco después, cuando las otras mujeres entraron a la habitación. Una de ellas le llevaba algo de pan, queso, algunas uvas y una jarrita de vino.

—Creo que Tersites me ha visto, pero no ha dicho nada
—explicó con una sonrisa cómplice.

Intentaron darle conversación y le contaron algunos de

los últimos chismes de la casa: que Acacia iba a ser vendida al abogado; que los vigilantes habían ignorado por completo las denuncias de Tersites; que una de ellas había tenido que bregar con un hombre con el falo más grande que se hubiera visto en Hispania... Ellas reían y cuchicheaban, aunque Libia a duras penas era capaz de forzar una sonrisa apagada. Volvió a tumbarse en su jergón mucho antes que las otras y cayó en un sueño inquieto y oscuro.

Cuando despertó, en la habitación sólo se oían los ronquidos apagados de sus compañeras, y notó la boca tan seca como si la tuviera llena de arena. Hacía calor en la habitación. Carraspeó un par de veces y trató de tragar saliva, pero fue incapaz. Recordó la jarrita de vino y se levantó muy despacio, avanzando con los brazos por delante, tanteando como un ciego para ver si daba con ella. Cuando lo hizo descubrió que estaba vacía. Maldijo por lo bajo y se quedó muy quieta, intentando escuchar los sonidos de la casa. Se asomó con cuidado y comprobó que todos dormían, así que, con la jarrita en la mano, se dirigió hasta la cocina, con cuidado de no hacer ruido. El suave golpeteo de sus pies descalzos no hubiera llamado la atención ni de un búho al acecho. Llegó a la cocina, donde bebió hasta quedar saciada, se limpió la cara con el dorso de la mano, rellenó la jarrita y volvió sobre sus pasos.

Fue entonces cuando tropezó con Petronio.

El jorobado la esperaba fuera de la cocina, vestido sólo con una sonrisa salvaje y un brillo febril en los ojos.

—No pensé que pudiera ser tan fácil... —dijo con aquella voz babeante.

Libia ni siquiera respondió. Puso la jarra entre su cuerpo y el de Petronio y empezó a caminar de espaldas hasta tropezar con la mesa. Él avanzó, con aquella cosa ridícula entre las piernas meciéndose a un lado y a otro, y Libia alzó el brazo que sostenía la jarra para golpearlo con todas sus

fuerzas. De nada le sirvió. Petronio le aferró la muñeca como si en vez de una mano tuviera las tenazas de Hefesto, le quitó la jarra con tanta facilidad que la mujer soltó un quejido abochornado y, sin soltarla, hizo que se arrodillara, quedando frente a su miembro, cuajado de venas hinchadas.

Y allí estaba Libia: llorando. Tentada estuvo de soltar un grito, pero Petronio le quitó la idea de la cabeza con una simple frase:

—Si alzas la voz, te juro por Júpiter que te daré muerte aquí mismo, aunque luego tenga que pagar con mi vida.

No supo por qué, pero comprendió que Petronio cumpliría su promesa sin dudarlo. Tal vez fuera por el tono, tal vez sólo porque a esas alturas aquel hombre contrahecho no tenía nada que perder, pero creyó que lo que decía era cierto como si aquellas palabras acabara de pronunciarlas la misma Sibila. De modo que se mordió los labios hasta sangrar para evitar que su boca se abriera por sí sola en un grito, y esperó.

La casa seguía en silencio, aunque a ella le hubiera dado igual encontrarse en pleno mercado: lo único que oía era la respiración de Petronio, violenta y áspera. No pasó nada durante un tiempo que le pareció eterno. Él no hablaba, ni se movía, aunque ella no podía verlo porque tenía los ojos cerrados con fuerza. La situación se alargó tanto, que Libia empezó a albergar la esperanza de que Petronio hubiera cambiado de opinión, así que se atrevió a preguntar en un susurro apagado:

—¿Qué vas a hacerme?

Petronio no respondió, y Libia abrió los ojos poco a poco, encontrándose frente a frente con la mano del jorobado, que se frotaba el miembro, erecto ahora.

—No puedes penetrarme, Petronio... —dijo con un hilo de voz. Las lágrimas se despeñaban ya de sus ojos. Tragó saliva

de forma involuntaria antes de continuar—. Lo sabes, ¿verdad? Tersites te mataría si lo haces.

Ahora sí le respondió, con una voz tan ronca que Libia no reconoció.

—No soy el imbécil que todos creéis. Pero hay muchas otras formas con las que una mujer puede satisfacer a un hombre... —Le aferró la mano y la obligó a coger su miembro palpitante.

Libia empezó a moverla con los ojos cerrados y guardándose el asco en un rincón del alma. Un instante después, volvió a oír la voz de Petronio.

—Abre la boca, mujer...

* * *

—Parece que ya despiertas...

Gayo abrió los ojos en medio de un violento ataque de tos que lo obligó a incorporarse sobre el brazo derecho. Había estado tumbado en el duro suelo, pero alguien había traído un cojín para que apoyara la cabeza. Tenía el rostro húmedo, no sabía si por el sudor o porque le hubieran empapado la cara con agua. Cuando al fin pudo mirar a su alrededor, vio que se encontraba más allá de la fuente a la que había dirigido a su equipo, en la esquina que formaban tres *insulae* adyacentes.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? —La voz le salió ronca, en lugar del tono claro y un tanto agudo que solía tener.

—Caíste al suelo. Tosías y respirabas con dificultad, así que te recogimos entre varios y te trajimos hasta aquí, algo más lejos del fuego y el humo.

Gayo miró al hombre que le hablaba. Era casi un

anciano; tenía tantas arrugas que su rostro parecía un campo recién labrado; su pelo cano parecía formarle una corona plateada en torno a la cabeza, dejando la parte superior del cráneo sin protección, y un par de grandes orejas peludas quedaban a ambos lados, sobresaliendo entre el escaso cabello.

—Tengo que volver... —dijo mientras se levantaba.

Inspiró profundamente y notó que, aunque respiraba mejor, parecía que una parte de su pecho se negara a dejar entrar el aire.

—No, no tienes por qué hacerlo. El incendio ya está controlado. Gracias a tu cooperación, pudimos evitar que la tercera *insula* también cayera bajo las llamas. Ahora apenas quedan algunos rescoldos y vigas humeantes. El jefe de los vigilantes me dijo que ni se te ocurriera volver por allí, no quiere tener que cargar con una muerte innecesaria.

Gayo miró con fastidio hacia la columna de humo. Se podía apreciar que era más tenue y menos espesa. La cabeza le decía que debía acercarse para comprobar cómo estaba la situación, pero entendía que el encargado de apagar el incendio no quisiera verlo por allí; el pobre hombre podía verse en un auténtico problema si a él le ocurría algo. Así que comenzó a caminar alejándose del lugar. Entonces se volvió hacia el hombre que lo había estado cuidando.

—Gracias. Si me dices tu nombre, me encargaré de que recibas una recompensa adecuada.

El otro se encogió de hombros.

—Te lo agradezco, pero no lo necesito.

Gayo se fijó entonces en que aquel hombre vestía bien; sin lujos, pero con ropa de calidad. Sin duda debía de ser alguno de los comerciantes que hacían fortuna con el puerto y sus negocios. El abogado inclinó la cabeza y, dando la vuelta, comenzó a alejarse.

—¡No creo que sea buena idea que vayas solo! —le gritó el anciano, y Gayo se detuvo—. Ya es casi noche cerrada y estas calles son peligrosas. Enviamos un mensaje a tu casa, así que tus esclavos no deberían tardar mucho en llegar.

—Te lo agradezco —contestó Gayo—, pero necesito caminar y despejarme un poco. Me vendrá bien alejarme de todo este humo... Si vienen mis hombres, diles que he ido hacia el Decumano Mayor —pidió, señalando hacia la derecha de los edificios en los que se encontraban—. Pasaré por el foro y desde allí me dirigiré a mi casa. De ese modo podrán encontrarme con facilidad.

El anciano asintió, y Gayo se alejó sin decir nada más. La idea de ir en esa dirección se le había ocurrido de repente: el lugar en el que había muerto el hijo de Gneo estaba allí mismo, a tan sólo un par de calles de distancia, y pensó que podía acercarse, ya que se encontraba tan cerca, para echar un nuevo vistazo. No le sirvió de nada, porque el edificio quemado estaba totalmente vacío, y con la oscuridad no veía gran cosa.

Le sobrevino un nuevo ataque de tos y se acercó a una fuente que se encontraba unos pasos más adelante, casi junto a la puerta este, que llevaba, más allá de la muralla, a las fábricas de vidrio que copaban aquella zona. Se remojó la cabeza, pero el agua estaba más que templada, pues el calor de aquella jornada había sido excepcional, así que en lugar de la agradable sensación de frescor que esperaba sólo consiguió mojarse la túnica de arriba abajo.

Y antes de que pudiera levantar la cabeza, un tremendo golpe en la espalda le hizo caer al suelo.

Intentó levantarse sin entender lo que le había ocurrido, pero un nuevo golpe, esta vez en el costado, le sacó todo el aire que tenía en sus pulmones y le hizo rodar hasta quedar boca arriba. Vio entonces a tres hombres que lo rodeaban; llevaban capuchas sobre las cabezas, pese a que la oscuridad

era ya absoluta y no hubiera podido más que adivinar sus rostros.

—Deja de meter las narices en cosas que te superan, abogado —dijo uno de ellos, y acompañó aquellas palabras con un nuevo golpe de la porra que manejaba con la diestra.

Gayo tuvo el tino de alzar su brazo izquierdo para impedir que le abriera la cabeza, pero a cambio sonó un crujido muy poco halagüeño en su muñeca y el grito del abogado se oyó por toda la calle. Se sujetó el brazo con la otra mano, y aquel tipo ya alzaba de nuevo la porra para dar un nuevo golpe cuando se oyó un traqueteo de pasos rápidos que se acercaban. Un par de patadas cayeron otra vez sobre Gayo, que se encogía en el suelo como podía para evitar los golpes.

—¡No te lo advertiremos más! ¡Deja de meter las narices!

Y se alejaron a la carrera, dejándolo en el suelo y sangrando por un par de heridas. Entonces, las pisadas que habían alertado a sus agresores se oyeron más cerca, y con ellas llegó una voz conocida.

—¡Dómine! ¡Dómine! ¿Te encuentras bien?

—Sí, Casto... Ayúdame a levantarme —pidió con un gruñido.

El esclavo lo alzó sujetándolo de un brazo mientras otras manos lo levantaban por las axilas. El abogado se volvió, sorprendido.

—Debió dejar que lo acompañara, dómine...

—Ay, mi buen Lucrecio... Mucho me temo que de nada hubiera servido tu compañía. Creo que al menos eran tres hombres —añadió, reparando en la fragilidad de aquel hombre, que empezaba a ser demasiado mayor.

Y en aquel preciso instante supo cuál debía ser su siguiente paso si quería salir con vida del lío en el que se

había metido.

Capítulo XXIII

Sasobek sacudía la cabeza mientras limpiaba una vez más las heridas del rostro de su paciente.

Lo habían avisado tan pronto como el abogado regresó a su casa, y cuando el médico había llegado la noche anterior todavía se palpaba la tensión: Flavia retenía las lágrimas, aunque sus ojos enrojecidos mostraban que había estado llorando, mientras que Marcela pretendía aparentar una calma que negaba el temblor de sus manos y los suspiros que emitía continuamente. El médico egipcio fue al baño para atender al que en aquella ocasión era su paciente y le hizo allí mismo una primera cura de urgencia. Comprobó que tenía el brazo roto, lo vendó, les dio a todos ellos unas infusiones para que pudieran dormir y prometió volver a la mañana siguiente para atenderlo a la luz del día.

Ahora, con el doliente sentado junto al surtidor del patio, podía ver los estragos de la agresión que había sufrido el abogado la noche anterior. Gayo tenía el ojo izquierdo hinchado, aunque podía abrirlo, y la parte derecha de su rostro estaba enrojecida y algo inflamada. En los costados también tenía moratones importantes: la marca de las patadas que le habían regalado. Sasobek le aplicó ungüentos y cremas sin siquiera abrir la boca, sólo negando con la cabeza de manera insistente y chasqueando la lengua de vez en cuando, mientras el abogado se abandonaba a los primeros rayos de sol que caían sobre el patio. Cuando hubo

atendido esas contusiones, tomó con cuidado el brazo vendado, y aun así no pudo evitar que un quejido ahogado saliera de la boca de su paciente. Le retiró las vendas que le había puesto la noche anterior, palpó de nuevo la zona inflamada para asegurarse de que el hueso estuviera en su lugar, y comenzó a aplicar capas de cera desde la muñeca hasta el codo para inmovilizar la zona. Al concluir su tarea, se lavó las manos, cogió una silla y tomó asiento frente al dueño de la casa.

—Deberías guardar reposo. —Antes de que terminara la frase, Gayo ya estaba negándole esa posibilidad—. Al menos por unos días —insistió el médico.

—No, mi buen Sasobek. Eso es lo que quieren los malnacidos que me hicieron esto: que me quede en casa, que no siga investigando, que deje las cosas como están... — Cambió de postura sin poder reprimir una mueca de dolor—. He meditado mucho sobre ello y he llegado a la conclusión de que no puedo hacerlo. Lo que ha pasado significa que estoy cerca de dar con algo importante.

—¿Y qué es?

El abogado miró al médico y su expresión se tornó taciturna.

—Algo demasiado serio para hablar de ello sin tener pruebas. .. ¡Y aún no las tengo! —dijo al fin alzando el brazo sano—. Si te digo la verdad, no he podido hacer nada, excepto visitar la casa de Gneo para comprobar que ni él, ni su esposa, ni el cuerpo de su hijo se encontraban allí. También he visitado las últimas *insulae* que han ardido, he hablado con el *recensendum*, que no me brindó ayuda de ningún tipo, y me he cruzado con Virginio Arrio. Pero tampoco me sirvió de nada hablar con él.

—Estás hablándome de cosas que desconozco, dómine, así que no puedo ayudarte.

—Lo sé, lo sé... —se disculpó Gayo, bajando la cabeza cuando se dio cuenta de que no le había contado a su médico el encargo de Ulpio—. Es sólo que está pasando algo importante.

—Bien, pues deberías dejarlo para dentro de unos días —repitió Sasobek, poniéndose en pie—. Créeme: si el propio Dioscórides, ese médico que tanta fama está obteniendo en los últimos tiempos a pesar de no estar a la altura de Plinio, y mucho menos de la ciencia egipcia, estuviera aquí, te diría lo mismo. Incluso Imhotep, ¡y hasta vuestro Esculapio!, te aconsejarían descanso.

—Te agradezco tus desvelos y tus buenos consejos, pero por una vez no puedo hacer lo que me pides —confirmó Gayo con terquedad.

—Así pues, ¿te atreverás a salir después de lo ocurrido?

El abogado se encogió de hombros al contestar:

—Iré acompañado, no permitiré que Lucrecio se quede en casa... Aunque mucho me temo que eso no sea suficiente.

—Y estás en lo cierto. —El médico lo miró con calma, las manos apoyadas sobre sus rodillas—. Escúchame, por favor. ¿Recuerdas que me preguntaste por la calidad de mis ropas? —Gayo asintió sin entender el giro de la conversación. Sasobek suspiró antes de continuar con una sonrisa en los labios, aunque algo azorado—. Me encargo de cuidar a los gladiadores de Horacio, el lanista, desde hace un tiempo. No me da mucho trabajo, ya sabes que, desde la reforma de Augusto, los juegos están muy controlados y son escasos, pero me reporta unos ingresos sorprendentes que son muy bienvenidos.

—Me alegro por ti, aunque creo que tu ciencia merece mucho más que curar tajos, cortes y magulladuras.

Sasobek recibió bien el cumplido e inclinó la cabeza, pero continuó con su discurso.

—La cuestión es que Lucrecio no te servirá de nada. Estoy convencido de que quienes te atacaron anoche no tenían intención de detenerse, y si lo hicieron fue porque dio la casualidad de que Lucrecio y Casto llegaron de improviso.

—¿Crees que querían matarme?

La voz de Gayo había sonado incrédula, impresión que reforzó alzando mucho las cejas y componiendo una sonrisa de medio lado. Sasobek sacudió la cabeza y llamó la atención de su patrón.

—No, no creo que quisieran llegar a tanto. Pero —alzó la mano para llamar la atención de su patrón—, si como dices estás detrás de algo importante y creen que eres una amenaza para ellos, sean quienes sean, la próxima vez no se conformarán con una paliza... Y no creo que Lucrecio pueda hacer nada para impedirlo. Necesitas una ayuda más... digamos... experimentada. —Como Gayo le miraba aún con cara de no entender demasiado, se apresuró a aclarar lo que quería decir—: Alquila un gladiador para que te acompañe. Ve a ver a Horacio y dile que vas de mi parte. Te trataría bien de cualquier modo, porque es un tipo listo, pero a ti te vendrá bien ablandarlo un poco y yo podría sacar algún beneficio de la recomendación —concluyó con una sonrisa, aunque no pudo evitar dar una última sugerencia—. Y no dejes de tomar el jarabe que te traje y de aspirar las hierbas. Me preocupa lo que te ocurrió ayer durante el incendio.

Gayo asintió y no dijeron nada más, Sasobek recogió todo el material que había llevado consigo, se despidió de su patrón y se marchó.

Aquella mañana, el abogado no atendió a sus clientes. Comió con premura un poco de pan recién horneado, algo de leche y unos higos que le supieron amargos, a pesar de que Marcela, que apareció a su lado y comió uno con deleite, indicara que eran los más dulces que había probado.

Su mujer había estado especialmente cariñosa la noche

anterior, preocupándose por él y llamando a un esclavo cada vez que se removía inquieto en la cama. De hecho, se negó a tomar las hierbas que le había entregado el médico egipcio alegando que si lo hacía no podría cuidarlo como debía. Después de saborear el higo, besó a Gayo en la frente, en un nuevo gesto que sorprendió a su marido, quien hubiera dado cualquier cosa por dejar que su mujer lo guiara de nuevo hasta la cama y dejar que lo cuidara. En lugar de eso se forzó a decir:

—Marcela, haz que preparen la litera, por favor.

Ella se separó, frunciendo el ceño.

—¿Acaso vas a salir? Sasobek te ha aconsejado reposo.

—Lo sé, pero es urgente. Además, apenas caminaré, dejaré que me lleven de un lado a otro.

Flavia se opuso a ello de inmediato.

—¿Estás loco? Deberías alejarte de este asunto. —Sus ojeras demostraban que ella tampoco había dormido bien—. Si no lo haces, acabarás como ese pobre chico... El hijo de ese hombre que se ocupa de la distribución de las aguas... ¡Ay, cada vez tengo peor memoria!

Gayo la había estado mirando, extrañado.

—¿De qué hablas, madre?

—¿No estás buscando al culpable de la muerte del muchacho que murió en el incendio? —Gayo asintió—. Pues te digo que dejes este asunto. No quiero que termines igual que él.

—Basta, Flavia —terció Marcela—. Cálmate. A Gayo no le ocurrirá nada. No puede desairar a Ulpio, tú misma estuviste de acuerdo conmigo en eso ayer, mientras tejíamos. Pero tú —dijo señalando a su esposo— deberías prestar atención a los consejos de Sasobek y descansar.

No hubo manera de convencerlo, así que lo que había

empezado con buenas palabras y gestos de cariño acabó con una Marcela desarbolada, pidiendo de malos modos que le prepararan la litera, tras lo que se fue hecha una furia, gritándole a su suegra que con su hijo de nada valían amabilidades ni carantoñas, asegurando a voz en grito que si el día de su boda Gayo hubiera mostrado mayor respeto a su genio protector no le hubiera ocurrido aquello. Él ni siquiera tuvo ocasión de contestar que del día de su boda hacía ya más de siete meses, y que si su genio estuviera enfadado con él lo habría demostrado mucho tiempo antes.

Montó en la litera y se dirigió hacia la puerta norte, de la que partía la calzada que llevaba a Emérita Augusta, que Nerón acababa de remozar y otorgar nuevos miliarios mucho más altos que los que hiciera instalar en su día Claudio. Nada más salir por la puerta, Gayo miró a su izquierda: algo alejada, pero próxima a la muralla, se encontraba la fábrica de salazón de la familia, y no pudo evitar pensar en su padre. Desechó la idea con un movimiento de cabeza y se concentró en su lectura: le llevaría un buen trecho trasladarse hasta el *ludus* de Horacio, y estaba decidido a continuar con el *De Legibus* que dejara aparcado el día anterior.

* * *

El edificio se encontraba en dirección a Córdoba por la Vía Hercúlea, y Gayo, que nunca había visitado un *ludus*, quedó impresionado. Era una mole inmensa, situada cerca de las estribaciones de una colina que levantaba dos pisos en un perímetro cuadrangular, más ancho por el fondo que por el frente, y al que se accedía por un arco que daba paso a un pasillo porticado, con un amplio jardín que se vislumbraba a la derecha. Allí fue donde se detuvo la litera del abogado. Dio

indicaciones de quién era y por qué estaba allí al esclavo que lo recibió, quien envió de inmediato recado a su señor mientras atendía al visitante ofreciéndole un vino, que Gayo rechazó con amabilidad. No tuvo que esperar mucho para que llegara el lanista. Era un hombre alto, delgado y fuerte, de labios finos, frente alta, ojos pequeños y con manchitas rojizas salpicando su rostro. Era mayor, aunque no viejo. Lo saludó con una voz áspera que cuadraba con su aspecto, pero no pudo evitar que sus ojos brillaran entre las rendijas de sus párpados cuando Gayo le aseguró que, en efecto, su intención era la de alquilar un gladiador y que llegaba aconsejado por Sasobek.

—Entiendo que tiene que ver con el aspecto que presentas —comentó señalando las heridas y magulladuras, así como el brazo inmovilizado—. No has podido acudir a un lugar mejor; Sasobek es un buen consejero, tendré que recompensarle que hable tan bien de mis hombres. Como sabes, ya hace años que los lanistas lo tenemos difícil...

Se internó por el pasillo acompañado de su visitante mientras despotricaba de las leyes de Augusto, que habían reducido las posibilidades de los negocios de un lanista. Tras caminar lentamente un trecho y dejar atrás dos edificios que se abrían a izquierda y derecha de la galería, y en los que se oían unos sonidos apagados, aparecieron en un patio amplísimo con un gran pórtico de doce columnas a la izquierda que llevaba a diversas estancias. El lado derecho quedaba oculto por un muro alto y grueso, guardado por una poderosa puerta de madera. En el extremo más cercano a la zona de acceso al patio, separado algunos pies de la tapia, se alzaba un solitario poste. Frente a él, pegado a la pared anexa al pasillo de acceso, un pórtico pequeño otorgaba algo de sombra a un largo banco y varios cubos de agua con un cazo cada uno. Pero lo que atraía la vista de inmediato era la estructura levantada al fondo de aquel espacio abierto: un teatro en miniatura, una arena con un par de filas como

gradas en las que se podrían sentar con comodidad al menos cuarenta o cincuenta espectadores. Reunidos en un extremo, cerca del poste, se hallaban los gladiadores de Horacio, justo frente a un hombre inmenso que se hallaba encadenado al muro.

—En tiempos de mi abuelo, en este *ludus* había más de noventa gladiadores. Ahora apenas llegamos a los treinta, así que no podré ofrecerte tantas opciones como antaño. Y sin embargo, todos mis hombres te servirán bien, te evitarán sorpresas y ahuyentarán a cualquiera que te quiera mal. ¿Ves algo que te guste? —preguntó abarcando a sus hombres con un gesto de su brazo.

Gayo pensó que aquel hombre era astuto. No le ofrecía a un gladiador u otro, probablemente los menos diestros, por más que pudieran protegerlo y por mucho que el lanista ponderara sus virtudes. No. Horacio le dejaba admirar a sus hombres, y entonces, eligiera al que eligiera, le diría que era uno de sus mejores gladiadores y pediría un precio prohibitivo, comenzando así el habitual regateo. El abogado, sin embargo, hizo algo que el lanista no esperaba.

—Me interesa ése —dijo señalando al que estaba encadenado a la pared.

El brillo que habían albergado los ojos de Horacio desapareció de repente.

—¿Ése? —preguntó incrédulo.

Gayo asintió.

—Así es. Imagino que si está aquí es uno de tus gladiadores. Y si lo es, tal como tú mismo has dicho, podrá protegerme de cualquier asaltante. Además, lo tienes castigado. Sus labios están cuarteados, de modo que lleva algún tiempo sin beber, y muestra señales de haber sido golpeado hace poco, aunque sin causarle heridas de importancia, por lo que su falta debió de ser grave. Por otro

lado, en su rostro aún se pueden ver algunas marcas de tinte azul, así que supongo que se trata de ese picto al que llaman Léntulo. —Gayo iba cambiando de apoyo entre un pie y otro mientras hablaba, dolorido por sus heridas—. Teniendo en cuenta que cuando pasábamos junto a las escaleras que dan acceso a tus habitaciones pude oír el llanto de una mujer, y que mientras esperaba a que me atendieras una esclava se encaminó, con evidentes muestras de temor, hacia esas mismas habitaciones portando una bandeja con agua y algo de comer, diría que El Bello ha usado algo más que su *gladius* en esta casa... ¿Con tu hija, tal vez? —aventuró, mirando al sorprendido Horacio—. Así que, si lo sacaras de tu hogar, en realidad estarías solucionando un problema..., al menos durante los próximos días, lo que te daría tiempo para pensar qué hacer con él...

Horacio se lo quedó mirando sin saber qué decir, con los ojos tan abiertos como podía, casi sin parpadear, y con la mandíbula ligeramente caída. Se recuperó un momento después, tomó a su visitante por el codo y, haciéndole un gesto con la otra mano, lo invitó a alejarse de los gladiadores.

—Me temo que no tengo hijas, Longo Licinio... —confesó en voz baja.

Gayo apenas necesitó un parpadeo para entender lo que le estaba diciendo. Se detuvo de inmediato, se colocó frente al lanista, y dio rienda suelta a su vena jurídica:

—¿Estás seguro de que te ha sido infiel?

Horacio asintió con gesto atribulado.

—Por desgracia sí... Los encontré en pleno acto.

—¿Y no les diste muerte? Estabas en tu derecho, el propio Porcio Catón decía que, si has sorprendido a tu esposa en flagrante adulterio, puedes matarla con impunidad y sin temer un juicio.

—Lo sé, pero no tuve valor... Esa mujer me embrujó en cuanto la vi, a pesar de que no es la más bella que he visto.

El abogado hizo un gesto de entendimiento.

—Habrás pensado al menos en divorciarte. —El lanista ni siquiera se movió. Se quedó allí, mirándolo como si fuera un poste de entrenamiento más—. Debes denunciarlo, Horacio; de lo contrario podrías llegar a ser acusado de lenocinio.

—¿Qué debería hacer? —preguntó con tono derrotado.

—Escribir un libelo y entregárselo a tu esposa a través de un esclavo, un liberto, a ser posible, y ante la presencia de siete testigos. ¿Tienes tablas de matrimonio? —Cuando el lanista asintió, indicando que era un hombre lo suficientemente tradicional como para realizar una formalidad que hacía años que no se practicaba, el abogado continuó con su explicación—: Bien, en ese caso podrás romperlas cuando se entregue el libelo de la forma que te he indicado. Con eso quedará roto el matrimonio.

—¿No hay otro modo? Quisiera evitarle la vergüenza...

—Podrías realizar una declaración menos formal para disolver tu matrimonio, aunque en ese caso seguirían pudiendo reclamarte penas por lenocinio. ¿Os casasteis *sine manu*? —Un nuevo asentimiento del lanista—. En ese caso, tendrás que devolver la dote y todos los bienes que recibiste en el momento de la boda.

—Y si... Y si... ¿Y si me decidiera por no denunciarla? Por favor... —insistió ante la mirada reprobadora de Gayo.

El abogado contestó bajando más la voz.

—El crimen prescribiría a los cinco años, contando desde el día en que cometió el delito. En esos cinco años, escúchame bien, no puede ni siquiera correr el rumor de lo ocurrido si no quieres verte en problemas.

—Y en caso de que la denunciara, ¿qué podría pasar?

—Podría ser desterrada, lo que sería el mal menor. Pero es muy posible que se la condenara a muerte. Catón también dijo que si la mujer ha cometido alguna acción perversa y deshonrosa, el esposo debe castigarla, y que si bebió vino o realizó actos deshonestos con otro hombre debe condenarla. —Un evidente temblor en los hombros del lanista le indicó al abogado que no era la opción que más le gustaba, así que se decidió a dar un nuevo consejo—: Hay otra opción: puedes divorciarte de ella por cualquier otro motivo y mantener en secreto lo ocurrido durante esos cinco años, al menos para que ella no sea condenada. Pero te lo advierto —indicó alzando un dedo y mirándolo con seriedad—: puede ser peligroso.

—Yo... Es que... Bueno, había pensado seguir casado con ella...

Gayo puso los brazos en jarras, sin poder evitar un gesto de dolor cuando su brazo se resintió, sorprendido ante la situación. Luego pensó en qué haría él si Marcela le hiciera lo mismo y sintió un retortijón en las tripas. Sólo entonces le hizo un gesto de asentimiento.

—Si seguís casados, y siempre que el asunto quede entre vosotros y no salga a la luz —insistió—, tu esposa no podría ser acusada de adulterio por un tercero, puesto que, además de probar su adulterio, tendría que probar tu lenocinio, y eso complicaría mucho las cosas para el acusador, pues tendría que demostrar no un delito, sino dos.

El lanista alzó la cabeza ante aquellas palabras, recuperando un poco el ánimo, pero entonces una nueva sombra le cruzó el rostro.

—No quisiera parecer desagradecido, pero... ¿podría contar con tu discreción en este asunto?

El abogado asintió.

—Sabía que lo preguntarías. Sí, puedes contar con mi

discreción. A mí no me preocupa lo que tú hagas con tu esposa, y no ganaría nada con una acusación así. Además, tampoco cometo ningún crimen manteniendo el secreto, así que no tendré problemas de conciencia. De modo que haz lo que quieras. Y ahora, ¿podemos arreglar lo del picto?

Horacio recuperó en parte la sonrisa.

—Eres un buen hombre, Longo Licinio. Pensaré detenidamente en lo que me has dicho. En cuanto a Léntulo, lo cierto es que me vendría bien quitármelo de encima; y no sólo de forma provisional. Ahora me lamento, pues hace tan sólo un par de días me ofrecieron una buena suma por su compra. ¿No te interesaría adquirirlo?

Gayo miró hacia el picto, que seguía encadenado a la pared, sopesando lo que le ofrecían. Lo cierto era que no le vendría mal un esclavo de sus características, por no decir que a Marcela le encantaría poder presumir de ser la dueña de un hombre por el que suspiraban la mitad de las mujeres de la ciudad.

—¿Cuánto me costaría?

Horacio amplió su sonrisa. Se llevó la mano a la barbilla y, tras meditarlo unos momentos, dio una cifra.

—¿Quinientos? —Gayo ni se inmutó—, ¿Trescientos? — Ahora el abogado cruzó los brazos sobre el pecho. El lanista soltó un bufido, se alborotó el pelo y al fin tomó una decisión —: ¡Está bien! Dame lo que creas conveniente. Al fin y al cabo, estoy en deuda contigo.

Capítulo XXIV

Gayo pasó buena parte de la mañana en el *ludus*. Se aseguró de que permitieran que Léntulo se bañara, cosa que el picto pareció agradecer por la cantidad de tiempo que le dedicó. Luego pidió que revisaran las heridas — alegrándose al saber que ninguna de ellas era seria y que ni siquiera le dejarían marcas— y que le entregaran ropas nuevas. Mientras esperaba, fue bien atendido. Lo invitaron a asistir a los entrenamientos de los gladiadores desde el balcón situado en la casa y se sorprendió ante el espectáculo. Aquellos hombres peleaban de verdad, por mucho que las espadas fueran de madera. Los golpes resonaban entre los muros; los gritos y los resoplidos dejaban claro que se esforzaban, que en su cabeza no cabía una opción que no fuera la de vencer a su adversario, y el abogado, que no estaba acostumbrado a presenciar las luchas porque no era muy amante del anfiteatro, comprendió la fascinación que muchos sentían por aquellos luchadores. También pensó que el gladiador que acababa de adquirir era, según muchos, el mejor de toda la Bética. Si aquellos a los que contemplaba peleaban de un modo tan fiero, ¿qué no sería capaz de hacer el suyo? Tuvo incluso la oportunidad de ver a un par de muchachos que hacían el juramento del gladiador: «Juro dejarme quemar, atar, golpear, asesinar por la espada y cualquier otra cosa que mi señor Horacio ordene». Escuchándolos, Gayo no pudo evitar sentir cierta congoja;

una persona debía estar muy desesperada para llegar a hacer algo así. No se le ocurrió que, a veces, los hombres son capaces de cualquier cosa por obtener la gloria.

Partieron algo más tarde, tras haber pagado una suma justa al lanista, quien por la expresión de su rostro parecía pensar que iba a recibir bastante menos de la bolsa del abogado. Ya en el portón, Horacio no pudo evitar acercarse hasta él y darle un último consejo en voz baja:

—Ten cuidado, Longo. Pareces honrado, y no me gustaría enterarme de que has sufrido a causa del hombre que yo te vendí. Así que sigue mi consejo: mantén a ese picto alejado de tu mujer.

Con ese pensamiento se despidieron, el abogado en la litera y el gladiador caminando junto a él, una mole de pecho prominente, brazos gruesos y piernas poderosas. Apenas hubieron abandonado la galería que daba acceso al *ludus*, Gayo se giró hacia su nuevo esclavo.

—¿Sabes por qué te he comprado?

—Sí.

Aquella simple palabra olía a dureza, a una vida llena de adversidades. Fue rugosa y áspera, y a Gayo le sorprendió el tono de oscuridad que había en ella. No era el tono habitual de un esclavo, normalmente apagado y algo triste. Aquella era la voz de un hombre que se sabía libre, aunque arrastrara cadenas que no podía dejar atrás. El abogado pensó que aquel picto era mucho más que un luchador, y sintió curiosidad.

—Me gustaría que me contaras tu historia.

Léntulo se lo quedó mirando, sorprendido. Ningún romano le había pedido algo así.

—Luché en Britania y fui hecho prisionero —fue la escueta respuesta.

Aquel gigante tenía un acento infernal, como si aspirara la mitad de las letras. Pero si creía que con aquella explicación sería suficiente, estaba equivocado.

—Eso puedo imaginarlo, de lo contrario no estarías aquí. —Gayo se removía incómodo sobre la litera—. Vas a acompañarme a todas partes, Léntulo, de modo que quiero conocerte mejor. Pareces un hombre interesante, ocultas algo dentro de ti..., y no digo que lo que guardas sea malo. Así pues, cuéntame tu historia. Para empezar, ¿cuál es tu verdadero nombre? Imagino que no es Léntulo...

El picto volvió a sorprenderse, y esta vez se le escapó un pequeño gruñido, no de incomodidad, sino más bien de extrañeza.

—¿Para qué oír mi historia? Sólo quieres escuchar lo que tantos otros han contado.

—No, no, Léntulo... Tiempo tendrás para conocerme bien. Yo soy un hombre que busca siempre la verdad. De hecho, por eso he tenido que comprarte... A veces la búsqueda de la verdad tiene consecuencias inesperadas —comentó con una triste sonrisa al tiempo que le mostraba el rostro y el brazo cubierto de cera—. Di lo que tengas que decir, cuenta tu verdad; no te guardes nada. Quiero saber quién eres, y para ello tengo que conocer qué te ha hecho como eres.

El picto rumió aquellas palabras unos instantes, y, como no tenía nada que perder, comenzó su historia, lentamente, mientras la litera de su nuevo dómene se bamboleaba por el camino. Habló despacio, buscando las palabras una a una, por lo que el relato se alargó mucho tiempo.

—Soy Ciriam, hijo de Kindrik. Nací entre los Ícenos hace veintiocho inviernos, en una cabaña al noreste de la isla que vosotros llamáis Britania. Mi tribu se había sometido a Roma a cambio de mantener nuestras creencias y de poder escoger a nuestros reyes, pero desde Camulodunum se nos

presionaba cada vez más para que dejáramos nuestras costumbres, las de nuestros antepasados. Fueron años difíciles. Expulsasteis a los trinobantes, una tribu vecina, y luego enviasteis a otros treinta mil hombres más a nuestras tierras para aplacar las revueltas que se habían iniciado tras aquella injusticia.

»Pero teníamos a un rey, Prasutagus, un hombre sabio, y supo forjar una buena paz con vosotros, así que los Ícenos vivimos en paz otros veinte años... Hasta que la vida de nuestro rey llegó a su fin y los romanos demostrasteis una vez más vuestra incontenible avaricia.

Léntulo guardó silencio. Quizá pensara que había dicho demasiado, que su último comentario podría acarrearle una reprimenda, cuando no algún castigo. Sin embargo, aquel abogado larguirucho y de voz aguda no le dijo nada y se limitó a esperar a que continuara su relato. Ésa fue la primera vez que el picto se fijó verdaderamente en el hombre que se acababa de convertir en su dueño. Se encontró ante un tipo alto y delgado, de grandes manos y largas piernas. Su rostro era alargado, aunque su frente era ancha y sus rasgos suaves. Las orejas y la boca pequeñas, así como finos sus labios. Tenía el pelo castaño, con muy pocas canas, y ojos pardos que podían parecer tan marrones como verdes. Por separado nada llamaba la atención, pero en conjunto tenía el aspecto de las personas decididas, de los hombres que saben lo que quieren, capaces de mostrarse bondadosos, aunque tengan un carácter firme que es mejor no despertar. Y decidió que, si le había dicho que quería escuchar su historia, que quería oír su verdad, eso era justo lo que quería y no aceptaría ninguna otra cosa, de modo que dejó atrás las reservas.

—Prasutagus dejó su reino a Boudica, su esposa, madre de sus hijas. Pero Cato Deciano —y pronunció aquel nombre con una claridad hasta entonces desconocida, como si lo hubiera repetido muchas veces hasta pronunciarlo de la

forma correcta— era un cabrón y un malnacido. No respetó la voluntad de Prasutagus, olvidó los pactos con nuestro pueblo y ordenó que se saquearan nuestras tierras.

»No contaba con Boudica, que era una auténtica fiera, la mujer más enérgica y firme que los dioses hayan puesto sobre la Tierra. Nuestra reina se opuso a las órdenes de Cato. Y la apresaron, a ella y a sus hijas. Las apalearon, y a Boudica la flagelaron en público, algo que ni los Ícenos ni todos nuestros hermanos olvidaremos jamás. Luego se llevaron a rastras a sus hijas, y los soldados las violaron.

»No fue la única ofensa que sufrimos: vuestro gobernador, ése al que llamáis Paulino, quería acabar con nuestros druidas: nuestros jueces y sacerdotes, los hombres que nos dirigen ante los dioses e imparten las leyes. Los atacó en Muña. Fue una matanza... Eran hombres armados con espadas, protegidos por fuertes escudos, contra otros casi indefensos. Muchos fueron ensartados en los estandartes, a otros se los arrojó en los fuegos que estaban usando para calentarse. Pero Paulino quería más, y ordenó que se destruyeran nuestras arboledas sagradas. Las talaron... No dejaron más que los tocones. Algunos árboles fueron arrancados hasta la raíz para que no volvieran a crecer...

»Y supimos que nuestro futuro dependía de la victoria, aunque no supiéramos a qué nos enfrentábamos.

Léntulo se detuvo, mojándose los labios con la lengua, como si hiciera mucho tiempo que no hablara tanto y tuviera la boca seca por la falta de práctica. De pronto, notó un golpecito en el brazo y, al volverse, comprobó que su dueño le ofrecía una jarrita con un poco de vino. La tomó con un asentimiento, agradecido, tomó un par de sorbos, inspiró con fuerza y retomó su narración quedándose con la jarra, de la que fue dando breves tragos durante el tiempo que le llevó desgranar su historia.

—Boudica conjuró a muchos hombres a finales de la primavera de aquel año. Nuestros pasos hacían temblar la tierra, tantos éramos. Icenos y trinobantes marchamos hacia Camulodunum; más de cien veces mil hombres, mujeres, niños, sacerdotes y guerreros. Las colinas parecían hervir con nuestro avance y Andraste guiaba nuestro camino. Arrasamos Camulodunum. No quedó nada de ella. Algunos dirán que nadie esperaba un ataque así, o que la ciudad no tenía muros. Algunos le quitarán valor a esa victoria. Pero aunque las murallas de aquella ciudad hubieran ascendido hasta los cielos, habríamos vencido, porque no había fuerza que pudiera oponérsenos. Quisimos borrar aquel lugar de la faz de la tierra, y eso fue lo que hicimos. Nada quedó en pie.

»Luego, desde el norte, llegó la IX Legión, pero no sabían dónde se estaban metiendo... Cato, tan seguro de sí mismo, envió como avanzadilla a doscientos hombres que llegaron agotados, mal armados y hambrientos. Y a todos ellos los sacrificamos como si fueran corderitos. Los pocos que pudieron escapar antes de que llegáramos se encerraron en un templo, y murieron cuando incendiábamos la ciudad.

«Salimos entonces a buscar al resto de los soldados en lugar de esperarlos. Nos ocultamos en un bosque. Se acercaron sin preocupaciones, confiados en sus armaduras, sus escudos y sus espadas, pensando que éramos sólo un puñado de hombres. Los aplastamos mientras marchaban. Masacramos a su infantería, y su comandante huyó de la matanza; ése era el valor del hombre que los lideraba.

«Algunos de los nuestros opinaban que era el momento de regresar, pero Boudica los convenció para continuar hacia el sur y atacar la ciudad que habíais construido quince años atrás. Allí estaba Cato Deciano, y con eso estaba todo dicho. Sin embargo, cuando llegamos, aquel malnacido ya debía de estar en la Galia. Entonces oímos que Paulino había llegado antes que nosotros, pero que no había encontrado los refuerzos que buscaba. Sus hombres seguían marchando por

la isla después de la matanza de los druidas y se encontraban a varios días de distancia. Vuestro gobernador dejó Londinum y dio orden de desalojarla, porque era imposible oponerse a nosotros. Abandonaron a los enfermos, a los ancianos, a las embarazadas... A todos los decapitamos y luego prendimos fuego también a esa ciudad, porque nadie en su sano juicio puede pretender que unos conejos gobiernen sobre lobos.

«Luego fuimos hacia el norte para enfrentarnos a Paulino, y arrasamos Verolanium. Y un par de días después nos encontramos con vuestro ejército. Paulino los había colocado en un paso estrecho bordeado de algunas colinas, con un espeso bosque a sus espaldas. Nosotros llegamos enloquecidos, con los gritos de las batallas resonando aún en nuestros oídos, con nuestras mujeres y nuestros hijos acompañándonos a la lucha... Pensamos que Andraste nos guiaría a una nueva victoria. Y nos equivocamos.

«Nos aniquilaron sin que pudiéramos llegar a cruzar nuestras espadas con ellos. Mientras corríamos hacia nuestros enemigos, llovió sobre nosotros una andanada de esas lanzas vuestras que atravesaron los pechos descubiertos de mis hermanos. Muchos cayeron muertos. Otros perdieron sus escudos y quedaron indefensos. En un abrir y cerrar de ojos habían muerto miles de los míos. Entonces lanzamos una segunda oleada. Nuestras voces eran más poderosas que un vendaval, nuestra determinación suficiente como para acabar con cualquier enemigo...

»Pero no sirvió con los romanos. Nos recibieron con los escudos en alto, pertrechados detrás de un muro de metal. Detenían cada una de nuestras estocadas y clavaban sus *gladius* por las rendijas entre los escudos, o por encima de ellos. O por debajo. Cada poco tiempo se oía el sonido de un silbato, y los hombres de la primera fila eran relevados por otros, frescos y descansados. Se relevaban y avanzaban. Se relevaban y avanzaban, exterminándonos como si fueran

guerreros que luchan contra chiquillos.

«Llegó el momento en que nuestro número, que al principio había sido muy superior, se igualó al vuestro... Y ése fue el instante en que Paulino dio la orden de que la reserva de su ejército avanzara contra nosotros. Se colocaron en formación, de un modo que yo jamás había visto antes, creando con los escudos algo así como la hoja de una sierra. Los ícenos que se veían encerrados entre dos de aquellos escudos desaparecían bajo ellos, así de rápido fue su avance. Hubo algunos que intentaron huir, y me avergüenzo de ellos —dijo escupiéndolo contra el suelo—. Entonces estalló un infierno. La caballería de Paulino apareció de repente a nuestra espalda, y vimos cómo nuestras familias eran aplastadas contra los carros que nos habían transportado hasta allí...

La voz del picto, que había sido orgullosa al principio, decayó hasta ser menos que un susurro; sus gestos, que antes habían sido enérgicos, pasaron a ser lánguidos. Gayo esperó, pero Léntulo parecía perdido en sus pensamientos.

Sus ojos, que momentos antes brillaban con fuerza, se clavaron en el suelo y allí se perdieron. El abogado le dio un respiro antes de preguntar.

—¿Qué pasó con Boudica?

Léntulo pareció despertar poco a poco, parpadeó un par de veces, se llevó de nuevo la jarra a la boca, sólo para comprobar que ya estaba vacía, y carraspeó antes de contestar alzando la vista al horizonte.

—Aquel día murieron cuarenta mil de mis hermanos, y tantos hombres fuertes y poderosos apenas pudieron dar muerte a mil de los vuestros. Yo recibí una herida en el costado —y mostró una fea cicatriz al decirlo—, y algo más tarde me golpearon en la cabeza. Cuando desperté estaba metido en una jaula, como si fuera un animal. Hice cuanto pude por escapar, pero de nada sirvió.

»Nunca supe qué ocurrió con Boudica, ni con sus hijas, que nos acompañaban en el campo de batalla. Algunos dijeron que cayó ante la embestida de la caballería, otros que aplastada por un carro. Lo que puedo asegurarte es que no huyó.

Se mantuvieron nuevamente en silencio durante un trecho. Al cabo, Gayo se dirigió una vez más a él:

—Había escuchado todo esto antes, pero nunca de alguien que lo hubiera vivido en propia piel. Gracias por contármelo. Sé que hubo muchas represalias. Que muchos de los tuyos murieron de hambre, mientras que a otros, como a ti, se os esclavizó. Si te sirve de consuelo, te diré que el propio Nerón asegura que vuestro fin resultó demasiado cruel. —Colocó una mano en el brazo del picto, antes de continuar—: Eres un hombre de honor, Léntulo, y para mí es un orgullo poder contar contigo como protector. Por eso, para recordar tu gran pasado, quiero prometerte que, si me sirves bien, te otorgaré la libertad que nunca debiste perder. Y quiero honrarte ya, si me lo permites, llamándote por tu verdadero nombre.

El picto lo miró con ojos nuevos, alzando los hombros y la cabeza ante aquellas palabras.

—Te lo agradezco, dómine —dijo al fin, usando por primera vez aquella palabra con cierto respeto—. Pareces un buen hombre, tal vez el mejor que he conocido desde que abandoné mi isla. Tu ofrecimiento me enorgullece. Pero quiero pedirte un favor: sigue llamándome Léntulo mientras sea tu esclavo. Llámame Ciriam sólo cuando vuelva a ser un hombre libre.

* * *

El resto del camino lo hicieron hablando de la vida en el *ludus*, de las luchas en la arena y del motivo por el que Gayo lo había comprado. Cuando vieron alzarse el anfiteatro, a lo lejos, Léntulo no escondió un suspiro.

—¿Echarás de menos las luchas? —preguntó el abogado.

—No. Es una deshonra enfrentar así a dos hombres, un modo indigno de perder la vida.

Dejaron atrás el edificio y continuaron bordeando la ciudad por el este, siguiendo la vía. Una vez pasaron las fábricas de los vidrieros, giraron a la derecha, alejándose de la calzada y acercándose a la muralla. Léntulo hablaba, contándole aspectos de la sabiduría y la justicia de los suyos y sus leyes, pero de pronto se quedó callado. Percibió que su nuevo dueño no le prestaba atención. Al contrario, parecía concentrado en alguna otra cosa. Mostraba el ceño fruncido, los labios apretados y había guardado el rollo que había mantenido abierto junto a él durante todo el camino, e inclinaba la cabeza, como escuchando con atención. Léntulo lo imitó y no tardó en darse cuenta de que al otro lado de la muralla ocurría algo.

—¿Celebráis alguna fiesta? —preguntó. Ante la negación del abogado, volvió a alzar la cabeza en dirección a la muralla—. ¿Siempre sois así de ruidosos? —De nuevo negó Gayo, que tenía una expresión cada vez más seria.

—No, Léntulo. Mucho me temo que es algo bastante peor que eso...

Capítulo XXV

Gayo ordenó que la litera se detuviera y bajó de ella tan deprisa como su maltrecho cuerpo le permitió, dejando a los esclavos que lo habían transportado junto a la muralla.

—Prepárate, Léntulo. Puede que tengas que empezar a hacer tu trabajo antes de lo que pensaba.

El picto soltó apenas un gruñido y comenzó a caminar detrás del abogado. A medida que se acercaban a la puerta, el alboroto crecía cada vez más. Justo cuando llegaban al acceso a la ciudad vieron cómo del acuartelamiento que había un poco más allá comenzaban a salir soldados a toda prisa: entendieron el motivo tan pronto como posaron la vista en el Cardo Máximo.

La gente parecía haberse vuelto loca. De cada *insula*, de cada callejón, surgían más y más personas: mujeres, hombres, muchachos... Una avalancha que gritaba, empujaba e increpaba a los magistrados, a los vigilantes, a los ediles y a todo aquel que la turba pensara que no había hecho nada por poner fin a los incendios. Parecía que toda la ciudad se había echado a la calle; el ruido era ensordecedor. En ese momento, la trifulca fue a más junto a una *taberna*. De pronto, la puerta del local, que su dueño había cerrado mostrando cierta prudencia, estalló en mil pedazos y la riada de gente se coló por ella. Si un momento antes la multitud se mostraba enardecida, ahora se comportaba como si fueran

los centauros en la boda de Pirítoo: tomando cuanto podían. Aquella agitación pareció cobrar vida y trasladarse por la calle con tanta rapidez que ni el propio Austro hubiera podido igualarla. Empezaron a asaltar una *taberna* tras otra, y, antes de que se dieran cuenta, un muchacho, o incluso una mujer ya entrada en años, pasaba junto al abogado y el picto a toda prisa con una cesta de huevos medio rotos, una gallina, un par de empanadas, la pata de un cerdo o cualquier otra cosa a la que hubiera logrado echar mano.

La ciudad acaba de caer en una revuelta.

—¡Tenemos que salir de aquí, dómine! —Léntulo le gritaba al oído, pero como aquello no parecía suficiente, lo tomó por los hombros y lo sacudió para sacarlo de su estupor. Lo sujetó por un brazo y comenzó a tirar de él de nuevo hacia más allá de la puerta con intención de alejarse hasta que pasara lo peor—. ¡Vamos!

—¡No! —El abogado había reaccionado al fin—. ¡Ya vienen los soldados, mira!

Y era cierto. Los legionarios que habían visto saliendo de su fortaleza enfilaban ya la cuesta que llevaba a la puerta de la ciudad.

—Ni todos los gladiadores de Horacio podrían enfrentárseles —aseguró Léntulo.

Gayo lo creyó. Eran al menos doscientos hombres equipados con la panoplia completa, a poco menos de un estadio. No tenían tiempo de abandonar el recinto amurallado, y no podían quedarse en mitad de la vía porque de lo contrario serían aplastados entre la multitud y los soldados.

Léntulo miraba a todas partes, asombrándose de que en una ciudad con tantas construcciones no fuera capaz de encontrar un lugar en el que guarecerse. A punto estaba de tirar de su dueño hacia las escaleras de una *insula* cuando el

abogado lo miró, le dio una palmada en el pecho y le señaló el edificio que tenían frente a ellos, al otro lado de la calle.

—¡Allí! ¡Vamos, rápido!

Gayo comenzó a moverse, pero apenas podía dar un paso. La turba ya había visto a los legionarios que se acercaban, y ahora corría en desbandada, empujando e impidiéndole salir de allí. De pronto, una mole se colocó ante él, dando empujones y lanzando a los que se le interponían por los aires.

—¡No te separes de mí, dómine! —le pidió Léntulo, apartando a un tipo gordo con un solo brazo.

El picto parecía más un titán que un hombre. Con la sola ayuda de sus manos fue abriendo un pasillo por el que ambos pudieron avanzar. Así llegaron al pequeño prado de hierba, pisoteada y levantada ahora por culpa de la multitud, que crecía frente al colegio de olearios. Subieron los escalones que llevaban al pórtico de dos en dos, y justo antes de que la puerta se cerrara, Léntulo lo impidió metiendo entre la hoja y la jamba unos dedos que parecieron los del propio Hércules. Tiró de la puerta de madera con toda su fuerza, y Gayo advirtió cómo se le retorcían los músculos de la espalda, los hombros y los brazos. Cuando hubo espacio suficiente, el abogado pudo comprobar que había tres hombres al otro lado intentando cerrar la entrada. Se metió entre los brazos del poderoso picto y lo ayudó a terminar de abrirla.

—¡Rápido, entra! —le dijo Léntulo.

No hizo falta que se lo repitieran. Se coló en el edificio, con su gladiador pisándole los talones, y oyó tras él el portazo que los dejaba en un lugar seguro; al menos, por el momento.

Gayo se agachó, apoyándose sobre las rodillas, sintiendo tras él la presencia de Léntulo. Tomó aire con fuerza varias

veces seguidas, se pasó el dorso de la mano por la comisura de la boca y se giró hacia el picto, al que le dio un nuevo golpe en el pecho.

—Buen trabajo... Buen trabajo.

Estaban en el interior del colegio de olearios, justo el lugar que Gayo quería visitar aquella mañana. De pronto, sintió un dolor en el brazo y pudo comprobar que la cera que se lo inmovilizaba estaba completamente destrozada. Soltó un bufido pensando en la mirada reprobatoria que le dedicaría Sasobek cuando se enterara. Desechando esa idea, alzó la cabeza y comenzó a mirar a su alrededor.

Cada uno de los rostros que encontró mostraba temor. Fuera sonaban los escudos, el traqueteo de las *caligae*, las órdenes de los centuriones y gritos, muchos gritos de una multitud que había pasado de saquear a huir aterrorizada. Dentro brillaban los fuegos de las lucernas, las velas y los pebeteros arrancando sombras tétricas a cada uno de ellos. Se acercó al hombre que tenía más cerca y le preguntó.

—¿Dónde está Aurelio Rufo?

El pobre tipo ni siquiera pestañeó, se quedó mirando la puerta, como si a través de ella pudieran entrar las Furias en cualquier momento. Gayo esperó unos instantes, pero viendo que el otro no reaccionaba, avanzó un par de pasos hasta encararse con otro, al que le repitió la misma pregunta. Éste al menos se encogió de hombros. Así pasó de uno a otro, preguntando por el *curator* de aquel colegio, hasta que por fin dio con alguien que le supo dar una respuesta.

—No está aquí. Se marchó al foro de las Corporaciones cuando estalló la revuelta —explicó con voz temblorosa, no por el miedo, sino por ser un hombre ya entrado en años.

Gayo bufó. No era fácil dar con aquel hombre. El viejo, viéndolo irritado, le pidió que lo acompañara. Caminaron por varios pasillos, algunos ennegrecidos por el humo, y dejaron

atrás alguna que otra sala que, según les explicó su improvisado guía, se habían cerrado a causa de los daños producidos por el incendio. Por fin llegaron a un lugar tranquilo, una pequeña sala en la que sentarse hasta que pasara el alboroto. Allí su guía le preguntó por qué deseaba ver a Aurelio Rufo. El abogado meditó si debía decir la verdad o no; al fin y al cabo, la noche anterior le habían dado una tremenda paliza que podía haber sido mucho peor y de la que escapó gracias a la intervención de los dioses. Al fin se decidió a contarle la verdad. Algo en aquel anciano de ademanes tranquilos y voz cascada por el tiempo le inspiraba confianza. Cuando le hubo contado el motivo de su investigación, el viejo asintió.

—Aurelio suele pasar aquí las mañanas muy a menudo, pero desde el incendio del almacén es más difícil encontrarlo. Fue un gran desastre, y nuestro *curator* se esfuerza por intentar paliarlo de la mejor forma posible.

—¿De verdad fue tan terrible?

—Más aún, muchacho. Se ha perdido gran parte del aceite almacenado; vamos a tener una grave carestía hasta la próxima cosecha, me temo. Aurelio castigará con fiereza al esclavo que causó semejante catástrofe...

Gayo se envaró un poco con aquellas palabras.

—No debería... El propio Séneca aboga por tratar a los esclavos con humanidad.

—Sí, sí —aseguró el anciano, dándole la razón—, y yo estoy contigo. Pero, al fin y al cabo, los esclavos son propiedad de sus dueños, y no seré yo quien le diga a Aurelio lo que debe o no debe hacer con los suyos. Créeme: él tiene la suficiente personalidad como para que le importen poco las críticas de los demás.

Anfitrión y abogado pasaron casi un par de horas charlando. El viejo era simpático y buen conversador, así que

el tiempo se les pasó rápido hablando de Séneca y de sus esfuerzos baldíos con Nerón. La conversación le vino bien: le ayudó a calmarse, a dejar que su mente filtrara lo que había pasado en la calle y a que transcurriera un tiempo prudente antes de volver a salir. Pero al fin se levantó para despedirse del anciano.

—Espero que tengas éxito en tu empresa, hijo —le deseó—. Lo del joven Fabio ha sido una pena. Su padre estará muy triste... ¿Para qué quiere uno el control de todas las aguas de una ciudad, si un fuego puede acabar con la muerte de su hijo...?

—Perdona, ¿qué has dicho? —Gayo estaba atónito.

—Gneo obtuvo el enorme honor de gestionar las canalizaciones de agua cuando el acueducto concluyó. ¿No lo sabías?

Una pieza encajó de repente en la mente del abogado. Una pieza que ya había salido a relucir en una conversación con su madre y que en aquel momento no había sido capaz de ver.

Acababa de encontrar la solución a uno de los enigmas que se había planteado en los últimos días.

* * *

En la calle, el panorama era desolador. A simple vista contaron varios heridos, alguno de gravedad, tirados en el suelo. Por todos lados se veían trozos de tela arrancados de los vestidos de sus dueños, objetos que se habían robado de las *tabernae*, pedazos de madera... Unos soldados que guardaban una calleja los miraron con atención. Gayo desvió la mirada hacia el picto y le pidió que lo siguiera: no era buena idea permanecer en mitad de la calle, tal como

estaban las cosas.

Subieron hacia el foro y, a medida que avanzaban, las señales de lucha eran menos evidentes. Estaba claro que los revoltosos se habían ido dispersando hacia el este y el oeste, amparándose en las callejuelas y los rincones que formaban las *insulae*, en lugar de dirigirse al espacio abierto del foro. Las calles estaban ahora vacías, y parecía que todo el mundo se había refugiado en sus casas. Con todo, Gayo no quiso arriesgarse a encontrar una patrulla de soldados, así que cruzó los jardines de Cloris y entró en las termas, por una vez, por la puerta trasera.

Dejó a Léntulo en el patio, indicándole dónde podía encontrar la palestra por si quería visitarla, imaginando que podría resultarle interesante, y subió de inmediato las escaleras que llevaban hasta la sala de masaje en la que solía trabajar Libia.

La masajista se asomó a la escalera al oír sus pasos. Parecía nerviosa. Entonces reparó en el aspecto del abogado: la mirada se le empañó y corrió hacia él.

—¿Qué te ha pasado?

Le acarició el rostro, enrojecido y magullado, y lo tomó del brazo, reparando en los pocos restos de cera que lo envolvían. Retiró la mano, consciente de lo poco habitual del gesto, lo miró y tragó saliva. Su voz salió convertida en un balbuceo apagado:

—¿Han sido los soldados? Las termas están ahora casi vacías, pero hace un rato se llenaron de gritos, de gente que lloraba, de mujeres que abrazaban a sus hijos...

Se abrazó a él con el cuerpo trémulo sin importarle que pudieran verlos, preocupada sólo por cómo pudiera reaccionar. Comprobó que no había motivos para temer cuando Gayo le devolvió el abrazo, apretándola con fuerza contra su pecho.

—Ocurrió ayer, después del incendio. —La voz le salía más grave que de costumbre—. Alguien me atacó. —Ella alzó la cabeza para mirarlo a los ojos—. Aún no sé quién fue, pero lo averiguaré, no te preocupes. He venido para comprobar que estabas bien... Después de lo que ha ocurrido esta mañana.

Un brillo inusual bailó en los ojos de la masajista, que asintió y colocó un suave beso sobre el cuello de Gayo.

—Gracias.

Deshicieron el abrazo y caminaron hacia la sala de masajes, ella abrazada a su cintura y protegida por el brazo del abogado sobre sus hombros.

Lo ayudó a tumbarse sobre la camilla, corrió la cortina y caminó hacia él con calma. Sabía que podía tomarse todo el tiempo del mundo para hacerle el amor; Después de la revuelta, nadie acudiría a recibir un masaje. Y lo que hicieran ellos jamás saldría de aquella habitación.

Capítulo XXVI

Una hora más tarde, Gayo dejaba a Libia. Se cruzó cuando iba a abrir la puerta que llevaba al patio de las termas con un tipo joven y musculoso, y suspiró aliviado al ver que giraba hacia las salas de las prostitutas. Salió al pórtico y fue a buscar a Léntulo a la palestra.

Ya antes de llegar pudo oír cierta algarabía y muchos aplausos. Se asomó con curiosidad para descubrir que su picto se encontraba a la izquierda de la palestra, junto a las pesas de plomo que, al parecer, había estado usando. A su alrededor se había reunido un amplio número de mujeres que parloteaban entre ellas. Alguna, más atrevida que el resto, se había acercado y posaba las manos en el pecho de Léntulo, acariciándolo para comprobar la fuerza de aquellos brazos.

—¡Jamás había visto nada semejante! —decía una.

—Cuando lo cuente en mi casa nadie lo creerá —aseguraba otra.

Gayo tuvo que alzar la voz para que Léntulo lo oyera por encima del cotorreo de aquellas hembras, que parecían haber entrado en celo sólo con ver al picto. Cuando por fin oyó la voz de su dómine, Léntulo sonrió abiertamente, dijo algo en voz baja a las mujeres, que estallaron en carcajadas, y se alejó de ellas. Caminaron juntos y en silencio, atravesando las instalaciones de las termas. Ya en la calle, comprobaron

que la tranquilidad había regresado al foro: aunque seguía casi vacío, ya no había soldados a la vista. Entonces, Gayo giró a la derecha, y se dirigió de nuevo hacia los jardines de Cloris.

—¿Qué era lo que estaba pasando en la palestra?

—¡Oh! Nada, dómine. Las romanas son demasiado impresionables.

Gayo lo miró torciendo la sonrisa.

—Algo has debido hacer...

Léntulo parecía reacio a hablar, pero viendo que Gayo esperaba, de manera idéntica a como lo había hecho en la litera unas horas antes, se pasó la mano por la cabeza rapada.

—Me puse a levantar pesas. Una de las mujeres se fijó y se acercó. Dijo que yo podría levantar cosas más interesantes que unas simples bolas de plomo. Asentí y quiso una demostración. Varias amigas suyas se acercaron, cogí a una por la cintura y comencé a subirla y bajarla, como si fuera uno de los maderos con los que hacíamos ejercicio en el *ludus*.

Lo contó como si no tuviera la menor importancia, pero Gayo se había quedado parado en mitad de la calle, con una expresión de incredulidad.

—¿Qué ocurre, dómine?

El abogado sacudió la cabeza, retomó el paso y dijo con voz sombría:

—Tal vez seas un gran guardaespaldas, Léntulo, pero si sigues comportándote como El Bello, me temo que me vas a dar más problemas de los que esperaba.

Continuaron caminando en silencio, el picto un par de pasos detrás del abogado. Léntulo pensó que, de repente, el carácter de aquel hombre que acababa de comprarlo, y que

le había parecido amable y jovial, se había agriado. Una muestra más de que no podía juzgar con tanta rapidez a las personas, se dijo.

—¿Puedo preguntar por qué han atacado los soldados, dómine?

Gayo lo miró un instante. Pensó no responder, pero era lógico que quisiera saber qué estaba pasando en la ciudad, así que explicó el clima de tensión que se había ido fraguando con cada nuevo incendio.

—Al final, tal como me temía, la plebe ha estallado. Necesitan seguridad, necesitan que se les proteja, y se han echado a la calle para protestar contra esa falta de protección.

—Entonces, ¿se os queman las casas, la gente protesta y los soldados los masacran?

Gayo miró al picto. Viéndolo desde esa perspectiva, no tenía ningún sentido.

—No es tan sencillo. Pero sí, básicamente eso es lo que ha pasado.

Léntulo no podía creer lo que le estaban diciendo. Se retrasó unos pasos y masculló:

—Están locos estos romanos...

Y tras eso se quedó mucho más tranquilo.

Gayo, en cambio, apretaba la mandíbula, inquieto. Había vuelto a acostarse con Libia. Lo que el día anterior le pareció sólo un desliz corría el serio peligro de convertirse en costumbre. No podía negar que la masajista lo obsesionaba; aquella piel tostada, su pelo, la fragancia de los aceites que manejaba día tras día parecían robarle la capacidad de pensar. Y eso era un problema. Podía acabar produciéndose una situación incómoda si las cosas seguían por ese camino. Pero lo cierto era que no quería separarse de ella. Al

contrario; deseaba tenerla cerca.

Y con ese pensamiento se le ocurrió la solución: lo mejor que podría hacer para evitar escándalos era comprarla. Era una idea pragmática, aunque la cálida ilusión que sentía en su interior no tenía nada que ver con eso. De pronto, le parecía la mejor de las ideas comprar a la masajista, tenerla siempre que lo quisiera a su disposición, en su propia casa...

Pero ¿y Marcela? De nuevo sintió cierta incomodidad. No había cometido adulterio, las leyes estaban claras, por tanto Marcela no podría divorciarse de él... Al menos no por ese motivo. Además, aunque hubiera mantenido relaciones con una mujer casada, único motivo por el que se le podría acusar de adulterio propiamente dicho, Marcela jamás se expondría a un escándalo como aquél. Y el propio Sasobek aprobaría que dispusiera de una esclava para que lo masajeara siempre que fuera necesario. Definitivamente, aquélla era una buena solución, concluyó sonriente.

Así fue como, ya más calmado y con una idea clara de lo que haría, llegó con mejor ánimo a su destino. No era otro que la *taberna* a la que se había dirigido el día anterior para buscar a Marco cuando le sorprendió la pantomima y más tarde el incendio. Se trataba de un local amplio y bien cuidado, uno de los más valorados de la ciudad por los platos que servía y que Marco solía frecuentar a menudo. Se accedía por una puerta amplia que dejaba escapar el vocerío de su interior y que se abría a un pasillo ancho. A la izquierda se encontraba la cocina, y algo más allá un pequeño patio con cuatro columnas cuyo extremo llevaba a las habitaciones de los esclavos o a las de las prostitutas que se ofrecían allí. Gayo y Léntulo tomaron el pasillo que se abría a su derecha, que llevaba al triclinio, tres o cuatro veces más amplio que el de cualquier casa romana, en el que podían reunirse a la vez cincuenta comensales, o incluso más. El suelo estaba decorado con mosaicos que mostraban diversos tipos de pescado, aves y animales de caza de todo tipo. Marcial, el

dueño del local, presumía de su cocina, que era capaz, decía, de preparar todos y cada uno de aquellos animales al menos de diez formas diferentes. Sin duda era una exageración, pero nadie dudaba de la calidad de sus platos, que se servían en la barra de mármol en forma de «L». En ella había varios *dolia* encargados de mantener la comida o la bebida a la temperatura deseada. La barra de Marcial era tan enorme que contenía quince *doliae*, más del doble de lo habitual. Frente a ella se situaba el motivo del ruido que se oía desde el exterior: varios grupos, de entre dos y siete personas, charlaban, reían, se contaban chismes y brindaban por los negocios que habían hecho aquella mañana. Pero aquel día la mayoría de las conversaciones versaban sobre la revuelta que se había producido apenas unas horas antes. Y en medio de todo aquello, Marco desplumaba a un pobre incauto jugando al *micatio*. En cuanto vio a su amigo, se despidió del infortunado y se acercó a él con cara de preocupación.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó mirándolo de arriba abajo—. ¿Te atraparon los soldados? —Gayo negó con la cabeza, y le contó por encima la historia de lo ocurrido el día anterior—. Eso explica la presencia de este grandullón —repuso Marco con admiración—. Y es la única excusa que te acepto para perderte la juerga de anoche. ¡Fue apoteósica!

Avanzaron hasta sentarse a la mesa que ocupaba Marco momentos antes.

—A Léntulo lo he comprado esta misma mañana y ya me ha salvado de una situación apurada durante la carga de los legionarios. Pero he venido porque necesito hablar contigo, amigo mío.

Gayo no solía hablar en esos términos, así que Marco lo miró interesado. Guardaron silencio mientras les servían algo de beber, momento que el abogado aprovechó para aclarar sus ideas, y cuando se quedaron solos comenzó a exponer sus deducciones.

—Tras la visita de Ulpio, pensé que todo este asunto podría estar relacionado con los incendios. —Mantenía la cabeza agachada, amparándose tras la crátera de vino y hablando en voz baja—. Se están vendiendo los edificios que han ardido casi antes de que se apaguen las brasas. En teoría, eso va contra la ley, aunque si se demuestra que no se quieren desmantelar para lucrarse, sino rehabilitarlos para darles uso una vez más... En fin, es un tema complejo desde un punto de vista legal. Pero pensé que Fabio Justo podría haber sabido algo sobre ese tema; podría ser muy bien esa «conjura» de la que había avisado a Ulpio en su carta. Parecía tener una buena pista: los edificios han sido comprados por miembros del colegio de olearios, y en prácticamente todos ellos había negocios relacionados con el aceite: panaderías, *tabernae* en las que se servía comida...

»Sin embargo, por el momento no he encontrado nada que demuestre que estoy en lo cierto. Aunque esta mañana me han dicho algo que soluciona un asunto para el que no teníamos respuesta: ¿cómo es posible que Fabio tuviera dinero?

Se detuvo un momento para beber y miró a su alrededor. Nadie parecía prestarles atención. Marco aprovechó para dirigirse al picto.

—Grandullón, tráenos algo de la barra. Algo caliente. Marcial sabe lo que me gusta.

Léntulo no se movió. No estaba acostumbrado a servir mesas, y menos aún a recibir órdenes como aquélla, de modo que se quedó mirando a Gayo. Éste asintió con la cabeza y el hombretón se alejó en dirección a la barra, a grandes zancadas y con expresión adusta, mientras negaba con la cabeza. Cuando se quedaron solos, Marco preguntó:

—¿Qué es eso que te han contado?

—Hace unos días, tras mi último juicio, fui a las termas, y estuve con Vero Arminio y Aulo Longino... —Marco estaba

acostumbrado a que el abogado mostrara sus pensamientos en un orden lógico, así que se armó de paciencia y esperó la explicación mirándolo atentamente—. Entre otras cosas, se comentó que la gente está molesta con los funcionarios de las canalizaciones del agua. Se rumorea que son corruptos, que aceptan dinero para llevar más agua de la concedida a cambio de un buen precio.

—Sí, yo también he oído algo de eso.

—Gneo Justo es el responsable de las canalizaciones de agua.

Gayo miró a su amigo tras aquella revelación. Marco abrió la boca en un gesto de sorpresa.

—¡Cierto! —Ahora fue él quien bajó la voz para evitar ser escuchado—. ¿Crees que Fabio tenía algo que ver?

Gayo se pellizcó la mejilla antes de contestar.

—Es posible. Su padre no se enteraría, él obtendría buenas sumas de dinero... Es muy posible, sí.

—Pero ¿le daría alguien muerte por algo así?

Gayo se echó hacia atrás y volvió a tomar un poco de vino.

—Eso es precisamente lo que debemos averiguar. ¿Conoces a algún funcionario de los que trabajan en las canalizaciones que pudiera estar metido en este asunto?

Marco ni siquiera tuvo que pensarlo.

—Cornelio. Es un mal tipo; tiene muchos vicios, mal perder y amor por el juego. Si hay alguien metido en eso, sin duda es él. Y, antes de que me lo preguntes, sí, sé dónde puedes encontrarlo.

Capítulo XXVII

—No parece muy contento —comentó Marco tras explicar —**N**dónde podría encontrar al tal Cornelio.

—Hay algo más que quiero pedirte.

Se lanzó a una corta y apasionada explicación sobre lo ocurrido con Porcia: cómo había estado presente cuando Tersites llegó a las termas preguntando por ella, cómo encontraron su cuerpo unos días más tarde y cómo, a pesar de que el griego había acudido a los vigilantes, nadie haría nada por descubrir al asesino...

—Y aquí entras tú —interrumpió Marco.

Gayo asintió. Explicó que había aceptado investigar lo ocurrido, aunque no reveló que la petición había venido de Libia, y no de Tersites, y que ni siquiera cobraría por ello.

—Mueren *quadrantarias* a menudo, Gayo. ¿Por qué preocuparse por ésta?

Marco miraba con atención a su amigo, que pareció algo incómodo con la pregunta. Carraspeó, tomó un sorbo de vino, se removió en la silla y al fin contestó:

—El asunto me dio mala espina. Fue como... una corazonada, algo que me decía que era un asunto más grave de lo que parecía. Y no me equivoqué. —Aquí dejó atrás las evasivas y enfrentó la mirada de Marco. Cuando habló, lo hizo con voz más segura y contó lo que le había dicho Libia

poco antes de despedirse aquella misma mañana—. Han asesinado a otra de las mujeres de Tersites, una tal Glauca. La apuñalaron al menos seis veces. Una de sus compañeras, Palmira, fue quien la encontró.

—¿De veras crees que ambos crímenes están relacionados?

El tono incrédulo de Marco no le pasó desapercibido.

—No hay duda de que lo están —aseguró el abogado—: Porcia, Glauca y Palmira habían salido juntas la noche en que mataron a la primera. Cuando Palmira encontró a Glauca aún vivía, y la pobre mujer intentó darle un mensaje. Al parecer, susurró la sílaba «Cal...». Según me ha contado Libia, aquella primera noche las tres estuvieron con un tipo, un calvo.

Marco pareció pensar en todo aquello y finalmente suspiró abriendo los brazos en un gesto de incompreensión.

—De acuerdo. Imaginemos que hay un asesino de prostitutas suelto. ¿Qué tengo que ver yo en todo esto?

—Porcia fue vista por última vez en el muelle. Y su cuerpo apareció allí, en uno de los almacenes —señaló con el dedo sobre la mesa para enfatizar lo que decía—. El último con el que se la vio era calvo. ¡No puede ser muy difícil dar con él! Tú conoces bien los muelles, eres alguien respetado por allí. Todo el mundo sabe quién eres, y tú sabes quién es todo el mundo. Si yo fuera preguntando, se cerrarían como una ostra en mal estado, pero a ti te contarán cualquier cosa. Lo que te pido es que preguntes a unos y a otros, que intentes descubrir algo sobre lo ocurrido. Alguien tuvo que ver a esa mujer, tal vez incluso a las otras dos. Y, sobre todo, alguien tiene que saber quién es ese calvo.

Marco se removió en la silla, se rascó el brazo, asintió para dar a entender que investigaría en los muelles y miró hacia la barra en busca de Léntulo, que no había vuelto con

su comida.

—¿Qué está haciendo ese esclavo tuyo?

Aquella pregunta le salió de forma espontánea cuando vio al gladiador. Gayo miró en la misma dirección y soltó un bufido: Léntulo volvía a estar rodeado de mujeres. Parecía que todas las prostitutas, camareras y cualquier esclava del *thermopolium* se hubieran reunido en torno a él. El abogado se levantó y apuró su vaso, dispuesto a marcharse.

—¿Te marchas ya? ¡Yo pensé que iríamos a ver tus caballos!

—O me lo llevo de aquí —dijo señalando al picto—, o mucho me temo que montará a todas y cada una de esas mujeres de un momento a otro. Además es tarde; recuerda que tengo una fiesta en mi casa a la que no puedo faltar.

Marco pareció decepcionado, pero asintió con resignación.

—De acuerdo... Intentaré averiguar algo en los muelles. En cuanto sepa algo te mandaré aviso.

—¡Gracias, Marco! Eres un hermano —aseguró saludándolo con efusividad.

El abogado se alejaba ya para llevarse de allí a Léntulo, que sonreía de oreja a oreja, cuando Marco le gritó para hacerse oír por encima del resto de las voces:

—¡Ah, se me olvidaba: hablé con el poeta! ¡Estuvo entusiasmado de acudir a tu fiesta y recitaros algunos versos! ¡Vas a quedar encantado con él, no tardará en presentarse ante Marcela!

Gayo asintió y le hizo un gesto de agradecimiento, cogió el impresionante brazo de Léntulo y tiró de él. No le resultó nada fácil arrancarlo de aquellas manos femeninas, y cuando salió por fin a la calle, casi echó a correr con un pensamiento en la cabeza: «Si no llego a tiempo para la fiesta, Marcela me

matará».

Le preguntó a Casto si los invitados habían empezado a llegar cuando traspasó el umbral de la puerta, pero el esclavo lo tranquilizó de inmediato al decirle que no. Tampoco lo había hecho el poeta, y Gayo le dio instrucciones para que, en cuanto llegara, lo llevara ante su presencia sin que Marcela se enterara. Respiró tranquilo, le presentó a Léntulo y, cuando recuperó el aliento después de la carrera, entró en la casa.

El efecto fue inmediato: Circe y Mi tila, que se encontraban en el peristilo, se irguieron de inmediato lanzando miradas sorprendidas al picto. Pareció que una pesada capa de tierra caía poco a poco sobre la casa, que fue quedando en silencio hasta que unos pasos rápidos llegaron desde los jardines privados. Flavia venía agitada, y en cuanto vio a su hijo se echó a sus brazos con ojos llorosos.

—¡Estás bien! ¡Estás bien, hijo mío!

—Pues claro que estoy bien, madre... ¡No me dirás que estabas preocupada!

La voz de Gayo llevaba una risita entre divertida y cariñosa. Flavia se apresuró a negar con la cabeza, pero fue incapaz de decir nada. En su lugar, llegó la voz de Marcela.

—¡Pues claro que estábamos preocupadas! ¿Dónde has estado todo el día?

Su mujer también se le había abrazado, aferrándolo por la espalda y apretándose con fuerza contra él. Gayo se sintió amado, y no pudo evitar un suspiro de satisfacción.

—Estaba entrando en la ciudad justo cuando se desató la locura y los soldados avanzaron para enfrentarse contra la turba. Me refugié en el colegio de olearios gracias a Léntulo...

—Se volvió hacia el picto, separándose un poco de las mujeres y haciéndole una señal para que se acercara—. Madre, Marcela: éste es Léntulo. Lo he comprado esta

mañana para que me sirva de protección, iy en buena hora lo hice! —ambas mujeres miraron al nuevo esclavo; Flavia con expresión de agradecimiento por haber protegido a su hijo, Marcela con gesto apreciativo, como si quisiera valorar cuánto podría haber costado cada músculo de aquel hombre. Luego prestaron atención a Gayo, que continuaba con su explicación... donde esperamos a que las cosas se calmaran. Luego fui a las termas... Lo cierto es que... necesitaba un buen baño —concluyó con una sonrisa.

—¿Así que fuiste a las termas y no a la Basílica, como es tu costumbre, en vez de volver a casa enseguida? No te entiendo, Gayo. —Marcela comenzaba a enfurruñarse, lo soltó y cruzó los brazos ante él—, ¿Acaso no se te ocurrió pensar que podríamos estar preocupadas por ti después de lo ocurrido? Ayer te atacaron, y hoy te vas desde la mañana a la noche cuando deberías estar reposando.

Realmente aún no había oscurecido, pero el abogado no tuvo valor de replicar a su mujer después de todo lo ocurrido durante el día. En lugar de eso, prefirió quitarle importancia.

—Sólo quería relajarme un poco antes de la fiesta. Además, tenía que comprobar que la sorpresa que te prometí estaba lista.

—La fiesta se ha postergado, como podrás suponer. —Era evidente que a Marcela no le había hecho ninguna gracia tener que posponerla—. Tal vez tú no seas consciente, Gayo Longo Licinio, pero ha habido una revuelta en la ciudad esta mañana. ¿Pretendes que pongamos en peligro a nuestros invitados cuando los ánimos están tan caldeados?

Marcela no esperó a que le contestara: se dio la vuelta y, con un revuelo de seda, se recompuso la gasa que le cubría los hombros mientras se alejaba. Gayo miró a su madre; en su rostro estaba escrito que el abogado no entendía nada.

—Tu mujer te quiere, hijo —explicó ella palmeándole la mano—. Dale un poco de tiempo, y ve luego a hacer las

paces con ella.

Se alejó también, batiendo palmas y dando un par de voces para que todo el mundo volviera a sus tareas. El abogado quedó atrás, cansado y sin saber muy bien qué hacer a continuación. En ese momento, Léntulo se puso a su altura y carraspeó antes de hablar.

—Si me lo permites, dómine, te diré que lo que esa mujer necesita —dijo señalando hacia el lugar por el que se había alejado Marcela— es un buen revolcón.

El abogado lo miró, sorprendido de que el picto se atreviera a decirle algo así a su dueño. Resultó algo tan inesperado que ni siquiera fue capaz de contestar. Tan sólo llamó a Lucrecio, le ordenó que le prepararan un baño — ¡cuánto necesitaba un baño, en realidad!—, y que acto seguido llevara a Léntulo a las habitaciones del servicio y le asignara una cama. Cuando se encontró solo y se sumergió en el agua caliente, Gayo recordó las palabras del picto y no pudo contener una risa triste:

—Y me dice que Marcela necesita un buen revolcón... ¡Ya quisiera poder dárselo! —exclamó mientras movía las manos bajo la tibieza del agua.

Nadie se dio cuenta de que, desde la llegada de los dos hombres a la casa, hubo unos ojos que no se habían apartado del picto.

Capítulo XXVIII

Léntulo llevaba toda la noche removiéndose en el colchón. Estaba acostumbrado a dormir en el suelo. La cama que le habían ofrecido distaba mucho de parecerse a la de sus nuevos amos, y el relleno de juncos del estrecho colchón se le clavaba por todas partes. Estuvo a punto de apartarlo, y lo hubiera hecho de haber tenido sitio donde dejarlo. Cuando Lucrecio se lo llevó para indicarle el lugar en que dormiría, descubrieron que el picto ocupaba demasiado espacio en la habitación compartida, de modo que tuvieron que asignarle otro sitio. El elegido fue una estrecha cámara situada a pocos pasos de las letrinas. Léntulo se sentía extraño; por primera vez en toda su vida dormiría en una habitación para él solo, sin el sonido de las ventosidades, los gemidos nocturnos o los ronquidos de los que dormían a su lado. El lugar era demasiado estrecho, tanto que tenía el espacio justo para acostarse, aunque no podía estirar los brazos. En una de las paredes había una hilera de estantes en los que podía encontrar vasijas de todos los tipos y tamaños, y por ese motivo tenía que aguantar el jergón bajo su cuerpo, pues no tenía espacio donde ponerlo.

El sueño lo visitó de forma intermitente aquella noche. Parecía que cada sonido de su nueva casa lo despertara, y pensó que le llevaría un par de días acostumbrarse a ellos, pero lo cierto era que llevaba ya un buen rato dando vueltas en la cama sin sentir de nuevo el beso del sueño. Fue

entonces cuando le llamó la atención un pequeño crujido. Apenas un murmullo en los sonidos de la noche, un chasquido que hubiera pasado desapercibido para cualquier otro, pero que a él le llamó la atención. Un instante más tarde volvió a oírlo, algo más fuerte; o mejor dicho, algo más cerca. Alguien se aproximaba. ¿Pero quién iba a moverse por la casa a semejante hora? La tercera vigilia no debía haber hecho más que empezar. La silueta se recortó de pronto en la puerta de la habitación, y Léntulo se revolvió, incorporándose con rapidez. Se preparó para golpear primero, pues no habían sido pocas las veces que algún hombre había querido ajustar cuentas con él durante la noche, cuando un siseo llegó hasta él acompañado de un murmullo.

—Shhhh. Silencio, gladiador. No nos conviene que nos oigan.

Desde que fue capturado años atrás, Léntulo había tenido que realizar un esfuerzo para entender el idioma de los romanos. Muchos de los suyos lo hablaban desde mucho antes de la guerra, asegurando que era importante para conocer a aquellos romanos que tantos problemas les causaban, pero él se había negado, alegando que era una contaminación y que nada bueno podía aportarle conocer la lengua de los invasores. Así que, tras ser capturado, durante muchos meses se encontró perdido, pues apenas era capaz de chapurrear algunas palabras. De ese modo, a base de esforzarse por escuchar las voces de los que lo rodeaban, fue desarrollando la habilidad de retener el tono, las expresiones y las peculiaridades de aquellos que hablaban cerca hasta el punto que le bastaba con escuchar unas pocas frases de una persona para ser capaz de reconocerla entre otras muchas, y rara vez fallaba. Por eso pudo ponerle rostro a aquellas palabras. Era el de aquella mujer alta, de cabello castaño claro y muy largo, que lucía labios firmes, cejas orgullosas y ojos algo hundidos. Una mujer hermosa a su manera, al

parecer la favorita de la dómina, y que no le había quitado el ojo de encima desde que llegara a la casa.

Y por ese mismo motivo supo que las palabras que había pronunciado no encerraban una amenaza, sino una promesa.

Léntulo asintió, cambió de posición para sentarse y ella se le acercó, sinuosa, despojándose de las telas que la cubrían. Se colocó sobre él, a horcajadas, ofreciéndole sus pechos, que el picto apresó con avidez, arrancándole un estremecimiento y haciendo que se frotara contra él. Lo empujó contra el colchón hasta tumbarlo y se inclinó sobre él para morderle los labios, besarle el cuello y, arqueando la espalda a medida que su boca viajaba a lo largo del cuerpo duro y tenso del gladiador, lamer su piel hasta conseguir que cobrara vida. Un suspiro escapó de Léntulo cuando la mujer apresó su miembro entre sus manos y comenzó a acariciarlo con suavidad. Ella quería mandar, y él la dejó hacer. La tomó por la cintura cuando lo guió hasta su interior y empezó a moverse, con lentitud al principio, imponiendo un ritmo pausado y torturador mientras se apoyaba con ambas manos en el pecho del hombre.

Cuando estaba a punto de llegar al clímax, Léntulo se alzó, haciéndola rodar hasta colocarla debajo de él. Le cogió las piernas y se las apoyó sobre los hombros, hundiéndose en ella. La mujer se mordió los labios para evitar un gemido de placer. Apenas podía retener los jadeos que le arrancaba cada embestida. Al fin no pudo soportarlo más y bajó las piernas para aferrarse al cuello del picto, haciendo que se inclinara para morderle los labios mientras se retorció para aumentar el roce entre ambos.

Cuando llegó el orgasmo, fue incapaz de evitar un grito de placer que, por fortuna, quedó ahogado en la boca de su amante. Lo besó con ardor, y estaba a punto de tumbarse de nuevo cuando percibió que él no había terminado aún. Pronto descubrió que iba a necesitar mucho más antes de que

quedara satisfecho, y el pensamiento de alargar su pasión hasta la llegada de las primeras luces le arrancó una sonrisa lobuna.

* * *

Gayo despertó dolorido, con el cuerpo agarrotado y soltando una protesta a media voz. Tras el baño de la noche anterior, había acudido a cenar. Quizá fuera por la presencia de su madre, o tal vez por cualquier otra razón, pero se sorprendió cuando Marcela pareció olvidar el mal *humor* que había mostrado poco antes y se comportó de manera amable y cariñosa. La cena fue tranquila. Hablaron con preocupación de lo ocurrido durante la mañana, y las dos mujeres lo interrogaron sobre sus pesquisas, pero no fue capaz de dar ninguna respuesta. Les contó todos sus movimientos en los dos últimos días y lo frustrado que estaba, pues hasta el momento no había encontrado nada que pudiera ayudarlo en su investigación.

Concluida la cena, Flavia se retiró de inmediato. Marcela, en cambio, esperó a que su marido se tomara el bebedizo de Sasobek y se preocupó de que le prepararan las hierbas que le había indicado para inhalar. Se fueron juntos a la cama y, al acostarse, Marcela se pegó a él, pasándole un brazo por encima. En otro momento, en cualquier otro momento en el que no hubiera estado tan cansado y en el que las secuelas de la paliza del día anterior no hubieran estado tan frescas, Gayo se habría animado a intentar algo más. Aquella noche, sin embargo, se limitó a emitir un suspiro de satisfacción y a darle unos golpecitos a su mujer en la mano, entrelazar los pies con los de ella y a dejarse caer en brazos de Morfeo casi de inmediato.

Despertó varias veces durante la noche, siempre por los

aguijonazos del dolor, ya fuera producido en la mano, en sus costillas o en cualquier otra parte de su cuerpo. En esos momentos, se dejaba mecer por la profunda respiración de Marcela y volvía a quedarse dormido poco después, aunque tanto despertar inquieto le hizo pasar una mala noche.

Se levantó con mal cuerpo, estirándose cuanto pudo sin llegar a forzar demasiado, y comprobó que, a pesar de estar agarrotado, se sentía mejor que la mañana anterior. Se lavó la cara y las manos, llamó a Lucrecio para que lo ayudara a vestirse y, cuando salió, fue consciente de que era muy tarde. «Dómina ordenó que no se te despertara para que pudieras descansar», respondió Lucrecio cuando le preguntó. Por un momento sintió que se enfadaba, pero enseguida pensó que, en realidad, el tiempo extra de sueño le había sentado bien, así que debería estarle agradecido. Por ese motivo, apareció en el peristilo con una sonrisa.

Como de costumbre, la casa en pleno estaba en movimiento, con todos los esclavos realizando sus tareas. Se sorprendió al ver que Léntulo se dedicaba a sacar agua del pozo, y se acercó a él.

—¿Has dormido bien?

El picto lo miró sonriente.

—Ha sido una noche placentera —contestó con una sonrisa enigmática. Y a continuación, con una voz que intentaba sonar humilde, preguntó—: ¿Podría pedir que no se me trasladara a otra habitación? No me importa el espacio estrecho, y jamás había disfrutado de la soledad de una habitación propia. Creo que me gusta esa sensación.

—No veo por qué no —respondió Gayo palmeándole el hombro—. Se lo comentaré a Marcela.

Precisamente, su mujer llegaba, radiante, y se acercó a ellos con aquel paso firme que hacía que sus caderas reclamaran toda la atención de un hombre. Venía

acompañada de nuevo por Ulpio Trajano, cuya expresión era un tanto severa y hosca.

Tras los saludos de rigor, Ulpio espetó un simple «Tenemos que hablar», y el abogado comprendió que algo grave ocurría. Lo condujo al *tablinum* haciéndose acompañar por Léntulo y cerró las puertas tras ellos. No había llegado a sentarse cuando Ulpio habló con voz grave:

—Ayer ardieron cuatro *insulae* en Itálica.

Habló casi sin mover un músculo, y pareció que la voz viniera de alguien que no se encontraba en la sala, como si el propio Mercurio en persona se hubiera tomado la molestia de venir a darle la noticia.

El abogado se desplomó en la silla frente a su visitante, que ya estaba tamborileando con los dedos sobre la mesa.

—Han muerto casi veinte personas, Longo. Los ánimos están muy caldeados, y aquí las cosas se pondrán aún peor cuando llegue la noticia, si es que no ha llegado ya.

Gayo negó con la cabeza.

—Ayer ya hubo revueltas. —Ulpio se recostó en el asiento soltando un bufido. Era evidente que no le había llegado la noticia, así que Gayo le dio una versión resumida—. Los soldados tuvieron que emplearse a fondo; dudo mucho que la gente vuelva a echarse a la calle otra vez, al menos no mientras el recuerdo de los escudos y las espadas esté fresco.

Ulpio asintió, no muy convencido.

—Espero que tengas razón. —Gayo esperó a que continuara, mirándolo en silencio—. ¿Qué has descubierto? ¿Sabes ya algo de lo ocurrido con Fabio? Cuéntame qué has estado haciendo.

Gayo se preguntó si la beligerancia con la que Ulpio le hablaba era intencionada o no, y llegó a la conclusión de que

un hombre como aquél no hacía nada de un modo diferente al que se hubiera propuesto. La idea le hizo sentir incómodo, así que decidió contestar con la misma actitud, de un modo un tanto grosero:

—Para empezar, recibir una paliza que estuvo cerca de costarme la vida, como sin duda habrás observado aunque no dijeras nada al respecto. —Alzó el brazo, que le habían vuelto a vendar la noche anterior, a la espera de que Sasobek lo entablillara de nuevo con cera, y giró la cara para mostrar la hinchazón y los moratones.

—Señal de que estás tras una buena pista, abogado. A menos que fueran unos simples asaltadores que sólo quisieran tu dinero —replicó Ulpio sin mostrar la menor empatía.

Léntulo, detrás de su señor, se removió inquieto, y Gayo explicó cómo se había producido la agresión, poniendo especial énfasis en que le habían advertido que no debía seguir haciendo preguntas.

—De manera que no, no fueron asaltantes comunes. Algo está pasando, aunque todavía no sepa qué es. Llevo apenas dos días con esto, y ya me he acercado lo suficiente como para que algunos se pongan nerviosos.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

Gayo cambió de posición, algo dolorido, mientras meditaba la respuesta.

—He de hablar con dos hombres hoy. Es posible que Fabio estuviera metido en algún lío de dinero; un asunto feo y del que no te diré nada hasta estar seguro —advirtió alzando una mano para detener la pregunta. No estaba dispuesto a explicar cada paso que daba—. Si fuera así, tendríamos un hilo del que tirar. En todo este asunto, lo importante es el porqué. Qué motivo hubo para dar muerte a Fabio, si es que lo asesinaron y no murió accidentalmente...

—Dudo mucho que Fabio estuviera metido en algo ilegal.

—En ese caso, no hay nada que temer.

Al abogado no le gustaba nada el tono de la conversación. Parecía que Ulpio quisiera dirigir su investigación, decirle qué y cómo debía buscar, y no estaba dispuesto a dejarse manipular de ese modo.

—Deberías seguir buscando pruebas de esa conjura de la que escribió Fabio. —Los ojos de Ulpio se habían convertido en rendijas y apretaba la mandíbula con fuerza, señal de que no estaba contento con lo que escuchaba.

Gayo no cedió. Se encogió de hombros, se miró las uñas y contestó con indiferencia.

—Quizás entendiera mal. Quizá necesitara llamar tu atención por algo que no sabemos... No te preocupes — continuó alzando los brazos para calmar a su visitante, que se había puesto en pie, airado—, por ahora pienso como tú, y esa conjura sigue siendo el centro de mis pesquisas, aunque no descarto ninguna posibilidad.

—Te elegí porque pensé que eras el más adecuado para este trabajo. No me defraudes, Longo.

Se dio la vuelta con rapidez y dio por concluida la visita. Ni siquiera había dado tiempo a traerles un refrigerio.

Gayo se asomó a la puerta del *tablinum* para ver cómo se alejaba con paso iracundo y pudo ver cómo se cruzaba con Marcela.

—¿Ya te vas, Ulpio? —Ante el vigoroso asentimiento que recibió, Marcela se apresuró a dejar en manos de Hipatia el vestido que estaba valorando para lucir en la fiesta que celebrarían esa noche y trotó hasta ponerse a la altura del Trajano—. Una pena, querido. Me hubiera gustado pasar algo de tiempo contigo; sin duda tienes muchas cosas que contar... Al menos, disfrutaré de tu presencia esta noche, ¿verdad?

Ulpio se detuvo, tomó las manos de la mujer y asintió. La besó con más lascivia de la debida, y cuando habló lo hizo alzando la voz y mirando hacia el abogado, que se les acercaba con el gesto torcido.

—No renunciaría a tu compañía por nada del mundo, Marcela. Sólo pongo una condición —dijo mirándola con tanta fuerza que a punto estuvo de ruborizar a la mujer—: que compartas el triclinio conmigo.

Marcela soltó una exclamación apagada a la que le siguió una risita nerviosa. La petición de Ulpio no sólo era atrevida, sino que incluso podría tomarse como ofensiva, más aun estando el esposo de Marcela presente. Gayo se adelantó, colocó su brazo sobre los hombros de su mujer y respondió por ella con su voz aguda:

—En nuestra casa somos muy tradicionales, Ulpio, y los lugares de honor siempre están reservados para el invitado de mayor importancia. Además, tu esposa sin duda querrá acomodarse junto a ti.

Ulpio no dijo nada, se limitó a sonreír, consciente de haber turbado al abogado, que era justamente lo que pretendía. Besó de nuevo las manos de Marcela, se despidió de él con un asentimiento y salió tarareando una cancioncilla.

Marcela aún enarcaba una ceja por lo ocurrido, cuando oyó que su marido bufaba a su lado. Se recompuso, carraspeó para aclararse la voz y le dio una palmadita en el hombro.

—No le demos importancia, sólo ha querido provocarte. —La voz le salió afectada, aunque había intentado disimularlo.

—Lo sé. Y lo ha conseguido —aseguró él apretando la mandíbula. Tomó aire con fuerza y continuó, algo más calmado—. Cuanto antes descubra qué está ocurriendo, antes podremos quitárnoslo de encima.

Se dirigía de nuevo al *tablinum* cuando Casto se le acercó diciéndole en voz baja que la noche anterior había llegado el poeta y que, dado que la fiesta se había cancelado, le dio indicaciones de que volviera al día siguiente, por lo que debería presentarse aquella misma tarde.

—Y acaba de llegar una visita, dómine —anunció para terminar.

—¿Una visita? ¿De quién se trata?

Casto se encogió de hombros.

—No ha llegado a presentarse. Dice que teníais unos negocios pendientes en Córdoba, pero no he preguntado nada más, dómine. Quería aprovechar que estabas solo para contarte lo del poeta.

—Está bien, no te preocupes. Sea quien sea dile que ahora no puedo atenderlo. O mejor aún, que he salido, así no insistirá.

El esclavo regresó a la puerta y Gayo lo vio alejarse, distraído, con la sensación de que estaban pasando demasiadas cosas esa mañana. Repasó la conversación con Ulpio y, preocupado, apartó aquel pensamiento de su mente. Una vez en el *tablinum*, abrió un pequeño cofre situado junto a una de las estanterías y extrajo un objeto que puso en las manos del picto. Era una daga de buena factura, con un mango de marfil tallado con las figuras de Héctor y Aquiles. Cuando la hoja estuvo en las manos de Léntulo, pareció mucho más pequeña de lo que era.

—Nos enfrentamos a gente dispuesta a todo, y no sabemos qué nos encontraremos. Me consta que eres un hombre capaz de valerte solo con tus manos, pero seguro que podrás hacer maravillas si, además, tienes esto —explicó con voz tensa, señalando el puñal.

Léntulo lo miró en silencio y asintió, vacilante.

—Un verdadero hombre necesita una espada, dómine...

Pero haré lo que pueda con esto.

Y la expresión salvaje de su cara tranquilizó al abogado, que salió junto al picto en busca de Cornelio.

Capítulo XXIX

Libia había logrado esquivar a Petronio desde que se encontraran en la cocina dos noches atrás. No había sido demasiado difícil: al volver el día anterior de las termas, se pegó a Hécuba, una mujer grande y de aspecto rudo que tenía un corazón de oro y gran sentido del humor, que era justo lo que necesitaba la masajista en aquellos momentos.

Durante la jornada, intentó no pensar en lo sucedido en las últimas veinticuatro horas y centrarse en los clientes que aparecieron para recibir un masaje; menos de los habituales por todo lo que había pasado en la ciudad. A pesar del cansancio y la preocupación, cuando al fin se acostó, cesaron los murmullos de sus compañeras y las respiraciones se hicieron lentas y profundas a su alrededor, el sueño no quiso visitarla.

No se le iba de la cabeza lo ocurrido con el abogado. ¿Cómo había podido ser tan estúpida? Se había metido en un buen lío, pues cuando Tersites quisiera venderla, o se cansara de protegerla y decidiera prostituirla, como hacía con todas sus mujeres, y quisiera cobrar un precio por algo que ella ya no tenía, se vería en un auténtico problema. La golpearía, sin duda. Quizás haría incluso algo peor. ¿Y todo por qué? Por olvidar un mal trago, por intentar borrar de su mente una primera experiencia terrible. Ninguna mujer debería pasar por algo parecido...

Poco después reconocía que, en realidad, había deseado a Longo. Quizá fuera por aquella forma de tratarla que tenía, tan alejada de lo habitual entre los que la visitaban para disfrutar del arte de sus manos; tal vez porque aquel hombre le había abierto la ventana a un mundo diferente hablándole de sus juicios, de sus anhelos, de sus sueños. Ahora reconocía que el abogado se había ido metiendo poco a poco en su pensamiento y su corazón, haciéndose un hueco cada vez más grande, hasta que, al fin, apenas quedaba espacio para ninguna otra cosa.

Y lloró, porque aquello sólo podía terminar de un modo.

La llegada del nuevo día la despertó con las mejillas surcadas por el rastro de las lágrimas, que habían dejado la piel de su rostro tirante y seca. Se levantó desganada. De buen grado se hubiera quedado acostada, con la cabeza oculta bajo las ropas hasta que le hubiera llegado la hora de cruzar la laguna Estigia. Pero no podía hacerlo, así que se vistió y asistió a los rezos matutinos con el resto de la casa, preparándose para marcharse de allí con la mayor rapidez posible, deseando no encontrarse con el jorobado, al que no había visto por ninguna parte. Y a punto estuvo de conseguirlo, pero cuando ya se encontraba en las *fauces*, la puerta de la casa se abrió de sopetón y la figura de Petronio se recortó en el umbral. Libia se quedó paralizada, momento que Petronio aprovechó para tomarla por el brazo y llevarla medio a rastras a una de las habitaciones adyacentes a la entrada.

—Parecías llevar prisa... —Hubiera dulcificado la voz de haber podido hacerlo. Ella no reaccionó. Simplemente se quedó allí, mirándolo con los ojos muy abiertos—. Ayer te eché de menos. Quise verte, hablar contigo... —explicó mientras adelantaba la mano nudosa para tocarle el hombro —, pero fue imposible.

—¿Quieres que vuelva a tocarte? —preguntó ella,

intentando disimular el asco que sentía—. Si es así, date prisa. No puedo llegar tarde a las termas —concluyó con aire desafiante.

—¿Tan pronto te has rendido? —La risita del jorobado hizo que Libia frunciera el ceño—. Pensaba que tenías más valor, que te opondrías, que me amenazarías con contárselo todo a Tersites, o con gritar.

—¡No me tientes! Si hago esto es por evitarles un daño innecesario a todas las demás mujeres de esta casa, ¿o acaso has cambiado de opinión con respecto a ellas?

—Sí. Desde luego que he cambiado de opinión...

Petronio se adelantó un poco más, acercándose tanto a ella que su mal aliento la obligó a girar la cabeza.

—Qué... ¿Qué quieres decir?

Lo miraba sin entender lo que ocurría. ¿De verdad las iba a dejar tranquilas? Aquel pensamiento cruzó veloz por su cabeza, pero una mirada al rostro de Petronio le dejó claro que no iba a ser tan fácil. El jorobado tenía una expresión maliciosa y se rascaba la cabeza con furia.

—Las quiero a todas —dijo al fin. Ella lo miró sin comprender, con los ojos entrecerrados—, ¡Las quiero a todas! —repitió, escupiéndole en la cara—. Tú no me vales. No puedo metértela. A ti no. De ti sólo puedo aprovechar la boca. Pero con las demás... —La voz se le ahogó en saliva y un denso goterón de babas cayó al suelo—. Con ellas puedo hacer lo que quiera —aseguró tras limpiarse la boca con la manga—. Así que las quiero a todas; cuando yo quiera, a cualquiera de ellas.

El rostro de Libia estaba encendido, tan rojo como si acabara de maquillarse para una fiesta.

—¡Te has vuelto loco! —Empezó a golpear con los puños al jorobado, que ni siquiera se movía, recibiendo los puñetazos como si fueran picaduras de chinches—. ¡Te has

vuelto loco! ¿Cómo se te ocurre pensar algo así? ¿Crees acaso que se prestarán a acostarse contigo? ¿Todas ellas?

—Tú estabas dispuesta... —aseguró deteniéndole la mano con la que lo aporreaba y revelando aquella dolorosa verdad.

Ella cerró los ojos, tomó aire en un intento por relajarse y asintió.

—Sí, yo estaba dispuesta —admitió tragándose el orgullo—. Por lealtad. Por amistad... Aunque, ¿qué sabrás tú lo que significa eso? —preguntó con desprecio—. Pero ellas, Petronio, jamás harán algo así.

—Oh, sí... Ya lo creo que lo harán —el rostro del jorobado se torció un poco más; sus ojos saltones parecieron estar a punto de saltar de sus cuencas—, porque, de lo contrario, me tendréis que pagar. Si no me dejan acostarme con ellas, me daréis una parte de ese dinero que le robáis a Tersites.

—¿Y para qué quieres tú el dinero?

—¡Para pagar a una mujer a la que no le repugne! —Petronio se dio cuenta de que había alzado demasiado la voz y procuró calmarse—. Lo haremos así, Libia. Os guste o no. O dejáis que me acueste con vosotras cuando y como quiera, o me pagáis la mitad de lo que robáis. Si no aceptáis ni una cosa ni la otra, hablaré con Tersites sobre lo que estáis haciendo. Tenéis hasta esta noche para decidirlo. Si para los rezos de mañana no habéis respondido, hablaré con él. Pero tú, Libia —dijo señalándola con furia—, quedas fuera de este acuerdo. Tú y yo tenemos un trato anterior a éste, y debe ser cumplido.

* * *

* * *

Gayo salió de la casa con cierta premura, acompañado por Léntulo y con la voz de Marcela recordándole que no debía regresar tarde o de lo contrario la fiesta sería un fracaso.

Según Marco, a Cornelio se le podía encontrar a primera hora de la mañana remojándose la garganta en una *taberna* cercana a unas termas próximas a la puerta occidental, la que daba al río. Hacia allí se dirigieron sin pasar siquiera por el foro. Cuanto más se acercaban a la puerta, mayor era el olor a pescado. También aumentaban los transeúntes, los carros, las voces y el mal humor del abogado.

No tuvieron que buscar mucho para dar con el tipo al que buscaban. Se sentaba a la puerta de la *taberna*, tal como le dijera Marco, con una jarra en las manos y una expresión de disgusto permanente en el rostro.

—¿Tú eres Cornelio?

Los miró desde abajo, sin separar los labios de la jarra, de la que bebía directamente, con lo que sus palabras apenas fueron entendibles.

—¿Quién lo pregunta?

—Eres tú, sin duda. Me dijeron que tenías la voz más hueca de toda Hispalis, y no mintieron. —Gayo señaló con un brazo en dirección a las callejas cercanas—. Acompáñanos.

Cornelio se limitó a beber y a chascar la lengua. Por un momento pensó en la posibilidad de negarse, pero le bastó fijarse en el hombretón que acompañaba al decurión que le había hablado para convencerse de que sería mejor hacer las cosas por las buenas; ante todo, era un hombre práctico. Se levantó, y al hacerlo derramó sobre sus ropas unas gotas de vino que dejarían un rastro indeleble; por su aspecto, aquella vieja tela no solía visitar la lavandería muy a menudo.

Gayo abrió la marcha, seguido por Cornelio, al que

Léntulo pisaba los talones. Dieron la vuelta por el Decumano Mayor, como si regresaran hacia el foro, alejándose de la puerta y las termas, pero un par de *insulae* más adelante, Gayo giró a la derecha por una calle más estrecha. Anduvieron un poco hasta encontrar un lugar poco concurrido, y a cada paso Cornelio parecía más inquieto. Cuando al fin se detuvieron, el sudor cubría la frente del funcionario, a pesar de que aún no hacía demasiado calor.

—Relájate —le dijo el abogado con aire divertido, quitándole la jarra de las manos—. No venimos a hacerte daño. Sólo quiero que respondas algunas preguntas.

Cornelio lo miró boquiabierto. Había estado a punto de echar a correr en un par de ocasiones, y si no lo hizo fue porque, cada vez que llegaban a una intersección, la manaza del picto se posaba sobre su hombro como advertencia. Eso no lo tranquilizaba, desde luego. Al contrario, cuanto más se alejaban de las calles principales, más convencido estaba de que iban a darle una paliza o algo peor. Así que recibió con alivio las palabras del abogado.

—Tienes una buena bolsa de monedas. —Gayo no se había limitado a coger la jarra; también había sopesado con la mirada la bolsa que pendía en la cintura del funcionario—. ¿Cómo las consigues?

Cornelio no contestó. Un empujón de Léntulo le desató la lengua.

—Soy un hombre que administra bien el sueldo que gana honradamente.

Su voz sonó más hueca que nunca. Falsa sería decir poco.

—Mientes como el mismísimo Mercurio —espetó Gayo—. Créeme, no tengo tiempo que perder. Necesito que contestes a mis preguntas, y que lo hagas de inmediato. Mi amigo —dijo señalando con la cabeza a Léntulo— se hará cargo de ti

si no lo haces, y ése será el menor de tus problemas, te lo puedo asegurar.

Cornelio tragó saliva, se lamió los labios, miró a uno y otro y comprendió que no bromeaban. Resopló al tiempo que negaba con la cabeza, soltó un largo suspiro y accedió.

—De acuerdo. ¿Qué quieres saber?

—Cuéntame qué hay de cierto en los rumores sobre los sobornos relacionados con las canalizaciones del agua.

—Si lo que has oído es que algunos pagan por tener más agua en su hogar, estás en lo cierto —explicó con rapidez, pero sin atropellarse—. ¿De qué extrañarse? —anunció con un encogimiento de hombros—: al fin y al cabo, los ricos siempre terminan teniendo lo que quieren, ya sea ¿justándose a las leyes o no.

—¿Hay muchos implicados? —continuó Gayo, mirando a las ventanas que se abrían a la callejuela, como si aquello apenas le importara.

—Todos los funcionarios, claro —admitió el otro sin más.

—Y supongo que, cuando Fabio Justo os descubrió, le disteis muerte. ¿No es así?

Cornelio se asustó. Se puso pálido de repente, sus cejas se alzaron, sus ojos se abrieron, los labios quedaron tensos y comenzó a mover ambas manos tan deprisa como hablaba.

—¡No! ¡Por supuesto que no! ¡No! ¿Darle muerte? ¡No!

—Seguramente se enteró de lo que hacíais y temisteis que avisara a su padre, ¿no es verdad?

—¡No! —gritó otra vez, reculando ante la agresividad del abogado, que iba en aumento—. ¿Por qué íbamos a hacer eso?

—Ya te lo he dicho: por temor a que os delatase.

—Estás muy equivocado. —Cornelio pareció recuperarse

un poco. Dejó de recular y avanzó un par de pasos, acercándose a Gayo y hablando *con* más seguridad—. Todo este negocio fue idea suya. Era él quien se reunía con unos y otros para arreglar los acuerdos, y luego nos daba nuestra parte. —Ahora fue el funcionario quien preguntó—. ¿Por qué íbamos a querer que muriera? Con él hemos perdido la gallina de los huevos de oro. Estas monedas que ves —dijo abriendo la bolsa que llevaba en su cinto y volcando parte de su contenido sobre su mano— son las únicas que me quedan de todo esto. He adquirido deudas confiando en un dinero que ya no conseguiré. —Las últimas palabras apenas fueron audibles; era evidente que se hallaba en un buen aprieto.

Ahora el estupefacto era Gayo. Aquello era una revelación que no había esperado.

—¿Fabio organizó todo un entramado de corrupción en torno a la venta de aguas públicas? —El hijo de Gneo era poco más que un muchacho, le sorprendía que hubiera sido capaz de algo así.

—Fabio apenas recibía unas monedas de su padre, y quizá ya habrás oído que le gustaban tanto el juego como las fiestas —explicó Cornelio, abatido—. Se le ocurrió que podría ser una buena forma de obtener unas monedas sin causar daño a nadie y beneficiando a todos. Y nosotros estuvimos de acuerdo...

Gayo lo miró con atención: los hombros hundidos, la cabeza gacha, los brazos colgando a los costados... Era evidente que el hombre se sentía vencido.

—Si me mientes...

No pudo acabar. Cornelio lo interrumpió antes de que continuara.

—No tengo por qué hacerlo, no tengo nada que perder. Pero si no me crees, pregunta al resto de los funcionarios. Ellos te dirán lo mismo que yo.

No había mucho más que decir. Era evidente que aquel hombre decía la verdad. Una vez más, en el motivo de la muerte de Fabio, Gayo volvía a errar. No había sido por una deuda, y su muerte tampoco parecía tener nada que ver con los funcionarios a cargo de su padre. De modo que sólo le quedaba una pista que seguir. Pero antes de lanzarse tras ella quería saber si Marco había descubierto algo sobre el calvo con el que se vio a las *quadrantarias*, de modo que dejó marchar a Cornelio, quien se alejó con paso inseguro, y puso rumbo al sur de la ciudad.

* * *

Los primeros tenderos habían llegado mientras el día se desperezaba. Aquí y allá se habían preparado toldos, colocado cestas con fruta o presentado los peces recién traídos del Betis. Y durante ese periodo de tiempo, cada golpe, cada tropiezo, cada choque de maderas o cada saludo entre vecinos parecía adormilado, como si el mundo no quisiera librarse del sopor de aquella hora temprana.

Libia llevaba rato caminando entre los puestos cada vez más concurridos. Intentaba no llamar la atención de nadie, aunque a esa hora todo eran idas y venidas en el mercado y ver a una mujer caminando a paso vivo no era ninguna novedad. Llevaba en el brazo derecho una cesta que cubría con una servilleta, en la que iba añadiendo alimentos de todo tipo: pescado, algo de carne y fruta... Vestía una túnica marrón sin adornos que la hacía aún más anónima en aquella amalgama del mercado.

Miraba a todas partes, vigilante, como si no debiera estar allí. Cada paso, cada puesto, cada sonido extraño era un motivo de desconfianza; la ardilla acechada por el halcón, eso parecía.

Y así fue como lo vio por primera vez. Poco más que una sombra al principio, una figura más paseando por el mercado. Sólo que llevaba lo que parecía una *paenula* y se cubría con la capucha, algo muy extraño con el calor que todavía hacía en aquellos días de septiembre. No le dio importancia.

Volvió a verlo un poco más adelante. Pareció apartar la vista cuando se cruzaron sus ojos y giró a la izquierda por uno de los pasillos del mercado, perdiéndose entre el gentío que poco a poco iba llenando la plaza. Lo buscó mirando entre los puestos, pero no alcanzó a verlo. Sin embargo, algo le dijo que debía marcharse de allí. Soltó el racimo de uvas que tenía en la mano, a pesar de que el tendero estaba más que dispuesto a rebajar su precio, le dio las gracias y se alejó. Pero no podía caminar deprisa. Ahora el mercado ya estaba lleno de compradores y vendedores, de voceros que advertían contra los incendios y de las consecuencias de nuevos disturbios, y de ladronzuelos pretendiendo cortar el cuero de las bolsas para hacerse con su contenido.

Entonces volvió a verlo. Pocos pasos más allá. Mirándola fijamente. Y se quedó anclada al suelo. La empujaban desde todos los ángulos, y ella seguía inmóvil, con la vista clavada en la hoja de metal que aquel hombre le había mostrado de forma furtiva, al tiempo que se llevaba el índice de la otra mano a la boca, ordenándole silencio.

—¡Muévete! —le soltó poco después la voz de un arriero que conducía un mulo cargado hasta los topes. Pero ella no pareció oírlo—. ¡Vamos, muévete de una vez!

Libia lo miró sin saber muy bien qué buscaba, pero no se movió del sitio, de manera que el arriero terminó por empujarla con fuerza, alejándose mientras refunfuñaba, dejándola sentada en el suelo.

La joven esclava estuvo aún unos instantes más allí tirada, sin atreverse a ponerse en pie, como si un rayo del

propio Júpiter la hubiera clavado al suelo. No reaccionó hasta que se le acercó el dueño del tenderete junto al que se encontraba y comenzó a gritarle para que se marchara. Parpadeó con rapidez, se puso en pie sin acordarse de la cesta, que quedó olvidada en el suelo, y comenzó a caminar, regresando por el mismo camino por el que había venido, cada vez más deprisa hasta que alcanzó un trotecillo rápido. Miraba atrás continuamente, buscando con la mirada a aquel hombre que no alcanzaba a ver.

Terminó corriendo cuanto le permitieron sus piernas mientras avanzaba por pasadizos que se abrían entre las *insulae* hasta llegar a un extremo de la muralla que formaba un ángulo apartado, algo más oscuro. Allí se detuvo, con la mano en la garganta y el pecho agitado, aguzando el oído para comprobar que no la seguían. Tragó saliva varias veces, cerró los ojos e inspiró con fuerza.

—Tranquilo, tranquilo... —se repitió varias veces—. Estoy segura de que no era él. Y aunque lo fuera, no te ha seguido hasta aquí.

Esperó todavía un poco más, hasta que su respiración se calmó. Se alisó las ropas en un gesto nervioso, pasó las manos por su cabello para recolocararlo y, con una sonrisa, como queriendo insuflarse valor a sí misma, volvió a dar unos pasos, cortos y vacilantes.

Nada podía hacer por el cesto de comida, tendría que volver sin nada entre las manos. Miró al cielo y comprobó que el sol ya estaba alto; había perdido demasiado tiempo y ahora tendría que volver a su cubil de masajista. Tomó aire con fuerza un par de veces, se quitó de la mente la visión del encapuchado con una sacudida de cabeza y echó a andar de nuevo. En el futuro debía tener más cuidado. Una vida corría peligro, y no permitiría que nada le pasara... Le pediría a Tersites un cuchillo con la excusa de estar asustada por lo ocurrido con Porcia y Glauca, y sobreviviría al maldito cabrón

que estaba dando muerte a sus amigas; ¡Fortuna no podía darle la espalda durante toda su vida!

En ese instante, una mano la aferró del cuello y la apretó contra la pared de la muralla. Quiso gritar, pero el hombre sacó una hoja afilada y se la acercó a uno de los ojos.

—¡Calla, puta! —exclamó en voz baja, aunque con tanta furia que sus babas salieron como flechas y salpicaron la piel de Libia—. ¿Dónde está la otra? —Libia negó con la cabeza—. ¡Que dónde está!

Presionó el metal contra la mejilla, haciéndole un ligero corte, una simple advertencia de lo que vendría a continuación.

—Por favor... Por fav...

El hombre no repitió la pregunta. Se limitó a alzar el cuchillo, dispuesto a clavarlo sin más.

Capítulo XXX

Gayo se detuvo de repente. Tras dejar a Cornelio, se había dado cuenta de que aún era demasiado pronto para encontrar a Marco, que solía levantarse bastante más tarde que él, de modo que decidió volver a intentar encontrar a Aurelio Rufo. Con esa intención se acercó al colegio de olearios, donde le dijeron que su *curator* había salido poco antes y que tal vez lo encontrara con el *recensendum*, en el foro de las Corporaciones. Sin embargo, cuando llegó se encontró con que Aurelio se había marchado unos momentos antes. «Si te das prisa, lo encontrarás —le aseguró el *recensendum*—. No ha podido abandonar aún el foro y se dirigía al norte, a la finca que tiene más allá de las murallas.» Mientras le hablaba, le señaló con el dedo a una figura, ya lejana, que se perdía entre el gentío. El abogado le dio las gracias; parecía que por fin iba a poder encontrarse con aquel ocupadísimo hombre para intentar aclarar lo ocurrido durante el incendio del colegio de olearios. Pero apenas había dado unos pasos en aquella dirección cuando se detuvo.

Había visto algo que le llamó la atención. De inmediato olvidó a Aurelio Rufo para observar la escena. Un instante después, señalaba a un hombre situado un centenar de pasos más allá.

—¿Lo ves? —le preguntó a Léntulo. El *picto* asintió—. Síguelo. No lo pierdas de vista.

Así fue como empezaron a caminar entre los puestos, deteniéndose aquí o allá para evitar que el otro los viera. De pronto, un estruendo llamó la atención de todos cuando el buey que tiraba de un carro se desplomó a unos pocos pasos. Apenas apartaron la vista del hombre al que perseguían más de un instante, pero cuando volvieron a buscarlo no lo encontraron. Fue como si la *paenula* que vestía tuviera la capacidad de hacerlo invisible para cualquiera que lo buscara.

—¡Hay que encontrarlo, Léntulo!

Gayo se había puesto nervioso de repente. Su voz sonó quebradiza, un par de tonos más aguda de lo habitual, señal de que estaba asustado. Algo iba a pasar, y no era nada bueno, precisamente... Abogado y esclavo miraban en todas las direcciones.

Y entonces el picto echó a correr. En un primer momento, Gayo no fue capaz de reaccionar, pero siguió a Léntulo con la mirada y comprobó que, un poco más allá, a menos de un estadio de distancia, una figura cubierta por una *paenula* de color pardo doblada una esquina después de mirar a un lado y otro para comprobar que nadie lo seguía.

* * *

—¡Ayuda! ¡Socorro! ¡Por Quiritis, ayudadme!

El grito de Libia hizo que su atacante acercara su boca hasta la cara de la mujer.

—¡Cállate de una vez, puerca! —ordenó, apretando más la mano contra la garganta—. Y dime dónde está la otra. — Libia cerró los ojos cuando vio el destello del cuchillo que se aprestaba a morderle la carne—. Tú lo has querido...

Un gruñido de dolor anunció la herida; pero no surgió de la garganta de Libia, sino de su asaltante.

Léntulo, todavía a unos pasos de distancia, comprendió que jamás llegaría antes de que la puñalada hiriera a la mujer, así que tomó la daga que su dueño le había regalado esa misma mañana, la blandió por la hoja y la lanzó, confiando en acertar. Su idea era clavarla en la espalda del asaltante, pero no había tenido tiempo de sopesar el arma, y la daga se limitó a golpearlo con la empuñadura. Por fortuna, aquello fue suficiente para detener el brazo con el que se disponía a matar a Libia. El encapuchado se revolvió al sentir el golpe y vio cómo una masa de músculo corría hacia él. Comprendió de inmediato que no era rival para aquel gigante, ni aunque estuviera armado y el desconocido no, de modo que soltó el cuello de la mujer, que se fue deslizando poco a poco hasta quedar sentada en el suelo, y salió corriendo tanto como le permitieron sus piernas. El gigantón era más fuerte, pero él era más ágil, giró en un par de callejas estrechas y pronto perdió a Léntulo, que regresó tras su corta persecución.

—¿Lo atrapaste? —le preguntó Gayo al verlo llegar.

El abogado se arrodillaba junto a la mujer, que tenía el rostro desencajado. Gruesas lágrimas resbalaban por su rostro, y la marca de la mano del atacante aún se podía ver, rojiza, en el cuello de la masajista.

Léntulo negó con la cabeza.

—Lo siento, dómine.

Gayo no respondió. Intentaba recuperar el aire después de la carrera y sujetaba a Libia por los brazos, dándole palmaditas para calmarla.

—¿Quién era ese hombre, Libia? ¿Lo conocías?

Ella lo miró con sus ojos marrones, incapaz de decir nada. El abogado decidió darle un respiro y comenzar por preguntas más sencillas.

—¿Qué hacías aquí? —Su voz sonó dulce, alejando todo

rastros de la violencia que se había vivido en el callejón apenas un momento antes—. ¿No deberías estar en las termas?

Libia pareció calmarse un poco, ya fuera por el tono o porque el abogado le hablara de cosas cotidianas. Pareció regresar de un lugar muy lejano, enfocó la mirada en su amante y apretó sus manos en las de Gayo.

—Tersites... El... Me había pedido que hiciera algunas compras. —El abogado entendió que titubeara; había estado a punto de morir—. Con la muerte de Glaucia y Porcia faltan mujeres en la casa... —Entonces soltó las manos de Gayo y se puso en pie. Lo miró de nuevo, esta vez con más dureza—. No estaría aquí, no habría pasado nada de esto, si alguien se hubiera ocupado de buscar al asesino de esas pobres mujeres, tal como te pedí, dómine.

Hacía tiempo que no utilizaba una fórmula tan formal con él, y Gayo se sintió confuso, pero de inmediato se sintió herido por las palabras de la masajista.

—Me estoy ocupando de ello. —Se había puesto en pie, igual que ella, la mandíbula apretada—. ¿Quién era ese hombre? ¿Qué quería?

Ella desvió la mirada hacia donde había escapado el asaltante, quizá para asegurarse de que realmente no se encontraba allí, o quizá para no tener que sostener la mirada del abogado.

—Supongo que quería robarme... —concluyó.

—¿A una esclava? —Era evidente que Gayo no creía lo que acababa de escuchar, pero no pudo continuar preguntando, pues fue Libia la que tomó la iniciativa tras encogerse de hombros.

—Si matan a las putas no veo porque no robarían a una esclava. Dices que has estado investigando. ¿Qué has averiguado?

Todo en el cuerpo de la mujer era una muestra de la tensión que sentía en ese momento: los hombros hacia atrás, la cabeza alta, las manos crispadas... Gayo soltó un suspiro. Lo que menos necesitaba era discutir con Libia en ese momento. Le mostró las manos en un gesto de honestidad intentando explicarse.

—Aún no sé nada, pero estamos en ello. He pedido a un amigo que investigue y...

—¿A un amigo? —gritó, alzando los brazos al cielo.

Se arrepintió en el acto, recordando enseguida con quién estaba hablando. Los ojos de Gayo la miraban ahora ofendidos, y el abogado apretaba los labios y los puños.

—Lo siento, siempre han sido los ricos más importantes que los pobres. Entiendo que estás ocupado con otros asuntos, pero si no vas a ocuparte de esto, por favor, dímelo, buscaremos a otro.

—Te he dicho que estoy en ello. Di mi palabra, y siempre cumplo.

Era evidente que estaba ofendido, y tal vez fuera mejor así. De ese modo... No, Libia no quería pensar en eso en aquel momento. En lugar de eso, se atrevió a ir un paso más allá.

—¿Cuándo te ocuparás de ello? ¿Cuando ya no quede ninguna de nosotras? Tal vez no lo sepas, pero también Palmira ha desaparecido. Todas estamos en peligro. Aunque al parecer nadie hará nada por evitarlo.

Aquello fue demasiado para Gayo. Antes de que se diera cuenta, ya había alzado la mano para golpearla. Libia ni siquiera se encogió. Miró aquella mano que tanto amaba y esperó el golpe sin llegar a pestañear siquiera. Pero el castigo no llegó. En lugar de eso, Gayo la tomó por la nuca agarrándole el pelo fuertemente, la atrajo hacia él y la besó con furia.

—Te dije que encontraría a ese hombre. —La sostuvo junto a él, frente con frente—. Y ahora te juro por la Dama de la Justicia que pagaré por sus crímenes. —La soltó y comprobó que Libia volvía a tener los ojos llorosos. La cogió por los hombros y, empujándola levemente, la guio hasta el mercado—. Ve a las termas. Allí estarás segura. Y envíale un mensaje a Tersites de mi parte: no saldrás de allí sola. Léntulo, acompaña la. Yo iré a ver a Marco, ya debe de estar esperándome. Más tarde me reuniré contigo en las termas. ¡Y aléjate de las mujeres, por Júpiter! —Tuvo que alzar la voz, porque ya se alejaban.

Tenía la sensación de que algo se le escapaba en todo aquel asunto. Caminó por donde había huido el asaltante, pero no encontró nada extraño. Léntulo había recogido su daga y, estando desarmado y sin protección, pensó que sería mejor alejarse de allí.

Dirigió sus pasos hacia el lugar en el que había acordado encontrarse con Marco, que, tal como había imaginado, ya estaba allí, sentado en un taburete bajo el pórtico de la galería del teatro. Se puso en pie cuando lo vio acercarse.

—¿Estás bien? Te veo algo pálido.

—No termino de respirar bien —comentó sentándose con un gemido—, parece que el aire pesara tanto como la lanza de Ares, y los remedios de Sasobek, aunque me alivian en el momento, no son duraderos. Y luego está este maldito calor, que no cesa...

—Vamos, ánimo. —Marco tomó la jarra de vino y sirvió dos copas—. Al menos yo tengo buenas noticias...

Gayo lo miró expectante, pero Marco se tomó su tiempo. Bebió un largo trago, eructó y posó la copa sobre la mesa de madera con un sonoro golpe. A continuación, apoyó los codos en la mesa y se inclinó sobre ella para acercarse al abogado.

—Sé quién es tu calvo... —Y le guiñó el ojo antes de

volver a recostarse en la silla y beber otro buen trago de vino.

Capítulo XXXI

—¿Acaso te he fallado alguna vez? —respondió con alegría, pero su amigo parecía más serio de lo habitual. Casi abatido. Se inclinó un poco hacia él y le habló frunciendo un poco el ceño—, ¿Qué te ocurre? No pareces muy contento.

Gayo no supo qué contestar. Era evidente que no tenía sentido mentirle: Marco lo conocía demasiado bien. Y, sin embargo, no sabía qué decir. Apoyó la cabeza entre las manos, mirando al suelo durante un buen rato, y finalmente alzó los brazos y dio una sonora palmada en sus piernas.

—¡No lo sé! —respondió con un gesto de impotencia—. Quizá sea porque Ulpio ha tenido esta misma mañana un comportamiento vulgar, grosero; casi indecente. O tal vez porque empiezo a preocuparme de verdad por todo lo que está ocurriendo. Puedes creerme: estoy asustado. Por primera vez, quisiera que no me hubieran involucrado en todo esto...

Se miraron en silencio. Y poco a poco se formó una sonrisa en el rostro de Marco, incapaz de estar serio durante demasiado tiempo. Palmeó a su amigo en el brazo, al tiempo que le hablaba.

—¡Anímate! —dijo con aire desenfadado. Tras dejar unas monedas en la mesa, ayudó a Gayo a alzarse y comenzó a caminar tirando del codo de su amigo—. En realidad, las cosas están mejor de lo que esperabas.

Guardó silencio mientras rodeaban a un corro de

chiquillos que escuchaban a su profesor griego, quien les instruía en *progymnasmata*. «En la *chría* debéis decidir si queréis elogiar, o bien denostar, a la persona responsable del hecho o dicho que estáis a punto de presentar...», le oyeron decir antes de dejarlo atrás. Marco continuó con su explicación unos pasos más allá:

—Hubo varias personas que vieron a aquellas tres mujeres la noche en la que desapareció una de ellas, la que más tarde fue encontrada muerta en los muelles.

El abogado se detuvo de repente, lo que provocó que estuviera a punto de ser arrollado por unos chiquillos que correteaban detrás de ellos.

—¿Estás seguro de eso?

—Por completo. Las vieron con un tipo al que pocos conocen. Un borracho, calvo y de lengua suelta, que al parecer iba diciendo que las cosas iban a cambiar dentro de poco.

—¿Qué quería decir con eso? —quiso saber Gayo.

—¡No tengo ni idea! —contestó Marco con un encogimiento de hombros—. Imagino que sería la fanfarronada de un borracho. —Retomó el paso—. Pero sé quién es: se trata de un extranjero.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, quizá fuera un esclavo enviado a contratar a las mujeres para otro, aunque en ese caso no me explico qué haría emborrachándose en una *taberna*... —Su razonamiento era tan simple que el abogado tuvo que darle la razón—. Sea como sea, la cuestión es que se las llevó a las tres. Y nadie volvió a ver a ninguno de ellos.

—Has hecho un buen trabajo, amigo mío —reconoció con sorprendente alegría. Pero enseguida retomó un aire más grave—. Aunque seguimos sin saber quién es.

Marco se palmeó el pecho con ambas manos y abrió mucho los brazos.

—¡No me estás escuchando! Te he dicho que sé quién es... Se trata de un liberto llegado de Miseno. Dice ser el prefecto de la flota de Miseno. Su nombre es...

—¡Milico!

Ahora le tocó el turno a Marco de mostrarse sorprendido. Se detuvo como si lo hubieran golpeado en el pecho, apretó la mano que aún sujetaba el brazo de su amigo y se inclinó hacia él.

—¿Cómo? ¿Lo conoces?

—Sí, sí, lo conozco, aunque me había olvidado de él. ¡Pero si esta misma mañana estuvo en mi casa! —exclamó de pronto, recordando la visita que le había anunciado Casto y a la que no había querido recibir—. Vino hace unos días a verme, creo que la misma noche del juicio. Quería comprar metales, cobre, si no recuerdo mal; pero exigía ver las minas de Córdoba, así que lo envié allí con Severo, mi capataz. Acordamos que me visitaría a su vuelta para cerrar el trato, pero con todo este jaleo lo había olvidado, y cuando me dijeron esta mañana que venía alguien a tratar de negocios conmigo no quise atenderlo...

—No te hubiera servido de nada; entonces aún no sabías que era el hombre que buscabas.

—Porque he estado demasiado ciego, Marco, demasiado ciego. —Gayo no pudo disimular su frustración—. ¿Cuántos calvos puedes ver al cabo de un año? ¿Uno, tal vez dos? Debí relacionar de inmediato el dato de la calvicie con Milico.

Caminaron en silencio durante un trecho, hasta que el abogado retomó la conversación.

—De todos modos, Milico no puede ser el responsable de la muerte de esas dos mujeres... —Marco lo miró con interés y Gayo continuó explicándose—. Aquella misma noche fue la

que se le vio con las tres mujeres, ¿no es cierto? —Marco se limitó a asentir—. Bien, admitamos que pudiera haber dado muerte a la primera. Sin embargo, no pudo matar a la segunda, porque estaba fuera de la ciudad, en Córdoba, y Severo podrá sin duda confirmarlo.

Parecía desanimado, y no era de extrañar: si Milico hubiera podido ser el asesino, el misterio habría acabado. Sin embargo, aquello no era posible.

—Entonces, qué quieres que haga.

Gayo miró a su amigo. Era un buen compañero, un amigo fiel, y sus ojos brillaban ahora mientras lo miraban, disfrutando de la aventura. Eso lo animó un poco.

—Tal vez sepa algo. Tal vez viera algo... Hay que buscarlo. —Le dio una palmada en el hombro a su amigo—, Y hay que darse prisa: mañana partirá en un barco de vuelta a Miseno, si no recuerdo mal. Encuéntralo. Y cuando sepas dónde está, no lo pierdas de vista y envíame un mensaje. Necesito hablar con él, y no sé si volverá por mi casa después del desplante de esta mañana.

* * *

Gayo caminaba acompañado de Léntulo, al que una vez más había tenido casi que arrancar de las manos de un grupo de mujeres. Parecía que todas las prostitutas, camareras y sirvientas de las termas, por no hablar de las damas que acudían a los baños, se hubieran reunido en torno a él.

La ciudad había crecido ya más allá de las murallas y, tras dejar atrás Hispalis, continuaban caminando entre edificaciones y calles pavimentadas. Se alejaron de todo aquello, manteniendo siempre el río a la izquierda, a lo lejos, y avanzando con rapidez por la vía que llevaba a Emérita

Augusta. Cuando se encontraron lejos del bullicio de las calles y no quedaron más que marismas a un lado y otro, Gayo se dirigió a Léntulo.

—Deberías tener cuidado con Hipatia.

El picto lo miró de reojo.

—¿Hipatia?

La voz fue poco más que un carraspeo.

—¡No me negarás que te ha echado el ojo encima! —le respondió arqueando una ceja—. Soy un hombre observador, Léntulo, ya te irás dando cuenta, y he observado que esa mujer no ha apartado la vista de ti desde que llegaste a la casa.

Se quedó mirando al picto, que no respondió ni sí ni no. Aquel hombre era impresionante, aun cuando no estuviera pintado de azul. Era impresionante en su físico, pero, sobre todo, lo que al abogado le llamaba la atención era que nunca había conocido a nadie como él: tan silencioso, tan retraído, tan poderoso sin que pareciera consciente de serlo. Comenzó a darse cuenta de que le gustaba su compañía y decidió que podría venirle bien tenerlo cerca para exponerle sus ideas.

—Hazme caso, Léntulo: ten cuidado con ella. Es una mujer hermosa, no lo niego; pero tan peligrosa como una leona. Si termina creyendo que tiene derechos sobre ti, no te dejará ni respirar.

El picto lo miró ahora de frente, con los ojos entrecerrados y los labios fruncidos, y dejó escapar un gruñido de asentimiento.

—Así que ya te has acostado con ella... —suspiró Gayo, volviendo a mirar al frente.

—No he dicho eso —contestó el esclavo con cautela.

—Desde luego que no —le reconoció el abogado—. Eres un hombre prudente que no alardea de sus conquistas. Y eso

está bien. Sin embargo, como te he dicho, soy muy observador. Si estuviera equivocado te habrías apresurado a negarlo todo. Pero no lo has hecho. Al contrario, me has dado la razón. Conociendo tu fama, y sabiendo que las mujeres ven en ti algo... —buscó la palabra adecuada sin encontrarla—, algo que no ven en la mayoría de nosotros, supongo, y siendo consciente de lo que quieren las mujeres de un hombre, hasta un chiquillo habría llegado a esa conclusión. Date por enterado, Léntulo —le advirtió alzando un dedo—, Pero, ahora, dejemos ese asunto, hay cosas más importantes de las que hablar.

Pese a pronunciar aquellas palabras, Gayo guardó silencio y siguió caminando a grandes zancadas. A su alrededor todo era calma. El sol estaba alto y anunciaba un día caluroso, una vez más. A su lado, Léntulo también caminaba en silencio, respetando los pensamientos de su dómine, dando zancadas aún más largas y pausadas.

Al fondo se alzaba una mole de ladrillo con varias chimeneas de las que ascendía un humo espeso. Sin duda, una gran *fligina*. Si hubieran continuado en su dirección no hubieran tardado en divisar las casuchas de un villorrio que se encontraba cerca, pero, de pronto, el abogado abandonó la vía y giró a la derecha, internándose en los campos. En ese momento, puso al corriente a Léntulo de todo cuanto había pasado en los últimos días: la muerte de Fabio, los incendios y los asesinatos de las mujeres... El picto lo escuchó sin interrumpirlo. Gayo acabó de contarle los dos encargos recibidos, el último incendio en el que casi perdió la vida, la paliza posterior, y la visita a las *insulae* quemadas que hiciera con Marco y los infructuosos intentos de dar con Aurelio Rufo para hablar de lo ocurrido en el almacén de los olearios. Entonces, comenzó a explicarle su teoría:

—Así pues, Léntulo, presta atención a lo que voy a decirte ahora. Fíjate en cada detalle, y dime si ves algo erróneo, algo que se salga de lo común, algo que no tenga

lógica o que te llame la atención, ¿de acuerdo? Voy a explicarte lo que creo que está pasando, y necesito que me digas si te parece lógico o no...

Capítulo XXXII

Libia había conseguido que algunas de las mujeres de Tersites se reunieran con ella. Se habían organizado para verse en la parte trasera de las termas; en aquella zona tan poco transitada y en la que podrían hablar sin preocuparse de quién las escuchara. Cada una tenía que encontrar el modo de escapar de sus obligaciones por su cuenta. Se citaron a la hora cuarta, cuando las termas aún no estaban abiertas. En aquel momento, el bullicio en los mercados estaba en su punto álgido y pocos prestarían atención a varias mujeres charlando.

Libia esperó a que Léntulo se encontrara con Gayo para acudir a la cita, pero aun así fue la primera en llegar. Evitó explicar el motivo de aquella reunión hasta que llegaron todas, a pesar de que las primeras en presentarse la acribillaron con preguntas, pero en cuanto se hubieron reunido no se anduvo por las ramas.

—Petronio quiere acostarse con todas vosotras.

Lo dijo casi en voz baja, como si no se atreviera a pronunciar aquellas palabras. Temía su reacción, que se enfadaran, que se opusieran, pero desde luego no esperaba lo que hicieron. Al principio se miraron entre ellas, incrédulas. Un momento después, Hécuba estallaba en carcajadas y otras dos lanzaban risitas por lo bajo.

—Ese jorobado puede seguir soñando —aclaró la

mujerona cuando se calmó.

Libia miraba a las otras; todas, sin excepción, dejaban claro que estaban de acuerdo. Acacia, que se había presentado a regañadientes, fue la siguiente en hablar:

—¿Para eso nos has hecho venir? —Su voz fue tomando fuerza con cada palabra hasta dar un pequeño grito. Giró la cabeza poniendo los brazos en jarras, intentando calmarse. Cuando hubo inspirado un par de veces, volvió a encararla—. ¡No sé a qué juegas! ¿Acaso crees que podemos escaparnos por las buenas? Deberías ser más juiciosa, Libia.

Y con esas palabras se dio la vuelta para marcharse. No había dado ni dos pasos cuando Libia pronunció unas palabras que la obligaron a detenerse.

—Petronio sabe lo del dinero que le robamos a Tersites. Si no accedéis, se lo contará todo.

Un gemido ahogado surgió de un par de gargantas. Acacia se volvió hacia ellas, no dijo nada, pero se quedó a escuchar lo que decían las demás.

—¿Cómo es posible?

—Nos oyó hablar la otra noche, Hécuba —explicó la masajista—, Así fue como se enteró de todo.

—Crees... ¿Crees que lo hará? —preguntó otra.

Libia asintió con determinación.

—Sin duda. Lo ha dejado muy claro. Pero nos ha dado otra opción —se apresuró a explicar, ahora que tenía la atención de todas—: Podemos pagarle la mitad de lo que le quitamos a Tersites.

—¡Ni hablar! —estalló Hécuba—. Apenas le quitamos unas pocas monedas al día, si tenemos que darle a él una parte no tendría sentido seguir robándole al viejo. —Observó al resto y vio que no parecían demasiado convencidas, así que, mirándolas para insuflarles valor, continuó hablando—.

¿Y qué pasará cuando quiera más? Porque querrá más, no tengáis duda de eso. ¿Qué haremos entonces? ¿Eh? ¿Le daremos todo cuanto consigamos rapiñar jugándonos el cuello?

Todas la miraron, y más de una parecía estar de acuerdo.

—¿Y serás capaz de acostarte con él? —preguntó Acacia, que se encontraba a su espalda, sin poder disimular la repulsión que le provocaba la idea.

—¿Y por qué no? Todos los días tengo que aguantar las ansias de hombres babosos que apestan peor que los cerdos. Cada noche salgo a las calles —explicó señalando con vehemencia con una mano— y me juego la vida. Día tras día estoy a merced de tipos que no tienen donde caerse muertos, con aliento a vino podrido y manos tan callosas que un simple roce puede arañarte la piel. Petronio sólo será uno más. Pero escuchadme bien todas: No daré ni un solo as a ese jorobado. Antes le cortaré el cuello.

Hubo unos instantes de silencio, pero luego, poco a poco, las demás fueron uniéndose a Hécuba. Todas excepto Acacia.

—Haced lo que queráis —les escupió—. Yo no tengo nada que ver con vuestras conjuras ni vuestros delitos.

—¡No puedes quedar al margen! —Libia, que desde que Hécuba tomara la palabra se había mantenido en silencio, tomó a Acacia por el brazo mientras le hablaba—. Petronio lo ha dejado claro: quiere a todas las mujeres de la casa, y eso te incluye.

—¡Pero yo no he robado nada! —exclamó asustada.

—¿Y crees que eso le importa? ¡Despierta, Acacia! Estás en esto, para bien o para mal.

La *ornatrix* se soltó de Libia de un tirón y se dejó caer en el suelo. Sus compañeras la miraron con cierta preocupación; de repente, se había llevado las manos a la cara y lloraba amargamente. Hécuba la rodeó con los brazos, pero cuando

sintió su contacto, Acacia se levantó encarándose con Libia.

—¡Tenías que destrozarnos la vida a todas! —La señalaba con el dedo, con la cara enrojecida surcada por gruesas lágrimas que goteaban contra el suelo polvoriento—. Siempre supe que terminarías por llevarnos al desastre. ¡Tú y tus malditos sueños de libertad!

Libia se mantuvo calmada, con los brazos pegados al cuerpo y la cabeza inclinada hacia un lado.

—Nunca he entendido por qué me odias tanto, Acacia —repuso con una nota amarga—. Llegamos el mismo día a casa de Tersites, siendo apenas unas niñas. Sólo nos teníamos la una a la otra, y fuimos amigas al principio... ¿Qué ha pasado entre nosotras?

La *ornatrix* se llevó la mano a la boca. De repente, tuvo arcadas, y antes de que nadie tuviera tiempo de acercarse vomitó una mezcla de bilis con restos del desayuno. Alzó la mano para que nadie la ayudase, y cuando se levantó miró con rabia a Libia.

—¿Quieres saber qué pasó? ¿De verdad quieres saberlo...? Lo que pasó —reveló con palabras que apestaban a odio y a bilis, y a pena— fue que nuestro dueño decidió que tú eras una jovencita hermosa a la que podría sacar mucho dinero. Así que te reservó. No dejó que nadie te tocara... Pero yo no tuve tanta suerte, Libia... —Dio dos zancadas y se acercó hasta casi pegar su rostro con el de la masajista—. ¿Nunca notaste que, de pronto, había días que no despertaba a tu lado, como había ocurrido desde que llegáramos a la casa? ¿Nunca te preguntaste qué pasaba esas noches? ¿Por qué poco a poco fui perdiendo las ganas de reír, de hablar, de vivir? No, Libia... Yo no tuve tanta suerte como tú —espetó con una mueca de odio en la cara—. Yo tuve que aguantar que Tersites me llevara a su cama desde antes de ser mujer. Tuve que aguantar su aliento a vino. Y muchas veces me tocó soportar cosas peores.

Libia estaba aterrada. Permanecía inmóvil, aguantando la respiración, con la mano en la garganta. Sus palabras casi no fueron audibles.

—Pero... yo no tuve nada que ver en eso, yo... ¿Qué podía...?

—¡Claro! ¡Qué podías hacer tú...! —Acacia retrocedió hasta donde había caído momentos antes. Recogió la cesta que llevaba y que había quedado en el suelo, y al levantarse se dio la vuelta para irse de allí. Se detuvo en el último momento y miró a la masajista por encima del hombro—. Tal vez no pudieras hacer nada, Libia, pero tu belleza siempre fue mi maldición.

* * *

Llevaba ya buena parte de la mañana fuera de las termas. Cuando el resto de las chicas se marchó después de su apresurada reunión, en la que todas se comprometieron sin demasiados remilgos a acostarse con Petronio, ella no regresó a la habitación para continuar con sus masajes. En lugar de eso, esperó junto a la puerta, y cuando sus compañeras se perdieron entre las calles se echó la capucha sobre la cabeza, miró a un lado y otro, y comenzó a caminar.

Sabía que corría un riesgo enorme, en especial tras el asalto que había sufrido aquella misma mañana, y la inquietud se reflejaba en su rostro, aunque intentara disimularlo. Caminaba con la cabeza gacha, procurando no cruzar sus oscuros ojos con nadie.

Dejó a su espalda el recinto del foro y la enorme cisterna de agua, pasó junto a la *insula* quemada que se levantaba a unos pasos, cruzó la calle y rodeó un nuevo edificio. Formaba parte de un grupo de *insulae* achacosas, de paredes con

ladrillos maltrechos y ventanas de batientes desvencijados colgando de los goznes. Aquellos siete edificios se habían levantado hacía mucho tiempo, poco después de la instauración de la colonia. Algunos se habían derruido con el paso de los años, incapaces de aguantar en pie, y al reconstruirlos se había creado entre ellos una especie de patio interior, demasiado pequeño para elevar un nuevo edificio, pero suficientemente amplio como para que se estableciera allí el corazón de un mercado que se fue ampliando tiempo después por las calles adyacentes.

Lo primero que hizo fue comprar un capazo grande que se colgó del brazo izquierdo; a continuación, comenzó a coger artículos. En un puesto adquirió tortas de trigo y una hogaza de pan. En otro, una pieza de queso. Más allá, una jarra de vino. Un trozo de carne de burro, quemado por fuera y medio crudo por dentro, huevos, tocino..., y así un poco de todo hasta que el cesto empezó a pesar tanto que apenas podía con él.

Cuando creyó que tenía suficiente, tomó dirección sur. Su intención era dejar de lado las calles principales y avanzar por los callejones más estrechos, donde sería más difícil encontrarse con alguien conocido. Sin embargo, no había logrado siquiera dejar atrás los puestos cuando alguien la empujó desde atrás. Soltó una maldición, pero se calmó al comprobar que su compra no había caído al suelo. Cuando se giró para llamar la atención al causante del golpe, comprobó que era Acacia.

Por un momento, Libia se quedó sin habla, aunque se recuperó de inmediato. Sus pómulos adquirieron un tono carmesí, y cuando habló lo hizo con los brazos en jarras.

—¿Por qué me sigues?

—¿Por qué nos mientes? —preguntó Acacia a su vez.

Aquella pregunta pareció desarmar a Libia, que no había esperado algo parecido.

—¿Mentiros? Yo no...

—Nos mientes, Libia. ¿Qué estás haciendo aquí? —El tono era tan agresivo que la masajista dio un paso atrás sin darse cuenta. Comprobando que no contestaba, Acacia siguió acercándose a ella, señalándola con el dedo y mostrándose cada vez más enfadada—. No te seguía. Acababa de dejaros cuando me acerqué a un coro que se había formado al otro lado de las termas. ¿Y sabes qué? Que allí me enteré de que acaban de encontrar el cuerpo de otra mujer.

Libia se llevó la mano a la boca para acallar un gemido, al tiempo que sus pupilas se dilataban por el terror.

—Es... ¿Es Palmira? —Apenas le salió la voz, y tuvo que apoyarse en la pared cercana al hablar.

Acacia la miró con hielo en los ojos.

—No. No es tu querida Palmira, que sigue desaparecida desde ayer. No sé quién es.

Libia resbaló por la pared hasta quedar sentada en el suelo, con las lágrimas dando brillo a la oscuridad de su mirada, que había quedado vacía por un momento. Acacia se agachó frente a ella, la cogió por los hombros y, mostrando unos dientes de perro rabioso, la zarandeó. A continuación, al ver que la masajista no respondía, cerró los ojos con fuerza, llenó sus pulmones con el aire rancio de aquella calleja y, ya más calmada, volvió a hablar mientras Libia seguía sentada en el suelo, boqueando como un salmonete recién sacado de las aguas.

—Regresé para avisaros de lo ocurrido, pero ya no estabais. Me volví para dirigirme a casa de Marcela, que debe de estar poniendo el grito en el cielo porque no aparezco, pues hoy tienen una fiesta importante, y fue entonces cuando te vi comprando en el mercado. —Miró a ambos lados, para asegurarse de que nadie la oía—. No, no te he estado siguiendo, poco me importa lo que hagas. Sólo quería

advertirte de que todo cuanto ponéis en marcha termina podrido.

Aquellas palabras hicieron reaccionar a Libia, que parpadeó como si despertara de una pesadilla.

—¿Qué... qué quieres decir? Ya te expliqué que nada tiene que ver eso con las muertes de Porcia y Glauca...

—¡Y no me refiero a eso! —espetó la *ornatrix* con rabia—. Sólo quiero que sepas que han encontrado el cadáver de otra mujer. Y creo que deberías preguntarte qué ha hecho tu abogado hasta ahora para descubrir lo que está ocurriendo.

Capítulo XXXIII

Gayo esperó a que el picto asintiera, y comenzó a hablar.

—Bien. Creo que la clave de todo esto está en los incendios. He investigado todo aquello que podría haber provocado la muerte de Fabio: tanto las posibles deudas como el tema de los sobornos con las canalizaciones de agua. Pero todo eso ha sido en vano. Y no hay que olvidar que su cuerpo fue encontrado en un incendio. Y que el mismo Ulpio, que al fin y al cabo fue quien me encargó el trabajo, cree que ambas cosas pueden estar relacionadas. Tal vez incluso tenga más información que no me ha dado. Así pues, analicemos los incendios... Al menos los últimos cinco, pues el anterior a éstos ocurrió hace ya un tiempo y sin duda no está relacionado.

»El primero —comenzó a enumerar con los dedos— se produjo el martes cuatro de septiembre. Se originó en la parte noroeste de la ciudad. Es una zona más bien pobre, plagada de *insulae* antiguas y frágiles. Ardieron dos edificios.

«Cuatro días más tarde, se inició un nuevo incendio. Igual que en el caso anterior, fue por la noche. Éste se produjo en una zona más céntrica, casi junto al foro. Algunos han dicho que las llamas eran mucho mayores que en el anterior; sin embargo, sólo ardió un edificio. Es posible que quienes aseguran que éste fue más feroz que el otro estén equivocados, aunque yo creo que en realidad pudo sofocarse

con más rapidez gracias a la cisterna que se encuentra a unos pocos pasos y que alimenta a las termas y a otros edificios.

«Inmediatamente después, al día siguiente, el domingo día nueve, un incendio más. Sólo que en esta ocasión no se trató de ninguna *insula*, sino del almacén de los olearios. Como ya sabes, el almacén se encuentra al sur de la ciudad, casi junto a una de las puertas. —A estas alturas de su exposición, el abogado ya hablaba confiado, transmitiendo sus pensamientos sin la cautela que había mostrado cuando empezó a hablar—. Todos dicen que fue una catástrofe, que se ha perdido una fortuna en aceite, pero hasta que no hablemos con Aurelio no podremos asegurarlo.

«Ahora bien, no fue hasta el siguiente incendio, el cuarto, cuando la gente empezó a preocuparse.

—¿En serio? —lo interrumpió Léntulo. La mirada que le dirigió el abogado dejaba claro que no entendía muy bien lo que quería decir, así que el picto se explicó un poco más, para lo que reunió las palabras con la calma que lo caracterizaba—. Entre los míos, un incendio es una catástrofe. ¿Y vosotros sufrís tres y nadie se preocupa?

—Bueno... —confesó Gayo encogiéndose de hombros—, los incendios son habituales. Demasiada gente descuidada junto a demasiada madera... Y en Roma es aún peor. Tenemos gente que se ocupa de vigilarlos y apagarlos, pero aun así se producen, son inevitables.

—¿Y por qué el cuarto fue diferente?

—A eso iba. Ocurrió unos días después, el miércoles doce. —Gayo retomó el paso, pues con la interrupción de Léntulo se habían detenido—. Este incendio se produjo casi pegado a la muralla este, cerca de una fuente, lo que, de nuevo, ayudó a que se controlara con rapidez. Sin embargo, y aquí está la diferencia —expuso llamando la atención del picto—, en este incendio murió Fabio Justo, el hijo de Gneo,

uno de los hombres más importantes de la ciudad e íntimo amigo de Ulpio Trajano, que fue quien me pidió que investigara lo que ocurría.

—¿No había muerto nadie antes? —Léntulo estaba sorprendido de que un solo hombre pudiera marcar la diferencia.

—Sí, claro... Pero Fabio, como te digo, era alguien importante —repitió el abogado con el tono de voz que hubiera usado para explicar a un niño que el sol sale cada mañana por el este—. En este caso, el incendio afectó a una sola *insula*.

»Y por fin llegamos al último incendio, la noche en la que me atacaron; motivo por el cual te compré al día siguiente. Ocurrió el sábado quince, y aparte de que casi muero dos veces ese día, lo más importante es que se quemaron dos edificios.

»Por último, tal como ha indicado hoy mismo Ulpio, durante la noche de ayer ardieron cuatro *insulae* en Itálica. —Se quedó mirando a Léntulo, como si el picto tuviera que decir algo. En lugar de eso, se limitó a alzar las manos y arquear las cejas. El abogado inspiró y procuró concentrarse—. De acuerdo. Ésos son los hechos. Ahora lo que tenemos que encontrar es un motivo, algo que relacione todos esos fuegos, ¿entiendes? —No esperó a que le contestara—. Bien, ¿y qué tenemos en ese sentido?

»La primera de estas desgracias se originó en una panadería. La segunda en una *caupona* en la que se podían comprar empanadas y bebidas. El tercero fue el almacén de los olearios, y del cuarto no he podido averiguar gran cosa, ni de lo ocurrido en Itálica, pero también el último incendio comenzó en una *taberna*, de nuevo en una *caupona*.

—¿Y ésa es la clave? —Léntulo parecía de lo más escéptico—, Lo siento, dómine, pero lo único que veo es que en todos esos lugares se vende comida. Y tú dices que la

gente es descuidada...

Gayo lo miró con una sonrisa cuando le contestó.

—No me equivoqué contigo —dijo sin que el picto entendiera nada—. Estás en lo cierto. Es algo lógico. Pero la relación que existe no es, precisamente, la de las *tabernae*. Recuerda que en el almacén de olearios no hay ninguna. — Léntulo tuvo que asentir ante aquella evidencia—. No, hay otro detalle que en un principio no fui capaz de ver, pero que ahora estoy seguro de que es importante. Y es que todos los incendios están relacionados con el colegio de olearios de algún modo. Y con el aceite.

—¿Con el aceite? —Era incapaz de seguir los razonamientos del abogado.

—Así es. En el primero de los edificios quemados nos hablaron de la intensa humareda. Era evidente incluso entre las *insulae* adyacentes. En el segundo encontramos restos de cerámica con olor a aceite y una vasija con las iniciales «F-I». Una vasija de aceite, sin duda. Y ambos desastres comenzaron en un establecimiento que servía comidas, por lo que, sin duda, debían manejar bastantes cantidades de aceite. El tercero fue en el mismísimo almacén de los olearios. En el quinto, según pude comprobar yo mismo, también había gran cantidad de humo, y, una vez más, había una *taberna* de por medio.

—Te has saltado el cuarto, dómine.

—Lo sé —respondió con una media sonrisa—. Del cuarto nos ocuparemos más tarde.

Léntulo se tomó un momento para intentar poner en orden sus ideas. No estaba acostumbrado a mantener conversaciones tan largas.

—De acuerdo, pero si quieres iniciar un fuego, el aceite puede ser una buena ayuda.

Gayo lo miró, ladeó la cabeza y se mantuvo en silencio

unos instantes.

—Sí, puede ser. Pero es lo único que tenemos.

Léntulo hizo una mueca de incredulidad. Poco después hacía otra pregunta.

—Hablaste de que necesitabas encontrar un motivo para lo que ocurre. ¿Sabes ya cuál es?

—Creo tener una idea, Léntulo... Y es algo que también está relacionado con el colegio de olearios: desde hace muchos años, ha habido gente que se ha enriquecido mediante los incendios. No te daré aquí una lección de historia, pero basta que sepas que el mismo que ideó un sistema para vigilar los incendios que se producían en Roma se hizo rico gracias a ellos. —El abogado asintió ante la mirada sorprendida del picto, que no entendía nada. ¿Cómo era posible que la gente cometiera ese tipo de actos cuando ponían en peligro a toda la ciudad?—. Tanto es así, que disponemos de una ley al respecto. Los edificios que han ardido no pueden demolerse. Ni pueden usarse sus materiales para revenderlos. Con todo, los poderosos siempre se han enriquecido con las desgracias de los pobres. Pero nos desviamos del tema... O tal vez no, puesto que está relacionado con esto que te digo. Me preguntabas cuál era el motivo para los incendios. El motivo para los incendios, mi buen Léntulo, creo que es el cobro del seguro que los olearios hicieron para su famoso almacén quemado. ¡Como lo oyes! Algo ocurría en ese almacén, algo temían, y por ese motivo lo aseguraron. Aunque hay otra opción... —dijo mirándolo con atención—: ¿Y si, mi buen Léntulo, lo hubieran asegurado con la idea de provocar el incendio?

El picto se quedó pensativo unos momentos antes de responder.

—Pero, entonces, ¿por qué incendiar más edificios?

—Buena pregunta... —No le contestó de inmediato. Dejó

que intentara responderla por sí mismo. Cuando al fin se dio por vencido, Gayo respondió como si fuera de lo más evidente—. Para no levantar sospechas. Para que el suyo fuera sólo uno más entre tantos. Para que nadie pudiera pensar que todo se gestaba en el seno de la entidad que iba a beneficiarse del cobro del seguro, y que todo apuntara hacia otro lado. —Léntulo no dijo nada, pero, por su expresión, y el pequeño gruñido de desaprobación que soltó, Gayo comprobó que todo aquello no le gustaba nada—. Mi querido picto, te voy a decir algo que no debes olvidar nunca: no hay nada peor que un rico ambicioso; mantente tan alejado de ellos como sea posible.

El abogado guardó silencio y dejó a Léntulo inquieto, pensando en que si su dómine tenía razón se dirigían precisamente al encuentro de uno de ellos.

* * *

Llevaban un buen rato caminando entre olivares, cada uno sumido en sus pensamientos. Atrás habían quedado las tierras de labranza y la calzada a Emérita Augusta, que ya era sólo una fina línea a lo lejos. La caminata los llevó en un ascenso lento a través de una alta loma de pendiente suave. En algunos momentos, el picto se dio cuenta de que al abogado le costaba coger aire, y sacudió la cabeza intentando entender cómo podía un hombre agotarse por un esfuerzo tan minúsculo.

Los sonidos comenzaron a llegarles mucho antes de ver la finca, oculta entre el ramaje de los olivos. Primero oyeron voces apagadas que no lograron entender. Algo más adelante, un murmullo extraño hacía retumbar la tierra. Entonces vieron las paredes de la finca de Aurelio Rufo.

Entre ellos y el edificio se abría un amplio espacio libre

de árboles. Los muros de la finca corrían hacia un lado y hacia otro sin que vieran ninguna puerta, así que tuvieron que caminar rodeándolo hasta llegar a la entrada. Al doblar la esquina, se encontraron con un carro tirado por bueyes que abandonaba el lugar. El carretero ya se alejaba cuando Gayo lo llamó con una voz, se acercó hasta él y le pidió que los esperara para llevarlos de vuelta a la ciudad. No fue difícil convencerlo: bastó con mostrarle un par de denarios para que accediera gustoso. Lo dejaron esperando y entraron en la finca.

Era un recinto inmenso que formaba un espacio rectangular, el doble de largo que de ancho, dividido en dos claras secciones. La primera, a la que accedieron, era casi un cuadrado perfecto. A ambos lados se levantaban diversas construcciones, las del lado izquierdo con techo de paja y más bajas que las del derecho. Un ejército de gallinas campaba por el patio, en el que había espacio suficiente para que todos los dioses celebraran el mayor de los banquetes; en su centro, un gran pozo se hundía en la tierra. Frente a ellos, a casi un estadio de distancia, un muro separaba la zona de trabajo de la residencia, que se podía entrever más allá. Junto a la puerta que daba acceso a la parte privada de la finca, un joven cepillaba a un magnífico caballo.

Pero si algo les llamó la atención fue el intenso trajín que vieron en aquel patio de proporciones hercúleas. Por todas partes había esclavos sudorosos que portaban grandes tinajas de un lado a otro, a punto de pisotear en más de una ocasión a las gallinas que correteaban entre los pies de aquellos infelices. Había varios carros como el que habían visto fuera de los muros, todos ellos esperando a que los vaciaran. Y el capataz no daba tregua: las voces que habían oído a medida que se acercaban debían ser las suyas, y el retumbar que sintieron poco antes de llegar no era otra cosa que el caminar de los muchos hombres que trabajaban allí: había al menos cien portando las ánforas desde los carros

hasta los almacenes.

Se acercaron al capataz, que charlaba animado con uno de los carreteros entre grito y grito, esquivando a los esclavos que resoplaban sudorosos, con los torsos y los rostros rojos por el esfuerzo y las espaldas llenas de cicatrices por los latigazos. El capataz detuvo su cháchara y los miró con interés. Primero se fijó en el abogado, sorprendido quizá de ver en la finca a un hombre con el *angustus clavus* sin que lo hubieran avisado de su llegada. Luego posó la vista en el que lo seguía y enarcó una ceja por toda señal de sorpresa. Gayo se dirigió a él cuando todavía estaban a algunos pasos.

—¡Buenos días! —saludó afable—. Quisiera ver a Aurelio Rufo.

El capataz miró al carretero, se encogió de hombros y se alejó de la carreta acercándose al recién llegado. En cuanto se movió, un perro se puso a caminar junto a él, enseñando los dientes.

—¡Tranquilo, *Mera!* —dijo con voz seca y pastosa.

—Tú debes de ser Plauto.

El capataz abrió los ojos, sorprendido, y se quitó la brizna de hierba de entre los labios.

—¿Cómo lo sabes?

—Conozco a tu perro —comentó Gayo sin darle más importancia—. Como te decía, quisiera ver a Aurelio Rufo. Me han asegurado que se encuentra aquí, y puedo ver que es verdad. —Plauto se giró, pensando que su dómine estaba cerca, pero no lo vio en el patio. Entonces se volvió de nuevo para mirar a aquel extraño hombre con una expresión de no entender nada—. Es por el caballo —explicó el abogado—. Sin duda, un animal así sólo puede pertenecer al dueño de todo esto.

Plauto asintió.

—Sí, está aquí. ¿Puedo preguntar quién eres?

—Por supuesto, por supuesto. Soy Gayo Longo Licinio, abogado. Vengo en representación del seguro que Aurelio contrató para el almacén de los olearios.

Capítulo XXXIV

o me gusta que me mientan.

-N Era una voz rancia y áspera la que había pronunciado aquella frase, tan severa como el rostro de su dueño. Y es que Aurelio Rufo era tan austero en sus gestos como adusto en su carácter. De altura media, su mirada quedaba por debajo de los ojos del abogado y el picto. Pesaba varios kilos de más sin llegar a sufrir un problema de peso, y tenía unos ojos tan verdes como las aceitunas que cultivaba. Cuando comprobó que el abogado se sorprendía ante sus palabras, la mueca que hizo pareció más una amenaza que una sonrisa.

—¿Mentirte?

—Sí, sí, mentirme —insistió—. Sé que no eres el abogado del seguro. Y también sé por qué estás aquí: Ulpio Trajano te pidió que investigaras la muerte de Fabio, un intento vano, en mi opinión —continuó sin apartar la mirada—, porque no fue más que un desgraciado accidente. No, no me gusta que me mientan; así que dime: ¿por qué lo has hecho?

Gayo miró a Léntulo con cara de fastidio y el picto se encogió de hombros. Al fin y al cabo, estaba allí para evitar que al abogado pudieran hacerle daño, y no parecía que fuera el caso. Cuando Gayo se volvió de nuevo hacia Aurelio, éste se había cruzado de brazos y esperaba una explicación. Suspiró y se vio obligado a darle la razón.

—Es cierto, he sido un estúpido, discúlpame. Temía que no quisieras atenderme, y llevo dos días intentando encontrarte. Necesito hablar contigo y no quise arriesgarme a que me despidieras sin más.

Aurelio se mantuvo imperturbable unos momentos, con los labios firmemente cerrados. Al poco, dejó caer los brazos y espetó, mal encarado:

—Decían que eras un abogado inteligente. Si todo lo haces igual que esto, dudo mucho que seas capaz de averiguar nada, si es que en realidad pasó algo digno de ser investigado, cosa que dudo. —Desvió la mirada para fijarse en el trabajo de los esclavos que iban y venían, vigilados de cerca por el capataz, que teniendo a su dómine cerca prefería que no lo vieran de cháchara con el carretero—. Bien, ¿qué quieres saber? —preguntó al comprobar que los trabajos avanzaban a buen ritmo.

—Pues, antes de nada, quisiera saber si las pérdidas que habéis sufrido en el almacén del colegio de olearios son tan graves como dicen.

—¿Graves? ¿Es que no eres capaz de entender que es una verdadera tragedia? —bramó el *curator* al escuchar la voz aguda e inocente del abogado. Continuó con grandes aspavientos—. Graves... ¡Graves! Más que graves son un auténtico desastre, Longo. ¿Ves a estos esclavos? —inquirió haciendo un ademán con la mano para abarcar a los hombres que faenaban en el patio. Cuando el abogado asintió, continuó con su queja—. Están transportando todas estas ánforas vacías a mis almacenes. Algunos de mis colaboradores más cercanos y yo mismo intentaremos hacer cuanto esté en nuestra mano para recuperar lo perdido, aunque dudo mucho que podamos conseguir algo.

—¿Crees que subirán los precios?

Aurelio chascó la lengua.

—¡Claro que subirán! Es inevitable. —Volvió a girarse hacia los esclavos—. Lo ocurrido aquí tendrá repercusión en todo el imperio.

Gayo esperó a que el *curator* lo mirara de nuevo antes de hacer la siguiente pregunta.

—¿Se sabe cómo se produjo el incendio?

—Sin duda —asintió moviendo su robusta cabeza—. Fue un accidente. Fortuna debía tener ganas de divertirse esa noche... —Viendo que tan escasa explicación no sería suficiente, continuó hablando—: Había una vasija que se había roto. O tal vez tuviera algún poro abierto. Son cosas que ocurren: un recipiente es defectuoso y deja escapar el aceite. —Alzó una ceja—. Aquella noche, uno de los esclavos entró para asegurarse de que todo estaba bien. No encontró nada que llamara su atención, no más que algún gato intentando dar caza a un par de ratas. Y entonces una pavesa cayó de su antorcha sin que se diera cuenta. Debió de prender en la paja del suelo, y el aceite derramado hizo el resto.

—Un cúmulo de desgracias.

—Desde luego. Entiende, Longo —pidió rebajando un poco la dureza de su voz—, que todo este asunto nos deja en una situación delicada. No sólo hemos perdido una fortuna, sino que, además, la Annona nos pedirá explicaciones.

—Por supuesto, por supuesto —aseguró el abogado con su actitud más dócil—. Sólo por curiosidad, ¿qué ha sido del esclavo que causó el accidente?

—Allí está —señaló Aurelio Rufo.

Gayo siguió la dirección que indicaba su dedo y vio a un hombre cargando vasijas, como el resto de los que se encontraban allí.

—Me alegra ver que no has sido demasiado duro con él. —Al darse cuenta de que Aurelio fruncía el ceño, se explicó

mejor—. Me habían dicho que sueles ser bastante severo con tus hombres, que a veces incluso llevabas demasiado lejos tus castigos. —Viendo que el *curator* parecía ofenderse por aquellas palabras, se apresuró a aclarar lo que quería decir —: Sin duda, fueron comentarios maliciosos y desafortunados que no te hacen justicia. Me alegra ver que estaban equivocados.

—Un hombre de mi posición siempre provoca rumores, abogado, y tiene enemigos. —La papada le bailaba al hablar—. Es cierto que soy severo: un esclavo está para servir, y nada más. Pero en este caso no me ha quedado más remedio que ser indulgente; bastante he perdido ya como para dar muerte además a un hombre que ha sido valioso hasta ahora. —Volvió a mirar hacia los esclavos y apostilló—: Grandes pérdidas, abogado. Mi hermano, Faenio, se preocupará sin duda cuando se entere.

No sacaron nada más de aquella visita. Aurelio se limitó a repetir lo que ya había dicho o lo que ya sabían, y poco después se excusó diciendo que debía atender otros muchos asuntos. Se despidió con rapidez, del mismo modo en el que había llegado, y abogado y picto volvieron sobre sus pasos, subieron al carro pensando que aquél debía ser uno de los pocos carreteros honrados de la región, ya que seguía esperándolos, y Léntulo dio un suspiro de satisfacción al saber que regresaría cómodamente a la ciudad. No pasó mucho tiempo en estar enredado en una conversación con el carretero, un hombre que amaba tanto la buena comida y las mujeres hermosas como él mismo.

Gayo, en cambio, permaneció en silencio, con un rictus serio y pellizcándose la mejilla durante todo el viaje de vuelta.

El trayecto fue plácido, y, poco antes de que las murallas de Hispalis se encontraran cerca, el abogado pidió al carretero que se detuviera y echó pie a tierra seguido de un

Léntulo disgustado: estaba pasando un buen rato, descubriendo dónde encontrar a las mejores mujeres de la ciudad y evitándose un largo paseo. Se despidieron y Gayo se mantuvo inmóvil hasta que la carreta se halló lejos, momento en que comenzó a caminar.

Habían dado un centenar de pasos cuando el abogado oyó justo detrás de él cómo el picto emitía gruñidos por lo bajo.

—¿Te ocurre algo, Léntulo? —preguntó mirándolo por encima del hombro—. Pareces una olla con agua hirviendo.

—No, dómine.

Ahora el abogado se volvió por completo para mirarlo de frente.

—Eres un hombre sensato que cuando no se ocupa de asuntos tan importantes como las mujeres sabe usar la cabeza —le dijo con aire socarrón—. Al menos, así me lo ha parecido. Así que dime, ¿qué te pasa?

Léntulo soltó un último gruñido antes de contestar.

—Lo que me pasa es que me preocupa lo que te pasa a ti, dómine. —El abogado lo miró sin entender—. Llevas un rato callado. Y eres un hombre que no calla si no es por un buen motivo. Al menos, así me lo ha parecido...

Gayo se detuvo al borde del camino, y un momento después reía con deleite.

—No me equivoqué contigo, Léntulo —respondió dándole una palmada en la espalda y comprobando lo poderosa que era su musculatura—. Tienes toda la razón, he estado pensando en la conversación con Aurelio Rufo. —Retomó el paso y se aseguró de que Léntulo se pusiera a su lado— ¿Podrías decirme qué hemos sabido en esta visita?

Ahora le tocó el turno de callar al picto. Gayo le dejó dar forma a sus pensamientos.

—Que los dueños de ese almacén de aceite han perdido una fortuna y se han metido en problemas —concluyó sin mucha convicción.

—¡Eso sin duda! —admitió el abogado—. Pero no, tenemos algo mucho más importante: Aurelio Rufo miente.

El picto quedó intrigado ante aquellas palabras.

—¿Cómo lo sabes? —se atrevió a preguntar.

—Cualquier hombre sensato habría castigado a un esclavo que hubiera provocado semejante desastre. —El abogado hablaba absorto, poniendo palabras a los pensamientos que había ido elucubrando durante el camino—. Aun cuando hubiera sido por accidente. Aurelio Rufo, además, tiene fama de ser especialmente severo, él mismo lo admitió. Sin embargo, el esclavo que tuvo la mala fortuna de provocar el fuego no ha tenido que escuchar ni una reprimenda; ni un latigazo ha surcado su cuerpo a pesar de haber causado pérdidas millonarias a su dómine. No tiene sentido... Por tanto, Aurelio miente, aunque él diga que no le gusta que le mientan —sonrió, y continuó unos pasos más en silencio antes de proseguir—. ¿Te fijaste en las ánforas?

—Sí —respondió Léntulo, aunque rectificó enseguida—. Aunque no mucho...

—Cuando uno está intentando averiguar la verdad debe fijarse en todo. ¿Y en los esclavos? —preguntó de nuevo con interés.

Léntulo se encogió de hombros antes de responder.

—No sé dónde quieres llegar, dómine.

—¿Dirías que aquellos hombres estaban haciendo un esfuerzo? —volvió a preguntar, sin responder a la curiosidad de Léntulo.

En esta ocasión pareció pensar un poco antes de contestar.

—Diría que sí. Estaban sudorosos y enrojecidos. Sí, hacían un esfuerzo.

—Y dime, Léntulo: ¿cómo es posible que sudaran tanto? Según Aurelio, aquellas ánforas estaban vacías. Entonces, ¿por qué tenían que esforzarse sus esclavos de ese modo? —preguntó dejando claro el rumbo de sus pensamientos.

—¡No estaban vacías! —Léntulo se sorprendió tanto que alzó la voz. Gayo le pidió que hablara más bajo; ya se encontraban cerca de las murallas—. Pero..., entonces, ¿qué contenían? —Ahora se había despertado su curiosidad. Era evidente que su dómine no era un hombre cualquiera.

—¡Aceite, por supuesto! —exclamó mostrando las palmas de las manos. Continuó acercando la cabeza hacia el picto, casi como en una confesión—, Aurelio Rufo miente, Léntulo... Fue evidente cuando le pregunté si creía que subiría el precio del aceite. No quiso, o no pudo, mantenerme la mirada. Que el precio suba les interesa: Aurelio Rufo miente porque va a sacar sustanciosos beneficios del incendio del colegio de olearios.

»Y hay una última cosa. —Se aseguró de tener la atención del picto y entonces habló con voz segura—: Sabía que estoy investigando la muerte de Fabio Justo. Sin embargo, no le pregunté por ella. No he mencionado a Fabio en ningún momento. Sólo he hablado de los incendios. Y él ha contestado sin más. ¿A qué hombre sensato le gusta que alguien meta las narices en sus asuntos sin motivo alguno? Y sin embargo —concluyó con una inclinación de cabeza y un gesto de la mano—, no se ha quejado en ningún momento.

Léntulo volvió a quedarse callado, y el abogado lo dejó pensar con calma. Cuando estaban a punto de llegar a la puerta de la muralla, el picto hizo por fin la pregunta que Gayo había estado esperando:

—Entonces, ¿tuvo que ver con el incendio del almacén? —Antes de que el abogado contestara, lo detuvo para

cambiar la pregunta—. ¿Crees que está detrás de los incendios de la ciudad?

Gayo sonrió y cabeceó, satisfecho por la reacción de aquel hombretón de acento extraño:

—Eso, mi buen Léntulo, es lo que me propongo averiguar.

Capítulo XXXV

El local de Arrio se encontraba detrás del templo dedicado a Venus Genetrix, más allá del vértice noroeste, en una *insula* grande y bien cuidada. Hacía mucho tiempo que entre los romanos se instalara la costumbre del afeitado, y con el paso de los años los *tonsores* fueron ampliando su negocio cada vez más. Algunos hombres se afeitaban hasta dos o tres veces en un solo día, pero la moda los había alcanzado también a ellos, así que acudían a los *tonsores* para que les cortaran el cabello o incluso para que le diera forma al peinado usando el calamistro, un artilugio de hierro que se calentaba para rizar el pelo, crear bucles, ondas o cualquier cosa que se les pudiera ocurrir.

Marcela ponía el grito en el cielo cada vez que Gayo acudía al viejo Arrio. Mil veces le había dicho que un hombre de su posición debía tener su propio *tonsor*, un hombre de confianza, un siervo de la casa que lo atendiera debidamente, en lugar de tener que acudir a una *tonstrinae* como cualquiera de los plebeyos que se hacinaban en ella... ¡para esperar su turno, nada menos! Pero el abogado había sido inflexible en ese punto. Arrio era, con diferencia, el mejor *tonsor* de toda Hispalis. Durante años, muchos de los magistrados y los decuriones hispalenses habían acudido a su *tonstrinae* para ser afeitados y acicalados. Alguno de ellos intentó incluso colocar a aquel hombre bajito y tranquilo bajo su ala, aunque él siempre mantuvo su independencia. Fruto

de eso, había obtenido una fortuna considerable, suficiente como para haberse permitido un retiro plácido mucho tiempo atrás, pero Arrio continuó rodeado de sus calamistros, sus *novaculae* y sus tijeras. El negocio quedó bajo la responsabilidad de su hijo, un hombre tan pequeño de estatura y de ademanes tan calmados como su padre, pero, aunque manejaba bien las navajas de bronce y tenía buen pulso, carecía del tacto suave de su padre, y tal vez nunca lograra alcanzarlo, pues Arrio parecía haber nacido con un don otorgado por los dioses. Sin embargo, el viejo todavía atendía en persona a algunos antiguos clientes, gentes por las que sentía un cariño especial, con independencia de su importancia o su rango social, y Gayo era uno de ellos, pues había entrado de la mano de su padre en aquel local desde que tenía poco más de cinco años. No sólo eso: el viejo tonsor era, además, una gran fuente de información, porque solía estar enterado de todo lo que ocurría en la ciudad, y Gayo acostumbraba a comentar con él los casos en los que trabajaba.

Así que allí estaba, pasado ya el mediodía, después de haber sido recibido por la sonrisa amplia y desdentada de su *tonsor*, sentado en un banco de madera en el que un par de clientes esperaban su turno entre juegos de mesa y chanzas, y con un Léntulo silencioso junto a él.

Cuando le tocó el turno, se sentó y comenzó una charla intrascendente en la que el *tonsor* le recriminó que llevara varios días sin ir a visitarlo, cosa que era cierta. Había estado tan ocupado, le dijo, que de no haber tenido aquella misma noche una fiesta importante se hubiera visto obligado a prorrogar su visita todavía más.

—Ah, está claro que no eres como tu padre... Siempre tan cuidadoso con su aspecto —sonrió el viejo.

—¿Has visto a mi padre hace poco? —se extrañó el abogado—. Pensaba que ya no venía por aquí, hace algún

tiempo que tiene su propio *tonsor*.

Arrio centró la mirada en la *novacula*, que frotaba en círculos contra una piedra de afilar.

—Me crucé con él hace unos días —asintió. Luego cambió de tema—. Así que fue a ti a quien atacaron la otra noche —dijo señalándole las magulladuras de la cara mientras le aplicaba agua en el rostro.

No tenía sentido negarlo, de modo que Gayo le contó con pelos y señales todo el incidente.

—Por eso ahora voy siempre bien acompañado —concluyó señalando con un dedo hacia Léntulo, que parecía aburrido.

Arrio miró al picto y dio un gruñido de satisfacción mientras comenzaba a rasurar. La afilada hoja apenas le arrancaba a la piel más que un susurro.

—¿Crees que puede volver a repetirse? —le preguntó.

—Todo es posible —respondió el abogado—. Me han hecho un encargo delicado, Arrio. —Y puso al *tonsor* al día de lo ocurrido desde que Ulpio Trajano le pidiera que investigara los incendios—. Tú conoces a todo el mundo en Hispalis: ¿sabes quién puede ser el que marca sus vasijas con las iniciales «F-I»?

Arrio se tomó su tiempo en contestar.

—Lo siento, Longo, pero no lo sé. Ojalá pudiera decirte lo contrario.

—Sin embargo, sabías que me atacaron —continuó el abogado—, ¿Sabes quién lo hizo?

Arrio negó de nuevo, mientras se tomaba un respiro para la espalda volviendo a afilar la hoja.

—Los cuchicheos no llegan a tanto —se disculpó frunciendo los labios—. Pero poco te conozco si no tienes ya alguna idea sobre todo esto —aseguró, y viendo que el

abogado miraba a su alrededor para ver quién se hallaba presente, se apresuró a tranquilizarlo—. No te preocupes, ése de ahí —dijo señalando a uno— es el cuñado de mi prima; ese otro —explicó alzando un dedo hacia otro— es mi vecino desde hace más años de los que puedo recordar, y a ese joven —indicó con la cabeza— Venus le ha metido en la cabeza que debe casarse con mi nieta, y con nadie más. Respondo por cuantos están aquí, puedes hablar con franqueza.

El abogado asintió antes de contestar.

—Tengo una teoría: creo que los últimos incendios, e incluso la muerte de Fabio Justo, están relacionados con el aceite, de un modo u otro. —Había bajado la voz pese a las palabras del viejo—. Pienso que los olearios se van a beneficiar del incendio de su almacén, en el que, estoy seguro, se perdió mucho menos aceite del que ellos dicen. Hay muchísimo dinero en juego, y los que saldrán ganando serán ellos.

—Como siempre han hecho —respondió Arrio reanudando el afeitado—. Pero eso no quiere decir que prendieran fuego a los edificios de la ciudad o que mataran al hijo de alguien importante.

Gayo tuvo que reconocer que tenía razón. Tal vez el incendio del almacén de aceite hubiera sido provocado por los olearios, tal vez incluso hubieran aprovechado que se estaban produciendo diversos accidentes de ese tipo para desviar las miradas, pero no tenían por qué estar detrás de todo.

Se mantuvo en silencio durante el resto del afeitado y el anciano respetó sus pensamientos. Cuando terminó, dejándole la piel tan tersa y suave como si la hubiera afeitado una hoja afilada por los mismos cíclopes, Gayo lo abrazó con afecto y le pagó con largueza. Arrio lo acompañó hasta la puerta y, cuando ya se despedía, le aseguró que le

haría saber cualquier cosa si llegaba a enterarse de algo.

—La gente siempre dice más de lo que debe —aseguró con una sonrisa franca.

El abogado le dio las gracias y se encaminó hacia el foro.

—¿Y ahora? —preguntó el picto.

Gayo giró la cabeza para responder. En ese momento, una mujer apareció de repente por la esquina que estaban a punto de cruzar y, al chocar con el abogado, cayó con estrépito. Ella y la cesta que llevaba. Peces, legumbres y panes se desparramaron por el suelo. El abogado y el picto se apresuraron a ayudarla, el primero dándole la mano para levantarla y el segundo recogiendo la compra, que se había manchado con el barro que formaba el polvo de la calle con las aguas sobrantes de una fuente cercana. Cuando lo hubo colocado todo de nuevo en el cesto, Léntulo se lo volvió a entregar a la mujer.

—Ya eres mayor, no deberías cargar con tanto peso —le aconsejó.

—Gracias, hijo mío. Pero no me queda más remedio cuando tengo que ocuparme de dar de comer a dos bocas enfermas que no pueden salir de su casa.

La mujer se alejó renqueando y el picto la observó con pena. Cuando devolvió la atención al abogado, vio que éste se pellizcaba la mejilla. Esperó un poco, pero, al ver que no se movía, le preguntó para sacarle de su abstracción:

—¿Adónde vamos ahora, dómine?

Gayo ni siquiera le oyó. Volvió la espalda a la *tonstrinae*, miró hacia la zona del foro, y de repente comenzó a correr.

Llegaron, acalorados y con el rostro encendido, junto al esclavo que guardaba las puertas de acceso a aquella parte de las termas.

—¿Qué está ocurriendo, dómine?

El picto lo había seguido en su rápido avance por el foro sin decir una palabra, pero finalmente le pudo la curiosidad.

—Pronto lo comprenderás. Libia tiene la clave de todo esto. Al menos hoy pondré un poco de luz a uno de los misterios que rodean la ciudad en estos días.

Sin embargo, cuando fueron a pasar, el guardia de la puerta les negó el acceso.

—Si venís a ver a Libia tendréis que esperar. Está ocupada.

—No tengo tiempo para esto. He de verla de inmediato.

—Lo siento, pero tendréis que esperar.

El esclavo negro abría las piernas para tener más estabilidad, y había cruzado los brazos, entretelidos por gruesas venas que cuarteaban la piel, sobre el pecho. Era evidente que no los dejaría entrar.

—Te pagaré diez denarios. Treinta —insistió cuando el custodio de la puerta negó con la cabeza.

—Lo siento, pero no puedo dejaros pasar.

Gayo asintió.

—Me gustas. Eres un hombre honrado e íntegro. Una lástima... —Y le hizo una señal a Léntulo.

El picto se acercó al tiempo que el abogado daba unos pasos hacia atrás. El esclavo levantó las manos, indicando que no deseaba pelear, pero del mismo modo negó con la cabeza en un claro gesto de que no los dejaría pasar. Léntulo dio un paso más y entonces recibió un duro golpe que le hizo girar la cabeza. El africano había atacado con rapidez y dureza. Normalmente no tenía que emplearse de ese modo, pero cuando ocurría solía solventar las disputas con ese primer puñetazo. Para su sorpresa, el picto ni siquiera se tambaleó, acostumbrado como estaba a encajar patadas, puntapiés y espadazos más duros que aquél. Así que se

volvió hacia el esclavo y le sonrió, con los dientes regados de sangre. Desvió hacia la izquierda, con lo que pareció un simple manotazo, el siguiente ataque, dejando abierta la guardia de su oponente, que no estaba acostumbrado a luchar por más fuerte que fuera. Por ahí llegó su primer golpe, que impactó en la mandíbula y arrancó un par de dientes. Sin darle tiempo a recuperarse, lanzó otro, esta vez a la boca del estómago, que dejó al esclavo sin aliento y lo obligó a agacharse, boqueando en un infructuoso esfuerzo de coger aire. Iba a darle el golpe de gracia cuando la voz de Gayo se alzó para detenerlo. Miró a aquel pobre hombre y, ofreciéndole la mano, lo ayudó a que se sentara en el suelo manchado de sangre.

—Asegúrate de que lo atienden —le dijo el abogado. Luego se volvió hacia el esclavo—. Has hecho lo que debías, y yo pagaré mi deuda. Dile a tu dueño que correré con los gastos de tus cuidados y pagaré los treinta denarios.

Y sin decir una palabra más, se lanzó escaleras arriba.

Libia, en efecto, estaba ocupada. Tumbado en la camilla se encontraba un hombre con la espalda embadurnada de aceite. Ambos parecían alarmados por los ruidos que habían oído momentos antes en la planta inferior. De hecho, algunas cabezas se habían asomado desde las otras habitaciones para saber qué pasaba.

—Fuera de aquí.

El tono del abogado no admitía réplica, y aun así, los ojos del cliente de la masajista se helaron ante aquellas palabras. Gayo se fijó en aquel tipo: lo había visto varias veces en el foro; era un comerciante venido a menos, pomposo y solemne. Ese tipo de personas que jamás admiten un error y a quienes el orgullo les impide rectificar, aunque el siguiente paso que se dispongan a dar los arroje por un precipicio.

Se irguió, sentándose en la camilla.

—¿Quién te crees para hablarme de ese modo? ¿Acaso crees que...?

—Te pagaré todo un mes de masajes si te marchas de inmediato. Si no lo haces... Bueno, en ese caso tendré que llamar al hombre que ha dejado malherido al esclavo que guardaba la puerta y pedirle que te saque contra tu voluntad.

No hizo falta nada más. Se oyó cómo el comerciante tragaba saliva con dificultad y al momento se levantó, se vistió sin secarse siquiera la espalda, manchando de aceite la túnica, y salió de la habitación.

—¿Qué ocurre? —preguntó Libia cuando se recuperó.

—Ocurre que me has mentido.

Capítulo XXXVI

Libia lo miró apretando los labios y Gayo frunció el ceño. Algo estaba pasando. Paseó la mirada por la habitación y no encontró nada fuera de lugar, excepto el cesto grande que se hallaba en un rincón y que había esperado encontrar. La sensación de que algo iba mal seguía allí, más intensa, incluso. Volvió a observarla con detenimiento. No es que algo estuviera fuera de lugar; era Libia la que mostraba una actitud extraña. Fría. Sí, ésa era la palabra. Ni siquiera cuando se vieron las primeras veces le había hablado de ese modo. Había sido formal, sí. Respetuosa. Pero siempre amable y cálida. Más tarde llegarían las confidencias y las charlas amistosas, y por fin los encuentros de los últimos días. Necesitaba hablar con ella, y que se mostrara dispuesta a contestar sus preguntas, de lo contrario estaba seguro de que no le diría lo que estaba pasando. Y la única forma de conseguirlo era tratar todo el asunto desde otro ángulo.

—¿Acaso te arrepientes de lo que ha pasado entre nosotros estos días?

Libia bajó la mirada, pues no había esperado esa pregunta. ¿Se arrepentía? Cerró los ojos e inspiró con fuerza, y en ese momento le llegó la respuesta a través del olor de la piel de Gayo.

—No —respondió alzando la cabeza y mirándolo a los ojos.

Él sonrió y se acercó un par de pasos.

—Entonces, ¿qué te ocurre? —Esta vez el sonido de su voz fue cálido, aunque no lo suficiente como para derretir la expresión gélida de la joven. Inclino un poco la cabeza y sopesó otra posibilidad—: Habla con franqueza, Libia, estamos solos y te prometo que lo que digas quedará entre nosotros y no tendrá consecuencias.

Esperó unos instantes, y como no decía nada, le hizo un gesto con la mano animándola a hablar.

Libia comprobó que el abogado comenzaba a perder la paciencia.

—Han encontrado a otra mujer. Muerta. —Gayo no reaccionó—. ¡Eso es lo que me pasa! —explotó señalándolo con una mano—. Justamente eso. Te pedí que nos ayudaras, te ofrecí dinero, ¿y qué has hecho? ¡Nada! No quisiste cobrar por tus servicios y yo, ¡tonta de mí!, pensé que pondrías todo tu empeño en ello. —Se volvió y caminó hacia la caja en la que guardaba sus ungüentos—. ¡Ahora me doy cuenta de que fui una ingenua! Tomaste lo que querías, y eso es todo. Y aun así —aseguró volviéndose hacia él, airada—, si me volverías a preguntar te respondería lo mismo: no, no me arrepiento de lo que hicimos.

—Te equivocas —respondió Gayo con voz suave. Ella lo miró sin comprender—. Sé quién es el hombre con el que se vio por última vez a tus amigas.

—¿Es Petronio?

La pregunta sorprendió al abogado.

—¿Petronio? ¿Quién es Petronio?

—Petronio —contestó ella rezumando veneno en cada palabra— es un malnacido. —Y así comenzó a explicarle lo que estaba sucediendo con el jorobado en la casa de Tersites. Incluso le explicó el pacto que habían alcanzado aquella misma mañana para acostarse con el jorobado. En

ese instante puso en palabras un pensamiento que llevaba rondándole desde hacía unos días—: ¿Y si fuera Petronio el que acabó con ellas? ¿Y si lo que ahora intenta con nosotras lo intentó aquella noche con ambas? Quizás el asunto se le fue de las manos...

Había estado observando al abogado mientras hablaba y comprobó que negaba con la cabeza al escuchar sus temores.

—No, no es posible —concluyó él después de un momento de reflexión—. Si fuera así, las habría matado aquella misma noche y sus cuerpos habrían aparecido juntos y a la vez, no de uno en uno y en distintos rincones de la ciudad. Además, dices que Palmira vio al último hombre con el que estuvo Glauca. Si hubiera sido un jorobado se habría dado cuenta, más aún tratándose de uno al que conoce tan bien. —Se sentó en la camilla dejando una pierna en el aire y apoyó las manos sobre ella—. No. Tus amigas fueron vistas en los muelles con un hombre. Pero no era un jorobado. Era el calvo del que me hablaste. Y ahora tengo que volver a hacerte una pregunta. Sé que me has mentado, así que dime: ¿dónde está Palmira?

Habló con voz afilada, la mandíbula tensa y los ojos acerados.

—Yo... No... —Libia no sabía cómo reaccionar ante aquello. Lo miraba con los ojos muy abiertos y algo nerviosa. Se rindió enseguida. No tenía sentido negarlo—, ¿Cómo lo has sabido?

—Esta mañana te vi en el mercado. Llevabas una cesta grande, cargada. Iba a acercarme, pero entonces vi que huías de aquel hombre y quise saber qué estaba ocurriendo. Llevo varios meses viniendo y nunca antes habías dejado tu puesto aquí —aclaró con cierto enfado—. Tu explicación fue bastante pobre, y tu actitud aún más sospechosa que tus respuestas. Estabas incómoda y te marchaste casi de

inmediato, incluso sabiendo que un hombre te había seguido para matarte. Si te hubieran encargado alguna compra para la casa de Tersites la hubieras hecho al salir de aquí y en un mercado más cercano. Hace un momento tropecé con una mujer que llevaba una cesta muy cargada y me dijo que llevaba comida para dos personas que no podían ir a comprar ellas mismas, y entendí que tú hacías lo mismo: comprar comida para Palmira. Tal vez Tersites no sepa dónde se encuentra, pero desde luego tú sí sabes dónde está. Quiero que me expliques qué está pasando.

Libia le sostuvo la mirada sólo un instante más; luego se derrumbó, dejándose caer con la espalda apoyada en la pared. Las lágrimas acudieron a sus ojos y desde allí se lanzaron a la conquista de su rostro de piel canela. Gayo tuvo que morderse la lengua a fin de mantener la compostura y no correr a consolarla. Quería abrazarla, pero sentía la necesidad de mostrarse enfadado un poco más. Al fin pudieron más las lágrimas que la ira y se arrodilló junto a ella.

—Háblame, Libia. Cuanto más tardes en contarme lo que está ocurriendo, más en peligro pones a tu amiga.

Aún necesitó unos instantes para tranquilizarse, pero cuando empezó a hablar fue un torrente imparable.

—No quise mentirte. —Las primeras palabras llegaron después de frotarse la nariz con el dorso de la mano—. No supe dónde estaba hasta ayer por la tarde. Regresaba a la casa de Tersites cuando un chiquillo me dio un mensaje. Decía que mi amiga estaba pasando hambre y que necesitaba que le llevara comida. Cuando le pregunté dónde estaba se encogió de hombros y me dijo que no lo sabía; sólo le había dicho que le llevara algo de comer a la lavandería. El chiquillo había traído el mensaje con la promesa de que recibiría un pago justo, así que le di un par de monedas — confesó, temblando un poco—. Pero no podía ir en ese

momento. Era tarde, no tenía nada para llevarle y no podía escaparme durante el tiempo suficiente como para comprar comida, llevársela y regresar sin despertar sospechas por mi ausencia. Por eso tuve que esperar a esta mañana.

»Fui a comprar algunas cosas —comentó, entre sollozos, señalando el cesto—, pero entonces apareció aquel hombre y me atacó. Por suerte, apareciste a tiempo.

—¿Y qué quería ese hombre, Libia? —Ella no contestó; bastante tenía con sofocar el llanto que le atenazaba la garganta, así que Gayo esperó un poco y volvió a preguntar—. Sólo asiente si llevo razón: ¿quería saber dónde estaba Palmira?

Libia asintió, y tras eso no pudo más y rompió a llorar amargamente, ocultando la cara tras las manos, con la cabeza gacha y fuertes convulsiones.

Gayo no se reprimió más y la abrazó, consolándola en voz baja. Se mantuvieron así algún tiempo, con el abogado susurrando lentamente y dándole palmaditas en la cabeza.

—De acuerdo —dijo cuando se recuperó un poco—. Ahora tenemos que ir a ver a Palmira. ¿Dices que sabes dónde está? —Leyó en sus labios más que escuchó el «sí» que pronunció, la ayudó a levantarse, recogió la cesta, y, señalándole la puerta, la apremió a salir—: Vamos, Libia. No temas, yo me ocuparé de que Tersites no te dé ningún problema.

Salieron al peristilo, donde un médico atendía al esclavo negro. Gayo le entregó la cesta a Léntulo. «Vamos», le dijo, y salieron de las termas con el gigante picto detrás.

Nada más salir, se toparon con el puesto de Crespo, que volvía a estar sumido en el caos. Una vez más, el perro de Plauto había escapado de su amo para venir a robarle salchichas al viejo vendedor, que vociferaba con el rostro encarnado y tantas babas en la comisura de sus labios como

su contrincante. Alrededor de ellos, la gente reía y gritaba. Algunos hacían apuestas sobre cuál de los dos terminaría quedándose con la ristra de salchichas por la que pugnaban. Distráido como estaba en éstas, Crespo no se dio cuenta de que unos chiquillos alargaban la mano, se llevaban parte de los alimentos que quedaban sobre la tabla de madera que le servía de mostrador y salían corriendo como si los persiguiera el mismísimo Mercurio para dar cuenta de un manjar tan inesperado como gratuito.

El perro sacudió la cabeza y de un tirón rompió la ristra de salchichas, haciendo que Crespo se quedara con la mitad en la mano y a punto estuviera de caer de espaldas. Con su botín asegurado, el animal dio una corta carrera, pero se detuvo a los pocos pasos, moviendo el rabo entusiasmado ante un hombre que se agachó junto a él, le acarició la cabeza y le dio un par de palmadas en el lomo antes de que saliera corriendo de la plaza.

Gayo lo conocía, por supuesto, aunque nunca había tratado con él y apenas habían coincidido en el foro. Vio cómo se acercaba al puesto de Crespo, le pagaba con largueza y daba órdenes a uno de los varios esclavos que lo acompañaban de que siguiera al perro y lo llevara junto a su dueño.

El abogado, la mujer y el picto se alejaron de allí. Cuando apenas habían dado un par de pasos más allá del foro, Libia, que caminaba junto a Gayo, le oyó decir, muy satisfecho:

—Sí... Las piezas encajan.

Capítulo XXXVII

Cruzaron la ciudad por callejones secundarios, malolientes y estrechos en los que la luz del sol quedaba atrapada en la telaraña de muros y paredes, incapaz de llegar hasta el suelo, librándolos así del calor. Esto no era más que una feliz consecuencia, pues su única intención al avanzar por aquellos pasajes era evitar las multitudes de las calles principales. Marcharon a paso vivo, dando algunas vueltas y revueltas, pero sin que nadie los interrumpiera, hasta asomarse por una esquina situada entre el colegio de olearios y el foro de las Corporaciones. Cruzaron hacia la calle que tenían frente a ellos, que desembocaba en la muralla, y tomaron un callejón a su izquierda. La puerta de la ciudad estaba a poco más de cincuenta pasos.

Dejaron atrás el laberinto de calles y tomaron la Vía Augusta, que salvaba el pronunciado desnivel del terreno para llevar, algo más allá, a los cuarteles de la tropa. Los soldados se habían mostrado más tranquilos desde que tuvieran que intervenir unos días atrás, pero su presencia en la ciudad seguía siendo mayor de lo habitual.

Dando la espalda a la fortaleza, continuaron avanzando por la calzada hasta llegar a los baños. A su altura, pero lamiendo las orillas del río, se alzaban más almacenes portuarios y malecones. Más o menos un estadio más adelante, el camino hacía un giro hacia la derecha, como si quisiera acercarse a las aguas que refulgían al sol. A su

izquierda veían granjas y campos cultivados, pero ellos seguían la dirección de la vía, que un poco más allá corría paralela a la corriente. Allí, entre los dos medios de comunicación de Hispalis, la calzada y el río de la ciudad, se levantaba un amplio suburbio.

La mayoría de las *insulae* alzadas en aquella zona se encontraban medio abandonadas por sus dueños, quienes se limitaban a cobrar sus alquileres y encogerse de hombros cuando alguno de los inquilinos se quejaba de que su *cenáculo*, se caía a pedazos. Con todo, era una zona masificada. En la mayoría de las viviendas se hacinaban seis u ocho personas, a veces más. La gente de aquel lugar se ganaba la vida como podía, en las granjas cercanas, vendiendo la fuerza de sus brazos por menos de lo que necesitaban para comer, o cargando fardos en los muelles. Otros tenían la dudosa suerte de tener su propio negocio: panaderos, vendedores de pescado, de vino, taberneros, pillos dispuestos a aflojar las bolsas del primer descuidado con el que se cruzaran... Aquellas calles parecían tener vida propia, ajena a la de la ciudad junto a la que se encontraban. Y hacia ellas dirigía Libia a Gayo y al picto. Antes de que se diera cuenta, el abogado caminaba por un lodazal. No había dado cuatro pasos cuando notó un picor en la pantorrilla: el efecto de las pulgas y las chinches que infestaban el lugar.

Se apresuraron a salir de aquel mejunje fabricado con orines derramados, el agua de las tuberías rotas y restos de basura. Libia, como si todo aquello no tuviera importancia, caminaba con paso seguro, tomando una u otra calle, hasta que por fin alzó el brazo y señaló un edificio:

—Es ahí.

La *insula* a la que se refería parecía estar algo más cuidada que las de alrededor. De una de las *tabernae* que albergaba emanaba el olor ácido y putrefacto de la orina rancia almacenada para lavar la ropa. Subieron las escaleras

sin querer apoyarse en el pasamanos, pringoso y lleno de manchas, y mientras ascendían, el abogado vio un movimiento por el rabillo del ojo y giró la cabeza para observar con más detalle.

Allí abajo caminaba una mujer portando un pequeño fardo envuelto. No debía de hacer más de uno o dos días que había dado a luz; se notaba en su caminar, pesado y lento. Se acercó a una fosa llena de podredumbre y deshechos y, alargando los brazos, dejó caer el pequeño bulto, que agitaba brazos y piernas bajo la basta tela que lo envolvía, en aquella montaña de porquería, alejándose sin mirar atrás. Una pena infinita se asomó a los ojos del picto, que también había visto la escena.

—Son muchos los que no pueden dar de comer a los suyos, Léntulo —explicó el abogado, pero sus palabras tenían el sabor de la desdicha y tragó saliva con dificultad tras pronunciarlas.

—Eres un hombre de leyes —le recordó la masajista—. Sin duda sabes que esa mujer no está infringiendo ninguna.

Gayo asintió ante aquellas palabras, pero no pudo evitar un último comentario hecho en voz baja:

—No puedo imaginar en qué situación debe encontrarse una mujer para hacer algo parecido.

Terminaron de subir en silencio hasta el último piso. La escalera daba paso a un corredor estrecho, de madera desvencijada, en el que al antepecho le faltaban más barandales de los que todavía conservaba. A un lado se abría el patio; en el otro, una ristra de puertas, demasiado cerca las unas de las otras, anunciaban el paso a las pequeñas *cenaculas* que se arracimaban en el estrecho pasillo.

Libia fue directa a una de ellas, pero, aunque llamó con insistencia, no logró que nadie les abriera, así que retiraron el panel de la puerta y entraron directamente. En un rincón

se encontraba una figura acucillada que se puso en pie en el mismo instante en que los vio entrar. Vieron que abría la boca, como si quisiera gritar, pero ni un sonido salió de su garganta. En cambio, lo que hizo fue volver a derrumbarse en el suelo. Cayó de rodillas, de cualquier manera, con un golpe seco que tuvo que hacerle daño, aunque no se quejó. Un instante después, Libia se encontraba junto a ella, abrazando a la muchacha, que al notar su contacto estalló en un sollozo desgarrado que provocó sacudidas en todo su cuerpo. Gayo fue a acercarse a ellas, pero Léntulo lo tomó por el brazo.

—Deberías dejarles unos momentos, dómine.

De manera que el abogado se armó de paciencia y esperó. Indicó al picto que buscara un par de recipientes en los que servir agua a las dos mujeres y se sentó, observando cómo se abrazaban o acariciaban sus rostros mientras mantenían las frentes unidas y derramaban lágrimas. Léntulo hizo más de lo que le habían pedido y preparó, además de agua, unos platos en los que sirvió parte de la comida que habían llevado en el cesto. Cuando el olor llegó hasta Palmira, un rugido salvaje surgió de sus tripas. Levantó la cabeza hacia la mesa, se limpió la nariz con el dorso de la mano y devolvió la mirada a Libia, que le hizo un gesto:

—Anda, come.

No hizo falta que se lo repitieran. Se sentó en un taburete y comenzó a tragar a toda prisa, mirando de reojo a los dos hombres. Después de que engullera una empanada, buena parte de la carne asada y media hogaza de pan en apenas un suspiro, Gayo decidió que había llegado el momento de las preguntas.

—Estamos aquí para ayudarte, pero para eso necesitamos que nos digas qué pasó la noche en la que os encontrasteis con el calvo.

La prostituta no contestó de inmediato. Miró a Libia, que

dio unos pasos hasta colocarse tras el abogado para ponerle las manos sobre los hombros en un gesto de familiaridad que sorprendió a Palmira y Léntulo tanto como agradó a Gayo. Si lo que pretendía era mostrar a su amiga que podía confiar en él, lo consiguió. Palmira apartó la mirada y cerró los ojos con fuerza. Luego, tomó el cuenco de barro y, con dificultad, se bebió toda el agua a pequeños sorbos. Gayo estaba a punto de insistir cuando por fin arrancó su relato con voz temblorosa:

—Nos ofreció un denario a cada una... ¿Cómo íbamos a rechazar algo así? Estaba medio beodo, y pronto se emborrachó del todo. Pensamos que sería una presa fácil; que podríamos sacarle más dinero... —Enmudeció y pareció respirar con dificultad, hasta que hizo una inspiración profunda que le dio fuerzas para seguir hablando—. Lo llevamos a una *taberna*... Y luego a otra. Para entonces apenas podía ponerse en pie, pero hablaba por los codos. Nosotras habíamos disfrutado de nuestra buena ración de vino, aunque manteníamos la cordura y la intención de quitarle aquella bolsa que nos parecía el cuerno de Amaltea. No lo queríamos para nosotras, Libia —se apresuró a explicar—. Tú sabes que esas monedas...

—Lo sé, no te preocupes —la interrumpió ella—. Continúa contando lo que ocurrió.

Palmira bebió de nuevo. Sentía la garganta tan irritada como si se hubiera tragado una zarza de espinos.

—Aquel hombre comenzó a decir cosas extrañas que entendíamos a medias. Hablaba sobre el emperador, y aseguró que se estaba gestando una conspiración para acabar con su vida. No le dimos importancia, pero algunos de los que había allí empezaron a mirarnos con ojos suspicaces, así que lo levantamos como pudimos y lo sacamos a la calle.

»Con el fresco de la madrugada pareció despejarse un poco, y entonces fue cuando todo empezó a ir mal. Continuó

hablando de la muerte de Nerón, de que pronto sería pasto de las llamas. Aseguraba que en esta ocasión todo saldría bien... Glauca... —Tuvo que detenerse para sollozar, pero se recuperó sonándose la nariz en las ropas sucias que vestía y continuó— y yo nos asustamos. Le dijimos a Porcia que debíamos marcharnos y alejarnos de ese tipo, pero no nos hizo caso. Nos dijo que nos marcháramos, que estaría bien y conseguiría lo que queríamos, así que la dejamos con él. Tú la conocías, Libia. Porcia era una mujer testaruda, nada de lo que pudiéramos decir la habría hecho cambiar de opinión. — Se detuvo un momento y profirió un suspiro largo y pausado para continuar después moviendo la cabeza de lado a lado—. Creía que podría quitarle la bolsa a aquel calvo malnacido...

»Más tarde, cuando ya clareaba, no fuimos capaces de dar con ella por mucho que la buscamos. Comenzamos a preocuparnos. Seguimos buscándola sin encontrarla hasta que el sol comenzó a brillar en las aguas del río.

—¿Por qué no me contaste antes todo esto? —preguntó Libia.

La respuesta vino acompañada por un encogimiento de hombros.

—Tuve miedo. Sobre todo después de lo de Glauca. Miedo de lo que pudiera hacer Tersites, de que volviera a mandarnos a las calles... sólo para encontrarnos de nuevo con ese malnacido. Pensé que lo mejor era esconderme y aprovechar para... Bueno, tú ya lo sabes, Libia —Alzó la mirada y se encontró el asentimiento de la masajista.

—Yo hubiera hecho lo mismo —contestó.

Cada vez más tranquila, Palmira continuó su relato.

—Pensé ocultarme en los campos, pero me moría de hambre y vine aquí, a casa de una prima de Glauca. No podía hacerse cargo de mí, aunque me permitió quedarme, por eso te mandé un mensaje.

Las palabras murieron entre sus labios y durante un tiempo ninguno de ellos dijo nada. Luego, Gayo se levantó del taburete en el que estaba sentado y se acercó a la muchacha, que parecía encontrarse muy lejos de allí. Le puso una mano cálida sobre el hombro para llamar su atención y le hizo las preguntas que lo habían llevado hasta allí:

—¿Serías capaz de reconocer al hombre con el que estuvisteis aquella noche?

Un movimiento afirmativo fue la respuesta. El abogado asintió a su vez con una sonrisa y volvió a preguntar—: Muy bien. ¿Llegó a decirnos su nombre?

Palmira continuó sin mirarlo, pero la respuesta sonó metálica y afilada:

—Su nombre es Milico.

Gayo asintió, cada vez más satisfecho.

—Pero él no fue quien mató a Glauca, ¿verdad?

Palmira negó con vehemencia.

—No. Es un hombre más joven, con el pelo bastante largo, y no calvo como Milico. Me fijé en él cuando se fue con Glauca porque, a pesar del calor, vestía una *paenula* y se cubría la cabeza con la capucha.

—Piensa —le pidió Gayo en el mismo tono paternal—: ¿lo habías visto antes?

No fue necesario esperar para recibir la respuesta.

—Es un ratero, pero no sé su nombre. Algunas veces, cuando aparecía, la gente cuchicheaba y lo señalaba, susurrando que se prestaba a cualquier trabajo siempre que estuviera bien pagado. Pero con nosotras siempre cumplía — se apresuró a aclarar—, y Glauca era su favorita. También por eso me asusté... Si era capaz de matarla a ella...

—¿Sabes algo más, Palmira? —La muchacha negó con la cabeza, pero Gayo no quiso darse por vencido—. Ese hombre

atacó a Libia esta mañana. —Palmira alzó la cabeza y miró de nuevo a su amiga. Se llevó las manos a la boca, incapaz de pronunciar sonido alguno—. Estuvo a punto de matarla... Si sabes algo más, debes decírmelo.

—No... No sé nada... ¿Por qué quieren matarnos? —preguntó moviendo la cabeza de uno a otro.

Gayo dejó la mesa en la que se había apoyado y volvió a ponerse en pie. Pasó un brazo sobre el hombro de Palmira y miró fijamente a la masajista.

—Quiere mataros porque ha encontrado a alguien que le paga muy bien por ello. Y ahora ya sé la razón.



Capítulo XXXVIII

No fue fácil convencer a Palmira de que debía regresar a casa de Tersites. Al miedo por lo que pudiera hacer el griego se unía el pavor a encontrarse con el asesino de sus amigas en cualquier esquina. Quien consiguió convencerla fue, quién lo iba a decir, Léntulo. Para ello se sentó frente a la muchacha sin decir una palabra y la miró durante largo tiempo, dejando que, a su vez, ella paseara la vista sobre él. Cuando creyó que había llegado el momento, le ofreció una mano y, con voz convincente a pesar de su acento, susurró:

—He dado muerte a muchos. No permitiré que nadie te haga daño.

Palmira le tomó la mano sin apartar la vista de sus ojos y dejó que la ayudara a levantarse. Llenó con rapidez el cuenco de agua y volvió a beber un trago largo y ruidoso, dio un último vistazo a la destartalada habitación en la que había pasado los últimos días y siguió a los otros hasta la puerta.

Apenas habían dado una decena de pasos cuando el picto se colocó a la altura del abogado, dejando a las dos mujeres un par de pasos por detrás.

—Y ahora, ¿qué hacemos? El sol ya baja y...

—¡Maldición! —lo interrumpió Gayo.

Detrás de él, Palmira se sobresaltó.

—¿Ocurre algo?—preguntó Libia, extrañada.

—¡Se me hace tarde! Debería estar en mi casa, preparándome para el banquete de esta noche —respondió deteniéndose en mitad del fango y mirando exasperado hacia las dos mujeres. Puso los brazos en jarras y un momento después se pasaba una mano por la coronilla.

—¿Qué quieres hacer, dómine?

—Nosotras podemos ir solas hasta la casa de Tersites —terció Libia.

Gayo la miró y luego observó a Palmira, que temblaba como un perrillo mojado en un día de invierno.

—No, no... De eso nada. Léntulo, acompáñalas hasta la casa de Tersites. Asegúrate de que el viejo griego comprenda lo ocurrido. Dile que sabemos quién es el responsable de todo esto. ¿Me has oído? Luego vuelve a casa, pero no lo hagas hasta estar *seguro* de que ambas están seguras y de que Tersites se haya calmado.

—¿Y tú qué harás? —preguntó Libia.

—Adelantarme a vosotras. Tengo prisa y Palmira está demasiado débil como para seguir mi paso. Tranquila, no me pasará nada; todavía hay luz suficiente y las calles están rebosantes de gente. Nadie se atreverá a atacarme a esta hora. —Miró a Palmira de nuevo y le puso ambas manos sobre los hombros—. No te preocupes, yo me ocuparé de vosotras. Todavía no sé cómo, pero te prometo que algo se me ocurrirá, no permitiré que te pase nada malo.

No esperó una respuesta. Se despidió con un gesto de cabeza, dio media vuelta y comenzó a caminar a grandes zancadas.

—Como le ocurra algo, más vale que no vuelva por la casa o su mujer me despellejará... —comentó el picto con un suspiro.

* * *

Marcela estaba más que enfadada cuando llegó Gayo. Y no ayudó nada verlo entrar con las ropas arruinadas y oliendo a orines y a podredumbre. Lo siguió hasta el baño reprochándole que llegara en un estado tan lamentable cuando los invitados estaban a punto de empezar a llamar a la puerta, y sólo lo salvó el hecho de que una de las esclavas apareciera para preguntarle si comenzaban a preparar las cuberterías o esperaban un poco más, y allá se alejó Marcela, tras una última mirada de reprobación, y con las sedas formando un huracán en torno a ella, para seguir dando instrucciones sin cesar.

Hizo que lo lavaran a toda prisa y que lo vistieran con más rapidez aún, pero cuando salió al peristilo los primeros invitados ya estaban presentes. Era un matrimonio ya muy mayor. Ella, Lépidia Albia, tenía fama de ser la mayor arpía de toda Hispalis. Su marido era un hombre sabio y bondadoso que había visto truncado su *cursus honorum* cuando sonaba para pretor debido a un escándalo ocurrido mientras ocupaba el cargo de edil. Se demostró que había sido inocente de la acusación que había recibido, nada menos que el robo de una fortuna de las arcas, pero su carrera perdió fuelle y nunca más se recompuso. Ahora era un anciano amable, aunque en opinión de Gayo demasiado intenso y pesado a la hora de exponer sus opiniones. Antes de que pudieran traerles siquiera una copa, llegó otro de los invitados: la mujer de Hilario Grato, el *duoviro*, que llegaba disculpando a su esposo, quien, según explicó, había sido presa aquella misma tarde de unas fiebres, aunque había insistido en que su esposa asistiera a la fiesta. Flavia ya se hacía cargo de ella cuando Casto le pidió a Gayo que acudiera a la puerta. Allí, en la sala anexa en la que solía pasar su tiempo el esclavo, el abogado se encontró con un

hombre de pelo lacio y pegado a las sienes, labios finos y ojos saltones. Vestía una túnica que había sido de buena tela, aunque ahora se mostraba ajada por el tiempo.

—¿Quién eres tú? —le preguntó extrañado.

El desconocido hizo un amanerado saludo antes de responder:

—Soy Anaxándridas, el poeta. Marco Lépidio Calpurnio me dijo que estabas interesado en patrocinar a un poeta y que debía presentarme ante ti. Lo hice, tal como me indicaron, pero tu esclavo —explicó señalando a Casto— me dijo que se había cancelado la fiesta y que debía regresar hoy.

—Cierto, cierto... —Gayo detuvo el torrente de palabras de aquel hombre, que parecía dispuesto a continuar dando explicaciones—. Discúlpame, pero mi día ha sido especialmente duro y me había olvidado de tu llegada. ¡Pero aquí estás! —exclamó levantando los brazos hacia él—. Marco me habló muy bien de ti. Espero que estés a la altura de sus alabanzas.

—No encontrarás a nadie mejor —respondió agachando la cabeza para que no le vieran el brillo en los ojos.

—Bien, bien. Escúchame: hoy es un día importante. Quiero que seas un regalo para mi mujer en el banquete de esta noche... —Lo miró de arriba abajo—. Me perdonarás si te digo que tus ropas no son adecuadas... Casto —ordenó al esclavo—, entrégale otras. De buena calidad, aunque no lujosas. Prepárate, Anaxándridas. Si logras satisfacerme esta noche, no te faltarán elogios ni monedas en tu bolsa.

Cuando regresó al patio, comprobó que Ulpio Trajano y su mujer, Marcia, estaban entrando.

De inmediato, Ulpio se llevó a un aparte al abogado. Ni siquiera formuló la pregunta, se limitó a mirarlo a los ojos.

Gayo le contó muy por encima sus últimos pasos. Empezó por el asunto de los sobornos relacionados con la

distribución del agua, dándose la satisfacción de indicar que, tal como había sospechado, Fabio estaba más que involucrado.

—A estas alturas, estoy seguro de saber qué es lo que está ocurriendo.

—¿Y puedo saberlo también yo? —preguntó el Trajano.

Gayo hizo un leve gesto de negación con la cabeza.

—Aún necesito confirmar mis sospechas. Es un asunto serio, Ulpio. Muy serio. —Vio que su invitado iba a insistir, así que, con una sonrisa que pretendía tranquilizar a Ulpio, se apresuró a aclarar—: Todo tiene que ver con los olearios. Confía en mí, muy pronto podré explicártelo todo.

Tras los saludos de rigor de Marcela, pasaron al triclinio, y allí comenzó el calvario del abogado.

* * *

La clepsidra acaparó de inmediato todos los comentarios, ante el evidente agrado de Marcela, que parecía haber olvidado por completo su mal humor de hacía un rato y ahora se mostraba encantadora y cordial con los invitados y lacónica con los esclavos, como debía ser. La sala se había decorado con diversas esculturas, iluminadas por una miríada de lucernas y candelabros. Los tapices y cortinas colgaban de las paredes, y las mesitas y triclinios estaban perfectamente dispuestos. Un sinfín de pétalos de flores habían sido esparcidos por toda la sala, y los esclavos se acercaron con rapidez portando los cuencos y las toallas para que los invitados se lavaran manos y pies. El *nomenclátor* los fue ubicando en sus respectivos lugares, otorgando el de honor a Ulpio, que con Marcia a su lado parecía más discreto con respecto a Marcela.

La conversación se animó antes de que los entrantes, compuestos de lentejas con castañas, puré de lechugas con cebolla y paté de aceitunas, se colocaran en la mesa circular situada entre los triclinios. Pero si Gayo se las prometía felices, pronto comprobó que aquella noche cenaría poco, pues no tardaron en llegar los pescados y el odiado *garum*. El olor le llegó cuando los platos aún debían de estar saliendo de la cocina, y en ese mismo instante se le cerró el estómago de tal manera que no fue capaz de llevarse nada más a la boca, quedándose con una copa de vino en la mano y aduciendo ardor de estómago ante las insistentes preguntas de los invitados.

Las mujeres pronto estuvieron hablando de pelucas y de peinados. Lépida Albia le pedía a su esposo una peluca con el peinado de Marcela, que mostraba un radiante tono rubio nada habitual. Él, en cambio, con una sonrisa afable, le decía que ya no tenía edad para según qué experimentos, y que lo que le quedaba bien a una mujer joven y bella como Marcela podía ser poco menos que un parche de mal gusto para una mujer de su edad.

Entonces Lépida Albia se giró hacia Marcela y, llamando su atención con la mano, le dijo arrancando las risas de los presentes:

—Aprende bien esta lección, querida: los hombres no hacen nada a menos que saquen un beneficio de ello.

Marcela, disfrutando de la conversación, quiso mostrar que no todos eran así y, de paso, conseguir un nuevo lujo para su *domus*.

—No todos, gracias a los dioses. Ahora, por ejemplo, Gayo me va a dar permiso para colocar en las ventanas *lapis specularis*, ¿no es cierto, querido? —anunció emocionada.

El abogado estuvo a punto de atragantarse al oírlo. Una mejora como la que proponía Marcela suponía una auténtica fortuna que no estaba dispuesto a gastar en algo tan frívolo

como aquello. Gayo, sin embargo, era un hombre de recursos, y una vez más escapó de la trampa sin llegar a pronunciarse: dejó la copa de vino en la mesita, dio un par de palmadas para llamar la atención de todos, y se incorporó levemente en su triclinio.

—Hoy es un día especial para mi casa gracias a vuestra visita. Por eso, y como regalo a mi esposa, que tanto se ha esforzado para que esta velada sea un éxito, quiero presentaros a Anaxándridas, el poeta.

Comenzó a aplaudir y los invitados reaccionaron emocionados con una algarabía entusiasmada cuando lo vieron entrar. Gayo comprobó complacido que Casto había cumplido bien su encargo, y ahora Anaxándridas lucía mucho mejor, con una túnica que parecía cosida para él. Se acercó a los comensales, hizo una reverencia y comenzó a recitar:

*Vivamos, Lesbia mía, y amémonos,
y que no nos importen un as las murmuraciones
de los viejos severos.
Los soles pueden salir y ponerse,
pero nosotros, una vez se apague nuestro breve
día,
dormiremos una noche eterna.
Dame mil besos, luego cien, luego otros mil,
luego cien más, después hasta dos mil y otra vez
cien,
y finalmente, cuando lleguemos a muchos miles
perderemos la cuenta para no saberla,*

*y para que ningún malvado pueda maldecirnos
al saber cuántos han sido nuestros besos.*

La voz de Anaxándridas era tersa como la miel, y se pegaba a los oídos de los presentes dejando un sabor placentero. Los invitados rompieron en aplausos cuando terminó el poema, y Ulpio en persona le entregó una copa de vino:

—¡Toma, amigo: bebe! Sin duda te lo has ganado.

Marcela le lanzó una mirada a Gayo que lo desarmó por completo: su mujer lo miró con los párpados entornados y una luz en los ojos. Entreabrió los labios, que humedeció con la lengua. Se llevó una aceituna hasta ellos, la besó y, acto seguido, se la ofreció a su esposo.

—Esto ha sido sólo una promesa de lo que está por venir... —le anunció, dejando caer su cálido aliento junto a la oreja del abogado.

Gayo iba a responderle cuando el poeta se lanzó de nuevo a recitar:

—Por favor, dulce Ipsilila mía, delicia mía, encanto mío, invítame a tu casa a echar la siesta. —Los aplausos de los presentes apenas permitían que se oyera la voz de Anaxándridas—. Y si me invitas, hazme aún otro favor: que nadie cierre la puerta de tu casa, y tú ten la bondad de no marcharte; quédate en casa, y prepárate para echarte conmigo nueve polvos seguidos. Pero, si accedes, invítame ahora mismo, pues he comido ya y, satisfecho, estoy tumbado boca arriba y perforo la túnica y el manto.

En el triclinio se quedaron todos petrificados, como si entre ellos hubiera aparecido la mismísima medusa. Anaxándridas, creyendo que los había llevado de nuevo a un estado de éxtasis, comenzó de inmediato un nuevo poema.

—Os daré por el culo y os impondré mi virilidad, Aurelio comevergas y Furio marica, que por mis versitos, a veces lascivos, me habéis considerado poco decente. Pues el poeta bueno debe ser casto en su persona, pero no es necesario que lo sean sus versos, que, en definitiva, sólo tienen sal y gracia si son algo voluptuosos y lascivos y pueden levantar los ánimos, no ya de los muchachos, sino de esos peludos que no pueden siquiera menear sus duros lomos. Vosotros, porque habéis leído muchos miles de besos, ¿me consideraréis poco hombre...?

Antes de que concluyera, Gayo ya se había puesto en pie y, en un par de largas zancadas, estaba junto a Anaxándridas. Lo tomó por el hombro y comenzó a empujarlo, sin rudeza pero con insistencia, hacia la salida. Desde allí lo despidió, dándole las gracias por asistir y diciéndole que ya hablaría con él. Cuando se volvió hacia el interior de la sala, Flavia y la mujer de Hilario Grato estaban pálidas, Lépida Albia se relamía pensando en lo mucho que disfrutaría con los comentarios que suscitaría aquella velada y Ulpio contenía a duras penas la risa ante la mirada reprobatoria de su mujer. Cuando el abogado clavó los ojos en Marcela, toda la dulzura de unos momentos antes había desaparecido para ser reemplazada por la ira de Poseidón.

Capítulo XXXIX

Ajena a lo que había ocurrido en el triclinio, Hipada se demoraba en el peristilo. Había oído que llamaban a la puerta y miraba hacia el patio con ansiedad, esperando que Léntulo apareciera por fin. Le parecía increíble que nadie más se hubiera dado cuenta de su ausencia, aunque, si lo pensaba bien, el picto sólo llevaba un par de días en la casa. Y ese pensamiento la angustiaba, pues era habitual que si un esclavo tenía intención de escapar lo hiciera durante esos primeros días.

Antes de que Casto pudiera abrir, el poeta que había venido para amenizar la velada cruzaba junto a ella con una expresión que la mujer no supo identificar: tanto podía ser de alborozo como de preocupación. Siguiendo sus pasos, Hipatia comprobó que la puerta se abría, pero quien entraba por ella no era el gigante picto, sino Marco, que intercambiaba palabras a toda prisa con Casto. Se encaminaba ya hacia la sala para continuar atendiendo la cena cuando la voz del esclavo la detuvo.

—iHipatia! Dile a dómine que Marco Lépedo Calpurnio está aquí y quiere verle enseguida.

—Dómine está atendiendo a invitados importantes y no...

—iYo te diré lo que es importante! Llámalo, ahora mismo
—la interrumpió Casto.

Hipatia asintió con un golpe seco de cabeza y,

componiendo un mohín, se dio la vuelta para dirigirse al triclinio.

Cuando llegó, le pareció que el ambiente alegre y casi festivo que se vivía momentos antes había dejado paso a otro, tenso y áspero. Comprobó que, para su sorpresa, Gayo estaba de pie: las conversaciones habían pasado a ser poco más que un cuchicheo, e incluso el esclavo dedicado a barrer las cáscaras, huesos, conchas y demás restos que los invitados dejaban caer de forma continua durante una cena de ese tipo se había detenido.

—Dómine, te reclaman en la puerta —anunció componiendo una voz grave y hablando lentamente.

Sus palabras salieron con tanta cautela que parecía temer la reacción que pudieran causar. Sin embargo, su dueño pareció aliviado al escucharla y ni siquiera preguntó quién quería verlo. Al contrario, dándole las gracias, salió disparado hacia las *fauces* de la casa, sin preocuparse del modo en que Marcela lograra reconducir la situación en la sala.

Se acercó a Marco y se abrazó a él.

—¡Nunca fuiste más oportuno, amigo mío! Pero, dime, ¿qué haces aquí a estas horas?

—He encontrado al calvo —comentó sin más.

Los ojos de Gayo se agrandaron hasta que parecieron que querían salirse de sus órbitas y pareció haber perdido el habla durante un instante. Sin embargo, cuando la recuperó fue para preguntar con tanta prisa que las palabras salieron atropelladas.

—¡Gracias a los dioses! ¿Dónde? ¿Dónde está? ¿Seguro que es él?

—Puedes estar seguro, no hay posibilidad de error. —Lo miró un instante y preguntó a su vez—: Y ahora, ¿qué quieres hacer?

El abogado se tomó unos instantes para meditar mientras daba paseos cortos de un lado a otro. De vez en cuando alzaba la cabeza y miraba hacia el triclinio para, de inmediato, negar con la cabeza y dar un par de pasos más. Por fin pareció tomar una decisión.

—Nos vamos, Marco. De todos modos, la noche ya está arruinada... —A Marco le pareció un comentario bastante enigmático, pero por una vez no hizo preguntas—. Aguarda aquí un momento.

Se adentró de nuevo en la *domus* y se presentó ante los invitados con el rostro cariacontecido.

—Tendréis que perdonarme, pero ha surgido un asunto de suma importancia y debo marcharme. —Marcela le clavó estacas con la mirada, y cuando ya abría la boca para decir algo, Gayo retomó la palabra haciéndole un gesto significativo a Ulpio Trajano—. Es un asunto urgente.

Fue lo único que se le ocurrió para encontrar la forma de salir de la casa sin mayor alboroto: convencer a Ulpio de que el motivo por el que se ausentaba estaba relacionado con su encargo. De este modo se pondría de su parte y Marcela no podría reprocharle nada, al menos en cuanto al abandono de sus obligaciones como anfitrión. Tiempo tendría para inventar una excusa tardía, porque, desde luego, el asunto de Milico nada tenía que ver con la muerte de Fabio.

Se despidió pues con las bendiciones de Ulpio y la admiración del resto de los presentes: muy importante tendría que ser lo que ocurría para desaparecer de ese modo y que un invitado de la trascendencia del Trajano no sólo no se ofendiera, sino que lo apoyara y estuviera al tanto de lo sucedido. Llegó junto a Marco con cierto alivio después de haber superado una situación tan difícil como aquélla, y cuando ya salían se volvió hacia Casto:

—Léntulo ya no puede tardar. Dile que vaya en mi busca tan pronto como aparezca.

—Sí, dómine. ¿Dónde le digo que vaya?

Gayo miró a Marco, y fue él quien respondió.

—A la *taberna* de Albino, junto a la puerta oeste.

—Sé cuál es —asintió el esclavo—. Lo enviaré allí de inmediato.

* * *

Una vez en la calle, Gayo comprobó que ya había oscurecido y las vías descansaban del trajín de la jornada hasta el día siguiente. Al principio se cruzaron con algún rezagado que salía del templo o cerraba su *taberna* a deshora, apresurándose a llegar a su casa para una cena tardía; algunas calles más allá, la ciudad pareció echarse a dormir y no vieron más que a un par de sombras alejándose por una esquina.

Bordearon el foro en dirección al río y avanzaron por el Decumano Mayor. Cuando hubieron pasado el templo dedicado a la Tríada Capitolina, Marco redujo el paso.

—Está ahí —aseguró señalando a la luz que salía de unas ventanas iluminando la calle algo más adelante—, bebiendo como si fuera una bacante.

Se acercaron con cautela para asomarse por el ventanuco, pero los comensales del interior de la *taberna* estaban pendientes de sus charlas y juegos y nadie se fijó en ellos. Así pudieron ver que Milico estaba, en efecto, al fondo del local, con un par de jarras sobre la mesa y vino goteando de su barbilla. Frente a él se sentaba el ratero que había atacado a Libia y, sin duda, dado muerte a Glauca.

—¿Y ahora? ¿Entramos a hablar con él? ¿Lo detenemos? —preguntó Marco.

—No, no. Tú te quedarás aquí. No parece que vaya a moverse en un buen rato; si lo hace, lo sigues y luego vienes a buscarme.

—No te entiendo... ¿Dónde vas a ir tú?

—Ha llegado el momento de iniciar una *actio* contra ese hombre —respondió con seguridad.

—¿Ahora?

—Sé dónde encontrar a un *duoviro* —contestó con una sonrisa.

—Pero, es muy tarde, y si...

—¡No te preocupes! Ya has visto que las calles están vacías. Nadie nos ha seguido, así que estaré bien.

Marco intentó disuadirlo, pero no tuvo éxito: antes de que dijera tres palabras seguidas, el abogado ya se alejaba.

* * *

Léntulo era empujado por Hipatia hacia un rincón de los almacenes de la casa. Se le echó encima, devorándolo con la lengua y apretándose contra él.

—Te he echado de menos —le confesó sujetándole la cara con ambas manos mientras lo miraba con ojos ardientes.

Volvió a besarlo con ansia. Estaba a punto de levantarse la túnica cuando notó que le tiraban del pelo con fuerza, haciendo que se apartara del picto. Cuando se giró con un gesto de dolor para ver quién la trataba de ese modo, se encontró frente a frente con los ojos de Marcela.

—¡Maldita furcia! ¿Así que echándote en los brazos del primero que llega a la casa? —exclamó mientras la

abofeteaba. No solía tratar así a sus esclavos, pero aquella noche todo había ido de mal en peor, los invitados se habían marchado momentos después de ausentarse Gayo y ahora ella liberaba su frustración sobre la esclava—. Y tú, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Cómo es que no estás con mi esposo? —preguntó enfurecida a Léntulo.

—Dómine me envió a realizar unos recados —comentó, sin tener muy claro si debía poner al día a aquella mujer de todos los movimientos del abogado—. Acabo de llegar y...

—¡Y en lugar de proteger a tu dueño te dedicas a revolearte con esta... esta... ! —No encontró la palabra que buscaba, así que volvió a dar un par de azotes a la pobre Hipatia, que aguantaba los golpes, más dolida porque la hubieran sorprendido que por el daño que le estaban haciendo—. ¡Ya estás saliendo a buscar a mi marido! ¡Y pobre de ti si le ocurre algo! Responderás con tu pellejo por cada rasguño de su piel, puedes estar seguro.

Y Léntulo no dudó de la veracidad de aquellas palabras. Salió del almacén y casi chocó con Casto, que había dejado a Hipatia *unos segundos* a cargo de la puerta para ir al baño y ahora se encontraba con aquello. Lo tomó por el brazo y se lo llevó de allí.

—En buen lío te has metido nada más llegar... ¡Aléjate de Hipatia! Esa mujer sólo te traerá problemas. —Lo dijo con voz segura, mirándolo a los ojos. Cuando comprobó que el picto se volvía a su vez para comprobar el estado de la esclava, soltó un bufido—. ¡Tú sabrás lo que haces! Ahora, vete, encuentra a nuestro dómine —le dijo llevándose hacia la calle, al tiempo que le daba las instrucciones precisas para encontrar la *taberna* en la que lo esperaban.

Cuando ya salía por la puerta, Léntulo miró de nuevo hacia atrás y cruzó la mirada con Hipatia, que, pese a estar siendo llevada de los pelos por Marcela, le envió un mensaje claro que al picto le produjo un escalofrío: «Eres mío».

* * *

Gayo se encontraba a la altura de la basílica cuando recibió el golpe. Caminaba a toda velocidad hacia la casa de Hilario Grato, que vivía cerca de la *domus* en la que creció el abogado. Iba tan absorto pensando en cómo le presentaría el caso al magistrado que no se dio cuenta de que se le echaban encima hasta que recibió el impacto. Cayó de bruces, llevándose las manos a la cabeza.

—Te advertimos que no metieras tus narices en asuntos que no te conciernen y te vienen grandes, abogado.

Varios pares de piernas lo rodearon y comenzaron a darle patadas. En una de ellas se produjo un terrible crujido y Gayo supo que le habían roto la nariz. En ese momento, comenzó a notar que respiraba cada vez con mayor dificultad. Entonces, una nueva patada en la cabeza hizo que la oscuridad se tornara espesa y no vio nada más.

Despertó en un lugar que no conocía. Al principio le costó enfocar la mirada: le parecía que cien telarañas se habían tejido en torno a sus ojos. Poco a poco, su visión se aclaró y fue consciente de lo que ocurría a su alrededor.

Descubrió que se encontraba tumbado junto a una gran ánfora, en el interior de una *taberna* iluminada sólo por la antorcha que portaba uno de aquellos tipos que lo habían arrastrado hasta allí. El olor verde y afrutado del aceite lo impregnaba todo, y de pronto comprendió lo que estaba ocurriendo. Quiso levantarse y se encontró con que estaba atado de pies y manos, y, aunque forcejeó, no fue capaz de liberarse de las ligaduras.

—Ni lo intentes, abogado —le dijo el que parecía llevar la voz cantante.

Un momento después, los matones salían de la *taberna* y las llamas comenzaban a lamer los suelos impregnados de aceite.

Capítulo XL

Léntulo caminaba a paso vivo por las calles vacías, levantando con sus *perii* oscuros ecos contra el empedrado. Seguía las indicaciones que le había dado Casto: dirigirse al foro y girar a la derecha por el Decumano Mayor hasta pasar el templo y encontrar la *taberna* en la que lo esperaban. Tenía ya a la vista el amplio espacio del foro cuando le pareció que, allá al fondo, unas sombras más oscuras que la noche resoplaban cargando un pesado fardo y se perdían tras una esquina. Pensando que se trataba de algún comerciante que pasaba un mal rato para llevar hasta su establecimiento algún burro o parte de una ternera vieja con los que preparar comida, meditó acercarse para echar una mano, pero luego pensó que su amo lo esperaba y decidió no entretenerse.

Le gustaba el abogado. Aquel hombre tranquilo e inteligente que solía pensar más de lo que hablaba, a pesar de que hablaba mucho. Tenía además buen talante, aunque, ahora que lo pensaba, lo había visto sonreír poco desde su llegada a la casa. Por otro lado, era un hombre afortunado: su mujer era una auténtica diosa, y por lo que había podido ver, aquella masajista, otra mujer hermosa, también lo miraba con ojos de enamorada... Y él a ella, desde luego. Aquello era todo un misterio para el picto, pues, a decir verdad, el abogado no era un hombre especialmente atractivo. En cambio, sí poseía fuerza, una curiosa capacidad

para atraer la atención de los que lo rodeaban. Tal vez fuera por sus gestos tranquilos, o incluso por esa voz algo aguda que se sobreponía a las demás sin esfuerzo. Para colmo, era rico. Sin duda, los dioses lo habían elegido. Y muy lejos de sentir pesar o rencor, o ni siquiera envidia, Léntulo se dio cuenta en ese instante de que se alegraba por él. Y el motivo sólo podía ser uno: Gayo Longo Licinio le parecía un buen hombre, por muy romano que fuera.

En esos pensamientos se entretenía cuando oyó unos pasos quedos que se acercaban; al prestar más atención comprobó que quien venía hacia él era Marco, el amigo de su señor.

—Date prisa, grandullón. —La primera vez que lo oyó llamarlo así no le hizo la menor gracia, pero comenzaba a darse cuenta de que, en realidad, aquel hombre era abierto y alegre, y que lo decía más como una muestra de admiración que con desprecio—. Gayo se ha ido hace poco a casa de Hilario Grato. Si corres tal vez lo alcances antes de que llegue, aunque lo dudo.

—¿Por qué no me esperó?

—Porque no sabía cuánto tardarías en venir y el pájaro puede volar en cualquier momento. —Y sin más explicaciones, pasó a decirle cómo ir a casa del *duoviro*—. Regresa hasta el foro y una vez allí crúzalo para continuar por el Decumano Mayor. Si lo sortearas por la parte norte y callejearas entre las casas ganarías tiempo, pero puede que te perdieras. Pasarás una casa muy grande, es inconfundible; otro día te contaré a quién pertenece... En cuanto la rebases, gira a tu izquier...

—¡Espera! —lo interrumpió el picto de pronto—. Dices que si bordeas el foro llegas antes. ¿Él habrá tomado ese camino?

Marco lo miró algo sorprendido por la interrupción. Parpadeó un par de veces y estaba a punto de ponerlo en su

lugar cuando algo en la actitud del picto lo puso en alerta.

—Sí, seguro que Gayo ha tomado ese cami... ¡Eh, espera! ¿Adónde vas?

Léntulo le contestó ya de espaldas, en plena carrera.

—¡Creo que ha pasado algo malo! —anunció poniendo voz a sus sospechas.

Marco dudó entre seguirlo o no, pero finalmente decidió quedarse; si había pasado algo, el picto era más que capaz de valerse por sí solo, pero si perdían de vista al calvo... Con el corazón encogido, regresó a la *taberna* y volvió a mirar por el ventanuco: Milico ni siquiera se había movido.

* * *

Léntulo hubiera podido rivalizar con Céfiros, el caballo inmortal y dios del viento del oeste, tan rápido corría. Cuando escuchó a Marco hablar del atajo para llegar a casa del *duoviro*, la visión de las sombras cargando el fardo no tardó más que un abrir y cerrar de ojos en adentrarse su mente, y de pronto tuvo la seguridad de que algo le había ocurrido al abogado.

Llegó en un suspiro al lugar en el que los había visto, pero allí ya no había nadie. Era un callejón estrecho y corto que corría entre dos edificios pequeños pegados al foro. En el otro extremo, el pasadizo se abría al Decumano Mayor. Al norte pudo ver varias *domus*, mientras que a su derecha, una vez se dejaba atrás un par de grandes construcciones, se veían en la oscuridad de la noche las ventanas, algunas de ellas todavía iluminadas, de varias *insulae*. Imaginando que si alguien pretendía hacerle daño al abogado lo haría en las intrincadas callejuelas que se abrían entre las *insulae*, y no en las calles más amplias que rodeaban las *domus*, giró hacia

su derecha.

No había dado todavía un centenar de pasos cuando se detuvo de pronto, olfateando el aire. En él, envuelto en el tufo que formaban la brisa marina, las tripas de pescado putrefactas y el hedor de los animales amontonados en las casas junto con sus dueños, percibió un olor tenue pero inconfundible: el de la madera quemada. Comprobó de dónde soplaba el viento y echó a correr en aquella dirección, olfateando a cada paso y a cada paso más seguro de que aquel fuego no presagiaba nada bueno. Un par de calles más abajo pudo notar en sus pulmones el aire más espeso a causa del humo. A partir de ese momento redujo la velocidad, mirando por todas partes, girándose a cada momento, deseando tener los ojos de lechuza de Atenea para poder ver en aquella oscuridad cada vez más espesa que parecía engullirlo todo.

Entonces lo oyó: un crepitar cercano. Se volvió en la dirección en la que había sonado y vio cómo entre las rendijas de una puerta asomaba un resplandor rojizo que iluminaba unas volutas oscuras. Sin pensarlo dos veces, se lanzó contra la madera con todo el peso de su cuerpo y la potencia de sus piernas, que lo impulsaron como si fuera capaz de echar a volar.

Las llamas se alzaron para recibirlo, como si se alegraran de la bocanada de aire fresco que entró por el enorme hueco, abierto ahora, de la puerta destrozada. El humo se espesaba en el interior de la habitación, donde el olor rancio del aceite quemado se apoderaba del sentido del olfato. Por fortuna, los maderos y las tablas del edificio todavía no ardían, y las llamas se limitaban a reptar por el suelo como animales hambrientos en busca de una presa desprevenida.

Los ojos de Léntulo comenzaron a llorar casi de inmediato debido al humo, y entre lágrimas pudo ver, tumbado en el suelo y tosiendo como si los pulmones se le

fueran a salir por la boca, a un Gayo a punto de perder el sentido. En dos zancadas se colocó junto a él, lo tomó por la cintura, lo levantó con menos esfuerzo del que le hubiera llevado alzar alguno de los pesados maderos con los que entrenaba días antes en el *ludus* y se lo echó sobre el hombro derecho del mismo modo que si hubiera sido una alfombra. Salió sorteando las lenguas de fuego, que crecían por momentos, y sólo dejó al abogado en el suelo al otro lado de la calle cuando se hubo alejado del lugar del incendio. Las llamas ya comenzaban a llamar la atención de los vecinos, que se asomaban por puertas y ventanas, clamando para avisar a voz en grito a los vigilantes.

Gayo necesitó unos momentos para recuperar el aliento, y mientras aún tosía, y al tiempo que Léntulo se afanaba en quitarle las cuerdas que lo ataban, le dio una orden entrecortada:

—Tien... es que entrar...

—¿Entrar? ¡Pero, domine, las llamas son cada vez más altas!

—¡Tienes que volver... a entrar! —repitió con la voz rota por el esfuerzo—. El ánfora... Trae... el ánfora.

—¿He de entrar ahí —preguntó señalando con un dedo tembloroso— para traer un ánfora?

—Hazlo, Léntulo... —pidió dejándose caer en el suelo—. Es la clave de todo.

El picto obedeció a regañadientes, entró de nuevo en la casa y salió poco después, con las ropas chamuscadas, las manos negras de hollín y un bulto entre los brazos.

Se alejaron de allí antes de que los vigilantes tuvieran tiempo de llegar para organizar la lucha contra el fuego, atravesando una calle cada vez más conmocionada por lo ocurrido, con los vecinos tirando ya los primeros cubos de agua y el runrún de las gentes que no comprendían cómo

podía haber vuelto a ocurrir.

Léntulo intentó retener al abogado: quería que se calmara, que recuperase el aliento y que alguien pudiera examinarlo a fin de comprobar que no estaba herido de gravedad, pero fue imposible. Gayo dijo que no podían esperar allí, pues en cuanto llegaran los vigilantes los retendrían, comenzarían a hacerles preguntas sobre lo ocurrido, y no podían permitirse ni que las noticias de su rescate llegaran a oídos indiscretos ni que Milico consiguiera tomar el barco de regreso a su hogar. De manera que allá iban, el abogado respirando con dificultad y expulsando una mucosidad oscura y espesa por la nariz entre tos y tos, y el picto con el ánfora entre las manos, renegando para sus adentros.

Para cuando llegaron a la *taberna*, descubrieron que Marco ya no estaba allí. Gayo se asomó entonces al ventanuco, y para su sorpresa vio que su amigo charlaba animadamente con Milico, al que servía una copa detrás de otra. Cuando los vio asomarse por la ventana, Marco soltó un suspiro de alivio y, apremiando al calvo, lo hizo salir a la calle. El liberto a punto estuvo de rodar por el suelo en cuanto intentó ponerse en pie; si no lo hizo fue gracias a los brazos de Marco, que le sirvieron de apoyo. Cuando traspasaron la puerta, el joven mostró una sonrisa de oreja a oreja.

—Encontré un modo mejor de vigilarlo —comentó con alegría. Luego reparó en el aspecto del abogado y el picto—. ¿Qué te ha pasado?

Gayo le hizo un resumen rápido de lo ocurrido. Al concluir, Marco miró con ojos nuevos a Léntulo.

—Vaya, grandullón —dijo, esta vez con un toque de emoción en su voz temblorosa—, tendré que mostrarte mi agradecimiento por salvar de una muerte segura al único hombre al que llamo amigo...

—¡Esta vez... no escapará! ¡Nerón es hombre muerto! — gritó de repente Milico, con la lengua trabada por el vino.

—Lleva así un buen rato —explicó Marco.

En ese instante, el liberto agachó la cabeza y de su boca surgió un torrente de vómito compuesto de vino, babas, bilis y trozos de comida a medio digerir. Aquello hizo que Marco lo soltara, y el borracho cayó de bruces en el charco que formaba su propia inmundicia.

—Anda, Léntulo, ayúdalo a levantarse... —pidió Gayo.

Y el picto, que ya se lo esperaba, puso cara de asco. Le pasó con impropia brusquedad el ánfora a Marco y se echó el brazo del borracho por encima del hombro.

Regresaron con calma a casa de Gayo, disfrutando de una noche algo más fresca que las anteriores, como un anuncio de que, tal vez, el calor por fin fuera a quedar atrás.

Una conmoción sacudió el hogar del abogado cuando los vieron llegar: Marco con las ropas manchadas por el vómito del liberto; Léntulo con el borracho colgando de sus hombros y babeando de continuo y Gayo con la nariz rota y sangrando, las ropas negras y las muñecas todavía enrojecidas por las cuerdas con las que lo habían atado.

El abogado no dio tiempo a que todo aquel revuelo se volviera insoportable y comenzó a dar órdenes. Preguntó a Casto si los invitados todavía se hallaban en la casa, a lo que el esclavo respondió que se habían marchado poco después de que él se fuera. Tras meditar un momento, el abogado asintió y ordenó que enviaran un mensaje a Ulpio: debía presentarse ante Hilario Grato a primera hora de la mañana.

Estaba todavía impartiendo estas instrucciones cuando apareció Marcela, más angustiada aún que el día de la paliza a su esposo. Gayo se abrazó a ella con fuerza y la besó delante de todos, para turbación de su mujer.

—¿Qué pasa, Gayo? —preguntó nerviosa y preocupada.

—Ya te lo contaré, Marcela, ahora quiero que me escuches con atención —respondió sujetándole el rostro con ambas manos, sin importarle lo más mínimo que estuviera manchándola de hollín—: en los próximos días no quiero que salgas de casa. —Ella lo miró como si se hubiera vuelto loco, pero, por una vez, él no la dejó hablar—; Es importante. Van a pasar cosas que...

No supo cómo explicarse y Marcela aprovechó para interrumpirlo.

—¿Qué tienen que ver las cosas que vayan a pasar con que yo no deba salir de la casa? —La pregunta le salió acompañada de una risita descreída cargada de soberbia—. Si lo que pretendes es mantenerme encerrada, ino lo conseguirás! Una mujer no puede permanecer encerrada todo el tiempo en su casa y...

Gayo la acalló con un nuevo beso, más urgente, salvaje y apasionado que el anterior. Cuando se separó de ella, Marcela estaba tan sorprendida que no supo qué decir.

—Eres mi mujer, y te amo. Temo por ti. Lo que voy a hacer en las próximas horas hará que nos ganemos poderosos enemigos, y tengo miedo de que puedan tomarse represalias en lo que más quiero. De manera que te quedarás en la casa. Si es necesario, te ataré a la cama para que así sea.

Soltó aquellas palabras sin detenerse ni a coger aire, con una emoción que su esposa no le había visto nunca antes. Marcela se llevó la mano al pecho. Miró a Marco, desvió la vista hacia el pozo y poco después volvió a mirar su marido, asintiendo sin decir una palabra.

—Muy bien. Pide que nos preparen el baño, por favor —pidió Gayo, ya más calmado—. Y haz que alguien vaya a buscar a Lucio Balbo.

—¿A Lucio? —intervino Marco—. ¿No me decías hace

unos días que ese jurisconsulto era demasiado conservador y que no te gustaba su forma de actuar?

—Así es —concedió el abogado—, Pero si alguna vez en la vida tengo que ser prudente, amigo mío, te aseguro que es en este día. —Marcela ya se marchaba para cumplir con lo que le había pedido su marido cuando éste la detuvo—. Espera. Pensándolo bien, envía a otro mensajero. Que vaya a buscar a un augur...

Su mujer y Marco se alarmaron ante aquellas palabras. El abogado siempre se había mostrado crítico con los augurios, y pensaba que si los dioses querían enviarles algún mensaje encontrarían mejores métodos que ocultarlo en las tripas de una pobre paloma. Aquella era la primera ocasión que le veían solicitar su ayuda. Pero aún se quedaron más pasmados cuando continuó hablando:

—Y que sea bueno interpretando la voluntad de los dioses. Además, no estaría mal que viniera acompañado por otro que sea igualmente bueno en desvelar si lo que me propongo hacer será del agrado de las divinidades. Que traigan tantos pollos, aves, carneros u ovejas como necesiten. Se les pagará con largueza.

Los ojos de Marcela apenas podían contener el temor que sentía al ver así a su esposo. Cerró la boca, que había mantenido abierta mientras su esposo hablaba, y se retiró con paso lento y la mano en la garganta para intentar contener la sensación de incertidumbre que la embargaba.

—Y ahora —concluyó el abogado volviéndose hacia Marco y Léntulo y dando un empujón a Milico—, vamos a ver qué sacamos de este malnacido.

Capítulo XLI

La noche avanzó perezosa. Parecía que se resistiera a dejar paso a las luces de la mañana, que llegaron tiñendo el cielo de rojo. La charla con Lucio Balbo fue tal como Gayo había imaginado, timorata y práctica, pero le sirvió para poner orden a sus ideas. Por su parte, los augures se contradijeron de tal modo en sus apreciaciones que el abogado tuvo claro que no podía hacer caso ni a una ni a otra, y al final, como siempre, todo quedaba en manos de su decisión. La casa no durmió. Las horas de oscuridad transcurrieron envueltas en prácticas poco habituales entre sus paredes, y mientras el abogado se encargaba de todas esas cuestiones, Marco y Léntulo le sacaron a Milico todo lo que tenía guardado.

Con toda aquella información en su cabeza, Gayo se encerró en el *tablinum* un par de horas antes del amanecer, y sólo salió cuando el sol ya se había asomado trayendo el nuevo día. Portaba un documento en la mano, llamó a Marco y Léntulo y les pidió que lo acompañaran hasta la casa de Hilario. Al llegar, comprobaron que, en efecto, Ulpio Trajano ya estaba allí, tal como le habían pedido. Marco y el picto se quedaron fuera y Gayo fue invitado a pasar al *tablinum*. Ni siquiera se fijó en la sala, que estaba demasiado adornada para su gusto. Su mirada se clavó en Ulpio. El Trajano parecía ansioso por preguntarle, pero Hilario, a quien se le notaba que había pasado mala noche, se adelantó. Tras

fijarse en el pésimo aspecto del abogado, quien presentaba las marcas amarillentas de la primera paliza junto con los moratones más oscuros de los golpes recibidos la noche anterior, tomó la palabra.

—Apenas he pegado ojo —dijo, áspero y dirigiéndose a Gayo—: más vale que el motivo que te trae hasta aquí sea importante...

Gayo no contestó. En lugar de eso, se adelantó hasta Hilario y le alargó el documento que había escrito poco antes. El *duoviro* miró el rollo que le tendían con cierto recelo, como si estuviera a punto de echarle mano a una de las serpientes de Medusa. Lo cogió por fin y comenzó a leerlo. Apenas había avanzado entre sus líneas cuando se detuvo de pronto, con los ojos muy abiertos. Miró a Ulpio, luego a Gayo y, después de un instante en el que pareció coger fuerzas para hablar, preguntó, inseguro:

—¿Estoy entendiendo bien lo que has escrito aquí? —y agitó el rollo al hablar.

Gayo asintió, tomó asiento junto a Ulpio, aunque no se lo habían ofrecido, y habló por primera vez desde que había llegado a la casa.

—Quiero postular una *actio* de *Crimen Maiestas* contra Aurelio Rufo, Tácito Víbido y Virginio Arrio... —A medida que hablaba pareció dejar atrás el halo de inseguridad con el que había llegado, como si poner palabras a todo aquello le quitara un peso de encima—: por conspirar contra Nerón y provocar los incendios que han asolado la ciudad. Y a Milico, liberto que ejerce la prefectura de la flota de Miseno, lo acuso de participar en la conjura, de asesinar a dos prostitutas pertenecientes al griego Tersites Primo y de provocar la muerte de una tercera mujer. Así mismo, los acuso de *Crimen Receptorum*. Por ese motivo, te presento el documento de acusación solicitando un *rescripto* del emperador.

El silencio se convirtió en una pesada manta, húmeda y fría, que por un momento pareció robarles, además de la capacidad del habla, la de moverse. Ni siquiera parecía que respiraran. El primero en reaccionar fue Hilario.

—¿Te has vuelto loco? —Fue más un grito que una pregunta—. ¿Es que pretendes meterme en un auténtico lío? —dijo señalando a Gayo—. ¡De ningún modo voy a aceptar algo así!

—Espera un momento, Hilario —intervino por fin Ulpio, tranquilizando al *duoviro* con la mirada. Cuando se aseguró de que iba a prestar atención a lo que dijera, centró su atención en el abogado—. Imagino que si has tomado una decisión de tal envergadura es porque tienes pruebas sólidas. ¿Me equivoco?

—¿Qué importan las pruebas? ¡No me meteré en algo así, y no hay más que hablar! —anunció Hilario levantándose de un salto.

Ulpio lo miró, envarado, con los ojos brillantes y una sonrisa lobuna.

—Más te vale escuchar lo que tiene que decir, ¿o acaso prefieres que llegue a oídos de Nerón que se estaba fraguando una conjura contra él y decidiste no prestarle atención? Eso supondría que tú mismo acabarías siendo acusado de participar en ella...

Ni siquiera fue necesario que Ulpio usara un tono amenazador. Hilario volvió a sentarse y, tembloroso de ira y temor, sin que de su garganta pudiera salir una sola palabra, hizo un gesto a Gayo para que se explicara. El abogado cerró los ojos con fuerza, aspiró tanto aire que amenazó con no dejar nada para sus acompañantes y se puso en pie.

—Todo esto empezó cuando llegasteis a mi casa pidiéndome que investigara la muerte de Fabio Justo. Debo decir que no he encontrado pruebas de que lo asesinaran,

pero luego volveré sobre eso.

»No os haré una exposición detallada de mis pasos. —Se había puesto en pie y caminaba lentamente por la sala, mirando a uno u otro a medida que avanzaba—. Basta decir que he descubierto ciertos asuntos turbios en los que Fabio estaba metido hasta el cuello, aunque no fueron éstos los motivos de su muerte. Descartadas esas opciones, sólo quedaba una pregunta por contestar: ¿por qué había aparecido su cuerpo en una *insula* quemada? —Esperó a que la pregunta calara antes de continuar—. Tras la segunda visita de Ulpio, en la que me dio alguna información adicional que él desvelará si cree conveniente, comencé a pensar que la muerte de Fabio debía estar relacionada, de algún modo, con los incendios. Y en cuanto comencé a pensar en ello estuve seguro de que los incendios estaban relacionados de un modo u otro con el aceite. En el primero —señaló volviéndose hacia sus acompañantes—, me hablaron de gran cantidad de humo y de que el fuego comenzó en una panadería, un lugar donde se usa aceite en abundancia. En el segundo, encontré el sello de un ánfora de aceite que se encontraba en una *taberna* dedicada a la venta de comida. El tercero se produjo, directamente, en el almacén del colegio de olearios. En el quinto, una vez más se apreció mucho humo y olor de aceite quemado... Aceite, aceite en todos ellos.

»Sin embargo, no comprendía cómo era posible que los olearios estuvieran implicados en todo aquello. En realidad, ellos eran los primeros que salían perjudicados por provocar los incendios, pues las pérdidas en su almacén eran enormes. Entonces oí una frase, y tú estabas presente cuando se pronunció, Ulpio, que al principio pasé por alto. Anoche, durante la cena que disfrutamos en mi casa, alguien dijo que los hombres no hacen nada a menos que puedan sacar algún provecho de ello. Fue ayer, mientras venía hacia aquí antes de que me asaltaran, cuando pensé por primera

vez en eso: ¿qué ganaban los que provocaban los incendios?

»Para empezar, obtener edificios a muy buen precio —comentó sin que los otros lo entendieran—. La ley es clara en este sentido: no se puede adquirir un edificio para desmantelarlo y venderlo. Pero comprar una *insula* que está quemada... ¡Ahí hay un verdadero negocio! Sobre todo si se compra a un precio inferior al que tendría en condiciones normales y se aprovecha para edificar a mayor altura, lo que permite más inquilinos a los que, además, se les puede subir el precio del alquiler. Tácito y Virginio se estaban apresurando a comprar estos edificios, y no se les podía acusar de nada porque no estaban cometiendo ningún delito. El mismo Tácito Vivido me lo dejó muy claro. Tan claro, que era evidente que había consultado con alguien a fin de proceder dentro de la legalidad: no podían limitarse a comprar los edificios, derruirlos y hacer negocio con ellos. Pero si el edificio estaba arruinado y el comprador daba garantías de volver a reedificarlo, no actuaba contra la ley.

Ulpio lo miró con interés renovado, lo que le dio más confianza para continuar hablando.

—Así que se decidieron a incendiar propiedades, ¿y qué importaba que algo así pudiera provocar la muerte de varios ciudadanos? El objetivo que ellos perseguían estaba por encima de eso. —Gayo observó con atención el efecto de sus palabras, y comprobó que Hilario también lo escuchaba con atención—. El primer incendio se produjo en una zona algo apartada, casi junto a las murallas. Pero entonces decidieron que, ya que estaban dispuestos a quemar *insulae* —expuso con un encogimiento de hombros, como si fuera lo más normal del mundo—, cuanto mejor situados se encontraran los terrenos más dinero sacarían. El lugar del segundo incendio estuvo bien elegido, casi junto al foro... Sin embargo, no pensaron en que el depósito de agua estaba al lado mismo de las llamas, y que por tanto su extinción sería rápida. Con el quinto, en cambio, eligieron mejor: cerca del

teatro y de la zona residencial del sur de la ciudad.

—¡Todo esto no tiene sentido! —interrumpió Hilario—. Tanto Tácito como Virginio son olearios, y tú mismo has dicho que han salido perjudicados con la pérdida del aceite. ¿De qué modo les beneficiaría perder su cosecha?

Gayo no respondió de inmediato. Se acercó a la mesa del *duoviro*, tomó la copa de vino que le habían dispuesto a su llegada y dio un largo trago, sin que le importara, por una vez, que estuviera poco aguado.

—Sí, a mí también me costó entender ese punto —concedió tras dejar la copa de nuevo sobre la mesa con un gesto pausado—. La clave radica en que, de hecho, no perdieron ese aceite. Aurelio no, desde luego. Y con toda seguridad tampoco Tácito, ni Virginio —declaró con rotundidad ante el gesto perplejo de los otros dos. Viendo que no lo entendían, se explicó con rapidez—. Se podrá comprobar cuando se haga un registro de sus almacenes privados. Lo supe en el momento en que vi a los esclavos de Aurelio cargando unas pesadas ánforas en su finca. No eran ánforas vacías, como quiso hacerme creer, sino que estaban llenas de aceite, sin duda. De este modo ganaban mucho, muchísimo dinero, pues vendían sus reservas como si en realidad hubiera una carestía de aceite enorme, cuando en realidad no era así: no se había perdido todo ese aceite, pues lo que habían ardido en el almacén eran ánforas vacías. Así lo demuestra el hecho de que el incendio no se convirtiera en una tragedia para toda la ciudad y que, además, no lanzara demasiado humo. Por otro lado, su intención era cobrar el importante seguro que Aurelio había firmado meses antes.

Tanto Hilario como Ulpio lo miraban ahora boquiabiertos, pero Gayo no había terminado aún, y siguió caminando a lo largo de la sala para continuar con su exposición:

—Pero había otro motivo detrás de ese engaño. El mismo Aurelio Rufo me dijo cuando hablé con él que la carestía del

aceite se notaría en todo el imperio. De este modo se pretendía presionar a la plebe para que hubiera revueltas, lo que colocaría a Nerón un poco más contra las cuerdas. Para conseguir todo esto, han ido contra la ley dictada por el Senado Consulto del año cuarenta y cuatro, que fue ratificada en el cincuenta y seis por los cónsules Volusio y Cornelio: han destruido edificios, cometiendo para ello hechos sangrientos y pestilentes.

—Me parece que has llegado a esa conclusión con demasiada facilidad... ¿No será que es eso, y no otra cosa, lo que quieres ver? —preguntó Hilario.

Gayo sonrió ante aquellas palabras y negó con la cabeza en un gesto vehemente.

—Nada más lejos de la realidad... No fue fácil deducir todo esto. Había dos pruebas que me impedían hacerlo. La primera era un trozo de cerámica con la inscripción «F-I» que encontré en el solar del segundo incendio. ¿Quién es «F-I»? ¿Conocéis a alguien que se llame así?

Guardó silencio unos instantes, dejando aquella pregunta en el aire: Hilario y Ulpio se limitaron a encogerse de hombros. Gayo sonrió de nuevo ante aquella respuesta y continuó con su explicación:

—Claro... nadie lo conoce. ¡Por supuesto que no! Nadie lo conoce porque, en realidad, lo que aparecía en aquella inscripción no es «F-I», sino «E... L», una parte del nombre de «Aurelio», aunque en su momento no supe ver que aquella inscripción estaba rota por la parte inferior y faltaban parte de las letras inscritas. Sin embargo, más tarde vi unas cartelas idénticas en la finca del curator de los olearios; se trata de unas inscripciones circulares excepcionales, con letras excisas e incisas, que sólo un personaje como Aurelio, tan pomposo y altivo, puede tener. Y en ellas se puede leer «Aurelio» con total claridad. Lo vi tan de cerca que incluso estuve a punto de morir ayer mismo junto a una de ellas: la

que colocaron en el lugar en el que querían darme muerte mis propios asaltantes.

»La segunda prueba que me confundía era el cuarto incendio, el que provocó la triste muerte de Fabio. —Gayo bajó la voz y se tomó un momento de reposo que aprovechó para dar un nuevo sorbo a su copa—. Era el punto más débil de todo el asunto. Me empeñé en creer que debía estar relacionado con todo lo demás por tus palabras en mi casa, Ulpio, en las que me encomendabas investigar lo que estaba ocurriendo precisamente porque Fabio quería denunciar una conspiración. Ahora bien, en ese incendio no hubo aceite involucrado. Nada tuvo que ver, pues, con Aurelio y sus clientes. De modo que lo que debió ocurrir fue que asesinaron a Fabio tal vez por sus asuntos sucios, tal vez por deudas de juego... Quizás estaba allí con una mujer, o había acudido para cobrar un soborno relacionado con las canalizaciones de agua.

Hilario lo miró angustiado, pero Gayo le hizo un gesto tranquilizador: por el momento no interpondría una denuncia también por aquel asunto.

—Nunca sabremos qué le ocurrió. Por desgracia, la *insula salió* ardiendo... Uno de esos accidentes que ocurren a menudo sin más, pero que sirvió para que yo empezara a investigar. De ahí que ese incendio se produjera en un edificio situado junto a la muralla, donde el terreno tiene poco valor. Recordad que Aurelio y los suyos no están interesados en un lugar como ése, aunque, una vez disponible el terreno, se aprovecharon de la situación... —aseguró con un nuevo encogimiento de hombros, mostrando la lógica del asunto. Se tomó un respiro para ver si sus acompañantes decían algo. Como continuaron en silencio, volvió a tomar la palabra—. No pensé en todo esto hasta que vi a uno de los clientes de Aurelio solucionando un problema que acababa de causar el perro de Plauto, el capataz de Aurelio Rufo. Fue en ese momento cuando me di cuenta de

que tanto Tácito como Virginio estaban relacionados con Aurelio, que a su vez hace y deshace a su antojo en el colegio que gobierna. En ese instante, todo empezó a cobrar sentido.

—Tal vez sean culpables de provocar los incendios, tal como dices. —Hilario comenzaba a ceder en ese punto, pero endureció la voz al continuar con el tema que en verdad le preocupaba—. ¡Pero de ahí a acusarlos de conspirar contra el emperador hay un mundo!

El abogado lo miró, indulgente. Comprendía perfectamente al *duoviro*. Una acusación como aquélla lo ponía en un auténtico problema. Por eso procuró hablar calmado y con gestos suaves, en un intento de tranquilizar a Hilario.

—Estoy de acuerdo, y por eso aún no era capaz de relacionarlos con algo así. Pero pensemos de nuevo en la frase que se oyó ayer en mi casa de labios de tu esposa: «Los hombres no hacen nada si no sacan provecho de ello». —Se volvió hacia Hilario y lo miró a los ojos—. ¿De verdad crees que personas con tanto dinero como Aurelio, Tácito o Virginio se arriesgarían a algo tan serio como unos incendios sólo por acumular más y más denarios?

El *duoviro* no contestó, aunque se removió en el asiento mientras balbuceaba algo ininteligible. Fue Ulpio el que respondió a la pregunta.

—Desde luego, yo no lo haría, y me cuesta creer que alguien estuviera dispuesto a correr un riesgo como ése.

—¡Por supuesto! —afirmó Gayo—. Y puesto que una persona sensata no correría ese riesgo por un motivo tan nimio como el dinero, teniendo en cuenta que ya se tiene más que suficiente, el motivo para cometer ese crimen debía ser otro. Pero ¿cuál? Ésa era la pregunta que me torturaba.

«Recordé entonces otra frase —expuso retomando sus

paseos—, una que me dijo un hombre sabio ayer mismo: «Las personas suelen hablar más de lo que deben». Y me encontré pensando en algo que me había dicho Aurelio Rufo: «Faenio se preocupará sin duda cuando se entere».

Ulpio e Hilario lo miraron de nuevo sin comprender, así que, tras un suspiro, Gayo siguió hablando.

—¿Por qué mencionaría Aurelio a su hermano Faenio, que está en Roma y nada tiene que ver con sus negocios? De nuevo, la clave está en que no todo es lo que parece —comentó, más para sí mismo que para los otros dos. Dándose cuenta de que hablaba en voz baja, alzó la cabeza y los miró a ambos—. Se está hablando desde hace unos días de la conspiración en la que se han visto envueltos Volusio Próculo y Epicaris. Yo mismo tuve una conversación sobre este tema —explicó con un gesto de la mano que indicaba lo arrepentido que estaba por no haberse dado cuenta antes—. En ella negué la posibilidad de que la conspiración de Volusio y Epicaris fuera real. Y me basaba en un dato muy concreto con el que sin duda estaréis de acuerdo: para que una conjura deponga a un emperador, al que sin duda hay que dar muerte, y coloque a otro en su lugar, la Guardia Pretoriana tiene que participar en el magnicidio; es necesario ajustar el momento, colocar a hombres de confianza, elegir a la mano adecuada y, sobre todo, contar con el próximo emperador, y ya se sabe que los pretorianos son los que tienen la última palabra en ese asunto.

Observó con atención a sus acompañantes, que se vieron obligados a darle la razón con un gesto.

—Pues bien, ése es el papel de Faenio: él es prefecto del pretorio. Tiene el poder, la ocasión y los contactos suficientes para poder ejecutar todo el plan; igual que Gayo Calpurnio Pisón, quien ya intentara tiempo atrás un complot contra Nerón, aunque finalmente no pudiera demostrarse, y quien, según Milico, con el que hemos estado... digamos...

conversando toda la noche, sería el nuevo emperador. Para esos pretorianos involucrados irían los beneficios que obtendrían Aurelio Rufo y los suyos con la venta de los inmuebles y el aceite: una buena cantidad de dinero con el que comprar todo el apoyo necesario.

Hilario, ante la inclusión de nombres tan importantes como el de Faenio Rufo o el del propio Pisón, pasó de un tono pálido a enrojecer en cuestión de un parpadeo.

—Todo esto es absurdo. Todo son conjeturas... Para empezar, ¿por qué iba a prestarse Faenio Rufo a participar en algo así? —preguntó, pensando que con esa sola duda haría que todo lo dicho por Gayo se desmoronara. Pero el *duoviro* no conocía bien al abogado que tenía frente a él, que empezó a responder antes siquiera de que la pregunta hubiera muerto en sus labios.

—Por su pérdida de influencia en la guardia pretoriana a favor de Tigelino, a quienes algunos empiezan a señalar como responsable de parte de los incendios de Roma. —El argumento tenía tanta fuerza que Hilario no pudo ni balbucear una réplica—. Supongo que ahí encontraron la inspiración. El complot no tiene fecha aún, aunque se habían propuesto ejecutarlo en la próxima primavera, cuando hubieran obtenido todos los apoyos necesarios.

«Entiendo que penséis que todo esto no son más que conjeturas... —dijo cansado. Se acercó al asiento y se dejó caer en él, apurando los últimos restos de vino de su copa—. Pero si me lo permitís, os explicaré cómo até el último cabo.

Capítulo XLII

Para que todo el plan funcionara —dijo juntando las -P-
palmas de las manos—, era necesario que todas las partes estuvieran bien coordinadas, que hubiera una buena comunicación entre Roma e Hispalis. De lo contrario, sería imposible llevarlo a cabo. Y ahí entra el liberto que apresamos anoche.

«Milico llegó a mi casa hace unos días explicando que buscaba negocios con los que hacer dinero rápido; un dinero que, sin duda, se usaría para seguir apoyando la causa de esta conspiración. Sin embargo, los hombres que confiaron en ese liberto tuvieron la mala suerte de que es un odre de vino andante demasiado aficionado a las orgías. Se llevó de juerga a varias mujeres de Tersites Primo, que vieron en él una víctima perfecta sin saber que para algunas de ellas aquel encuentro significaría la muerte. Porque Milico se emborrachó y habló demasiado. Empezó a dar detalles de lo que se estaba preparando contra el emperador, y como no podía permitir que las mujeres contaran lo que habían oído, decidió darles muerte.

»A la primera la mató de inmediato, aquella misma noche. Con las otras dos tuvo más problemas, pues se habían marchado, temerosas por lo que decía aquel desconocido, mientras él todavía estaba tan borracho que apenas podía cuidar de su bolsa. Tras matar a la primera, viajó a Córdoba, para visitar las minas de mi familia... —

especificó compungido—. Quería hacer negocios, sí. Aunque, sin duda, le vino muy bien estar fuera de la ciudad para evitar ser relacionado con la muerte de las mujeres. Por supuesto, se había asegurado de contratar a un matón cualquiera, uno de esos muchos para quienes la vida de una pobre ramera no vale más que unas monedas.

»Por entonces, yo ya estaba investigando la desaparición y la muerte de las *quadrantarias* debido a un encargo privado totalmente ajeno a todo esto, así que descubrí muy pronto que no fueron pocos los que vieron a Milico aquella primera noche con las tres mujeres. Se le recordaba con facilidad debido a su calvicie, y al hecho de que nadie lo había visto antes entre nuestras calles. Entonces descubrí que había tenido al asesino frente a mí en dos ocasiones: la primera justo después de dar muerte a una de las mujeres, cuando me ofreció viajar a Córdoba —comentó con tristeza—, y la segunda cuando regresó de ese viaje para cerrar el negocio, que sin duda le reportaría buenos beneficios con los que dar un empujón a la conjura en la que estaba implicado, aunque no llegué a atenderlo por estar inmerso en la investigación que, quién lo iba a decir, lo incluiría como asesino.

»El matón al que contrató dio muerte con facilidad a Glauca, la segunda de las mujeres. Con la tercera tuvo más problemas, y de hecho la mató por error, pues la confundió con otra mujer. La tercera de las mujeres que pasó aquella noche con Milico se salvó porque Fortuna tuvo a bien que así ocurriera.

»Lo único que me quedaba por hacer era evitar que Milico embarcara en su barco rumbo a Mesina; una nave que, según me confesó él mismo, partía esta misma mañana. Hice que lo buscaran, y lo encontramos bebiendo en una *taberna*, tan borracho que ni siquiera se dio cuenta de que estaba en mi casa, y no en su barco, hasta que fue demasiado tarde...

Se incorporó un poco en su asiento y, con voz cansada,

aunque cargada de significado, añadió:

—Y aquí es dónde concluyen las conjeturas —dijo mirando a sus dos interlocutores—: Localicé a la tercera prostituta, a la que ni Milico ni el matón habían logrado dar muerte, en los arrabales que hay al sur, cerca del río. Esa mujer, cuyo nombre es Palmira, podrá declarar lo ocurrido la noche que pasó con sus compañeras y el liberto; os dirá cuáles fueron las palabras de Milico y cómo ella y Glauca, la segunda asesinada, huyeron asustadas.

«Gracias a eso, hemos conseguido esta noche que el propio Milico lo confesara todo: los asesinatos cometidos, su labor en Hispalis como enlace, las indicaciones que debía llevar a Faenio con respecto a los movimientos de su hermano Aurelio, a qué se destinarían los beneficios de sus actividades ilegales...

»Por último: será necesario que encontréis al matón que contrató Milico para acabar con esas pobres mujeres.

Todas esas revelaciones dejaron momentáneamente aturdido a Hilario, que jamás pensó que se encontraría con un asunto parecido durante su período como *duoviro*. Gayo, por su parte, agotado después de una noche sin dormir y tanta explicación dada, se inclinó sobre el respaldo de su asiento y esperó reacciones. La primera llegó por parte de Ulpio, que le dio una palmada en el hombro.

—Sabía que harías un buen trabajo, pero nunca imaginé que serías capaz de desentrañar algo como esto: unos asesinatos relacionados con unos incendios provocados para causar la caída de Nerón. Todo el imperio está en deuda contigo, amigo mío. —Y se acercó para abrazarlo. Cuando lo soltó, se volvió hacia el *duoviro*, que seguía pálido—. ¡Por Júpiter, Hilario, ánimo! Piensa en lo que significa desenmascarar una conspiración con la que se pretendía dar muerte al emperador... ¡Serás un hombre famoso! —le dijo tomándolo por las muñecas—. Nerón se mostrará más que

satisfecho con los que hayan tomado parte en esta investigación.

Así siguió un buen rato, elogiando al abogado y animando a Hilario, hasta que el *duoviro* fue capaz de dominar sus temblores y empezar a impartir órdenes de que se arrestara de inmediato tanto a Aurelio Rufo como a sus compañeros. Gayo se levantó para marcharse. Su parte, por ahora, estaba cumplida. Cuando ya se encaminaba hacia la puerta, Hilario lo detuvo con voz más segura de lo que había mostrado durante toda la mañana:

—Gayo, hijo. Has hecho un buen trabajo. Ahora, por favor, haz que mis hombres traigan hasta aquí a ese Milico... Es hora de empezar a preparar este caso como es debido.

Cuando por fin salió y se encontró con Marco y Léntulo, el primero de ellos le preguntó por el resultado de la entrevista.

—Por ahora todo marcha como esperaba y, en estos momentos —contestó—, Hilario se dispone a escribir al procónsul de Córdoba, Obultronio Sabino. Mal lo tienen los conspiradores, pues, como sabes, Obultronio es fiel a Nerón. Más les hubiera valido organizar todo esto en la tarraconense, donde Galba quizás hubiera echado tierra sobre el asunto.

—Entonces, ¿por qué pareces preocupado, dómine? —quiso saber el picto.

—Nuestras leyes son complejas, Léntulo. —Movía la cabeza de un lado a otro mientras respondía la pregunta, como si no estuviera seguro de nada—. Iniciar un juicio como éste puede causarme muchos problemas, y no menos enemigos.

—Bueno, ya sabes que a mí me gusta ver el lado positivo de las cosas —intervino Marco.

—¿Y cuál es, según tú, ese lado bueno? —preguntó Gayo.

—Que no serás tú el abogado encargado de defender ni a una ni a otra parte en toda esta historia.

Los dos se echaron a reír con fuerza.

—Puedo asegurarte, Marco, que el abogado que lleve este caso necesitará más de tres clepsidras para exponer el caso al jurado —le respondió entre carcajadas.

* * *

Anduvieron hasta el foro con paso lento. A mitad de camino, Marco propuso entrar en una *taberna* para comer algo, y Gayo, agotado y con el estómago vacío, aceptó encantado. El abogado comprobó entonces que el apetito de Léntulo era descomunal. Algo apartado de los dos amigos, el picto comía con desenfreno, engullendo una salchicha tras otra después de haber dado buena cuenta de un par de empanadas de carne y una jarra de vino. Pensó que tendría que tener cuidado: si seguía comiendo de ese modo sin ejercitarse de la forma adecuada, pronto dejaría de tener el cuerpo que mostraba en ese momento y pasaría a disfrutar de un vientre tan abultado que no podría ni moverse.

No se entretuvieron mucho, pero para cuando regresaron a la calle parecía que toda la ciudad hubiera salido de sus hogares. Se respiraba un ambiente tenso. Por fortuna, el incendio de la noche anterior se pudo controlar a tiempo, lo que evitó que toda la *insula* se viniera abajo. Por una vez, los vigilantes actuaron con rapidez, y eso evitó la tragedia. Gracias a eso no hubo nuevos disturbios, aunque en las calles todos los comentarios giraban en torno a la misma cuestión. El vocero continuaba dando el mismo mensaje, con un ligero cambio, desde una esquina: «Gracias a la rápida intervención de nuestros valerosos vigilantes, la pasada noche se evitó lo que podría haber sido una tragedia. ¡Gloria

a nuestros vigilantes! De todos modos, para evitar nuevos accidentes, asegúrense de tener a mano vasijas, jarrones, jarras, urnas, cráteras, tinajas, botellas, cubos, o cualquier otro recipiente, llenos de agua...».

—Pronto anunciarán que toda esta pesadilla ha terminado —comentó Marco, encantado.

Gayo asintió, pero no dijo nada. Estaban ya en el foro, dispuestos a mezclarse en las charlas, los discursos y los rumores de cada día, cuando el abogado alzó la cabeza para ver mejor. Allí, entre la gente, una figura había llamado su atención. Se volvió hacia su amigo, se despidió de él con un abrazo y apretó el paso. Así fue cómo se acercó a Libia, que avanzaba hacia las termas a fin de preparar la habitación en la que pasaría la jornada. El abogado posó una mano sobre el hombro de la mujer, que se sobresaltó y a punto estuvo de desparramar el contenido de la cesta que llevaba bajo los pies del gentío que se agolpaba en el foro. Cuando descubrió que se trataba de Gayo, cerró los ojos con alivio y la asaltó una risita nerviosa que fue sustituida por una mirada de preocupación cuando vio sus nuevas heridas.

—¿Qué te ha pasado...? —La pregunta fue acompañada de una caricia tierna. Hubiera deseado en ese momento borrar la huella que los golpes le habían provocado solo con su tacto.

—Ha sido una noche muy larga —le respondió en tono tranquilo.

Los ojos de ambos se encontraron, él cogió la cesta y, tomándola por el codo, comenzó a caminar. En el corto trayecto que los separaba de las termas, le explicó una versión resumida de lo sucedido durante las últimas horas, y cómo había convencido a los magistrados para que detuvieran tanto a los causantes de los incendios como a los asesinos de las compañeras de Libia.

—Ahora mismo están arrestando a Milico, que ha pasado

la noche en mi casa. Y pronto encontrarán al ratero que dio muerte a Glauca y a la otra mujer. Ya no tendréis nada que temer. —A pesar de que habló con seguridad, comprobó que sus palabras no causaban el efecto esperado. Más bien al contrario: Libia parecía molesta e irritada—. ¿Acaso no te alegra que todo haya terminado?

No pudo evitar que sus palabras tuvieran un sabor amargo. Libia se detuvo, algo azorada, en la pequeña explanada que se abría entre las termas y el depósito de agua.

—Lo siento, es sólo que... —No encontró las palabras y bajó la vista al suelo, como una niña que sabe que actúa mal pero es incapaz de evitarlo—, ¡Me hubiera gustado tanto que pagara por lo que ha hecho! Ahora las muertes de Porcia y Glauca serán algo menor que se mezcla con una conjura contra el emperador.

La tensión que había acumulado durante los últimos días acabó por superarla y rompió a llorar desconsolada. Gayo, consternado, la tomó por los hombros. Hizo un verdadero esfuerzo para no abrazarla allí mismo. Tal vez fuera una zona por la que pasaba poca gente, pero no sería apropiado que lo vieran en plena calle abrazando a una esclava de otro hombre. La dejó desahogarse, y cuando se hubo calmado la guió hasta la puerta de entrada.

—Puedes estar segura de que pagará por sus crímenes. Y con Nerón pagará con creces. Lo normal será que se les exilie. Vivirán entre salvajes, alejados de todo, royendo huesos para comer, durmiendo en un lodazal inmundo. Su existencia será un infierno a partir de ahora.

Habían llegado ya a la puerta que daba acceso a las salas de masaje. El esclavo que la custodiaba no era el africano con el que se las viera Léntulo el día anterior, pero les cedió el paso sin mayores problemas. El picto miró al abogado, que le dio permiso para ir a la palestra antes de que la puerta se

cerrara tras él.

Gayo y Libia quedaron solos en el silencio que envolvía aquella ala del edificio. Era pronto, y todavía no había llegado ninguna otra mujer. La penumbra se imponía allí, creando un lugar apropiado para guardar secretos. El abogado la miró desde arriba, comprobando que la respiración de ella se había agitado y que su pecho subía y bajaba con fuerza. Cuando ella cruzó sus ojos con él, lo hizo por debajo de la cortina de sus pestañas, dejando entrever el deseo que crecía en su interior. De pronto, lo tomó de la mano y, en lugar de subir por la escalera, apartó la cortina que se abría a su derecha y daba paso a los pequeños cubículos que usaban las prostitutas. Gayo se sorprendió por aquel arranque, aunque se dejó llevar. Hacía mucho que no visitaba habitaciones como aquéllas, y de pronto se vio observando los dibujos que se mostraban sobre los quicios de cada puerta. La primera mostraba a una mujer apoyada sobre manos y rodillas mientras un hombre la penetraba desde atrás. En la siguiente se veía a un hombre tumbado con una mujer subida a horcajadas sobre él. El abogado se detuvo en la tercera: en la parte superior de la puerta se veía a un hombre tumbado boca arriba mientras la mujer, arrodillada entre sus muslos, le practicaba una felación.

—¿Te gustaría...? —preguntó Libia con una voz que derramó ambrosía sobre los oídos del abogado.

Muy pocas mujeres estaban dispuestas a realizar aquella práctica, de modo que la miró sorprendido. Tuvo que tragar saliva antes de contestar.

—¿Estarías dispuesta? —preguntó a su vez.

Libia rio sin apartar la mirada y negó con la cabeza: — No. Pero si es lo que quieres, conozco a una verdadera maestra... —le propuso, mordiéndose el labio al concluir la frase con un gesto que terminó de inflamar al abogado.

Gayo se agachó sobre ella y la besó. Fue la caricia larga e

intensa que reflejaba el sentimiento que le provocaba aquella sorprendente mujer, que se derritió sobre el cuello del hombre que la había conquistado. De pronto, el abogado notó que su corazón latía con una fuerza inusitada, tanto que lo sentía golpeando en el interior de su pecho: un visitante inesperado que traía la noticia urgente del amor que comienza. Cuando al fin se separaron sus labios, la levantó en brazos, volvió sobre sus pasos y, sin dejar de besarla, entró en la habitación que mostraba a la mujer cabalgando sobre el hombre.

Capítulo XLIII

Acacia frotaba en el puente de la nariz de Marcela una mezcla de huevos de hormiga machacados con moscas secas. El objetivo de dicha mezcla era potenciar el crecimiento del suave vello del entrecejo a fin de que la mujer del abogado se viera más bella. Más tarde usaría esa misma mezcla para dar fuerza y color a las pestañas, pero antes le masajearía el rostro con suavidad usando una crema hecha a base de vinagre, miel y aceite de oliva de modo que la piel no sólo pareciera más luminosa, sino también más suave y pálida.

Junto a la *ornatrix* descansaban ya las pinzas de hierro, ahora frías, que tras calentar había utilizado para darle forma al cabello. En un principio, la idea de Marcela había sido la de teñirse el pelo, pero había cambiado de opinión en el último momento. Aquel día se la veía especialmente decaída. «Mustia» sería una palabra que la definiría bastante bien. Solía ser habladora, aunque sólo fuera para estar encima de todos los esclavos de la casa, a pesar de encontrarse sentada en mitad de una sesión de maquillaje; sin embargo, aquella mañana apenas hablaba, se mostraba taciturna y malhumorada y ya había pinchado con las tijeras el muslo de Acacia más de una vez, quejándose de pequeños tirones o de cualquier otra falta, real o imaginaria. Ante esos alfilerazos, la *ornatrix* se mordía el labio y, tras un suspiro, continuaba su tarea con más cuidado.

Acacia sostenía entre los dedos una pieza de marfil, pequeña y redondeada, que tras sumergir en aceite acercaba a los ojos de la dómina, cuando de pronto Marcela rompió a llorar, dejando a la pobre *ornatrix* tan sorprendida e inmóvil como si fuera de piedra. Frente a la dueña de la casa se arrodillaba Hipatia, a quien no se le había perdonado del todo su asunto con Léntulo. Ambas esclavas se miraron, y la que fuera la favorita de Marcela hasta la noche anterior soltó el espejo de bronce que había sujetado desde el suelo y se acercó a ella acariciándole las manos.

—¿Qué te ocurre, dómina? Por qué estás así...

Marcela no respondió de inmediato, pero se dejó hacer. Ante la insistencia de Hipatia, y algo más calmada, por fin contestó.

—¡Qué sabréis vosotras dos lo que es una vida difícil! — se quejó con amargura—. Vosotras no tenéis preocupaciones: no tenéis que ocuparos de qué comeréis, o cuándo; tampoco de la ropa que usaréis ni de si tendréis un techo sobre vuestra cabeza. Todo eso se os proporciona sin más. No tenéis que preocuparos de tener contento a vuestro esposo, ni tampoco de participar en las actividades sociales de la ciudad. ¡Vuestra vida es fácil! —sentenció—. La mía, en cambio... —Pareció morderse la lengua en un intento por no decir nada inconveniente delante de las esclavas, pero la desesperación del momento pudo más—. Tengo un marido cuyo único interés parece centrarse en meterse en problemas y ayudar a prostitutas y comerciantes. Y cuando intento ayudarle a mejorar su posición, me obliga a permanecer encerrada en esta casa, sin nada que hacer.

Hipatia trató de calmarla, pero Acacia fue incapaz de reprimir una lágrima. Tomó el peine y, con toda la intención, le tiró del pelo con tanta fuerza que Marcela dio un grito ahogado. De inmediato, la *ornatrix* sintió el pinchazo de las tijeras, aunque, por una vez, lo aceptó con agrado.

—Si lo único que has de hacer es cuidar de mi pelo — espetó de malos modos olvidando su tristeza anterior—, al menos puedes hacerlo con delicadeza.

—Tranquilízate, dómina. No es cierto que no tengas nada que hacer. Dómine te pidió hace un par de días que te ocuparas de un asunto importante, ¿ya no lo recuerdas? — Marcela miró a Hipatia sin comprender lo que le decía—. ¡La boda de la hija de Justino! —exclamó—. ¿Has olvidado que el dómine te pidió que te encargaras de encontrar un esposo apropiado para la hija del anciano?

Marcela frunció el ceño durante un momento; un suspiro más tarde, sus ojos relampagueaban llenos de un entusiasmo nuevo.

—¡Llevas razón, Hipatia! —Se volvió hacia Acacia, que seguía de pie a su espalda, y le habló con voz dulce—. Déjalo ya, querida. ¡Tengo mucho que hacer! Hipatia, tráeme unas uvas. Y algo de beber. Ya sabes que cuando tengo que pensar en cosas como éstas me pongo muy nerviosa...

* * *

Gayo dejó a Libia en su sala de masaje, satisfecha y con una sonrisa de oreja a oreja. Se despidió de ella con un beso ardiente como una fragua y se marchó, feliz. Luego se reunió con Léntulo, que ante la ausencia de mujeres, y de hombres, pues todavía era demasiado pronto para que las termas abrieran sus puertas a los visitantes, se dedicaba a subir y bajar las pesas más grandes que Gayo hubiera visto antes. Lo curioso es que el picto casi ni había arrancado a sudar, a pesar de que llevaba tiempo con el ejercicio.

Se marcharon entre las miradas curiosas de los esclavos, que se afanaban por prepararlo todo para cuando se abrieran

las puertas del establecimiento. Una vez en la calle, el abogado cogió aire, sin importarle por una vez el olor a pescado, y dirigió sus pasos hacia su izquierda.

Llegaron así a la *tonstrinaeae* Arrio, que estaba inusualmente vacía. El anciano barbero se encontraba solo; ni siquiera su hijo lo acompañaba.

—¡Así que aquí estás! —lo recibió con alegría—. Me preguntaba cuánto tardarías en venir después de lo que ha sucedido.

Gayo lo miró perplejo y entró con cautela en el local.

—¿Y qué es lo que ha pasado? —Su voz sonó algo más aguda de lo habitual.

—Ha corrido el rumor de que han detenido a los causantes de los incendios —explicó el *tonsor*—. Hace un momento, el pregonero se ha puesto a gritar ahí mismo, en el cruce de la calle. Todos los parroquianos han salido como si los persiguieran las mismísimas Furias. A estas alturas, el foro debe de ser un hervidero. —El abogado se giró hacia la puerta y, cuando volvió a mirar hacia Arrio, lucía una mueca de satisfacción que hizo exclamar de júbilo al anciano—. ¡Lo sabía! Sabía que descubrirías lo que estaba pasando y desenmascararías a esos malnacidos. ¡Pero pasa! Siéntate aquí y cuéntamelo todo —pidió mientras tomaba en las manos su cuchilla y se preparaba para afeitarlo.

Gayo se explayó en los detalles, cosa que no había hecho con Libia. Sabía que Arrio era un buen oyente y que se interesaría con cada anécdota y cada deducción. El viejo *tonsor* disfrutó con la narración, y se hinchó de orgullo como un pavo real cuando el abogado le indicó que una de sus frases le había servido para desentrañar parte del misterio. Cuando terminó de afeitarlo y ya se despedían, el anciano lo llamó un momento, alejándolo un poco del enorme picto que lo acompañaba y acercándose a un gran baúl situado en una esquina.

—Tengo algo para tu padre, Longo —le dijo hablando en voz baja, como si le estuviera contando un gran secreto—. Es un remedio que me pidió hará una semana, pero que no es fácil de conseguir. Se le ve preocupado... Lo tengo desde hace un par de días, pero no ha venido y sé que le gustaría tener esto cuanto antes —dijo señalando el bulto envuelto en telas que había sacado del baúl.

Gayo tomó el envoltorio que le tendía y levantó un extremo para ver de qué se trataba. Comprobó que había un pequeño frasco y algo más.

—¿Qué es? —preguntó con curiosidad.

Arrio miró hacia la puerta, asegurándose de que no hubiera oídos escuchando, y al hablar bajó aún más la voz.

—Una infusión a base de pino, azafrán, pimienta, vinagre y laserpicio. Dile que debe tomarla mezclada con excrementos de ratón para que sea efectiva, y siempre después de haberse frotado la cabeza con sosa.

Gayo, que no entendía nada de todo aquello, terminó por destapar el bulto. Junto al frasco que contenía la infusión de Arrio, vio algo que lo dejó pasmado: una peluca de un pelo que tenía exactamente el mismo tono que el de su padre.

—Me ha costado lo mío conseguir un resultado tan parecido, puedes creerme —explicó el *tonsor*.

El abogado no pudo aguantar más y terminó riendo por lo bajo.

—Así que esto es lo que le pasa... Por este motivo está inquieto y esquivo... ¡Mi madre se alegrará de saberlo!

* * *

Unas horas más tarde, Libia caminaba radiante por la

casa de Tersites. Se sentía tranquila como nunca. Palmira había regresado a casa, y, a pesar de haber sufrido una terrible experiencia, se encontraba bien. El viejo griego estaba encantado y había dado permiso a las mujeres para que se dieran un auténtico banquete en el que el vino había corrido con alegría. Las risas seguían en la cocina, pero ella acababa de salir de allí. Necesitaba un momento a solas para digerir todo lo que estaba pasando. Se encontraba tan ajena a todo que ni siquiera pensó en Petronio. Para su desgracia, él sí pensaba en ella. Durante todo el día. Así que, cuando tuvo la oportunidad de encontrarla a solas, no la desperdició. La tomó por el brazo y, casi arrastrándola por un pasillo, se la llevó hasta una habitación oscura.

—¿Qué estás haciendo? —protestó ella asustada.

Pero él no contestó hasta estar seguro de que nadie los había seguido.

—Ya me han dicho que las mujeres han decidido que se acostarán conmigo —anunció de un modo tan lóbrego que parecía ser justo lo contrario de lo que había deseado.

—Ya tienes lo que querías, ¿no?

Se movió para salir de la habitación, asqueada por el simple hecho de que el jorobado le hubiera puesto la mano encima, pero él fue más rápido y colocó la mano en el quicio de la puerta impidiendo que se marchara.

—Sí, tengo lo que quería... Pero todavía no te he tenido a ti. —Un escalofrío recorrió la espalda de la masajista—. Y quiero tenerte. Ahora. Poco me importa lo que pueda hacer Tersites si se entera. —Cada vez que pronunciaba una «s» parecía que la saliva le inundara la boca, obligándolo a tragar, y Libia cerró los ojos para no ver cómo el deseo goteaba desde los labios del jorobado, manchando el suelo.

—No, Petronio. He jurado que nunca me entregaré a un hombre al que no ame. ¡Y tú me causas repulsión!

Lo dijo con furia, pensando que sus palabras le harían daño. No esperaba que, en lugar de eso, él se echara a reír.

—¡Poco me importa a mí lo que hayas jurado, mujer! Serás mía, o de lo contrario...

—¿Qué harás? ¿Eh? ¿Acaso crees que puedes hacerme más daño del que me supone acostarme contigo?

Ahora sí se enfureció Petronio, que rugió como un león malherido y golpeó el muro con el puño levantando ecos en el pasillo. Ahora la miraba con los ojos encendidos desde su cara contrahecha.

—Si no lo haces —amenazó rechinando los dientes—, el resto de las mujeres sufrirán la ira de Tersites...

—Y dime, Petronio —ambos miraron hacia donde sonaba la voz del griego, que acababa de aparecer por la esquina del pasillo y los miraba con el ceño fruncido—: ¿Por qué tendrían que sufrir mi ira las mujeres de esta casa?

Capítulo XLIV

Gayo se preparaba para la cena tras calzarse las *soleae* y quitarse la toga. Se sentía agotado, aunque satisfecho, pero si hubiera tenido que definir su estado de ánimo habría elegido la palabra «expectante». Temía posibles represalias por parte de las familias y clientes de Aurelio y sus compinches, aunque éstos hubieran sido ya arrestados. Hasta que no fueran enviados a Córdoba, y probablemente mucho después de eso, no volvería a estar tranquilo. Bebía una copa de vino mientras escuchaba a hablar a Marcela, que barajaba con su suegra los posibles candidatos para la hija del viejo cuidador de caballos de su marido. No podía evitar sorprenderse con aquella mujer suya. Tan hermosa, tan apasionada, y a la vez tan fría y calculadora. ¡Qué diferente era de Libia! La masajista era todo corazón, todo lucha, todo inteligencia.

Estaba pensando en eso cuando Flavia miró hacia el patio al escuchar unos pasos que le sonaron conocidos. De pronto, dejó a su nuera con la palabra en la boca, se levantó con una rapidez sorprendente para una mujer de su edad, y se acercó presurosa para recibir a su esposo, que la miró con alegría en los ojos. Marcela lo recibió entre grititos de felicidad, y fue correspondida con unos sonoros besos acompañados de unos pendientes de oro que le traía como regalo.

Para Gayo lo único que traía era miradas severas y duras palabras, que salieron a relucir al momento de sentarse para

participar de la cena.

—Me hubiera gustado que me acompañaras, Gayo — espetó sin preámbulos antes de llevarse a la boca un pedazo de pollo condimentado con pimienta y salvia—. Visto tu aspecto, no te ha ido muy bien quedándote aquí. ¿Te encuentras bien?

Gayo asintió, no dijo nada y se limitó a esperar. Aún no estaba preparado para que las cosas con su padre se arreglaran del todo y comenzaran a ir en una dirección distinta, aunque ahora que lo veía volvía a sentir aquella quemazón que le decía que no siempre lo tendría cerca y que, al fin y al cabo, todos los hombres cometen errores.

—¿Has logrado averiguar qué ocurre en la fábrica? —le preguntó Flavia. Tiempo habría de contarle la gloriosa actuación de su hijo.

—¡Por supuesto! —aclaró mirando a su hijo—. Nuestras fábricas tenían un problema con nombre propio: Aristeo.

—¿Aristeo? —El abogado tomó la palabra por primera vez desde que su padre llegara a la casa—, ¿Pero no es ése el encargado que te recomendó Falco Aelio?

Tito lo miró, asintiendo.

—Así es. Por cierto —comentó apesadumbrado, mirando a su esposa—, los rumores de que Falco está pasando por una mala racha son ciertos. O mucho cambian las cosas, o me temo que se arruinará sin remedio. —Flavia ahogó una exclamación. Falco era casi como un hermano para ella y los lazos entre sus familias eran profundos—. Fo que ha ocurrido es que Aristeo ha resultado ser un jugador empedernido que ha descuidado las tareas de las conservas: el atún se estropeaba, de manera que los clientes no querían comprarlo. Aun así, algo bueno ha salido de todo esto —concluyó—: al menos ha servido para que Falco se recuperara un poco, porque sus ventas han crecido en los

últimos meses. Por cierto, te manda su cariño, querida... En definitiva, he tenido que pasar por el mal trago de despedir a Aristeo.

Gayo continuó impasible, pero Marcela, que sabía que aquellos encuentros con su suegro solían acabar en amargas discusiones, consciente además de que en aquella ocasión su suegro no tenía motivos para tratar a su marido de manera tan fría, decidió intentar distraerlo. Lo tomó por el brazo y le pidió que le contara qué había hecho y a quién había visto. Tito, que no podía negarle nada, se lanzó a explicarle el desarrollo de una larga secuencia de visitas y encuentros con unos y con otros. Fue entonces cuando dio una noticia sorprendente:

—¡Y no creeréis con quién me encontré! —Marcela y Flavia, ávidas de chismorreos, prestaban oídos a cada palabra. Gayo, en cambio, estaba pensando en que necesitaba acostarse y dormir a pierna suelta. De hecho, acababa de decidir que al día siguiente recibiría a sus clientes en la cama cuando se atragantó al escuchar la siguiente frase de su padre—: ¡A Fabio Justo!

Las mujeres abrieron mucho los ojos. Gayo comenzó a toser con tanta fuerza que llegó a asustar a los demás. Su rostro adquirió un tinte rojizo y necesitó tiempo y un largo trago de vino para recuperarse. Cuando pudo hablar, lo hizo con voz rota y mirando a su padre con intensidad.

—Eso es imposible. Fabio Justo está muerto.

—¡Eso mismo le dije yo cuando me lo encontré! Pero él se echó a reír —declaró estallando a su vez en una risa alegre—, Al parecer, debió de tratarse de algún tipo de error, porque, según me dijo, Fabio llegó a Baelo Claudia el día antes del incendio en el que se anunció su muerte.

Las mujeres se alegraron por la noticia y continuaron parlotando, comentando las casualidades que ofrece la vida y preguntándose, con más morbo que verdadero interés,

quién sería aquel pobre hombre al que habían encontrado muerto en el incendio. Gayo perdió el apetito y pasó el resto de la cena tamborileando con sus dedos sobre su mejilla. Cuando le preguntaron el motivo por el que se mostraba tan silencioso y taciturno, alegó que no se encontraba bien. Estaba a punto de pedir que le disculparan para retirarse a su cama cuando decidió que antes tenía que hacer otra cosa. Se puso en pie y pidió a su padre que lo acompañara al *tablinum*, donde ardían los pebeteros. Tito se fijó en la cantidad de documentos y rollos que se podían ver desperdigados encima de la mesa.

—Nunca aprenderás a ser un hombre ordenado...

Gayo lo miró, pero en lugar de ver reproche en su gesto se encontró con una expresión de pesar, como si se culpaba a sí mismo por ello.

—Padre, un abogado tiene siempre mil documentos que consultar. Forma parte de su trabajo. Donde tú ves desorden, yo percibo estudio e investigación. No es bueno juzgar siempre las cosas sólo desde nuestro punto de vista. Es algo que he aprendido en los últimos días.

La voz le salió más amable de lo que había esperado, como si él fuera un padre amoroso, o un profesor sabio y paciente que amonesta con cariño a su alumno.

Tito no dijo nada, pero se le escapó un gruñido de la garganta. El abogado se acercó a uno de los baúles, del que extrajo el bulto envuelto en telas que le entregara Arrio aquella misma mañana. Regresó junto a su padre y se lo tendió. Tito lo desplegó con cuidado y enrojeció al ver su contenido.

—Tienes que frotar tu cabeza con el contenido de ese frasco, y mejor será que no preguntes de qué está hecho —aleccionó Gayo, tomando el rostro de su padre entre las manos.

Tito se emocionó con el gesto. Apretó los labios con fuerza, pero por más que lo intentó no logró evitar que una lágrima solitaria descendiera por entre las arrugas que envejecían su piel. A continuación, tomó la peluca y se la puso. Gayo lo observó con mirada crítica, la recolocó para que le quedara mejor, y anunció dándole ánimos:

—Nadie podrá decir que no es tu pelo, padre. Pero harías bien en confiar estas cosas a madre. La tenías muy preocupada.

Tito soltó un sonido que era mitad exclamación mitad risa, abrazó a su hijo y, sin una palabra más, regresó con las mujeres. Cuando el abogado se encaminaba hacia su habitación, pudo oír que ambas lo aclamaban, diciéndole que acababa de rejuvenecer diez años. Gayo cruzó una mirada tan significativa con su madre que ella entendió lo que le decía sin que fuera necesario nada más. Entonces se volvió hacia su esposo y, besándolo con ternura, declaró que lo encontraba más atractivo que nunca.

* * *

Por más que lo intentó, Gayo fue incapaz de descansar. Le costó coger el sueño, se despertó cuando Marcela se metió en la cama y fue incapaz de volver a quedarse dormido. A partir de ese momento, estuvo dando vueltas y resoplando hasta que su mujer le dio una patadita y le pidió que se quedara quieto de una vez. La respuesta del abogado fue levantarse y encerrarse en el *tablinum*. En cuanto realizaron las ofrendas diarias en el larario, salió a la calle, con gesto preocupado y grandes ojeras.

Cuando estuvieron al otro lado del Betis, Léntulo, subido en un asno y con los pies arrastrando por el suelo, no fue capaz de aguantar más.

—¿Puedo preguntar dónde vamos, dómine?

—A Itálica —fue la escueta respuesta. No dijo nada más y siguió hundido en el silencio.

Desde donde estaba, el picto lo veía clavar el mentón en el pecho y rumiar por lo bajo sin entender lo que decía. Aburrido, se dedicó a contemplar el paisaje. Las lomas subían y bajaban, sinuosas y plácidas, dejándolos pasar sin prestarles demasiada atención. El río corría a su derecha, no demasiado lejos, y el trajín de barcos y pescadores pronto llenó la mañana de sonidos. El sol ya estaba alto cuando los primeros tejados se dibujaron sobre un cerro.

Itálica no era todavía la gran ciudad en la que se convertiría algunos años más tarde. Para eso tenían que ocurrir todavía muchas cosas en el imperio. Pero sí disfrutaba del honor de ser la primera ciudad fundada por los romanos en la Península, y como tal tenía un carácter especial.

Cuando llegaron a sus puertas, el abogado preguntó dónde podría encontrar la casa de Marco Ulpio Trajano, cosa que le indicaron con rapidez. No fue difícil localizarla, entre otras cosas porque se trataba de una de las *domus* más grandes que ambos visitantes hubieran visto nunca. Cuando anunciaron su llegada, Ulpio lo atendió con presteza, se encargó de que ofrecieran algo de comer al picto e hizo pasar a Gayo a su *tablinum*. Antes de que se cerrara la puerta, una esclava de piel tan oscura que refulgía les llevó unas granadas brillantes y enormes junto con una crátera de vino.

—Enhorabuena de nuevo, Longo —lo felicitó una vez más—. Has resuelto todo este embrollo de forma brillante. Sin duda, te mereces cada sestercio que consigas por interponer la *actio* contra los pirómanos.

Gayo tomó entre las manos la copa que le ofrecía y tomó asiento, pero no probó el vino. Contempló con los ojos hinchados a Ulpio, se sentó en el filo de la silla, colocó la copa sobre la mesa y, tras pasear la mirada por las máscaras

votivas que adornaban la sala, dijo:

—Me engañaste, Ulpio.

Trajano lo miró sorprendido al principio, aunque inmediatamente su expresión dejó paso a la ira e hizo ademán de levantarse. Sin embargo, antes de que lo hiciera, Gayo levantó ligeramente la mano y continuó hablando:

—Sé que Fabio está vivo.

Ulpio dejó morir la protesta que nacía en sus labios, se recostó contra el respaldo de su silla, bajó la vista hacia su copa, con la que jugó brevemente, y luego soltó un largo suspiro.

—Tienes razón —admitió—. Fabio no murió aquella noche. El día del incendio en el almacén de los olearios, el muchacho estaba con una prostituta. Es joven —lo disculpó con un gesto desganado—, había perdido mucho dinero en el juego y necesitaba una diversión, así que cogió a la primera que pasaba por la calle... Al fin y al cabo, había bebido. Al parecer, lo hicieron allí mismo, junto al olivo que se levanta frente a la puerta del colegio de olearios. Cualquiera otro día podría haber estado borracho como una cuba y no enterarse de nada, pero aquella noche se encontraba lo suficientemente lúcido como para darse cuenta, allí tumbado en la hierba, de que dos hombres entraban en el almacén. Aquello picó su curiosidad... A cualquiera le hubiera ocurrido lo mismo de encontrarse a semejantes horas ante una situación así. De modo que los siguió de cerca y vio que prendían fuego al almacén mientras comentaban que su amo sería un hombre importante cuando dieran muerte al emperador.

Ulpio alzó las cejas e hizo un gesto con las manos. No había mucho más que decir.

—¿Por qué no lo denunciasteis? —quiso saber Gayo.

—Porque no había nada que denunciar —aseguró con un

encogimiento de hombros—: no sabía quiénes eran esos hombres, ni quién era ese amo del que hablaban. Era necesario que alguien investigara el caso, alguien con talento. Y no había nadie mejor que tú.

—Aun así, ¿por qué hacer creer a todos que Fabio murió en aquel incendio?

—Porque el muy idiota se dejó ver. Si no llega a ser por la puta con la que estaba, ahora estaría muerto de verdad y yo lo sentiría mucho por su padre, que es un buen amigo mío. —Se detuvo a mordisquear algunos granos de la fruta, y luego continuó, dejando ver en su boca el jugo rosado de la granada—. Teníamos que evitar que fueran a por él, ponerlo a salvo de algún modo, y se nos ocurrió que lo mejor era seguir el ejemplo de aquellos tipos y simular su muerte en un incendio. Elegimos para ello una *insula* propiedad de un primo mío, que está medio arruinado y al que convencimos con un buen puñado de denarios. Más tarde, el muy zorro sacó aún mayor tajada al vender el terreno a Virginio. —Sonrió. La gente capaz de sacar mayores beneficios de los esperados siempre le había gustado.

—Y entonces, ¿quién murió en aquella cenácula?

El abogado hacía una pregunta tras otra. Odiaba no encontrar las respuestas y detestaba que alguien se atreviera a hacerle una jugada como aquélla. Necesitaba entender lo ocurrido; una vez tuviera los datos, decidiría qué hacer.

—Un esclavo que se había fugado de mi casa un par de días antes. —La rabia brilló un instante en sus ojos, pero se calmó enseguida para continuar con su explicación—. Lo sorprendieron espiando entre los documentos de la familia. Intentó huir, pero lo encontraron esa misma noche, en Hispalis, desde donde pretendía esconderse en un barco a la mañana siguiente. No le dieron muerte... —dijo sin ninguna convicción con otro alzamiento de las cejas—. Mis hombres sólo aprovecharon una muerte accidental.

Gayo lo miró con intensidad. Aquella muerte «accidental» le parecía demasiado oportuna. Por otro lado, un hombre podía dar muerte a su esclavo si así lo deseaba, aunque él no estaba a favor de tratarlos de forma cruel, y la misma ley los protegía, en cierto modo.

—Deberías haber hecho que fueran los vigilantes quienes buscaran a tu esclavo fugado, Ulpio. Sabes que podría denunciarte por algo así...

Ulpio, que continuaba recostado contra la silla en lo que parecía una actitud indolente y despreocupada, se removió incómodo. Cambiando de posición, apoyó los brazos sobre la mesa y se acercó al abogado, endureciendo el gesto.

—Soy un hombre rico, Longo. De los más ricos de toda la Bética. Tú podrías iniciar una *actio* contra mí, es cierto. Tan cierto como que yo podría comprar ese juicio —sentenció—. Sabes que no sería algo extraño.

—Tal vez. Pero yo soy el hombre que ha desenmascarado una conjura contra el emperador —contraatacó a su vez, siendo ahora él quien se recostaba contra la silla fingiendo una tranquilidad que, de hecho, no sentía—. Sin duda, Obultronio Sabino, el procónsul, estaría encantado de escucharme después de poner en sus manos a unos hombres tan peligrosos como Aurelio y los suyos. —Esperó para ver el efecto que surtían esas palabras, y cuando vio que Ulpio rumiaba, dándole sin duda la razón, volvió a incorporarse y se acercó a su vez a la mesa—. Pero no es necesario llegar a nada de eso, Ulpio.

»No entraré en lo que haga un hombre con las posesiones de su casa —anunció para tranquilizarlo—. Pero no me gusta que me utilicen, y mucho menos que me mientan.

Ulpio le sostuvo la mirada y comprobó que el abogado decía la verdad, así que asintió y, con un gesto, le animó a continuar. Cuando retomó la palabra, Gayo habló con

rapidez.

—El favor del emperador irá para los magistrados y los nobles cercanos a él, no para un pequeño noble de provincias como yo. Pero por todos los dioses que tendrás que compensarme si no quieres que me convierta en un grano en el culo para ti y toda tu familia. Todos los nobles tienen historias que ocultar, Marco Ulpio Trajano, y a mí, ya lo has visto, se me da bien desenterrarlas.

El dueño de la casa se mantuvo en silencio largo rato, sopesando las palabras del abogado mientras tamborileaba de vez en cuando con los dedos sobre la mesa. Si esperaba poner nervioso a su visitante, comprobó que no lo conseguiría cuando Gayo tomó una granada, la peló y comenzó a comer con parsimonia.

—Bien —cedió al fin—. Entonces creo que es justo que te compense por haberte... utilizado, de algún modo. ¿Cómo puedo hacerlo? —preguntó enlazando los dedos de las manos.

Capítulo XLV

Diez días tardó Gayo en volver a salir de su casa.

Ya durante el camino de regreso desde Itálica, Léntulo pudo ver que parecía muy cansado. Poco después tuvo que ponerse a su altura para sujetarlo, porque a punto estuvo de caer del caballo. Para cuando cruzaron el río ya tenía fiebre alta, y al entrar en la casa parecía que Vulcano hubiera instalado su forja en las entrañas del abogado.

Sasobek fue llamado de inmediato, y se presentó tan pronto como lo localizaron. Para entonces, el sol ya estaba bajo y enviaba reflejos dorados y púrpuras que dibujaban sombras alargadas. Lo estudió con atención y cuidado, tomándole el pulso y haciendo mil preguntas tanto a Marcela como a Léntulo, que era quien lo acompañaba en el momento de caer enfermo, porque el abogado había perdido el conocimiento y apenas lo había recobrado a lo largo del día más que para pedir agua y balbucear cosas sin sentido. La cara de preocupación del egipcio fue dando paso, poco a poco, a una expresión de alivio. Según dictaminó, agotamiento y los golpes recibidos era todo cuanto sufría el paciente, que no era poco. El médico comenzó a recitar un ensalmo en el que subió y bajó el tono repetidas veces y que tanto al picto como a la mujer les pareció que se alargaba hasta la eternidad. A continuación, tomó un frasco pequeño de la bolsa que siempre llevaba consigo, lo disolvió en un poco de vino y acercó el bebedizo al abogado, que lo tragó

sin llegar a enterarse de nada.

—Con esto descansará mejor. —Y era cierto, porque de inmediato pareció que Gayo pasaba a un estado más relajado, como si se encontrara en un sueño profundo—. Por ahora, no le deis nada de comer. Los griegos son muy aficionados a las sangrías y a las comidas reconstituyentes —explicó con una voz algo despectiva—, pero yo creo que, como decía Hipócrates, «comer cuando se está enfermo no hace más que alimentar la enfermedad». Que no coma nada durante el día de hoy, y aún mejor: tampoco durante mañana. Dadle vino aguado y suave, tanto como quiera, y dejadle descansar. Más que ninguna otra cosa, eso es lo que necesita.

Se detuvo entonces a examinar el brazo que había inmovilizado días atrás y comprobó que no estaba curando bien, sobre todo porque la protección de cera hacía tiempo que había desaparecido. Frunció los labios, miró al enfermo y, decidiendo que ahora que estaba drogado era el mejor momento para hacerlo, dio un tirón del brazo y colocó *en su* lugar el hueso con un chasquido que puso el vello de punta a Marcela. Un grito amortiguado por el sopor nació en la garganta de Gayo, que se revolvió en la cama sin llegar a despertar. El médico, tras darle un respiro, volvió a colocar cera para inmovilizarle el brazo y, para asegurarse de que esta vez no hacía ninguna locura, tomó unas vendas con las que le sujetó la extremidad al cuerpo con ayuda de Léntulo.

Tres días pasó sumido en sueños, ya fuera por la fiebre, ya por las medicinas del egipcio, que lo visitaba dos veces cada jornada. Con cada examen tranquilizaba a Marcela, que se mostraba preocupada y había decidido que, si su marido no comía, ella tampoco iba a hacerlo. De nada sirvieron ruegos ni consejos. Se cerró en esa idea y no hubo manera de sacarla de ella, así que parecía una flor marchita a la que le rugían las tripas a cada paso.

Al cuarto amanecer, pálido, un tanto más delgado y con los ojos hundidos, Gayo despertó por fin y habló con voz clara. Tenía hambre, y aún más sed, pero su piel ya no aparecía invadida por el sudor y se mostraba fresca al tacto. Pese a todo, Sasobek le prohibió levantarse de la cama. Lo intentó de todos modos, pero se encontraba tan débil que las rodillas le temblaron y tuvo que volver a recostarse, de manera que decidió que los próximos días los pasaría descansando, leyendo en su cama a Cicerón, o a cualquier otro, y olvidándose de todo lo que ocurriera de puertas afuera.

Por supuesto, no lo consiguió. Su pensamiento escapaba de vez en cuando, y más a menudo cuanto más recuperado se encontraba, para recordar a Libia; su sonrisa, su pelo o su intensa mirada se le aparecían por momentos, ya fuera en mitad de la noche o mientras atendía a Marco, que lo visitaba a diario.

Así lo encontró el enviado de Ulpio Trajano unos días más tarde, cuando fue a comunicarle que su dómine había cumplido con la palabra dada: le entregó unos documentos y puso en su mano una llave. El abogado le dio las gracias desde la blancura de su lecho, lo despidió con amabilidad y decidió que al día siguiente saldría de nuevo a la calle.

Cuando lo hizo, pudo notar que el clima había cambiado. El calor asfixiante de semanas atrás era cosa del pasado, y ahora los hispalenses se arrebujaban en túnicas y capas más gruesas. También el ambiente de la ciudad era distinto. La tensión producida por los incendios quedaba atrás, y en su lugar se instalaba el aire festivo que presagiaba ya la proximidad de las calendas de octubre. Dio un rodeo para evitar el foro. Aún se encontraba demasiado débil como para afrontar las muchas preguntas, felicitaciones y parabienes con los que se encontraría allí. Eran muchos los decuriones que le habían hecho llegar notas para darle la enhorabuena por su pericia al desentrañar lo ocurrido, y tenía una enorme

pila de solicitudes para que se encargara de investigar una u otra cosa, o pidiéndole que representara a tal o cual hombre prominente en un juicio. Sin embargo, en aquellos instantes sólo tenía una cosa en la cabeza.

Llegó una vez más a la puerta trasera de las termas y, con el amago de una sonrisa en los ojos, recordó que él, que siempre había rechazado usar esa entrada, en los últimos tiempos la prefería a la principal. El esclavo que custodiaba la puerta de entrada a las salas de masaje lo reconoció de inmediato y le cedió el paso, pero cuando iba a traspasar el umbral susurró unas palabras de advertencia:

—Si buscas a Libia, no la encontrarás.

En los oídos del abogado aquellas palabras sonaron ásperas y extrañas.

—¿Qué quieres decir? ¿Dónde está? —preguntó intrigado.

—No lo sé —respondió con la misma frialdad—. Sólo puedo decir que hace casi una semana que no viene. En su lugar hay otra masajista.

Gayo miró a Léntulo, que no había tenido tiempo de alejarse, pero el picto se encogió de hombros y mostró las palmas de las manos en un ademán evidente de no saber qué estaba pasando. El abogado estuvo tentado de subir y comprobar lo que le decían por sí mismo, pero desestimó la idea: no tenía ningún sentido que aquel esclavo le mintiera. No. Sin duda, Libia llevaba tiempo sin ir a las termas.

Una idea terrible se le pasó por la cabeza, y, echando a andar tan rápido como se lo permitieron sus debilitadas piernas, volvió a salir del edificio, encaminándose a toda prisa hacia el sur. Léntulo, detrás de él, le dijo con cierto tono de reproche:

—No deberías esforzarte tanto, dómine. —Y como vio que no le contestaba ni reducía la marcha, se preocupó—, ¿Crees que ha podido pasar algo malo?

—Libia no se ausentaría sin más —dijo apretando los dientes—. Temo que algo haya podido pasarle, sí. —Lo miró con ojos alarmados.

No fue capaz de continuar hablando y siguió su avance con una respiración cada vez más agitada. Por suerte, la casa de Tersites no estaba demasiado lejos.

El griego lo recibió cubriéndolo de elogios y agradecimientos por lo que había hecho por sus mujeres. De no ser por él, le dijo, nunca se hubiera hecho justicia. Gayo aguantó con estoicismo toda aquella palabrería. Había ido allí con un motivo evidente, saber qué había ocurrido con Libia, pero no podía plantearle directamente la cuestión a Tersites, de modo que, a lo largo del trayecto, había tomado una decisión. Ambos hombres se sentaron y el griego se dirigió al picto:

—Léntulo, tú siempre serás más que bienvenido a esta casa. Ve con alguna de mis mujeres, yo invito —le animó con un gesto amable.

El picto miró a Gayo, que con un asentimiento le dio permiso. Antes de que se hubiera girado hacia ellas, una pléyade de mujeres con ojos ardientes y labios húmedos se le acercaba ya, rezando a Venus para ser la elegida. No todos los días tendrían la oportunidad de decir que le habían dado placer a un hombre tan famoso como el legendario gladiador. El picto eligió a tres y se perdió por los pasillos de la casa guiado por las risas y las promesas.

No tardaron en servirles vino y fruta, y mientras lo hacían Tersites siguió alabando al abogado, que se esforzaba por parecer halagado. Cuando al fin quedaron solos, Gayo abordó el asunto que lo había llevado hasta allí.

—Tersites —comenzó después de comer una uva que le supo demasiado ácida—, hace tiempo que Acacia sirve en mi casa. Sé que he tardado demasiado en dar el paso, pero finalmente quisiera comprártela.

Los ojos del griego refulgieron. Llevaba tiempo, era cierto, esperando aquella noticia con la que sin duda obtendría una buena cantidad de dinero. Viendo que la idea lo complacía, el abogado continuó:

—Además, mi médico me ha aconsejado que cuide mi salud. Me ha advertido, entre otras cosas, que haga más ejercicio... ¡y que reciba masajes a diario! ¿Te lo puedes creer? —expuso con una risita falsa—. De modo que he pensado que también te compraré a Libia. —Tersites cambió el gesto. De repente, su rostro adquirió un tono ceniciento. Sin saber a qué se debía esa reacción, Gayo continuó hablando—: Por supuesto, sé lo muy unida que se encuentra a esa otra joven tuya, Palmira, la que estuvo unos días desaparecida. No deseo que entre a formar parte de mi casa una mujer amargada y resentida, así que me he decidido a comprarla también. ¡Ya ves! Los últimos acontecimientos han debido volverme más generoso de lo que nunca he sido — concluyó mirándolo directamente a los ojos.

El griego, por su parte, parecía haber perdido la facultad del habla. Resopló varias veces y tomó unos tragos rápidos de la copa, que rellenó en dos ocasiones antes de contestar, afligido:

—Lo lamento, pero no puedo venderte a Libia...

—¡Oh, vamos! Pagaré lo que me pidas. Sus manos son justo lo que necesito —porfió Gayo.

—No... No me entiendes —insistió a su vez el griego, negando con fuertes movimientos de cabeza—. Nada me haría más feliz que vendértela. Pero no puedo hacerlo porque ya no está en esta casa. —Ahora fue el abogado el que perdió el color, y Tersites se apresuró a continuar—. ¡Si tan sólo hubiera imaginado que estabas interesado en ella jamás la hubiera vendido!

—¿La has vendido? —preguntó agitado—, Pero, según tú mismo has reconocido alguna vez, era la mejor de tus

mujeres. ¿Por qué te has deshecho de ella?

—¡Ah! Las mujeres... Uno las cuida como si fueran sus propias hijas y a cambio sólo recibe desprecio y ultrajes... — Tersites bajó la vista al suelo y no fue capaz de mirar al abogado más que de soslayo durante su explicación. Era su forma de mostrar la vergüenza por lo que había estado sucediendo bajo su techo sin llegar a enterarse—. La vendí hace dos días a un traficante de esclavos. Me he visto obligado a castigar a todas mis mujeres. Desde hace tiempo me robaban. ¡A mí! —exclamó, con más pena que rabia. Continuó después de un suspiro de agotamiento—: Resultó que todo había sido idea de Libia, a la que puse por encima de todas las mujeres de esta casa. —Hizo un gesto con los brazos con el que quería abarcar todo la *domus*— Su plan era recaudar dinero entre todas para ir comprando la libertad de unas y de otras. ¿Te lo puedes creer?

»Y no sólo eso: también tuve que vender a Petronio... Al parecer, había estado chantajeando a mis mujeres para acostarse con ellas a cambio de no decir nada de lo que ocurría. ¿Cómo puede uno fiarse de un esclavo cuando le oculta algo tan importante? Para colmo, cuando vendí a Libia se organizó una guerra monumental entre las mujeres y el jorobado... ¡Un desastre!

Las últimas frases las dijo a toda prisa. Sin reparar en que Gayo ni siquiera le escuchaba.

Capítulo XLVI

Tersites levantó la mirada hacia el abogado y comprobó que su visitante tenía el rostro desencajado: la mandíbula tan apretada que parecía estar a punto de astillar todos sus dientes, los ojos cerrados con fuerza, la piel tan blanca que rivalizaba con el manto. Apenas fue capaz de decir nada más, aunque apretó la llave que portaba en la mano con fuerza. Ahora entendía aquellas frases que no había sido capaz de descifrar entre Palmira y Libia... El griego vio que estaba a punto de perder la venta ya no sólo de Libia, sino también la de Palmira y Acacia, por lo que se apresuró a hacerlas llamar para que acudieran con presteza a fin de partir con el abogado cuando se marchara, cosa que ocurrió casi de inmediato. Léntulo, al que también habían avisado a toda prisa, más porque temieran que a su dómine le ocurriera algo que por otra cosa, llegó acomodándose aún la túnica, con cara de haber sido interrumpido y con las tres mujeres desnudas correteando detrás de él, implorándole todas ellas que volviera pronto para poner fin a lo que apenas habían podido empezar.

Salieron todos de la casa con ánimos encontrados. Palmira no podía creerse que Fortuna le hubiera sonreído de ese modo. De estar en las calles vendiendo su cuerpo por un par de ases a formar parte de una casa respetable. No cabía en sí de alegría, y sin embargo una pena se dejaba ver entre sus pestañas. Acacia, mientras tanto, se alejaba pensativa de

la casa de Tersites. En ella había pasado los peores momentos de su vida, y ahora se abría ante ella un futuro nuevo. Probablemente, cualquier otra mujer lo hubiera abrazado con esperanza. Tal vez incluso con ilusión. Acacia, en cambio, se mostraba recelosa. ¡Ni el mejor augur hubiera podido predecir lo que viviría en los siguientes meses!

Gayo los adelantaba a todos en un par de pasos. Caminaba con la cabeza gacha, apretando la llave en su mano y sin decir una palabra. Aquella llave no era una más. Era un símbolo, el merecido pago por la vida que había tenido que soportar Libia hasta entonces. En su reunión con Ulpio logró que aquel poderoso hombre reconociera deberle un favor. Y en lugar de guardarlo para el futuro, el abogado le había pedido que comprara la mejor *domus* posible de toda Hispalis. Por supuesto, entendía que no sería un palacio, pero cuando el día anterior llegó su mensajero y leyó el contrato de compra tuvo que reconocer que Trajano había hecho justicia a su trato adquiriendo una excelente vivienda. No demasiado grande ni lujosa, pero de buena factura. Iba a ser su regalo, junto con la libertad, para la masajista. Pero ahora sólo tenía en la mano la llave de una casa que seguiría vacía.

Llegó a su casa agotado, casi dando traspiés, llamando a Hipatia para que se hiciera cargo de las nuevas mujeres y encaminando sus pasos directamente hacia la cama; lo único que le apetecía en ese momento era volver a acostarse y no abrir los ojos en una semana. Cuando ya salía del patio, Palmira dio un par de pasos rápidos, se colocó frente a él e inclinó la cabeza.

—Dómine, quiero agradecerte que me hayas traído a tu casa. —Las palabras apenas le salían y retorció las manos en un gesto nervioso.

El abogado, enternecido por el gesto pero con el alma destrozada y las piernas que apenas lo sostenían, se limitó a

mostrarle un amago de sonrisa y palmearle la cabeza. Comenzó a caminar una vez más, y de nuevo Palmira se plantó frente a él. Esta vez se mostraba aún más nerviosa. Miraba a todos lados, como temiendo que la castigaran por una ofensa, real o imaginaria. Respiraba de modo entrecortado y más de una vez quiso arrancar a hablar, deteniéndose en el último momento.

—¿Qué te ocurre, chiquilla? —le preguntó el abogado mirándola con cierta aprensión.

Palmira cerró los ojos y aspiró tan profundo que pareció que el pecho le iba a estallar. Luego habló de un tirón y a toda velocidad.

—Yo era la mejor amiga de Libia. Me trataba como si fuera su hermana. Siempre cuidó de mí... Por eso fue a la única a quien se lo contó...

—¿Qué te contó? —La esclava había vuelto a callar y él estaba a punto de perder la paciencia, de ahí que sus palabras salieran con más brusquedad de la que pretendía.

Palmira se asustó ante el tono y, sin pensarlo dos veces, respondió la pregunta:

—Me dijo que se había quedado embarazada... Y me aseguró que el niño era tuyo.

* * *

Pasó el resto del día sentado en el *tablinum*. No comió ni habló con nadie. Marcela le pidió en varias ocasiones que se acostara, que debía descansar, así lo aconsejaba Sasobek, pero Gayo la miraba con una pena infinita clavada en los ojos y no respondía, de manera que su mujer salía de la sala cada vez más exasperada, dando voces a diestro y siniestro para desahogar su frustración.

La hora séptima había pasado hacía rato cuando llamó a Léntulo, que apareció de inmediato mirando a su espalda como si temiera que lo atacara su peor enemigo. Gayo ni siquiera reparó en ello. En cambio, se puso en pie y fue hacia un baúl cercano del que extrajo un bulto alargado y estrecho envuelto en telas.

—El día después de comprarte —explicó alcanzándole el fardo con las dos manos— te entregué un puñal. Al hacerlo, me dijiste una frase: «Un hombre necesita una espada». Has demostrado con creces ser un hombre, Léntulo. Aquí te entrego lo que mereces. Es mi forma de agradecerte que me salvaras la vida.

El picto retiró las telas y comprobó que se trataba de una magnífica hoja. No era, desde luego, un arma fácil de encontrar, y estimó que debía costar una pequeña fortuna. Lejos de comprar un *gladius*, el abogado le entregaba una auténtica hoja celta, de tres *palmipes* de longitud. La hoja era ancha y con filo por ambos lados, y la empuñadura, robusta, estaba rematada por un pomo de hierro que la equilibraba a la perfección. Sin saber qué decir, Léntulo se limitó a inclinar la cabeza.

—Estás agradecido, pero no te veo feliz. —Gayo volvió a sentarse con un quejido mientras hablaba—. He llegado a conocerte bien durante el poco tiempo que llevas conmigo, soy un hombre observador. Habla con franqueza: ¿qué te pasa?

Léntulo lo contempló, valorando la opción de ser sincero con él. Se pasó la lengua por los labios y miró hacia atrás. Cuando volvió a mirar al abogado, éste le hizo un gesto para que se sentara y se sintiera algo más tranquilo. El picto inclinó brevemente la cabeza, agradeciéndolo, pero sin aceptar la invitación, y respondió sin esperar más:

—Hipada no me deja respirar —explicó angustiado—. Me sigue a todas partes... ¡Ni siquiera me deja mirar a otras

mujeres! —exclamó bajando la voz—, ¡Y yo tengo una espada que tengo que usar con todas ellas! —terminó, señalándose la entrepierna.

Gayo, muy a su pesar, estalló en una carcajada. La primera risa que le salía del corazón en varios días. Se levantó y palmeó el hombro de aquel gigante de buen corazón y fuerte brazo que había entrado en su vida y con el que estaba encantado.

—Te advertí que tuvieras cuidado con ella... Ya encontrarás una solución, estoy seguro. —Entonces cambió el tono—. En cuanto a tu espada... La que deberás tener a mano en el futuro próximo es la de metal, mi querido guerrero llegado del norte. Mucho me temo que tendrás que usarla antes de que pase mucho tiempo. —Léntulo iba a preguntar a qué se refería, pero el abogado alzó una mano para detenerlo—. Tiempo habrá para explicaciones. Ahora necesito que vayas a buscar a Marco. Dile que te envíe para pedirle que se entere de cuáles son los tratantes de esclavos de la ciudad. Y, si es posible, quién es el que ha comprado a Libia, la chica de Tersites Primo. Corre, Léntulo. No tenemos tiempo que perder.

El picto asintió, comprendiendo el vacío que sentía su dueño. No lo había dicho, pero en los ojos del abogado se podía leer que jamás permitiría que su hijo acabara en una fosa.

Todavía resonaban los pasos del picto en el peristilo cuando Gayo comprobó que Marcela se le acercaba de nuevo.

Caminaba de tal forma que parecía estar a punto de saltar sobre él para poseerlo allí mismo. La sola visión de aquella mujer era un peligro para los hombres. Finalmente se había decidido y llevaba el pelo teñido de rubio, algo que, según le había contado en algún momento de los últimos días, se estaba poniendo cada vez más de moda, y traía una bandeja con melocotones y uvas. Tomó una con dos dedos

finos y alargados y se la llevó a la boca, mostrándole unos labios llenos y húmedos, cargados de promesas.

Gayo no pudo resistirse a la tentación. Estaba a punto de ir hacia ella para poseerla allí mismo, en el *tablinum*, por más cansado que estuviera, cuando ella se le adelantó.

—Querido, algo tenemos que hacer. ¡No puede ser que ese picto tuyo ande revolucionando toda la casa! Las mujeres se distraen con sólo verlo pasar. Acabo de descubrir a Hipada llorando, y, aunque lo ha negado, estoy segura de que es por culpa de ese Léntulo. Hace unos días la sorprendí discutiendo con Circe, advirtiéndole que no se acercara a él. Y ahora, con Acacia y esa jovencita, que tampoco le quita los ojos de encima, ¡es aún peor! ¡Tienes que hacer algo!

Gayo soltó una maldición que su mujer, centrada como estaba en sus quejas, ni siquiera escuchó. La tomó por el codo y la acompañó hasta el peristilo.

—Cállate por una vez, Marcela...

Dejándola allí, con la boca abierta por la sorpresa, el abogado regresó al *tablinum*, cerró la puerta, y supo que las mujeres le traerían problemas a lo largo de toda su vida.

NOTA HISTÓRICA

Poco sabemos de la Hispalis romana en una época tan lejana como los mediados del siglo I d.C., sobre todo porque el foco se pondría pocos años después en su célebre vecina, Itálica, cuna de Trajano y Adriano, que se vio favorecida por ambos emperadores y multiplicó su importancia hasta convertirse en una de las urbes más relevantes del imperio al principio del siglo II, aunque en la época en la que se desarrolla esta novela no era un gran centro urbano (contaba alrededor de treinta mil habitantes), a pesar de tener el honor de ser el primer asentamiento romano en Hispania.

La *gens* Ulpia, la familia de la que descendía Trajano, tuvo una importancia capital a finales del siglo I y principios del siguiente. Y sin embargo, poco se sabe de ella. Desconocemos casi todo sobre los abuelos del gran emperador Trajano, maternos y paternos, así como de su padre, madre, hermana o hermanas, sobrinas, primos... Eutropio ya dictó una sentencia al indicar que los Ulpio eran una familia más antigua que noble. Parece que pudieron emigrar a Hispania desde Tuder (la actual Todi, en Italia), al igual que la familia Aelia, de quien descendía el también emperador Adriano. Se duda incluso de si Trajano nació en Itálica o no. Otros estudios indican que pudieron ser de origen turdetano. Según esta hipótesis, se trataría de una familia de la élite turdetana que los romanos admitieron al inicio de sus asentamientos por su prestigio, riqueza y posición social. El Ulpio de esta novela, importante general y

padre del que llegaría a ser emperador, podría haber tomado como esposa a una mujer de la familia Ulpia, hija de M. Ulpus, de ahí que se opine que su nombre pudiera ser Marciana, lo que explicaría también el nombre de la hermana de Trajano.

En definitiva, la familia Trajana podría haber estado entroncada en tres familias antiguas y poderosas en Hispania: los Trajanos, los Ulpios y los Marcios, que habrían incluso participado en el gobierno provincial y municipal en la Ulterior durante la República. Sin embargo, no fue hasta el siglo I, con Claudio, Nerón, Vespasiano-Tito y Domiciano, cuando adquieren su verdadero poder, que culminará con la llegada de los emperadores hispanos.

Sí sabemos que la fisonomía de Hispalis era muy diferente a la actual. El litoral se encontraba muy cerca, en la actual Coria del Río, y su puerto era tan enorme que corría desde la zona de la actual catedral hacia el norte, por la conocida y céntrica calle Sierpes. Tenía tantos muelles que algunos años antes de los acontecimientos narrados en esta novela toda la flota imperial atracó en ellos.

Prácticamente nada queda en pie de aquella época, excepto algunos tramos del acueducto que llegaba desde Alcalá de Guadaíra y poco más. No disponemos de fecha exacta para la construcción del acueducto, aunque los especialistas se inclinan hacia la segunda mitad del siglo I. Para esta obra, he optado por indicar que acababa de ser concluido. La novela se sitúa a finales del año 64 d.C., por lo cual es muy probable que así fuera.

Conocemos la ubicación de algunos de los escenarios que aparecen en la novela, aunque no sabemos con certeza si cumplían la misión indicada. Por ejemplo, en la novela se menciona en varias ocasiones el Templo de Poseidón. En esa ubicación se pueden ver en Sevilla varias columnas altísimas que se cree pudieron pertenecer al templo dedicado a este

dios, pero no podemos estar seguros. Como tampoco podemos estarlo de que el colegio de olearios, que tenía una importancia capital en la economía de la ciudad, se encontrara en la situación indicada, en el actual Patio de Banderas, a pesar de las últimas excavaciones realizadas. El Foro de las Corporaciones es una suposición basada en la ciudad de Ostia, pero es lógico pensar que una ciudad como Hispalis, con un puerto tan importante por su aceite (producto de primera necesidad para el Imperio) y por los minerales extraídos de las sierras de Córdoba y Jaén, pudiera tener un centro comercial parecido.

Sabemos que la picaresca en la distribución del agua estaba a la orden del día. Los funcionarios romanos eran corruptos por naturaleza, y algo tan jugoso como la distribución de agua no iba a quedar exento de las artimañas locales. Lo mismo ocurría con los incendios. Marco Licinio Craso demostró que los incendios podrían llegar a ser un buen negocio, tanto que se enriqueció con ellos. Con el tiempo, se desarrollaron leyes que protegían contra la especulación urbanística, pero siempre hubo quien intentó aprovecharse de los vacíos legales y las contradicciones en las que caían las diversas legislaciones. Algunos dicen que el propio Tigelino quiso aprovecharse de esa situación, prolongando el Gran Incendio de Roma del año 64.

Y así llegamos a la conjura contra Nerón.

Hubo, en efecto, una conspiración contra el emperador que pasó a conocerse como la Conjura de Pisón, por ser Cayo Calpurnio Pisón uno de sus principales instigadores.

Se dice que él era el llamado a ocupar el trono imperial a la muerte de Nerón.

La nobleza estaba descontenta con las políticas del emperador, en especial tras el devastador incendio de Roma que obligó a aumentar la presión fiscal sobre los más ricos para reconstruir la ciudad y levantar la Domus Aurea, el

nuevo palacio de Nerón. Hubo incluso expropiaciones. La situación ya era delicada antes por las grandes extravagancias del emperador, pero los efectos de aquel devastador incendio probablemente desencadenó la conjura. Uno de los conspiradores más importantes era Faenio Rufo, quien veía que Tigelino podía terminar por apartarle de los círculos de poder.

Todo el asunto fue confesado por Milico Escevino, prefecto de la flota de Miseno y liberto del Senador Flavio Escevino, quien formaba parte de la conjura.

Por supuesto, ni Hispalis ni ninguno de sus habitantes tuvieron participación en esos hechos... Al menos, la historiografía no los ha revelado.

GLOSARIO

Actio. Acto jurídico por el que alguien ejercía el derecho de iniciar un juicio a fin de obtener una sentencia favorable. Similar en nuestros días a interponer una demanda ante el juzgado.

Adstipulator. En derecho romano, figura a la que el deudor prometía el pago de lo debido al acreedor. Esta figura no sólo recibía la promesa y el pago, sino que también podía reclamarlo, e incluso perdonar la deuda.

Angustus clavus. Franja doble de color púrpura situada en la túnica, más estrecha que la de los senadores, que distinguía a los équites.

Annona. Órgano del Imperio romano que servía para transportar, almacenar y repartir diversos alimentos.

As. Moneda romana de cobre de poco valor.

Calceus. Zapatos, botas o sandalias, dependiendo del tipo. Eran un signo social, de tal modo que con sólo mirar el tipo de calzado que vestía un hombre se podía saber su posición (plural, *calcei*).

Caldarium. Piscina de agua caliente de las termas.

Caligae. Sandalias de cuero que portaban los soldados.

Calumnia. En derecho romano, se incurría en calumnia cuando se interponía una *actio* cuya falta de fundamento era conocida por el demandante.

Cardo Máximo. Una de las calles principales de la ciudad romana, orientada de norte a sur.

Caupona. Establecimiento en el que se servían bebidas y comidas, normalmente para llevar.

Cenacula. Cada una de las viviendas que se alquilaban en una *insula*.

Chría. En retórica, dicho o hecho que se presenta con una intención edificante. También se denomina «anécdota».

Corbita. Barco mercante a vela, de casco redondo y proa y popa curvadas.

Crimen Maiestas (o *crimen maiestatis*). Crimen de alta traición.

Crimen Receptorum. Crimen que consistía en la complicidad con un delincuente, o su ocultación o

encubrimiento.

Cuestor. Magistrado. El primer paso en la carrera del *Cursus Honorum*.

Curator. Empleado público encargado de determinados oficios. Podían ser tesoreros, intendentes, tutores, etc.

Damnum iniuria datum. Delito de daño injustamente causado.

Decumano Mayor. La otra calle principal de la ciudad romana, orientada de este a oeste.

Decurión. Perteneciente a la élite municipal o la nobleza urbana.

Dolia. Recipientes de barro que se situaban en las barras de las *tabernae* para mantener los alimentos a la temperatura deseada.

Domus. La vivienda de las familias con poder económico, que podían llegar en algunos casos a tener dos plantas, normalmente con jardines interiores y diversas estancias.

Duoviro (o dumviro). Uno de los dos magistrados anuales encargados de diversas cuestiones a nivel municipal, con facultades jurisdiccionales.

Estrigilo. Rascadera, normalmente de metal, que se

usaba para retirar el aceite con el que se limpiaban los cuerpos.

Fauces. Especie de recibidor al que daba acceso la puerta de la casa.

Fligina. Taller dedicado a la cerámica.

Frigidarium. Piscina de agua fría de las termas.

Garum. Una de las salsas preferidas por los romanos, fabricadas a base de intestinos de pescado.

Gladius. Espada romana.

Insula. La *insula* romana era un edificio similar a las manzanas de las ciudades actuales, pero con un único y enorme edificio, a veces superior a las cinco plantas, rodeado de calles (plural, *insulae*).

Lanista. Persona encargada de adiestrar, alquilar y/o vender a los gladiadores.

Lapis specularis. Llamado «cristal de Hispania». Un tipo de cuarzo que se usó como cristal.

Latrúnculi. Juego de tablero que algunos dicen se asemeja al ajedrez.

Licium. Especie de túnica interior de la mujer.

Lintre. Embarcación pequeña que normalmente provenía del interior (Córdoba).

Logia. Especie de galería, de madera o ladrillo, que podía servir como terraza y que porticaba algunos edificios.

Ludus. Escuela de gladiadores.

Manes. Espíritus familiares que podían atormentar a las casas.

Micatio. Juego que en algunos lugares se conoce como «morra» y que consiste en que ambos jugadores levantan al mismo tiempo una mano mostrando un número de dedos al tiempo que dicen una cifra. Gana el jugador que acierta la suma total de los dedos mostrados entre su propia mano y la de su rival.

Murmillo. Gladiador romano equipado con casco, escudo, protección en brazos y piernas y *gladium*.

Nomenclátor. Esclavo que se ocupaba de nombrar a cada invitado y acompañarlo a su puesto en un banquete.

Novacula. Navaja de afeitar.

Noxii. Personas condenadas a muerte. Normalmente eran la primera atracción en el anfiteatro.

Ocrea. Pieza de armadura que protegía la pierna desde la rodilla hasta el pie.

Ornatrix. Esclava encargada de maquillar y preparar a las mujeres.

Paenula. Especie de capa con capucha.

Perii. Plural de *pero*, zapatos que calzaba la plebe.

Poena. En el derecho romano, la multa a la que podía ser castigado un condenado por hurto u otros delitos.

Progymnasmata. Los distintos elementos estudiados en retórica para que el alumno domine los diferentes tópicos o lugares comunes.

Quadrantaria. Eran prostitutas callejeras que apenas si llegaban a cobrar uno o dos ases por servicio.

Recensendum. Encargado de controlar la producción de aceite.

Rescripto. Los rescriptos eran las respuestas del emperador a consultas sobre derecho o aspectos jurídicos concretos.

Siliqua. Medida de peso equivalente a unos 0,19

gramos.

Sine manu. Fórmula matrimonial en la que la mujer seguía manteniendo lazos con su antigua familia.

Soleae. Especie de sandalias que usaban los patricios cuando estaban en su casa.

Subucula. Túnica interior.

Summa rudis. Árbitro de los combates de gladiadores.

Taberna. Locales, situados normalmente bajo las *insulae*, que servían como tienda, posadas, etc. (plural, *tabernae*).

Tablinum. Sala de la *domus* dedicada a que el dueño atendiera a sus negocios.

Tergiversado. En derecho romano, el desestimiento injustificado de la *actio* interpuesta contra otra persona.

Thermopolium. *Taberna* que servía platos calientes y bebidas a buen precio.

Tonsor. Barbero.

Tonstrinae. Barbería.

Triclinio. Sala de la *domus* dedicada a atender a los invitados en las fiestas.

MEDIDAS

Estadio. Medida de longitud equivalente a 125 pies (unos 185 metros).

Milla. Medida de longitud equivalente a mil pies (1478,5 metros).

Cubit. Medida de longitud equivalente a un pie y medio, o unos 44 centímetros.

Palmipes. 0,3696 centímetros.

PERSONAJES

Acacia. *Ornatix* propiedad de Tersites Primo.

Antonino Pontio. Lanista de Córdoba.

Arrio. *Tonsor de* Hispalis.

Atia. Esposa de Horacio, el lanista.

Aulo Longino. Comerciante de vino.

Aurelio Rufo. *Curator* del colegio de olearios de Hispalis.

Calpurnio. Vigilante nocturno de Hispalis.

Casio Fabricio. *Recensendum.*

Casto. Esclavo de Gayo.

Circe. Esclava de Gayo.

Cornelio. Funcionario que trabaja en las canalizaciones de agua.

Crespo. Vendedor de Hispalis.

Dámaris. Prostituta propiedad de Tersites.

Demetrio. Secretario de Gneo.

Epicaris. Liberta a la que se acusa de participar en una conjura contra Nerón.

Faenio Rufo. Hermano de Aurelio Rufo, prefecto del pretorio.

Flavia Vero Licinia. Madre de Gayo.

Fabio Justo. Hijo de Gneo, hallado muerto en un incendio.

Gayo Longo Licinio. Abogado de Hispalis.

Glauca. Prostituta propiedad de Tersites.

Hécuba. Prostituta propiedad de Tersites.

Hilario Grato. *Duoviro* de Hispalis.

Hipada. Esclava de Marcela.

Horacio. Lanista, propietario de Léntulo.

Justino. Cliente de Gayo.

Kritón. Liberto, cliente de Gayo.

Léntulo, El Bello (Ciriam, hijo de Kindrik). Gladiador picto. Libia. Masajista. Esclava propiedad de Tersites Primo.

Lucio Balbo. Jurisconsulto, maestro de Gayo.

Lucrecio. Esclavo de Gayo.

Lupo. Gladiador.

Marcela. Esposa de Gayo.

Marco Lépido Calpurnio. Amigo de Gayo.

Milico. Liberto. Prefecto de la flota de Miseno.

Mi tila. Esclava de Gayo.

Palmira. Prostituta propiedad de Tersites.

Petronio. Esclavo jorobado de Tersites.

Plauto. Capataz de la finca de Aurelio Rufo.

Porcia. Prostituta propiedad de Tersites.

Sasobek. Médico egipcio, cliente de Gayo.

Severo. Capataz en las minas de Gayo.

Tácito Vívido. Comerciante hispalense.

Tito Sexto Licinio. Padre de Gayo.

Tersites Primo. Proxeneta griego. Tiene, además, a otras mujeres realizando diversos trabajos.

Ulpio Trajano. Decurión residente en Itálica.

Varro. Marinero.

Vero Arminio. Sacerdote de Hércules.

Virginio Arrio. Ciudadano que se dedica a comprar las *insulae* incendiadas.

Volusio Próculo. Tribuno que estuvo implicado en un atentado contra Agripina y que desvela una posible conjura

contra Nerón.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecerte a ti, el lector que ahora lees esto, tu apuesta por la cultura, tu deseo de evasión a través de los libros. Sin ti, los escritores no somos nada. Gracias por estar ahí, obra tras obra.

Y quiero agradecer a todos los librereros el hecho de que aguanten contra viento y marea, apretando los dientes en un momento difícil para el sector.

Esta novela ha tenido varios padrinos que me ayudaron a lo largo del tiempo que me ha llevado su planteamiento y escritura. La primera en ponerme en la cabeza la idea de una novela con un «Sherlock Holmes» a la romana fue Lucía Luengo. Todo partió de su sugerencia, no lo olvido.

Pero si alguien debe compartir que esta historia sea una realidad es Concha Perea. Sus muchas ideas, su vastísimo conocimiento, siempre han sido un pozo del que, generosa, ha regalado con largueza. Estoy en deuda con ella.

Soy un profundo ignorante del mundo romano, debo confesarlo. Siempre me ha parecido un lugar pantanoso en el que pisar, pues hay muchos especialistas. Crear un personaje romano, y abogado para más señas, fue todo un desafío. Para un primer esbozo de la historia me serví de una estupenda comida en casa de mi hermano Pepe, licenciado en Derecho. De allí me llevé varios libros sobre derecho romano que, me temo, voy a tener que volver a pedirle. También Nunila Rabadán, cuyo padre es uno de los más

famosos abogados de Andalucía, me dejó libros que me fueron útiles.

Pero las dudas eran muchas, en especial para un tema tan concreto como un *crimen maiestas*. Fue buscando documentación como encontré a la profesora Rosario de Castro-Camero, quien me atendió amablemente en su despacho de la Facultad de Derecho de Sevilla y a quien le debo más de un café, a pesar de que ya hemos tomado juntos un par. Su estupendo estudio *El crimen Maiestatis a la luz del senatus consultum de CN. Pisone Patre* fue crucial para entender el procedimiento al que se enfrentaría Gayo, el protagonista de esta novela. Pero además, la reunión que mantuvimos me despejó muchas dudas y me marcó nuevos caminos de actuación, en especial en lo relacionado con todo el tema de la jurisdicción sobre los edificios quemados.

A Manolo Casado le debo no sé cuántas cervezas... Me buscó infinidad de estudios arqueológicos sobre lo poco que conocemos de la antigua Hispalis romana. Pero, sobre todo, realizó el maravilloso mapa que acompaña este libro. Es todo un artista del que, me temo, seguiré aprovechándome. La amistad tiene estas cosas...

Hablando de amistad... Hay, en el suroeste de Galicia, un pequeño pueblo de raíces pescadoras en el que sobrevive un grupo de irreductibles galos que me acogieron desde el primer día como si fuera parte de su familia: Moy y Nieves, Fran y Fati, que me sigue debiendo seis años y medio de cafés, Sergio, Nico y Vane, Cándido y Malena, Jano, Txiki y María, Char-Lee y Vanesa... Es siempre un placer bajar al cubanito con vosotros. ¡Por muchos años!

Y están los amigos que comparten este fuego que compartimos por las letras, el que nos hace perder noches sin dormir y regresar a toda prisa del siglo I, o de aquel en el que estemos, cuando nos damos cuenta de que alguien nos está hablando: Nerea Riesco, Coia Valls, Xulio Ricardo Trigo,

Rodrigo Palacios, Sebastián Roa, Juan Ramón Biedma, mi hermano gemelo... Y Francisco Narla, Javier Pellicer, Blas Malo... Un rato con vosotros siempre es estimulante. Cada una de vuestras novelas me anima a seguir mejorando.

No puede faltar Déborah, que es mucho más que una agente. Es... Bueno, Déborah: amiga, confidente, portadora de noticias, agente, consejera, apoyo... Gracias por estar ahí.

Y a Penélope. Querida editora mía, si «esos dos» que tú sabes nos tienen envidia en una comida porque nos miramos y nos entendemos sin una palabra, ¡que rabien! Gracias por tu risa y por tu estupendo trabajo.

También a Daniel Fernández, por su apoyo incondicional. Por su apuesta personal. No hay nada mejor que sentirse valorado en tu trabajo, y tú me demuestras lo mucho que me valoras en cada encuentro.

Por último, a los habitantes de La Garita... Mucho tiempo deseé volver a verlos, y no pude tener mejor acogida.

Pero, en especial, a Mar. Gracias por volver a abrir la puerta trece años después.

Fin